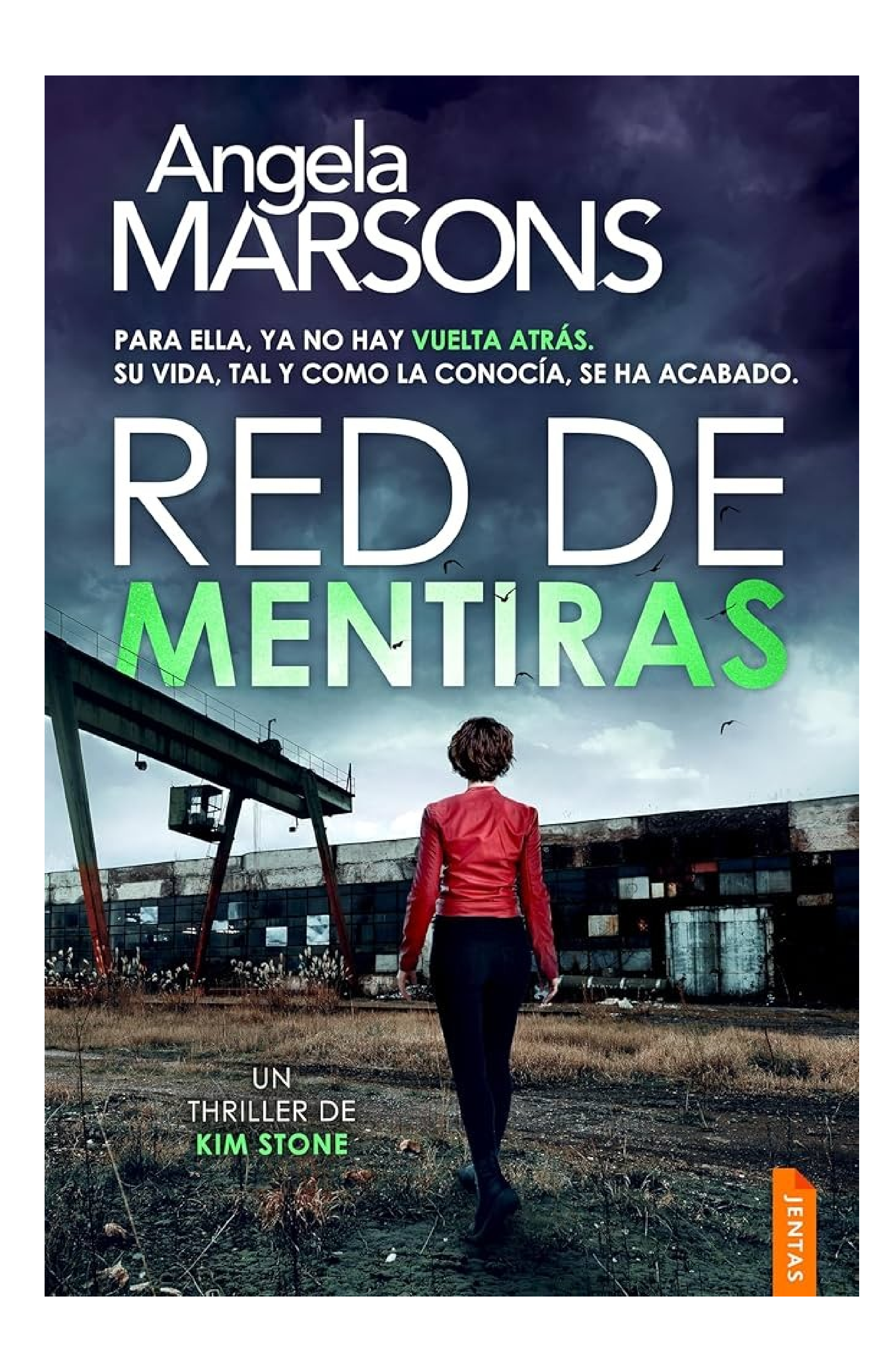

Angela
MARSONS
PARA ELLA, YA NO HAY VUELTA ATRÁS.
SU VIDA, TAL Y COMO LA CONOCÍA, SE HA ACABADO.
RED DE
MENTIRAS
UN
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS


Angela
MARSONS
PARA ELLA, YA NO HAY VUELTA ATRÁS.
SU VIDA, TAL Y COMO LA CONOCÍA, SE HA ACABADO.
RED DE
MENTIRAS
UN
THRILLER DE
KIM STONE
JENTAS

Red de mentiras

Red de mentiras

Título original: Twisted Lies

ePub: Jentas A/S

Traducción: Jorge de Buen Unna, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1322-5

First published in Great Britain in 2021 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

—

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Juego de niños

Mente que mata

Rivalidad letal

Este libro está dedicado a Norman Forrest, que sigue sorprendiéndonos cada día con su energía, su espíritu y sus ganas de vivir. Nunca deja que la vida ni la pérdida lo superen.

Prólogo

La vemos sentada en una habitación, que no es más que una caja cuadrada de color magnolia sin ventanas. En una esquina, a la izquierda de la puerta, ha aparecido una pequeña mancha de humedad en forma de arco.

No hay más que una silla de metal que se le hunde en la parte posterior de los muslos. Una silla que no está hecha para ser cómoda. La mesa de acero es un simple cuadrado con manchas por todas partes. Mira a su alrededor, aunque no hay nada más que ver. Sabe que no ha hecho nada malo y, aun así, su corazón se acelera

¿Cuánto tiempo pasará ahí? ¿Quién abrirá la puerta?, ¿quién irá a buscarla?

Aunque trata de convencerse a sí misma de que está a salvo, junta las manos en el regazo y las aprieta en un intento de liberar la tensión acumulada.

Oye pasos; luego, una llave en la cerradura. Se le revuelve el estómago. Siente una gran aprensión, mucha ansiedad por saber qué sigue.

Entran en la habitación dos hombres vestidos con vaqueros y polo. Ella nunca los había visto. No cierran la puerta. ¿Significa eso que, por fin, la sacarán de ahí?

Sin decir una palabra, mira de uno al otro.

Por debajo de la mesa, aprieta las manos con fuerza.

Un hombre se acerca. El otro permanece junto a la puerta, se apoya en la pared y cruza los brazos. ¿Estará vigilando la entrada por si ella intenta huir?

—Dame tu teléfono —dice el que se ha acercado a la mesa.

No sabe cuándo ha empezado a temblarle la pierna izquierda.

—¿Es necesario, de verdad? —pregunta. El temblor de la pierna se le extiende hasta la lengua.

Ve el atisbo de una sonrisa, solo que esta se oculta de inmediato tras un rostro inexpresivo.

El tipo se alegra de verla nerviosa.

Como toda respuesta, extiende la mano.

El de la puerta bosteza. Está cansado o aburrido. ¿Cuántas veces habrá hecho esto antes?

Ella se lleva la mano al bolsillo trasero y saca el móvil. Vacila, como si estuviera entregando una parte de sí misma.

Ese aparato irremplazable contiene muchas cosas que necesita para vivir: contactos, fotos, redes sociales, citas y recordatorios.

—¿Me lo van a devolver? —pregunta. Se esfuerza en usar un tono que desprenda confianza.

Él le arrebata el teléfono de la mano, extrae la tarjeta SIM y lanza el aparato a su colega, que lo atrapa.

Ya han hecho esto antes. Siguen un guion.

El hombre que tiene delante deja caer la tarjeta SIM y, con el tacón del zapato, la aplasta contra el suelo. El metal y el plástico se desgajan contra el hormigón.

Ella suelta un jadeo audible al pensar en lo que acaban de destruirle.

El tipo apoya las manos en la mesa, con las palmas hacia abajo, y acerca su cara a la de ella.

—Es hora de que entiendas que tu vida, tal y como la conocías, se ha acabado.

Capítulo 1

—Señor, ¿está de broma? —preguntó Kim mientras buscaba cualquier rastro de humor en la expresión de su jefe.

Dentro de su cabeza, la pregunta había sido: «¿Ha estado fumando cristal?». Así que se sintió aliviada al instante de que su boca hubiera traducido semejante pensamiento hasta convertirlo en una pregunta más adecuada para su jefe, el inspector jefe de detectives Woodward.

Pero el alivio no duró mucho: en el rostro del hombre que tenía delante no había el menor indicio de diversión.

—No, Stone, no estoy bromeando —respondió.

Kim se sintió tentada de dejarse caer en la silla que él a veces le ofrecía y que ella rara vez aceptaba. Lo que acababa de escuchar justificaba sentarse.

Pero se obligó a permanecer de pie. Su última esperanza era haber oído mal.

—Estoy segura de que ha sido una broma, porque juraría que me acaba de decir que ha dado su consentimiento para que Tracy Frost pase un día con nosotros. Eso significaría, claro, que usted ha perdido el jui...

Él la cortó justo a tiempo.

—Se lo debemos, Stone —dijo.

Sí, lo sabía. Hacía solo un par de semanas, la reportera del Dudley Star los había ayudado a comunicarse con un asesino que tenía secuestrado a un niño de seis años. Kim estaba de acuerdo en que había que darle las gracias.

—Bien, le pagaré un café y la invitaré a comer. Y usted podría

enviarle flores; pero, darle acceso total a nosotros un día entero, es nada menos que...

—No es sin restricciones. Debe permanecer contigo y Bryant en todo momento.

—Sí, eso ayudará. —Kim acababa de ver venirse abajo su astuto plan de sentarla junto a Stacey y que la viera llenar formularios de declaraciones policiales.

—Stone, ¿necesito recordarte que gracias a su cooperación se salvó la vida de un niño?

Kim trató de sofocar la irritación que ya la incomodaba en el vientre.

—Para ser justos, señor, creo que nosotros también tuvimos algo que ver.

—Pero ese es nuestro trabajo, no el suyo.

Buen punto, solo que Kim aún no había terminado.

—Pero imagine el artículo que es capaz de escribir. Podría dañar seriamente la imagen y la reputación de...

—Stone, solo podrá escribir lo que vea, así que confío en ti para que demuestres motivación, compasión y profesionalidad.

—¿Confía de verdad? —preguntó Kim, sorprendida. Tal vez debería enviar a Frost con Bryant y que se fueran solos.

—Y he acordado con su editor que nos permitirá leer cualquier artículo antes de que se publique.

Claro que sí. Ella tendría que haber adivinado que su jefe no iba a permitir que Frost tuviera el control absoluto de lo que se iba a imprimir. Al arrogarse el dominio de la situación, Woody despojaba a Kim de su último argumento.

Miró la pelota antiestrés que su jefe tenía a un lado de la alfombrilla del ratón. Él aún echaba mano de ella en presencia de

Kim, pero ya no tan a menudo como antes.

Woody siguió su mirada.

—Cógela —dijo—. Será un día interesante.

—¿Por qué ha escogido...? Ah, espere, ya sé lo que está tramando.

—No tramo nada —dijo él, fingiendo ignorancia—. Es un día tranquilo. Ahora mismo, no tienes ningún caso importante, así que nos va bien a todos.

El sabor amargo de su boca seguía siendo difícil de tragar, pero ya no la ahogaba tanto.

La primera visita del día sería a la familia de Trisha Morley, una mujer de veintisiete años a quien su marido había asesinado hacía poco más de uno.

Nick Morley era un abogado que luchaba por los derechos humanos y ganaba casi todos los casos que aceptaba, lo que le había valido el apodo de Nick Midas. Y montar el caso contra ese enigmático hombre había sido bastante difícil, aunque en su casa habían aparecido partes del cuerpo de Trisha. Pero Morley tenía una imagen tan impecable, que, a pesar de las pruebas forenses, el juicio había terminado con el jurado dividido y se había declarado nulo.

Dado que volvería a los tribunales la semana siguiente, Kim quería tranquilizar a la familia, decirles que confiaban en obtener una sentencia condenatoria. Y deseaba que así fuera.

El hombre había contratado a una costosa empresa de relaciones públicas. Apenas pasaba un día sin que apareciera algún artículo en la prensa sensacionalista sobre la generosidad y el buen hacer de Nick Morley. Estaban aprovechando al máximo estar en la mira pública y, aunque no tenía por qué influir, lo estaba haciendo.

Ni la policía ni la familia de Trisha Morley tenían medios para competir con él; sin embargo, una pieza informativa en las noticias locales acerca del sufrimiento de la víctima y su familia tampoco iría mal. Kim lo supo con solo echar un vistazo a ese viejo y astuto zorro, cuya expresión no revelaba nada. Sin duda, el jefe había

elegido bien el día.

—Vale, como usted quiera, pero no voy a ser amable con ella ni la dejaré sentarse delante.

Caminó hacia la puerta y, de pronto, dio media vuelta.

Volvió al escritorio y cogió la pelota antiestrés.

—Y apostaría su trasero a que voy a necesitar esto.

Capítulo 2

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bryant después de que Kim, ya de vuelta en la sala de escuadrón, compartiera con su equipo las buenas noticias.

—Llevar a una reportera de excursión.

—Pero ¿por qué esa reportera en concreto? —preguntó él, refiriéndose a Tracy Frost.

—Porque, al parecer, estamos en deuda con ella.

Bryant se lo pensó un segundo y terminó por asentir.

Vaya. A veces, Kim deseaba ser un poco más como él. Su compañero, sensato y pragmático, era capaz de adaptarse muy pronto a cualquier situación nueva. A ella aún le escocía por dentro que les hubieran endilgado a Tracy Frost.

—Y he captado esas miradas —dijo a los otros dos miembros del equipo. Tanto la ayudante de detective Stacey Wood como el sargento detective Penn conocían la espinosa relación entre la jefa y la reportera—. No sé por qué ponéis esa cara de suficiencia, vosotros dos os la vais a llevar a comer.

Eso, si llegaban a la hora de comer sin haberla matado. Estaba bastante segura de que, de darse el caso, tanto ella como Bryant necesitarían el descanso.

—No hay problema, jefa —dijo Stacey con la brillante sonrisa que llevaba pegada desde sus recientes nupcias.

Kim tenía la sensación de que, en ese momento, cualquier cosa que le dijese a Stacey le resbalaría. La idea le recordó una conversación que quería tener con ella hacía tiempo.

—Stace, más tarde, una vez que nos hayamos deshecho de Frost,

recuérdame que tú y yo debemos tener una charla rapidita. —Una tenue nube negra pasó por delante de la oficial y su brillante horizonte—. No es nada malo —la tranquilizó de inmediato.

A pesar de que las habilidades de Stacey y su confianza en sí misma habían crecido a lo largo de los años, la ayudante de detective seguía preocupada por si había cometido algún error.

Un movimiento llamó la atención de Kim al otro lado de la ventana de la sala.

—Venga, Bryant, nos toca. —El Audi TT blanco de Frost acababa de estacionar en una plaza del aparcamiento de visitantes.

—Lo estoy deseando —dijo él, y cogió su abrigo del respaldo de la silla.

Ella cogió el suyo al pasar por delante del escritorio de reserva.

—¿Cómo vas a convencer a la familia de que esta vez vamos a lograr que lo condenen? —preguntó él mientras bajaban las escaleras.

—Te lo haré saber cuando tenga las palabras en la boca —respondió ella con sinceridad.

—Después de haber leído uno de los últimos artículos, hasta mi señora me ha dicho que le cuesta trabajo creer que lo hiciera.

—Alegrémonos, pues, de que tu señora no esté en el jurado la semana que viene.

Y ese era el problema. Jenny Bryant era una de las personas más objetivas y decentes con las que Kim se había cruzado nunca. Si hasta ella dudaba de la culpabilidad de ese hombre, las cosas no auguraban nada bueno para el juicio que se avecinaba.

Cruzó la puerta principal de la comisaría con decisión: resolvería los problemas de uno en uno.

En ese instante, Frost, que los esperaba justo al lado de la señal de «Prohibido fumar», arrojó al suelo su cigarrillo a medias y lo

pisoteó.

—Anda, inspectora, creía que me harías esperar más tiempo. —Se alisó el traje pantalón azul marino.

«Sí, de diez a quince años, si dependiera de mí», pensó Kim.

—Frost, antes de empezar, debes saber que...

—... no estás de acuerdo con esto, que tengo que hacer lo que tú me digas y que no debo estorbar en ningún momento.

—Sí, y hay más. No mires a la gente, no hables con ellos ni garabatees ruidosamente en tu libretita. No comas ni bebas en el coche de Bryant. No me molestes...

—Así que, para resumir: debo fingir que no estoy aquí.

—Exacto. Y solo tengo una regla más: no tienes permitido hablar. Nunca, en absoluto —dijo Kim.

De camino al Astra Estate de Bryant, Frost venía trastabillando detrás.

—Ya, eso no va a pasar.

Él abrió la puerta del conductor y Kim le habló por encima del techo.

—Merecía la pena intentarlo.

Al meterse en el asiento trasero, el tacón de aguja de diez centímetros de Frost se quedó atrapado entre dos baldosas de pavimento.

—Frost, ¿por qué demonios...? Bah, déjalo —dijo Kim, y cerró su puerta.

Acababa de recordar que Frost tenía una pierna más corta que la otra, por lo que había sido acosada sin piedad en sus tiempos del colegio. Ahora, la gente pensaba que su andar antinatural se debía a los tacones altos. Y esa era la idea.

La reportera se desplazó hasta el centro del asiento trasero para ver por en medio de los dos detectives.

Un chirrido agudo sonó a sus espaldas.

—¿Qué co...?

—Un juguete de perro —respondió Bryant—. Déjalo en el suelo —la aconsejó. Luego miró a su jefa y se encogió de hombros—. No sabía que íbamos a tener compañía.

Kim soltó un largo suspiro. Iba a ser un día terriblemente largo.

—Esto me recuerda a una de las películas de Arma letal —comentó Frost de buen humor—. Solo necesito saber si soy Riggs o Murtaugh.

—Joe Pesci —respondieron Kim y Bryant a la vez.

—Ah, bonito coordinación, ¿eh? —añadió la reportera mientras se ponía el cinturón de seguridad.

Bryant arrancó el coche y enfiló la salida del aparcamiento.

Frost rebuscó en su bolso Hermès.

—Será mejor ir entrando en materia —dijo—. Voy a necesitar...

Kim se volvió hacia su colega.

—Bryant —dijo—, ¿has escuchado a Frost intentar decirnos cómo va a funcionar esto? —No se molestó en esperar una respuesta antes de medio girarse en su asiento.

«Mira, lo que tú necesites es poco... En realidad, no tiene ninguna importancia para nosotros. Nuestras instrucciones son dejarte acompañarnos durante no más de ocho horas, excluyendo el almuerzo y las pausas para el café. Dejémoslo entonces en seis, porque hoy me siento generosa. Durante esas seis horas, serás los tres monos sabios: no verás, no oirás y no hablarás. Lo último será un reto para ti, pero tendrás que aguantarte, florecilla. Si por un segundo obstruyes, interfieres o impides cualquiera de nuestras

actuaciones, será un placer sacarte volando de este coche y dejarte a un lado del camino. Si dices algo que moleste, irrite…

—Me aburres con tu discursito sobre las reglas, Stone. Así que dime adónde vamos primero.

Kim se sacó del bolsillo la pelota antiestrés y le dio un rápido apretón.

Le resultaba irritante tener que responder a cualquier pregunta de Frost. En un día normal, se habría permitido el lujo de insultarla y marcharse.

Bryant, que veía a su jefa enfadada, respondió a la reportera.

—Vamos a ver a la familia de Trisha Morley.

—¿La esposa de Nick Morley, cuyo nuevo juicio comienza la próxima semana?

—A esa.

—¿Para qué? —preguntó Frost.

Kim volvió a estrujar la pelota.

—Queremos decirle a la familia que estamos haciendo lo posible por conseguir que condenen a Nick por el asesinato de Trisha.

—Sí, lo entiendo, dada la cobertura de la prensa. Con la campaña que ese hombre ha estado haciendo, deben de estar esperando que lo canonicen en vez de sentenciarlo a una pena de cárcel. Pero ¿por qué vosotros? El caso no era vuestro.

—Hay motivos —dijo Kim.

—¿Cuáles? —insistió.

—No es asunto suyo.

Frost empezó a garabatear en su cuaderno.

—De acuerdo —dijo.

Eso puso nerviosa a Kim. Aún no le habían dado nada, así que se giró en su asiento y fulminó a su pasajera con la mirada.

—¿Qué has escrito?

Frost la miró a los ojos.

—Mira, cuando acabe el día, tendré que escribir un artículo. Y, aunque te parezca raro, mi editor espera que lo haga, así que, si no vas a compartir nada conmigo, tendré que inventarme alguna mierda.

Kim sintió que un gruñido empezaba a tomar forma en su garganta, pero lo reprimió.

—Vale. La familia no tiene mucha fe en el equipo de Brierley Hill, pero eso no lo puedes publicar.

—¿Por qué no confían en ellos? ¿Porque, a pesar de las pruebas, el equipo no logró que lo condenaran la primera vez?

Kim lanzó una mirada a Bryant.

—Eso tendrías que preguntárselo a ellos.

Sí, esa era exactamente la razón, pero Kim no se lo iba a confirmar. Todo el caso de Trisha Morley había sido un fiasco de principio a fin. La inspectora se alegraba de que su escuadrón no hubiera participado. Lo que hoy se proponían hacer era un favor a Brierley Hill y al equipo de comunicación. De viva voz, la hermana de Trisha había revelado todos los errores.

De repente, Frost soltó una carcajada.

—Ja, la inspectora detective Stone siendo enviada a un ejercicio de relaciones públicas. Dios, solo con esto podría redactar los artículos de, al menos, una semana.

Kim vio cómo sus nudillos se ponían blancos en torno a la pelota antiestrés. Al mismo tiempo, en la mandíbula de Bryant saltó un músculo.

Él le dirigió una mirada y entablaron una conversación silenciosa.

«¿Esto va a ser así todo el día?», pensó Kim.

«Más o menos», respondió la mente de Bryant.

«¿Me das permiso para matarla?», pensó Kim.

«Todavía no, tal vez más tarde», contestó Bryant por telepatía.

Kim clavó la mirada al frente. Reprimió el enfado que le provocaba la presencia de esa mujer y supo que su compañero intentaba hacer lo mismo.

—Vale, ¿así que...?

—Frost, cierra la puta boca —dijeron los dos a la vez.

Capítulo 3

Bryant se detuvo ante la modesta casa en la que Trisha Morley había crecido. Kim aún sopesaba la idea de que le hubieran cargado aquel ejercicio de relaciones públicas. Por una vez, era capaz de entender el regocijo de la reportera.

—Esto está muy lejos de Romsley —observó Frost, que se hacía eco de todos sus pensamientos.

Se sabía que la casa que Trisha había compartido con su marido en St Kenelms Road, en la zona más rica de Halesowen, valía más de un millón de libras.

Se sabía también que todo el dinero lo había puesto Nick Morley.

En cuanto a estilo de vida, Trisha había saltado de un extremo a otro. Ahora, los detectives estaban delante de una deteriorada vivienda adosada, a unos cuatrocientos metros del castillo de Dudley.

Kim supuso que quien les había abierto la puerta era la hermana mayor de Trisha.

Extendió la mano.

—¿Penny Colgan? —preguntó.

Penny asintió. Antes de mirar a los demás, estrechó por un instante la mano de Kim.

—Mi colega, el sargento detective Bryant, y Tracy Frost, del Dudley…

—Esa no entra.

Kim estuvo tentada de darle la razón, pero, por una vez, se sintió obligada a defenderla; entre otras cosas, porque sabía lo que Woody

esperaba de la presencia de Frost allí.

—Está aquí por nosotros, no por usted. Que yo sepa, no ha escrito nada positivo sobre Nick Morley.

Frost negó con la cabeza.

—Nunca.

Penny dudó y se hizo a un lado para dejarlos entrar.

—Mamá se está preparando para salir —dijo Penny en cuanto cerró la puerta.

Los tres intentaron moverse por una minúscula habitación llena de juguetes.

—¿Cómo está? —preguntó Kim.

Penny iba recogiendo todo lo que podía para amontonarlo en un rincón.

—Lo siento. —Se sentó en el suelo mientras los otros tres se sentaban en un sofá con forma de ele.

Según Kim tenía entendido, cuando Trisha había desaparecido por primera vez, Penny había abandonado su estudio de protección oficial para volver a vivir con su madre. El padre de las hermanas había fallecido poco después de que Trisha se casara con Morley.

—¿Asistirá al nuevo juicio?

—No —dijo Penny—. No podemos volver a pasar por eso. Estuvo a punto de destrozarla la primera vez. —Levantó los ojos hacia las tablas del techo, que parecieron crujir en el momento oportuno—. Ha encontrado una especie de rutina que la ayuda a pasar el día. Juega con Riley, va al parque casi todas las mañanas, se preocupa por mí… Y Dios no quiera que el jurado…

Cerró la boca en cuanto su madre entró en la habitación.

—Ah, hola…

Kim se puso de pie.

—Señora Colgan, somos…

—Policías. Sí, ya lo veo —dijo, aunque su mirada se detuvo en Frost.

—Ella no importa —dijo Kim, incapaz de prever cómo sonarían esas palabras fuera de su cabeza.

Laura Colgan se encogió de hombros, como si de verdad nada de aquello tuviera importancia. Cogió su chaqueta.

—Señora Colgan, ¿podemos molestarla unos minutos?

Laura negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no. —Se puso un pañuelo entorno al cuello—. Nada de lo que usted diga podría ayudarme. Tengo que salir.

La mujer no quería quedarse y a Kim no se le ocurría ninguna razón para intentar convencerla de lo contrario.

—Lo siento —dijo Penny cuando su madre ya había salido de la casa—, pero ya no confía en ninguno de ustedes. Se está preparando para que ese cabrón salga libre en unos días, y no hay nada que nosotros, como familia, podamos hacer al respecto.

Kim captó la insinuación de que otras personas podrían haber hecho más.

—Confiamos plenamente en que…

Penny levantó la mano.

—Por favor —dijo—, no prometa lo que no pueda cumplir. Nadie es capaz de predecir lo que hará el jurado. Ojalá la hubieran conocido. Ojalá todos la hubieran conocido. La han reducido a una estadística, a una víctima de violencia doméstica, a una niña de cartel para que todos los bienhechores la agiten como ejemplo de lo que te puede ocurrir si no sales de una relación abusiva. Todo el mundo habla del caparazón en que se convirtió; pero ese tipo hizo de ella un saco de

boxeo, y Trisha era mucho más. —Mientras Kim guardaba silencio, Penny miró la foto colgada sobre la chimenea.

«Mírela —dijo—, era hermosa, intensa, vital.

Kim no tenía respuesta. Era una fotografía posada de las dos, con una Trisha de poco menos de veinte años

Había un evidente parecido entre las hermanas; pero era como si los dioses se hubieran tomado más tiempo en moldear los rasgos de la cara de Trisha. Los labios eran un poco más carnosos; los ojos azules, más brillantes, y los pómulos, más altos, apenas. Diferencias sutiles que causaban un gran impacto.

—A nadie le importa que detestara la comida muy condimentada ni que insistiera en poner el vinagre antes que la sal en las patatas fritas, porque, según explicaba, tenía más sentido desde un punto de vista químico.

Kim se contentó con escucharla, pues no tenía ni idea de qué más hacer por esa familia. Había ido a tranquilizarlas, pero no querían escucharla. Era como si ya se hubieran resignado al peor resultado posible. En parte, se preguntaba si, al intentar que cambiaran de opinión, no les estaría haciendo algún flaco favor, puesto que tenían razón en que ella no podía garantizarles un veredicto condenatorio. Ojalá fuera así.

—De acuerdo, señora Colgan, no la molestaremos más. —Kim se puso de pie—. Pero, si necesita algo, llámenos. —Entregó a la mujer una tarjeta que sacó del bolsillo de la chaqueta y se dirigió a la salida principal.

Frost recogió sus pertenencias y dio el pésame antes de que la puerta se cerrara tras ellos.

—Bueno, esto ha sido una pérdida de tiempo, ¿no? —resopló mientras esperaba a que Bryant abriera las puertas del coche.

—Ya te lo he dicho, Frost, hoy no te vamos a dar ningún titular importante.

—Sí, no sería noticia de portada que tus dotes de percepción ahí

dentro no hayan sido las mejores.

Kim cogió la bola de estrés.

—¿De qué demonios estás hablando? —estalló—. Tú misma has visto cómo se sentían las dos. No había nada más que pudiéramos hacer para ayudarlas.

—Sí lo había, pero tú no lo has visto. Penny Colgan solo quería hablar de su hermana. Para ella misma y para ti, quería recordar la persona que había sido Trisha. Quería que conocieras a la mujer, no a la víctima.

Bryant no comentó nada. Era su forma tácita de decir que estaba de acuerdo con Frost. Kim había precipitado su salida porque pensaba que se estaban metiendo a la fuerza en el dolor de otros y que, para esas personas, tenerlos allí no era una experiencia positiva.

—Estás soltando mierda, Frost —se quejó. No sabía qué más decir.

—Te lo juro, Stone. A veces, tus ingeniosas réplicas...

Calló cuando el teléfono de Kim empezó a sonar.

«Mierda, ahora no, Keats», pensó en cuanto leyó el nombre en la pantalla.

Abrió la puerta del coche y volvió a salir.

—Stone —respondió.

—Hayes T-Trading Estate, en Lye —dijo el médico forense, y colgó.

Ella se quedó mirando el teléfono, estupefacta. Ya no era que Keats ni siquiera la hubiera saludado, ni sido sus bruscas maneras ni la estuviera citando en un lugar. Estaba muy acostumbrada a todo eso.

Lo que nunca había notado antes era el temblor que acababa de oír en su voz.

Capítulo 4

De vuelta al coche, Kim no mencionó la llamada.

—Hayes Lane, en Lye —indicó a su colega mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

Ya se había dado cuenta de que, si llevaban a Frost a la comisaría, donde estaba aparcado su coche, perderían un tiempo valioso. Tampoco podía hacer valer su amenaza de dejarla tirada en el arcén; no con esos malditos tacones. Pero en la voz de Keats había algo que ella nunca había oído. ¿Con qué demonios se iban a encontrar?

Frost interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué dicen tus famosos instintos, Stone?

Por una fracción de segundo, Kim pensó que la reportera le preguntaba hacia dónde se dirigían. Espabiló para volver con la mente al lugar del que acababan de salir.

Sin embargo, cuando estaba a punto de abrir la boca para decir algo, recordó quién le hacía la pregunta.

—Creo que nuestro sistema de justicia...

—No me jodas, Stone. Ni siquiera tengo a mano el bloc de notas. Te estoy haciendo una pregunta muy simple. Por una vez, solo una vez, me gustaría tener una conversación normal contigo.

—Bueno, cuando te retires, llámame y...

Captó la sutil mirada de reojo de Bryant y cerró la boca. Entendió el mensaje. Quizás su colega tenía razón.

—Vale. Mi instinto no está tan seguro, como yo quisiera, de que lograremos una condena —admitió—. Y eso se queda en este coche.

—Te has explayado, ¿eh? Créeme, no sería un titular con potencial para vender periódicos. ¿Por qué dudas, entonces?

Kim fijó la mirada al frente. De ninguna manera iba a responder a eso.

Al cabo de unos segundos, Frost gimió.

—Maldita sea, Stone, tienes serios problemas de confianza. Y, vale, yo también estoy preocupada, y me alegra decirte por qué.

—Hazlo, por favor —dijo Kim, aunque deseaba que Bryant pudiera viajar hasta Keats a vuelo de pájaro y llegar antes.

—Vale, la cínica que hay en mí se pregunta qué será diferente esta vez. De hecho, creo que la Fiscalía de la Corona se enfrenta a un reto aún mayor en este segundo intento.

—Continúa. —Frost aún no había dicho nada con lo que ella no estuviera de acuerdo.

—Bueno, Nick Morley no hizo nada antes de su primer juicio. Ese cabrón arrogante pensó que iba a salirse con la suya, sin más. Y estuvo a punto de conseguirlo gracias a la percepción que el jurado tenía de él. En el tiempo transcurrido desde entonces, ha sacado el máximo provecho de su imagen. Ha seguido explotando lo mismo que causó la anulación del primer juicio. Se ha esforzado, pero no hay nuevas pruebas, así que creo que la balanza se inclina aún más a su favor.

Y esa era, tal cual, la razón por la que Kim no estaba convencida del resultado.

Bryan giró el coche hacia la zona comercial.

—¿Adónde demonios vamos? —preguntó Frost.

En la parte más alta de había una única vía que la atravesaba en línea recta, de la que partían calles secundarias. No había actividad en el punto más alto, así que Bryant siguió conduciendo con lentitud. Los dos detectives miraban a izquierda y derecha entre carteles destrozados. Muchos de los negocios que anunciaban ya no

existían. En algún momento, la pequeña ciudad de Lye había sido un próspero centro de pequeños comercios y tiendas locales. Sin embargo, las continuas recesiones la habían golpeado, negocio tras negocio, hasta que los comerciantes propietarios se vieron obligados a cerrar.

A su alrededor, el número de comercios menguaba.

—No sabía que esta calle llegaba tan abajo —observó Kim.

Bryant tomó una suave curva que los llevó a perder de vista el resto de los comercios.

—Ahí —dijo Kim.

La furgoneta de Keats, entre dos coches patrulla, estaba a la entrada de lo que había sido un almacén mayorista de cortacéspedes. La propiedad ocupaba una superficie equivalente a dos campos de fútbol y se encontraba a cuatrocientos metros de su vecino más cercano.

—¿Vamos a una escena criminal? —preguntó Frost con entusiasmo.

—Nosotros, sí; tú, no —dijo Kim—. Aparca aquí, Bryant. —Quería poner la mayor distancia física posible entre la reportera y un asunto que no le concernía. Se giró en su asiento—. Frost, quédate en el coche. Y lo digo en serio. No te atrevas a moverte o te juro que...

—Vale, vale, deja de hacerme la maldita puñeta. La Virgen, qué mala...

Kim salió del vehículo sin escuchar el resto. Bryant la siguió.

—¿Hay manera de encerrarla? —preguntó Kim mientras se alejaban.

—Jefa, la cosa es que hasta a los perros hay que dejarles una ventana abierta.

No tuvo tiempo de discutir, porque se cruzó con dos agentes que flanqueaban a un hombre de mediana edad que apestaba a vómito.

A ellos también se los veía un poco verdes.

Bryant le ofreció unas zapatillas protectoras.

—Toma, jefa.

Kim se las puso y atravesó enseguida una puerta de persiana cuya vista había quedado oculta tras los vehículos.

Al contemplar la escena, sus pies dejaron de moverse. De su boca no salieron más que cuatro palabras:

—¿Qué coño es esto?

Capítulo 5

Kim se esforzó por encontrarle sentido a lo que tenía delante: un hombre de edad indeterminada estaba esposado de pies y manos a una jaula con ruedas como las que se usaban en los almacenes para el transporte de suministros. Estaba desnudo. Con los brazos y las piernas bien abiertos, parecía formar una grotesca estrella.

Cada centímetro de piel que había al descubierto estaba quemada y ampollada con llagas blancas que iban desde el tamaño de una uña hasta el de una pelota de golf. En algunas zonas, las ampollas habían reventado hasta dejar al descubierto tramos de piel enrojecida.

Se volvió hacia Keats para apartar la mirada de aquella horrible escena.

Tres cubos metálicos, que formaban un triángulo, estaban ardiendo. El intenso calor había teñido de marrón la superficie externa de los recipientes. Las tapas estaban puestas de tal forma que permitían el paso del humo y ralentizaban su salida.

Kim pasó la mirada por aquel vasto espacio. Se preguntaba cuánto tiempo habría tardado en llenarse de humo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Sí, no tengo palabras —observó Keats—. Lo cual es toda una novedad para mí y, me imagino, que algo aún más raro para ti, inspectora.

Ella pasó por alto la pulla, contenta de que la voz del médico forense hubiera vuelto a la normalidad.

Volvió a echar un buen vistazo. El lugar estaba vacío, salvo por la incongruente escena que tenía ante los ojos y una única silla de metal, a seis metros de distancia.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Este hombre ha sido torturado lenta y horriblemente —declaró Keats.

—No me digas, Keats.

Eso lo sabía. Ya se había dado cuenta.

Con el rostro, Bryant señaló la entrada.

—Jefa, ¿me permites...? —preguntó.

Sin esperar una respuesta, salió a ver al tipo que había sentado en el suelo. No lo culpaba. De haber podido salir, también lo habría hecho.

La mayoría de las escenas criminales se quedaban en la memoria de los policías. Algunas permanecían en un primer plano de la mente consciente y eran más difíciles de archivar. Kim conocía a muchos agentes que habían recurrido al alcohol o a las drogas en un intento de adormecer el horror y encontrar alivio ante ciertas imágenes. Pero algunas escenas permanecían con uno hasta la muerte, sin importar lo que usara para intentar borrarlas. Y esta, sin duda, sería una de esas.

A paso lento, rodeó el cuerpo. Estaba atado a la jaula de acero con cuatro juegos de esposas: una en cada muñeca, una en cada tobillo. Tenía las extremidades lo más extendidas posible.

Con solo entrar en el almacén, Kim ya había sentido el azote del hedor a carne carbonizada. El olor acre se mezclaba con el persistente aroma del humo y la suciedad cenicienta de los contenedores.

Toda la piel visible de la víctima era rojo fuego o ampollas. Sin embargo, Kim notó que el pelo estaba intacto. Recordaba haber leído en alguna parte que el cabello no sufría cambios físicos hasta que la radiación térmica superaba los doscientos cuarenta grados Celsius.

Señaló la jaula.

—¿Puedo? —preguntó.

Keats le entregó un par de guantes de látex.

Ella movió el carro con un impulso suave.

—Dios —exclamó. Qué fácil era empujarlo, incluso con el peso muerto de un varón de tamaño medio a bordo.

Era obvio que a ese hombre lo habían esposado a la jaula para moverlo con facilidad e irlo girando hacia el calor de manera intermitente. Ninguno de los tres contenedores encendidos se había movido de su lugar. Había sido la víctima a quien habían hecho girar alrededor.

Pero, para Kim, el horror más grande era la silla. El hijo de puta que había hecho aquello se había tomado la molestia de llevar una silla para contemplar el espectáculo, como si fuera una barbacoa y esperara a que se cocinara el filete.

—Enfermizo, es absolutamente enfermizo —soltó mientras recorría de nuevo las inmediaciones.

—¿Quieres un poco? —Keats le ofreció Vicks VapoRub para que se lo pusiera debajo de la nariz.

—¿No piensas volver a ducharte? —le preguntó, rechazándolo con un ademán.

No quería refugiarse de esa fetidez. Tenía que llevarse consigo esa característica de la escena criminal. La ayudaría a formarse una imagen completa, una que le recordaría lo que había ocurrido allí. Y también fijaría en su mente qué clase de persona buscaba.

Keats leyó sus pensamientos.

—¿Algún psicópata?

—Tiene que serlo —reconoció ella—. Ninguna persona capaz de experimentar sentimiento alguno podría hacer algo así.

—Como tú comprenderás —replicó él, por cobrarse el comentario

de la ducha.

—Sobre todo, si tú fueras el que estuviera ahí colgado —respondió ella.

En ese momento, Bryant entró y se puso al lado de su jefa.

—Sí, esto ha sido tan terrible como pensaba —dijo, y lanzó una rápida mirada a la víctima, como si, en su breve ausencia, la escena hubiera cambiado. Se refería al tipo que habían visto sentado en la entrada—: Seamus O'Halloran, escocés… Solo bromeaba. Es irlandés. Lleva aquí diecisiete años. El hombre creía que los portales de nuestras tiendas eran mejores que los de Belfast. Se topó con el cuerpo mientras atajaba a través de la zona comercial para llegar a Cradley Heath.

—Pero ¿qué lo ha hecho…? Ay, no; no me lo digas —pidió, y contuvo un gemido.

Bryant asintió.

—Lo siento, jefa. El tipo entró aquí porque pensó que algo olía bien.

El gemido terminó por escapar. Kim se preguntó si el pobre hombre de la jaula rodante podría sufrir más humillaciones.

—Gracias, Bryant. Entonces, Keats, ¿de cuánto tiempo hablamos?

—Diría que unas doce horas, pero sabré más cuando me lo haya llevado a casa.

Kim se dio la vuelta para marcharse, pero sintió que había metido la pata. Se volvió hacia el médico forense.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Bueno, su nombre y dirección, creo.

La detective soltó un sonoro suspiro. Como no había ropa, había supuesto que las pertenencias de la víctima habían desaparecido.

Extendió la mano.

El médico se sacó del bolsillo una bolsa de pruebas y se la tendió.

Ella cogió el móvil y sacó una foto del permiso de conducir.

La víctima se llamaba Keith Phipps y tenía treinta y ocho años. La foto del permiso de conducir guardaba muy poco parecido con la cara chamuscada que tenían delante.

Le devolvió la bolsa.

—Keats, te juro…

El alarido de una de mujer, seguido del estruendo de un golpe, llenó el espacio.

«Oh, no», pensó Kim, y corrió hacia la entrada. Se había olvidado de un pequeño detalle.

La puñetera Tracy Frost.

Capítulo 6

—¿Estás segura de que te pondrás bien? —le preguntó Kim a la reportera cuando estaban entrando en el aparcamiento de la comisaría de Halesowen. Habían hecho todo el viaje en silencio.

Al mirar el bulto en el suelo del almacén, a Kim se le esfumó la rabia que, al principio, esa mujer le había provocado por desafiar sus órdenes en la escena del crimen. Segundos antes de desmayarse, Frost había perdido el color.

Los dos agentes a quienes había conseguido burlar la ayudaron a sentarse contra la pared del almacén. Poco después, en cuanto abrió los ojos, se encontró con una Kim que se erguía sobre ella con los brazos cruzados. La confusión se le quedó marcada en las facciones hasta que su cerebro reprodujo la escena que acababa de presenciar. Se giró hacia un lado y vomitó.

El caballeroso Bryant le había tendido un pañuelo y le había dicho que se lo quedara. Después de que Frost se hubiera limpiado la boca, Kim le preguntó:

—¿No has sido capaz de imaginar que, si te he pedido que te quedaras en el coche, era por tu propio bien?

—No —había respondido Frost, convencida.

Kim giró en su asiento.

—Y ahora tenemos que dejarte aquí, ¿lo entiendes? —preguntó.

—Sí, lo entiendo.

Kim juraría haber oído cierto tono de alivio en esa voz.

—Y sabes que no puedes...

—Stone, escribir sobre ese tema significaría recordarlo, y pienso

tratar de quitarme esa imagen de la cabeza cuanto antes.

La pizca de color que había recuperado pareció desvanecerse con solo volver a pensar en ello.

—¿Estarás bien? —volvió a preguntarle Kim. Se sentía un poco culpable por la expresión de pánico que aún se reflejaba en el rostro de la reportera.

—Sí, estoy bien. Gracias, chicos, ha sido una pasada —dijo, y se bajó del coche.

La vieron llegar hasta al Audi, cojeando, con el enorme bolso colgado del hombro. Kim ya le había explicado que no les quedaba más remedio que seguir adelante sin ella. Y Frost no les había puesto ninguna objeción.

La detective había esperado más resistencia y previsto que la reportera intentaría meterse a la fuerza en una investigación activa de asesinato, pero ahora tenía la sensación de que la mente de esa mujer ya estaba en otra parte.

Salió del coche y se dirigió a la comisaría.

Tracy Frost ya no era importante.

Había un psicópata al que encontrar.

Capítulo 7

Ya en la seguridad de su propio espacio, Frost respiró hondo unas cuantas veces. El cuerpo ya la había traicionado en otras ocasiones, y lo maldijo.

Había salido del coche siguiendo su instinto natural de enterarse de todo. ¿Cuántos periodistas habían podido asistir en primera fila a una escena criminal fresca y jugosa? Era una oportunidad demasiado buena como para desaprovecharla. Pero ella había esperado ver un cuerpo tendido en el suelo, casi oculto detrás de la gente; una prenda de vestir o el color del pelo, o tal vez una herida mortal, como una puñalada. No encontrarse con un hombre desnudo, atado a una jaula rodante y con la mayor parte del cuerpo quemada.

Y, mientras ante sus ojos aparecían destellos, había visto a la inspectora detective Stone de pie, junto al cadáver, estudiándolo, analizándolo, considerándolo una pista. ¿Cómo demonios hacía aquello?

Sí, la visión había sido sobrecogedora, pero era su propia reacción la que la había sorprendido. Siempre se había imaginado a los agentes de policía acudiendo a las escenas del crimen y observando los cadáveres con frialdad desde el primer instante, del mismo modo en que uno observa un plato de bollería antes de elegir. Tenía asumido que la escena no le provocaría reacciones emocionales, ninguna, que era solo parte del trabajo. Pero ¿cómo se preparaba uno para un espectáculo así? ¿Cómo podía alguien estar mentalmente preparado para absorber y procesar una escena como aquella?

Sacó su cuaderno y empezó a anotar pensamientos. Sabía que Stone estaba extrañada de que no le hubiera hecho más preguntas sobre el asesinato ni la víctima, pero, la verdad, no quería hacer nada que fijara esa imagen en su mente. Por muy jugoso que fuera, Fitz tendría que pasárselo a otro.

No podía escribir una historia sobre lo que había visto. Sin embargo, por su cabeza rondaban otros pensamientos de esa mañana. Los agentes de policía rara vez tenían una idea clara de lo que iban a encontrarse en la escena de un crimen. No tenían ni idea del horror que los esperaba. ¿Cómo se entrenaba uno para eso? ¿Y si les afectaba de más? ¿Y si se sentían abrumados por la visión hasta quedarse incapacitados? Por otra parte, si no pudieran hacer su trabajo, ¿qué diría eso de ellos como individuos?

De vuelta en el coche, Stone se había mostrado distante y reservada. Durante años, Frost había creído que esa mujer tenía un solo gesto, pero ahora se daba cuenta de que, según la situación, el ceño fruncido podía expresar diferentes matices y variaciones emocionales.

Que las dos se llevaban mal no era ningún secreto, a pesar de que, juntas, habían tenido un escarceo con la muerte un par de años antes. Sin embargo, Tracy Frost prefería pensar que entre las dos había un respeto mínimo. Y era consciente de que, a veces, hacía poco por ganarse ese respeto desde su puesto actual en el Dudley Star.

No sentía más que admiración por los verdaderos periodistas, aquellos que iban a pie a países asolados por la guerra, los que informaban sobre situaciones de vida o muerte, los que se ponían en peligro frente a grupos rebeldes o ante gobiernos corruptos o herméticos con tal de que la noticia llegase a la gente. Esas personas informaban sobre hambrunas y genocidios, sobre la difícil situación de los refugiados y los niños hambrientos y moribundos, y ella sabía que estaban hechos de una pasta mucho más dura que la suya.

Hacía un par de años, tras cierto caso muy sonado que ella había cubierto en las Midlans, un diario del este de Londres había contratado sus servicios. Y Frost les había durado poco más de dos meses.

Al principio, la entusiasmaron la gran ciudad y sus alrededores, pero no había tardado en ver el lado oscuro: las drogas, los sintecho, la pobreza detrás de las llamativas luces.

La crisis se produjo cuando su jefe insistió en que hiciera un

reportaje sobre una madre negligente de Hackney, una mujer que había provocado una sobredosis de heroína a una niña de quince años. Frost había echado mano de todos los trucos posibles para conseguir una entrevista. Sin embargo, en lugar de una madre negligente, se había encontrado con una mujer que había perdido la perspectiva mientras trataba de conservar dos empleos, puesto que el casero le había aumentado un setenta por ciento el alquiler de la vivienda en un barrio marginal. Esa era la historia que ella había querido publicar, pero el editor se había negado. Había insistido en que el artículo se concentrara en la negligencia.

Ese día, Tracy Frost recordó que, si bien era despiadada, no lo era hasta ese extremo.

Por suerte para ella, el director del Dudley Star no había cubierto su puesto y estuvo dispuesto a admitirla de nuevo. Ahora sabía que no era cierto que la hierba fuera más verde en el otro prado, sino que a veces no era hierba de verdad.

Arrancó el coche y volvió a inspirar hondo.

Esa mañana tan llena de acontecimientos había visto algo que se quedaría grabado en su memoria para siempre y, sin embargo, mientras daba marcha atrás para salir del aparcamiento y alejarse de allí, ese no era el pensamiento que invadía su cabeza.

Capítulo 8

Cuando Kim fue a servirse un café recién hecho, se dio cuenta de lo mucho que Frost había tardado en marcharse. Estaba sorprendida. Quizá la experiencia había afectado a la reportera más de lo que había pensado; o estaba tomando notas para no olvidar ningún detalle. Nada de eso cambiaba las cosas. Woody nunca dejaría pasar un artículo sobre el suceso, fuera cual fuera el tipo de texto que Frost eligiera escribir.

Se volvió hacia el equipo y levantó su taza.

—Gracias a quien lo haya preparado —dijo.

Penn levantó una mano para atribuirse el mérito.

Estupendo. Stacey no bebía té ni café, así que sus intentos no conseguían los mejores resultados.

Bryant ya había informado al equipo, minutos antes, mientras ella ponía al día a Woody. Y, durante la conversación con su jefe, aparte de la noticia del crimen, él le había preguntado si ya había hecho «aquello». Woody sabía muy bien que Kim trataría de escudarse en la investigación de asesinato para aplazarlo todo un poco más, pero no estaba dispuesto a dejarla salirse con la suya. Al final, ella había afirmado que abordaría «aquello» en unos minutos.

—Bien, la autopsia es a las tres. —Penn levantó la cabeza, expectante. Kim asintió—. Sí, es tuya, pero prepárate: será dura.

—No hay problema.

Stacey sacudió la cabeza.

—Penn, eres un bicho raro.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó él con una sonrisa reluciente.

—Que te pongas los cascos sin sonido —respondió ella.

Penn bizqueó.

—¿Quién dice que no hay sonidos? —preguntó.

—Vale, basta ya —dijo Kim. Si los dejaba, esos dos seguirían gastándose bromas durante horas, y en ese momento no las podían malgastar.

El primer deber del equipo era dilucidar si el crimen estaba motivado por la víctima o por el asesino. ¿Dónde encontrar el hilo del que tendrían que tirar con las uñas para desenredarlo? ¿Mitch, el principal técnico forense, sería capaz de encontrar pruebas que los condujeran hasta el asesino? ¿La historia de la víctima los ayudaría a averiguar la identidad del criminal?

—En pocos minutos, Bryant y yo iremos al domicilio de la víctima. Mientras estemos fuera, quiero que encontréis toda la información posible sobre nuestra él y que comprobéis los circuitos cerrados de videovigilancia de la zona. Esto estaba bien preparado. El asesino tenía que conocer el lugar. No se trata de un edificio con el que uno se toparía por casualidad al pasear por el polígono. El asesino debe haber llegado en un vehículo de tamaño decente para poder transportar los contenedores, la jaula rodante, la silla y el combustible.

Stacey y Penn tomaban notas mientras ella hablaba. No necesitaba ser más específica. Sus colaboradores se repartirían el trabajo.

Pero, antes, había algo que no podía seguir posponiendo: «Aquello».

—Stace, tenemos que hablar. —Señaló el Tazón.

Café en mano, esperó a que la ayudante de detective entrara y cerró la puerta.

—Siéntate, Stace.

—Así estoy bien, jefa, pero me estás asustando.

—No has hecho nada malo. De hecho, es todo lo contrario; ahora,

por favor, siéntate —le dijo, y fue al otro lado del escritorio.

La distribución le resultaba extraña. Se sentía más a gusto en la sala de la brigada, apoyada en el borde del escritorio de reserva.

Stacey se sentó.

—Woody y yo hemos hablado de tu rendimiento y él… Los dos creemos que estás lista para la siguiente etapa de tu carrera.

—Vale —dijo la ayudante, y juntó las manos.

—Es hora de que te presentes al examen de sargento.

Stacey la miró, sorprendida.

—Vale —repitió—. Es decir, si de verdad crees que estoy preparada.

—Estás lista —dijo Kim sin vacilar—. Has crecido tanto en confianza como en habilidad, y tu madurez siempre ha superado la propia de tu edad. Serás de gran valor para cualquier equipo.

—Gracias, jefa. De verdad, no sé qué decir. Agradezco la fe que has puesto en mí y daré un poco…

—Estupendo. Deja todo en mis manos y empecemos con esto, ¿vale?

—Va-vale, jefa, gracias —Stacey se puso de pie.

Kim abrió sesión en su ordenador para iniciar el proceso.

Había tenido la suerte de presenciar cómo crecía la ayudante de detective; sin embargo, era hora de que las cosas cambiaran.

Capítulo 9

—Sé lo que acabáis de hacer —dijo Bryant cuando llegaron al coche.

—Buen trabajo, Sherlock —replicó ella—. Si esto de ser chófer te va mal, siempre puedes intentar...

—¿Te das cuenta de que, si ella llega a sargento, uno de nosotros tendrá que marcharse?

—Y más te vale que no sea yo quien elija —le soltó ella. Sabía que su compañero tenía razón, pero la elección no dependería de Kim. En un equipo de cuatro no podía haber tres sargentos detectives. Lo más probable era que Stacey fuera trasladada a otro grupo. Esa idea no la atraía en absoluto, pero la chica tenía demasiado potencial como para desaprovecharlo—. Es lo correcto, Bryant —dijo más para sí misma, que para nadie. Hizo una pausa y continuó—. Pasando a temas más triviales, qué gracioso que Frost se desmayara, ¿no crees? —preguntó con una sonrisa diabólica.

Habían decidido no mencionar ese detalle al resto del equipo. Por divertido que fuera, solo había servido para recordarles que Frost no era tan dura como quería hacerles creer. Miró por la ventanilla. El desmayo había sido la única parte trivial de semejante escena del crimen, pensó mientras Bryant conducía en silencio.

Había muchas cosas que tomar en cuenta en ese asesinato. La logística del crimen le decía que se trataba de un homicida bien organizado: había buscado el lugar propicio para torturar y matar a su antojo y había planeado con precisión cómo hacerlo. Había llevado el equipo necesario y se había sentado a observar. Y eso era lo que ella recordaba una y otra vez. Tenía que ser una de las escenas del crimen más horribles que hubiera presenciado. ¿Con qué clase de monstruo estaban lidiando?, ¿y por qué esa víctima? Pocos crímenes merecían semejante castigo.

—Creo que es aquí arriba. —Bryant salió de la carretera principal

de Halesowen y entró por una calle lateral de Old Hill.

Había una hilera de seis pequeñas casas adosadas a espaldas de una tienda de patatas fritas y un pequeño comercio de tornillería.

Bryant buscó un lugar para aparcar al fondo de la calle.

—Ni siquiera sabía que esto estaba aquí —observó ella.

—Sí, está un poco escondido.

Al salir del coche, Kim aún sopesaba cuánto debía revelar a los miembros de la familia.

La cuestión del sufrimiento surgía entre la mayoría de los afligidos familiares. En ocasiones, ella conseguía esquivar las preguntas y evitar la verdad, pero en este caso no había forma de endulzar nada. Al final, tendrían que saberlo. Dolor sobre dolor.

—¿Lista? —le preguntó Bryant antes de llamar a la puerta principal.

—No, pero es mejor hacerlo de todos modos.

La puerta se abrió antes de que Bryant terminara de bajar el brazo.

La mujer que les abrió era alta y delgada, de una estatura cercana al metro setenta y cinco de Kim. Vestía vaqueros desteñidos, botines y sudadera. Tenía el pelo liso, de color castaño, y lo llevaba corto.

—¿Señora Phipps? —preguntó Kim. No se sorprendió al ver que la mujer negaba con la cabeza.

—Soy, Leanne, su hermana. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó sin apartarse de la puerta.

Tanto Kim como Bryant mostraron sus identificaciones. La mujer, aunque con pánico en los ojos, seguía sin moverse.

—¿Está la señora Phipps? —preguntó Kim.

—Sí, pero ¿de qué va esto?

La detective tenía suficiente paciencia con las familias en duelo,

pero no eran infinita. Sobre todo con personas que la obligaban a postergar el cumplimiento de su trabajo.

—Esto tiene que ver con el marido de la señora Phipps, prefiero hablar con ella.

Leanne pareció considerarlo, como si la decisión fuera suya.

Kim avanzó un paso.

—Si pudiéramos...

—De acuerdo, será mejor que entren —dijo, y se hizo a un lado.

Solo cuando estuvo en el pequeño recibidor, la detective se dio cuenta de que las pesadas cortinas de terciopelo estaban parcialmente cerradas. Apenas dejaban un hueco para asomar la cara.

Leanne abrió las cortinas.

—Migraña —explicó.

Kim no supo si esta mujer se refería a sí misma o a su hermana.

—Oye, Leanne, ¿tienes...?

—Son agentes de policía, Diane —la cortó Leanne.

La mujer que acababa de entrar en la habitación era menuda y rubia, a diferencia de su hermana. Su piel clara, sin maquillaje alguno, tenía manchas en algunas partes.

—Señora Phipps, ¿le importaría sentarse? Me temo que tenemos malas noticias acerca de su marido.

Diane miró a su hermana y se sentó.

Antes de empezar a hablar, Kim posó la mirada en una fotografía que había sobre la repisa de la chimenea. Mostraba a dos chicos preadolescentes, probablemente con un par de años de diferencia, que vestían con orgullo el uniforme escolar. El corazón se le hundió

aún más.

—Señora Phipps, me temo que ha habido un incidente con su marido.

Leanne se sentó junto a su hermana. No le agarró la mano, como Kim habría esperado, sino que apoyó su propia mano en el antebrazo de Diane.

En los ojos de esta destellaba el miedo. A Kim le habría encantado tranquilizarla y anunciarle que no había ido a darle las peores noticias posibles.

—Me temo que su marido ha muerto.

Diane abrió la boca, pero fue Leanne quien habló.

—¿Está segura de que es él?

Diane esperó la respuesta, esperanzada.

—Estamos seguros —dijo Kim. A pesar de las quemaduras en la cara, la víctima aún era reconocible como el hombre del permiso de conducir.

El cerebro de Diane se esforzaba por captar la noticia.

—¿Ha sido un accidente?

Esa pregunta sobre la forma de la muerte llegaba demasiado pronto. Kim disimuló su sorpresa.

Movió la cabeza de un lado al otro.

—Su marido ha sido asesinado.

Los ojos de Diane se dirigieron de inmediato a la foto de la chimenea.

—Ay, Dios, ay, no. ¿Qué hay de…?

Leanne, sin mostrar la menor emoción, interrumpió a su hermana.

—¿Hay que identificar el cadáver? —preguntó.

—Sí, pero eso podrá esperar a que…

—Creo que, cuanto antes, mejor, ¿no? —dijo, y se puso de pie.

En el antebrazo de Diane, donde había estado la mano de Leanne, Kim distinguió un enrojecimiento.

Frunció el ceño y no dio señales de querer marcharse. Clavó la mirada en la mujer a la que acababan de destrozarle la vida.

—Dadas las circunstancias, antes de eso, preferiríamos hacerle algunas preguntas a su hermana —dijo Kim—. Señora Phipps, ¿cuándo vio a su marido por última vez?

Necesitaba trazar una cronología.

—Hace dos días —respondió Diane.

Aunque cada uno expresaba su pena de forma diferente, a Kim la desconcertaba que Diane Phipps aún no hubiera llorado. Era como si reservara su reacción emocional para otra cosa. Quizás estaba pensando en cómo decírselo a los chicos, razonó.

—Era sábado por la mañana —continuó Diane—. Salió a por el periódico, como todos los sábados. Lo llamé al cabo de una hora, pero saltó el buzón de voz. Volví a intentarlo más tarde y ocurrió lo mismo.

Los instintos de Kim empezaban a reaccionar.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó.

—Llamé a mi hermana, que vino a quedarse conmigo.

—¿Ha llamado a los amigos de su marido, a sus colegas, a los lugares adonde le gustaba ir?

Diane negó con un gesto.

—Es un solitario. No tiene amigos. Trabaja en la construcción, para

J. Norris e Hijos, pero, en realidad, no trata con nadie.

—¿Y usted ha denunciado su desaparición? —preguntó la detective, que hacía un esfuerzo por aceptar la historia al pie de la letra.

—No era la primera vez —intervino Leanne mientras Diane negaba con la cabeza—. De vez en cuando se va de juerga. Desaparece unos días y vuelve como si nada.

—¿Tenía problemas con la bebida?

—No era alcohólico —lo defendió de inmediato Diane.

—A lo mejor solo necesitaba desahogarse un poco. Por eso Diane no llamó a la policía. No quería hacer perder el tiempo a nadie. Esperaba que su marido volviera por la puerta en cualquier momento.

Kim agradecía la participación de Leanne, pero habría preferido que fuera la esposa quien respondiera a sus preguntas. Volvió a centrar su atención en la mujer más afectada por la noticia.

—Señora Phipps, ¿se le ocurre quién podría querer hacerle daño a su marido?

—No, en absoluto. No. Era un hombre amable. No se relacionaba con mucha gente —dijo, y se reacomodó en su asiento.

—¿Quizás molestó a alguien en una de sus juergas?

Una pelea de borrachos era un motivo muy poco probable para lo que ese hombre había sufrido, pero Kim necesitaba, con desesperación, hacerse una idea del tipo de persona que había sido Keith Phipps.

—No, no lo creo. No era ese tipo de borracho. No era agresivo ni conflictivo. Era amable y… Dios, Dios, ¿cómo voy a decírselo a nuestros hijos?

De nuevo, Leanne se puso en pie.

—Creo que es suficiente por ahora. Diane tiene que asimilar esto

antes de que le hagan más preguntas. Me gustaría ir a identificar el cuerpo. Creo que habría que hacerlo de inmediato para que mi hermana pueda aceptar que él se ha ido.

Kim se sintió tentada de decirle a esa mujer que no se sobrepasara, pero también se preguntó si podrían sacarle algo de información mientras estuvieran lejos de su hermana. Detalles del matrimonio, tal vez.

—Vale, llamaré de camino al hospital. ¿Quiere venir…?

—Iré en mi propio coche, —Cogió unas llaves del alféizar. Se volvió hacia Diane—. A la vuelta, pasaré por el colegio y recogeré a los chicos.

—Señora Phipps, sentimos mucho su pérdida —dijo Bryant en voz baja mientras la hermana de Diane abría la puerta.

En el último segundo, Leanne volvió a la sala y dijo algo que Kim no consiguió escuchar. Siguió con algo parecido a «Y asegúrate de cerrar la puerta».

Capítulo 10

—¿Qué demonios ha sido esto? —preguntó Bryant en cuanto estuvieron en el coche.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—¿Lo preguntas en serio? Tengo ojos en la cara. Nunca había visto nada tan extraño entre dos hermanas. Ni una lágrima derramada por parte de ninguna, además de que una no puede esperar a ver el cadáver. Joder, qué raro.

—¿Sola será menos peculiar?, me pregunto. —Era evidente que esa mujer no estaba muy unida a su cuñado, pero ahora Kim se interesaba también por la dinámica del matrimonio de los Phipps.

—¿Por eso has aceptado que fuera a identificar el cuerpo con tanta antelación? —preguntó—. Pensaba que la ibas a mandar a hacer gárgaras.

Kim quería separar a las dos mujeres. De otro modo, no habría aceptado.

—Hablando de eso, avisa a Keats.

Ella marcó el número y, mientras le cogían la llamada, dio golpecitos con la uña en el dorso del teléfono.

—Inspectora, te he dicho que la autopsia será...

—Sí, Keats. Quizás tengas que posponerla un poco. Vamos de camino con un familiar para identificar el cadáver. —El médico forense se rio—. No estoy bromeando.

Las risas pararon.

—Stone, más te vale que sí.

—Es el único momento en que puede hacerlo —mintió. Podría

haberle dicho a Leanne que era imposible ver el cadáver tan pronto, pero necesitaba hablar a solas con una de las dos mujeres. Allí había un tufillo que no le gustaba.

—Stone, acabamos de bajar el cadáver de la jaula. Nos ha costado bastante, como ya imaginarás. Nos iremos de aquí enseguida, así que después del almuerzo sería...

—Imposible, Keats. Estamos ya de camino con el familiar, así que te sugiero que vuelvas a la morgue y que lo hagas con la mayor rapidez posible.

Capítulo 11

Penn miró a su colega.

—¿Estás bien, Stace? —preguntó.

Ya se habían repartido los deberes. Él se quedaría con los circuitos cerrados. Stacey tendría que comprobar los antecedentes de Keith Phipps. La jefa le había pedido que examinara primero a la víctima y que luego extendiera la investigación a toda la familia. Solo que Stacey no parecía estar investigando gran cosa.

Tras la reunión con la jefa, había vuelto a su asiento con un semblante resplandeciente. Pero, desde entonces, no había dicho una palabra.

—Sí, estoy bien.

—Vale, Stace, veo que no estás bien porque, en las últimas dos semanas, cada vez que has abierto la boca, ha sido para decirme que ahora eres una mujer casada. Si te pregunto «¿Quieres tomar algo?», me dices «Claro que sí, soy una mujer casada», y si te digo «¿Puedes pasarme esa carpeta?», me dices «No puedo, porque soy una mujer casada». —Frunció el ceño—. ¿Te has divorciado en esta última media hora?

—No, aún soy una mujer casada, pero la jefa acaba de darme alas. Quiere que me postule para sargento.

—¿Y? —preguntó Penn. La única persona sorprendida con esa noticia era la propia Stacey.

—No sé. Es...

—Stace, estás preparada, y la jefa lo sabe. Deberías ser sargento detective.

—¿Lo crees de veras? —preguntó.

—Con toda franqueza, suelo olvidar que no lo eres. Para ser justos, es genial que la jefa lo reconozca.

—Sí, creo que estoy un poco confusa, pero muy contenta.

En su voz, algo decía que no era cierto.

Volvió a su pantalla, y él, que había recibido el mensaje alto y claro, hizo lo mismo.

Stacey no quería hablar del asunto.

Capítulo 12

Frost se detuvo frente a la casa y apagó el motor.

Como reportera, su papel no era andarse con muchos miramientos ante la desesperación y la infelicidad de las personas; sin embargo, dudó antes de acercarse a la casa de Penny Colgan. No sabía si vacilaba por sí misma o por la mujer que había dentro.

Lo que sí sabía era que, horas antes, no habría querido irse. Habría querido pasar más tiempo con Penny, escuchar lo que tenía que decir. La dejaría hablar sobre su fallecida hermana.

Dejó sus sentimientos a un lado, salió del coche y llamó.

Penny, cuando le abrió la puerta, no hizo ningún esfuerzo por contener el gesto de sorpresa.

—Esta no es una visita oficial —dijo Frost—, la historia de Trisha me ha tocado el corazón y me gustaría saber más de ella.

Penny se hizo a un lado.

—Mamá sigue en el parque —dijo.

Frost se sentó.

—Siento que hayamos tenido que marcharnos a toda prisa —se disculpó.

—No pasa nada. Sé que ninguno de ustedes puede hacer nada. Creemos que él se saldrá con la suya y, aunque esa agente de policía parece muy segura de lo que dice, sé que piensa lo mismo.

—Para ser justos, han hecho cuanto ha sido posible contra la maquinaria propagandística de Nick Morley —dijo Frost. En esta ocasión, sintió la extraña necesidad de defender a la policía.

—Lo sé, y nos sentimos impotentes. De alguna manera, todo ha

girado en torno a él. Leo los artículos. El nombre de Trisha apenas se menciona. Y ella es la víctima. Él la destrozó de forma metódica, tanto física como mentalmente, y luego la asesinó. Ahora mismo, no hay quien se entere de lo especial que era Trisha antes de conocerlo, nadie quiere escuchar la mierda por la que tuvo que pasar mientras estuvo con él.

—Hábleme de ella —la invitó Tracy.

—Ah, Dios, ¿por dónde empiezo? Por ella se habrían hecho refranes. De verdad, iluminaba cualquier habitación. Cuando nació, yo tenía cinco años. Desde el momento en que me agarró un pulgar con su manita regordeta, me ganó. Disfruté cada instante de su infancia. Todo le encantaba. Veía lo positivo de cada cosa. —La mujer recordó algo y sus labios se curvaron en una sonrisa.— Trisha tendría unos cinco o seis años, y vio que mamá arrancaba las malas hierbas del jardín. Se horrorizó. Se puso a llorar. Dijo que eran seres vivos y que mamá los estaba matando. Sacó con cuidado hasta la última hierba de entre las baldosas y las puso en una maceta.

«Regó esas puñeteras hierbas hasta que crecieron demasiado para la maceta, y entonces insistió en que las lleváramos al parque y las plantáramos para que crecieran en libertad. Y eso hicimos —relató Penny, como si apenas pudiera creerlo—. No sé si ese es uno de los recuerdos que llevan a nuestra madre al parque todos los días. Solíamos ir mucho.

—¿Era una rebelde? —preguntó Tracy.

La mujer miró la foto.

—No. Una vez se quedó hasta tarde. Vio cómo mamá se preocupaba y no volvió a hacerlo —dijo—. Era hermosa por dentro y por fuera.

—¿Cómo conoció a Nick Morley?

—El grupo The Human League lo expresa mejor. De verdad: trabajaba de camarera en un bar de copas, o, mejor dicho, en el casino que está al lado del zoológico. Iba allí tres noches a la semana para pagarse la universidad. Tenía diecinueve años; él, diez más. Nick le pidió su número. Tres semanas después, eran

inseparables. Él quiso convencerla de que dejara la universidad, pero ella no estaba por la labor. Se licenció y se casaron a los seis meses. Ninguna de nosotras se sentía cómoda con ese matrimonio, por más que quisiéramos apoyarla y dejarla seguir con su vida, cada vez nos era más difícil.

—¿Por qué?

—Se mudaron a la parte rural de Romsley. La distancia no parece mucha, pero Trisha no había aprendido a conducir. Estaba en medio de la nada, sin un solo vecino en kilómetros a la redonda. No pasaba más que un autobús al día, y lo hacía a cinco kilómetros de su puerta.

—¿Nick ya era controlador antes de casarse? —preguntó Frost.

—De forma sutil, sí. Le daba consejos, aunque no la presionaba. Si él sugería que se cambiara de ropa y ella se negaba, lo dejaba pasar. La desaprobaba, pero no la forzaba. Ella se reía de esas cosas, aunque solo conmigo. Si yo la cuestionaba, me decía que había encontrado a su pareja y que lo amaba.

—¿Y eso cambió?

—La misma noche de bodas. Cuando ella se negó a recoger el traje de Nick y a doblarlo, él la la tiró al suelo de un empujón. Por supuesto, Trisha pensó que había bebido mucho y que era cosa de una sola vez, así que lo perdonó. Y no lo hizo porque él hubiera salido al día siguiente a comprarle un enorme ramo de flores, sino porque, de verdad, creía que estaba arrepentido y que no volvería a ocurrir.

Frost sintió que la recorría un escalofrío. Conocía esa historia tan bien como si la hubiera escrito ella misma; y, en cierto modo, así era.

Nueve años antes, había tenido sus propios roces con la violencia doméstica. Un chico con el que llevaba saliendo un par de meses la había empujado al suelo durante una acalorada discusión. Después, él se había mostrado compungido y arrepentido. Así que ella lo había perdonado. Sin embargo, en su fuero interno se dio cuenta de

que el chico había introducido algo nuevo en la relación: el miedo. A partir de entonces, ella reculaba ante la menor controversia. Prefería darle la razón y evitar así que el problema fuera a más. Se moderaba a sí misma para complacerlo, para evitar que la violencia resurgiera, hasta que una noche, durante una discusión, ella explotó y se defendió. Quizá lo que quería era averiguar hasta dónde podía presionarlo. Tal vez quería llevarlo al límite y que rompiera su promesa. Y lo había conseguido. El puño derecho del chico terminó estrellándose en la mandíbula de Tracy. Y aquella noche había terminado todo. Tracy llegó al punto de amenazarlo con llamar a la policía si trataba de ponerse en contacto con ella.

Quizá eso era lo que la había impulsado a volver con Penny y saber más de Trisha. Se estremecía porque ella misma podría haber sido la mujer de la que hablaban.

Volvió a centrarse en lo que le estaban contando.

—... la cosa, claro, no paró ahí. Iba de mal en peor. Ella mentía, por supuesto. Nos decía que las lesiones eran de accidentes o el resultado de sus torpezas.

«Le suplicamos que acudiera a la policía; sin embargo, cuanto más la presionábamos, más se retraía. Ya era bastante malo ver los cardenales, pero en los últimos dos meses parecía haberse convertido en otra persona. Después de mi accidente, sobre todo, dejó de...

—¿Accidente?

—Sí, me dieron por detrás. Tuve un latigazo cervical, nada demasiado serio. El tipo asumió su responsabilidad y recibí una indemnización, pero fue como si ella hubiera dejado de hablarme y de compartirme sus cosas solo porque yo tenía mis problemas. Yo notaba que Trisha perdía peso; su nerviosismo, que la luz desaparecía de sus ojos; percibía su ansiedad cada vez que sonaba su teléfono. —Penny parpadeó para contener las lágrimas—. Estuvo desaparecida siete días antes de que la policía investigara. Pasaron otros tres antes de que encontraran sus restos. —Frost sabía que, en el límite de la propiedad rural, los forenses habían encontrado huesos y dientes entre un montón de ceniza.

«Leo los artículos sobre ese tipo y me doy cuenta de que mi hermana y su calvario tienen cada vez menos que ver con la historia. Y lo que empeora todo es que a Trisha la habían advertido y, aun así, no encontró el valor para escapar.

—¿Advertido?

—Sí. Cuando ella y Nick ya llevaban un par de años casados, una mujer la contactó por Facebook. Por lo visto, había sido novia de Nick Morley. Le dijo a Trisha que estaba en peligro y que huyera.

Algo estalló dentro de Tracy, como si alguien hubiera pulsado un botón. Estaba allí para dejar hablar a Penny, puesto que la charla anterior había quedado a medias, pero, cuanto más escuchaba, más ganas sentía de hacer algo.

Con cada minuto un sentimiento antes desconocido cobraba fuerza.

Quería hacer que las cosas cambiaran. Quería ayudar.

Sacó su bloc de notas y su bolígrafo.

—¿Recuerda el nombre de la exnovia?

Capítulo 13

—¿Cuánto falta? —preguntó Leanne mientras esperaban para entrar en la sala de observación de la morgue.

No llevaban ni diez minutos allí y la mujer ya había mirado el reloj una docena de veces.

Al mismo tiempo en el que Bryant estaba aparcando su Astra Estate, la furgoneta de Keats había entrado en el recinto hospitalario. Sabía que el médico forense haría lo posible por preparar a la víctima y lograr que el proceso de identificación se hiciera con pulcritud. Estaría trabajando a toda velocidad, aunque sin prisas.

Kim se preguntó si esas atenciones y delicadezas tendrían algún sentido. Empezaba a pensar que esa mujer podría haber visto a su cuñado en la escena del crimen, en todo su horroroso esplendor, sin dejar que ninguna emoción escapara por sus poros.

—Supongo que no le tenía mucho cariño a su cuñado —comentó Kim mientras Leanne se paseaba delante de ella por decimoquinta vez.

—La verdad es que no.

—¿Por alguna razón en particular? —presionó.

—No, en realidad —respondió Leanne.

—¿Era violento con su hermana?

—No, no era de esos.

—¿La maltrataba de alguna otra forma?, ¿la dejaba sola a menudo?, ¿discutían? —»Maldita sea, dame algo», pensó Kim.

—No más que cualquier otro. Y no, no la maltrataba.

—¿Y a los chicos?

—No, adoraba a los chicos —respondió de regreso.

Kim se volvió hacia Bryant y le hizo una petición silenciosa.

Este se encogió de hombros, aunque captó el mensaje.

—¿Así que era un matrimonio feliz? —preguntó. La mujer no le estaba respondiendo a Kim, en absoluto.

—Como la mayoría. Han tenido altibajos. No tenían mucho dinero, así que se veían en la necesidad de estirar lo que les caía.

—¿Había problemas con el resto de la familia? —preguntó él.

—Eran solo ellos... y yo —añadió—. No hay más familia.

A Kim le parecía extraño que no hubiera más familiares por ninguna de las dos partes, pero Leanne no tenía motivos para mentir.

—¿Cuántos años...?

Keats abrió la puerta de la sala de observación.

—Ya pueden pasar —dijo.

Leanne cruzó el umbral. Kim y Bryant entraron enseguida y Keats salió por el lado opuesto de la sala. Se les habían quedado muchas preguntas por hacer, pero no les pareció correcto insistir mientras esperaban en silencio la llegada del cadáver.

Si era sincera, Kim odiaba aquella habitación más que la propia morgue. Los familiares nunca se adentraban en las zonas de trabajo del departamento. Ahí, en esa sala clínica y poco acogedora, tenían que hacerse a la idea de que un ser querido había muerto.

¿Inyectaría esa escena algo de emoción en la mujer que había entre ella y Bryant? Mientras rumiaba la pregunta, el ayudante de Keats abrió la puerta y entró con la camilla.

Las sábanas blancas y sencillas solían provocar reacciones de algún tipo entre los familiares. Kim se sorprendió al no detectar ninguna.

Solo percibió una creciente impaciencia por acabar con el trámite.

Keats detuvo la camilla y los miró a los tres.

En ese punto, lo normal era que Kim preguntara al familiar si estaba preparado, solo para darle unos instantes más de serenidad. Leanne no parecía necesitar semejante consideración.

La detective hizo una señal con la cabeza para que continuara el procedimiento.

Keats cogió la sábana por las esquinas superiores, la apartó y la dobló con delicadeza hacia atrás. Dejó al descubierto un rostro que, aunque no estaba tan quemado como el resto del cuerpo, revelaba fuertes traumatismos.

Kim tenía puesta toda su atención en los rasgos faciales de Leanne. Aunque la piel enrojecida de su cuñado y las ampollas en las mejillas le habían provocado una conmoción inicial, no mostraba horror ni desagrado.

La mujer se volvió hacia la detective.

—Me ha mentido, ¿verdad? —No era una acusación. Era, más bien, una observación—. Me ha dicho que no había sufrido.

—En realidad, nunca he respondido a esa pregunta —la corrigió Kim.

Leanne se volvió hacia Keats.

—Sí, es él —dijo—. No tengo ninguna duda de que este es Keith Phipps.

Keats volvió a cubrir la cara del hombre y arrastró la camilla hacia la salida.

Mientras el cadáver desaparecía, Leanne preguntó:

—¿Es todo? ¿Puedo irme?

—Esperaba que pudiéramos hablar un poco antes de…

—Tengo que recoger a los chicos y volver con Diane.

—De acuerdo, pero más tarde necesitamos discutir con ella los pormenores, cuando empiece a asimilar la noticia.

—Bien, denos hasta las siete, para hablarlo con los chicos. Creo que para entonces podremos darle respuestas más detalladas.

Parecía razonable, pensó Kim. Al menos, la mujer intentaba llegar a un acuerdo.

—Vale. Solo una cosa antes de que se vaya. ¿Se le ocurre quién querría hacerle daño a Keith Phipps?

—No, inspectora, no tengo ni idea —respondió Leanne sin pensarlo. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Kim se quedó con un nudo en el estómago. No tenía ninguna duda de que esa mujer acababa de mentir.

Capítulo 14

—No estoy encontrando mucho —dijo Stacey cuando volvió a su silla.

Penn también se sentó.

—Y yo estoy encontrando más de la cuenta —dijo.

—Keith Phipps no aparece en absolutamente ninguna plataforma de redes sociales.

Penn puso los ojos en blanco.

—¿Cómo nos las arreglábamos antes de Facebook?

—Lo dice un hombre que tiene más de cinco mil amigos.

—La gente me lo pide, y no me gusta decir que no.

—Claro, ¿por qué no? —comentó ella, distraída. Stacey rechazaba solicitudes a puñados.

—Tengo la teoría de que en Facebook hay gente rara de verdad.

—Bueno —respondió Stacey—, si tenemos en cuenta que hay más de dos mil setecientos millones de usuarios, yo diría que es una suposición razonable.

—¿Y si uno de esos sujetos me enviara una solicitud de amistad y yo lo rechazara, y eso terminara con su capacidad de controlarse? Podría seguirme y matarme mientras duermo.

Stacey se rio a carcajadas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Solo sobre lo último. La verdad es que no me gusta decir que no. No es como si fuera a interactuar con ellos o algo así.

Stacey se sentía tentada de preguntar qué sentido tenía aceptarlos, pero ya se había dado cuenta, hacía tiempo, que nunca entendería el enigma que era Penn.

—En resumen: no tengo nada interesante que compartir. ¿Y tú? —preguntó a su colega.

Él consultó un papel.

—De los cincuenta y cinco locales originalmente construidos y alquilados en el Hayes Trading Estate, treinta y seis siguen funcionando. Hay una cámara de videovigilancia fija en la entrada del polígono que capta los vehículos que entran, pero no tiene suficiente alcance para ver adónde van.

—Son buenas noticias, ¿no? —preguntó Stacey. Era la única entrada, bien lo sabían, por lo que el asesino tenía que aparecer en algún momento.

—Entre las veinticuatro horas anteriores a la hora estimada por Keats y la última vez que Keith fue visto con vida, han pasado ciento ochenta y tres vehículos lo bastante grandes como para transportar lo que nuestro hombre necesitaba para ejecutar su plan.

—Mierda —exclamó Stacey. Sería casi imposible relacionarlos con los comercios. Y, aunque Penn lograra esa hazaña, no había ninguna garantía de que el criminal no fuera, además, un auténtico visitante. Esa persona tenía que conocer de antemano el edificio abandonado.

—Qué mal, Penn, pero prefiero tu problema al mío. ¿Cómo es posible que, de una familia de cuatro personas, ninguna está en ninguna red social?

—Estoy seguro de que no es tan raro, Stace. —Consultó su reloj—. Dicho esto, me tengo que ir.

—¿Podrías no emocionarte tanto por asistir a la autopsia de un hombre calcinado?

Él descolgó su chaqueta de la silla.

—No estoy emocionado. Son ganas de aprender —la corrigió.

Ella puso los ojos en blanco mientras la espalda de su compañero desaparecía más allá de la puerta y, cuando estuvo segura de que ya se había ido, sacó su teléfono y tecleó un mensaje para su ahora esposa, Devon.

Hola, D., ¡la jefa me ha propuesto para sargento detective!

En lugar de dejar el teléfono encima del escritorio, lo sostuvo en las manos, a la espera de una respuesta.

Vio que el icono de Devon descendía, como indicación de que había leído el mensaje.

Stacey ya conocía el proceso de la promoción, que constaba de cuatro pasos: el primero era demostrar competencia en el rango actual. Si la jefa le había dicho que fuera a por ello, ese paso era una prueba superada. En el momento de solicitar el formulario de registro de candidatos, el Oficial Investigador de Armas de Fuego enviaba a su superior jerárquico un formulario de aval. En su expediente, Stacey no solo no tenía ninguna sugerencia de mejora, sino que su evaluación había concluido con una calificación satisfactoria.

El segundo paso era, quizás, el más desconcertante: un examen de conocimientos jurídicos con respuestas a elegir. El problema era que Stacey tenía por costumbre quedarse paralizada cada vez que la examinaban. En tercer lugar, la someterían a una evaluación de competencias específicas, seguida de una promoción temporal de doce meses. Bien sabía que no era un trámite rápido. Le llevado un par de años y superar un proceso parecido llegar al Departamento de Investigaciones Criminales.

Contenía la respiración sin darse cuenta. Dejó escapar el aire cuando la respuesta de Devon apareció en la pantalla. Sonrió ante la sobrecarga de emojis. Había fuegos artificiales, emoticonos, copas

de champán y corazones.

Entre las imágenes, el mensaje decía:

Qué buenas noticias. Felicidades, cariño. De camino a casa, compraré comida china para celebrarlo. Hurra, hurra.

Stacey tecleó una respuesta con corazones y besos antes de dejar el teléfono a un lado.

Era, de verdad, una gran noticia. Se sentía halagada y orgullosa. Y era, sin duda, la senda que quería para su carrera.

Lo que no sabía era por qué buscaba la opinión de todo el mundo para definir lo que ella sentía al respecto.

Capítulo 15

Habría sido un poco exagerado decir que las casas que se estaban construyendo en las afueras de la ciudad de Blackheath eran una urbanización.

Mientras Bryant aparcaba el coche, Kim contó hasta seis viviendas en hilera metidas con calzador en lo que habría sido un jardín de tamaño decente. Entre andamios, unos ladrillos nuevos iban dando forma a construcciones estrechas, con huecos que albergarían puertas y ventanas.

Aún no habían entrado cuando un hombre bajo y rechoncho se acercó a la puerta metálica.

—No pase de ahí, pre... Lo siento, estos días no —dijo, y se quitó el casco. Tenía una marca circular en lo alto de la frente.

Salió.

—Perdonen, aunque sean de planificación, no puedo dejarlos pasar sin un...

Kim le mostró su placa.

—No somos de planificación.

Un fuerte silbido sonó desde lo alto del andamio.

—Pitufo, cierra el pico —gritó el hombre por encima del hombro—. Perdone usted —se disculpó.

—No pasa nada —dijo Bryant—. Estas cosas me ocurren a menudo.

El hombre le tendió la mano.

—Bill Murray, y no soy el actor. —Bryant se la estrechó—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Kim guardó su identificación.

—Hemos venido a hablar sobre Keith Phipps.

—Está despedido. Puede decírselo de mi parte.

—No tengo la menor duda de que ese es el menor de sus problemas —dijo Kim—. Siento decirle que ha fallecido.

Bill la miró durante un largo minuto antes de hablar.

Se rascó la cabeza.

—¿Cómo?

—No voy a entrar en detalles, pero me gustaría saber más sobre qué tipo de persona era.

—Ha venido al lugar equivocado, cariño. Quiero decir, seño... O sea..., mierda, ¿qué coño es lo correcto ahora?

Kim se guardó la sonrisa.

—Oficial o inspectora —sugirió.

La corrección política y un conjunto de – ismos reprobables, como a ella le gustaba llamarlos, se habían ido filtrando en todos los sectores a distintas velocidades. Suponía que la construcción había sido una de las últimas industrias en enterarse.

Bill miró hacia atrás y se alejó unos pasos de la verja.

Con un rápido vistazo, Kim se dio cuenta de que los trabajadores empezaban a formar grupos y a escuchar.

—Siento mucho que haya muerto —dijo Bill cuando creyó que se había alejado lo suficiente—, pero no puedo contarles gran cosa de él.

Kim señaló la obra con un movimiento de cabeza.

—¿Puede llamar a alguien que...?

—No hay nadie. —Miró hacia atrás, donde el aserrado y los martillazos acababan de reanudarse—. El Pitufo, ese que le ha silbado a su colega, trabaja conmigo desde hace nueve meses. Sé que su mujer se llama Gloria y que tienen una hija adolescente que, aunque trasnocha, saca sobresalientes en el colegio. Spike, mi carpintero, lleva algo menos de seis meses. Su novia se llama Sandy y está ahorrando para comprarle un anillo y pedirle matrimonio en Navidad. El Fideo, un tío que no come más que pasta, aún en casa de sus padres. Creo que le gustan los chicos, pero no dice nada al respecto, y yo tampoco. Y, mire, a Keith Phipps lo contraté hace casi tres años. Aun así, ni siquiera sé el nombre de su mujer. —Frunció el ceño y se rascó la cabeza—. Ahora que lo pienso, ni siquiera me dijo que estaba casado. Supuse que lo estaba, por la fiambrera.

—¿La qué? —preguntó Kim.

—Su comida, su almuerzo. La mayoría de los tíos que traen sándwiches en una caja tienen una señora, mientras que los solteros van a la cafetería o compran un Greggs. No quiero generalizar, pero...

—Me parece un indicador bastante decente —comentó Bryant.

—¿Así que no hablaba mucho de sí mismo? —preguntó Kim.

—Nada de nada. Nada de nada de nada. Nunca salía de noche con nosotros, ni vino a una sola comida de Navidad. Si lo invitábamos, negaba con la cabeza y daba las gracias. Siempre llegaba puntual, nunca faltó a un solo turno. Cuando le he dicho que estaba despedido, ha sido de cachondeo. Ha faltado solo una vez.

—¿Cuándo? —preguntó Kim.

—El sábado por la mañana. El viernes les di el día libre, puesto que había pronóstico de tormenta, pero se suponía que el sábado vendrían a las ocho en punto para recuperarlo. Él fue el único que faltó.

Kim hizo cuentas entre la última vez que Diane había visto a su esposo, es decir, el sábado por la mañana, y el cálculo aproximado

de Keats con respecto a la hora de la muerte, que habría sido en algún momento del domingo. Supuso que Keith Phipps habría preferido, con diferencia, estar en la obra que tener que soportar su destino.

—¿Tenía enemigos?

—No, que yo sepa. Era muy reservado. En los descansos se sentaba solo. Al cabo de un tiempo, los chicos dejaban de hacerle preguntas y lo dejaban en paz. Era un trabajador fuerte y no se cansaba de ayudar. Al final, todos terminaban acostumbrándose a él. Para ser sincero, no me imagino a Keith discutiendo con nadie. No era de ese tipo.

Kim tenía dificultades para definir el «tipo» de Keith Phipps.

Le dio una tarjeta al capataz.

—Vale, si se le ocurre algo más, llámeme —le dijo—. Y quiero que sepa que aprecio sus esfuerzos por unirse a la igualdad del siglo xxi.

Se quedó esperando una sonrisa o un agradecimiento, pero Bill tenía el ceño fruncido.

—¿Sabe?, recuerdo algo de sus primeros días aquí. Es posible que no sea nada, pero...

—Por favor, lo que sea —dijo ella.

—Bueno, como le digo, fue al principio. Keith tenía a los otros chicos un poco perplejos, y, mire, debo decirle que los hombres, en grupo, cotillean tanto como las mujeres. Empezaron los rumores y, antes de que me diera cuenta, ya lo tenían por pedófilo.

—¿Qué les hizo suponer semejante cosa? —preguntó Kim.

El hombre se encogió de hombros.

—Supongo que el que nunca le preguntara nada a nadie. Era como si tuviera miedo de que lo interrogaran, por reciprocidad. No quería relacionarse con nadie.

—¿Así que no había nada que sugiriera que ese era el caso? ¿No hubo ningún comentario inapropiado, nunca compartió imágenes?

—No, nada de eso. Los chicos estaban seguros de que ocultaba algo, y lo de la pederastia era lo peor que podían imaginar. Así que yo hice lo que tenía que hacer y me lo llevé aparte. Le pregunté si había mentido en su formulario de solicitud. Se ruborizó más que un ladrillo. Parecía aterrorizado. Y, a mí, el corazón, se me aceleró como unas castañuelas. Por un momento, pensé que sí era un pedófilo, así que se lo pregunté sin rodeos. Él negó con la cabeza y juró que no. Para serle franco, comprobé de todos modos el registro de delincuentes sexuales. Pero, ahora que lo recuerdo con claridad, fue muy extraño.

—¿Qué fue extraño? —preguntó Kim.

—Bueno, que yo estaba aquí, preguntándole a la cara si era un pedófilo, y él parecía aliviado de que esa fuera la pregunta.

Capítulo 16

Eran las tres cuando Frost llamó a la puerta de su jefe, Glenn Fitzroy, o Fitz, como lo conocían todos.

Ese hombre tenía una trayectoria semejante a la suya, con la excepción de que él había pasado veintisiete años en la capital del país.

Para su desgracia, había caído junto con un periódico nacional, que cerró debido al escándalo de las escuchas telefónicas. Ahora, como director de un medio local, estaba muy lejos de su antigua carrera, pero a Frost le parecía un jefe más o menos decente.

Tracy asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—Hola, Fitz, ¿tienes un minuto?

—Mejor te digo que sí, ya que has estado vigilando mi puerta durante la última media hora.

Entró en el despacho y cerró tras ella con la intención de amortiguar el sonido de los teléfonos y las voces. Allí no había el caótico ambiente de una redacción, tal como la gente la imaginaba. Era una oficina muy pequeña, con ocho escritorios y unos quince empleados: reporteros, fotógrafos y un par de administrativos. Por suerte, no todos coincidían, aunque, de vez en cuando, sí que había dos personas por mesa.

La observación de Fitz no la sorprendió. Era uno de esos hombres que aparentaban dedicarte solo el treinta por ciento de su atención; sin embargo, no se le escapaba nada.

—¿Tiene que ver con tu paseo de esta mañana?

—Tuvimos que interrumpirlo —dijo, y se sentó—. Investigación en curso.

Aún no había aparecido ningún anuncio oficial de la Policía de West Midlands y, sin embargo, la noticia de un suceso en el Hayes Lane Trading Estate ya corría por la red.

Fitz le prestó toda su atención.

—¿Estuviste en la escena del crimen? —preguntó.

—Ja, ojalá —mintió—. Antes de que Stone me dejara en comisaría, lo más cerca que estuve fue en el perímetro.

Si le contaba a su jefe lo que había visto, tendría que ser el titular, y a gritos. Era un hombre decente, pero era editor, y su trabajo consistía en vender periódicos. Frost había tenido una vista tan exclusiva como inesperada. No había fuentes con quienes comprobarlo ni verificarlo: lo había visto con sus propios ojos. Si se atreviera a contar esa historia, venderían más periódicos que la suma de todas las ediciones del año. Pero también destruiría su relación con la policía de West Midlands o con cualquier otra fuerza pública.

—¿Me estás diciendo que no tienes nada? —preguntó él—. Y yo que pensaba que ahora mismo estabas escribiendo un artículo.

—Lo siento, Fitz, solo he visto el exterior de un almacén —dijo, y se encogió de hombros.

—Maldita sea, Frost. Estabas justo ahí.

Ella no dijo nada. Creía en el derecho del público a saber, pero no antes que los miembros de la familia. A pesar de su reputación, no estaba dispuesta a poner eso en riesgo.

—¿Quieres que ponga a otro con esa noticia? —preguntó él. Era una leve amenaza, por si ella no daba un paso al frente para hacerse con la historia.

—En realidad, sí. —Fitz se quedó sin aliento. Eso era, ni más ni menos, lo que ella había ido a negociar.

—Joder, Frost, ¿qué...?

—He tenido una rápida y no concertada reunión con la familia de Trisha Morley.

El jefe puso los ojos en blanco antes de volverse hacia su ordenador.

—Estoy harto de oír el nombre de Morley. Su equipo está haciendo una gran campaña. Olvídate de que lo condenen, puedo ver a ese tipo postulándose para primer ministro.

El Dudley Star no había publicado ningún artículo sobre el caso; se había limitado a informar de los hechos.

—La familia está sufriendo, Fitz. No pueden competir con la máquina propagandística de ese hombre y, para ser justos, no tendrían por qué hacerlo. El crimen está cayendo en el olvido. Ya nadie habla de que Morley mató a su mujer, como se supone que deberían hacer. La familia se da cuenta de que el nombre de Trisha apenas aparece mientras que el de él está en boca de todos.

Fitz se encogió de hombros y siguió mirando la pantalla.

Ella inspiró hondo.

—Quiero publicar algunos artículos centrados en Trisha y el crimen.

—¿Estás de coña? —Ella negó con un movimiento de cabeza—. ¿Quieres ser una barca en medio de un tsunami?

—Quiero hacer lo correcto, Fitz. Si ese tipo sale libre sin que nosotros hayamos hecho nada, seremos...

—Es una pérdida de tiempo y de columnas. Ni siquiera es una historia de David contra Goliat. Serías un escarabajo bajo el zapato de David.

Frost enarcó una ceja.

—¿Un escarabajo?

—Desde el punto de vista del impacto mediático, sí. ¿Sabes cuánto dinero está invirtiendo ese tío en todo esto?

—Por supuesto, está tratando de comprar su libertad.

Fitz empezó a girarse, y ella supo que lo estaba perdiendo. Echó mano de su última carta.

—Imagina que fuera tu hija, Fitz —dijo—. Imagina que, durante años, has visto cómo la controlan y la golpean. Luego la pierdes del todo y no hay nada que puedas hacer para impedir que su asesino se salga con la suya...

—Vale, basta de manipulación emocional, Frost. Es evidente que puedes caer muy bajo cuando quieres. —Fitz hizo un rápido cálculo mental—. Tienes tres mil palabras impresas cada noche, hasta que esto acabe. Y, en línea, las que te dé la gana.

Ella sonrió. Era más de lo que esperaba. Utilizar a su hija le había servido de mucho.

—Pero todo pasa por mí. Incluso lo que vaya online, ¿entendido?

—Por supuesto, Fitz —dijo ella, y se dirigió a la puerta con paso ligero.

Empezaba la fiesta.

Capítulo 17

—Nunca he visto nada igual —dijo Penn mientras caminaba alrededor del cuerpo desnudo de Keith Phipps.

No sabía mucho sobre quemaduras. Jasper había sufrido un par debido a su pasión por la repostería. La primera, una lesión superficial. El contacto con una sartén caliente le había afectado solo la capa más externa de la piel.

Había aliviado el leve enrojecimiento de las yemas de sus dedos pasando la mano por agua fría.

Pero el chico no había tenido tanta suerte un día que derramó caramelo caliente sobre los dedos de sus pies desnudos. Eso sí que le había provocado ampollas en la piel. Un viaje a urgencias había dado lugar a una dolorosa limpieza y a un vendaje para evitar infecciones. Esas eran solo dos de las razones por las que Jasper no tenía permiso para cocinar sin supervisión.

Pero cualquier cosa que Penn hubiera visto palidecía al lado de esa víctima.

—La muerte habrá sido un bienvenido alivio para este pobre hombre —observó Keats—. Me temo que murió mucho antes de lanzar su último aliento.

—¿Cómo es posible? —preguntó Penn, siempre deseoso de aprender.

—¿Conoces la regla de los nueves? —preguntó Keats.

—Más o menos —respondió el sargento con sinceridad.

—Es un sistema de evaluación que usan los paramédicos y hospitales de todo el mundo. La intención es establecer la superficie del cuerpo afectada y la probabilidad de que las lesiones causen la muerte del individuo.

—¿La probabilidad de morir? —quiso saber Penn—. Si una víctima de quemaduras sigue viva cuando la encuentran, debe haber posibilidades de recuperación.

Keats movió la cabeza de lado a lado.

—No es así, me temo. Deja que te lo explique. El cuerpo se divide en secciones, llámalas divisiones o múltiplos de nueve. La parte delantera de cada pierna cuenta un nueve; las partes trasera y delantera del torso cuentan un dieciocho por ciento cada una, en tanto que la parte delantera y trasera de cada brazo cuentan un cuatro y medio por ciento cada una. ¿Entendido?

Penn asintió mientras miraba el cadáver de Keith Phipps e intentaba hacer cálculos.

—Si haces una cuenta aproximada de la superficie corporal dañada y sumas la edad de la víctima, puedes establecer la probabilidad que hay de que muera a causa de las lesiones. Cuanto más se aproxime a cien, más probable es que la persona acabe muriendo días o incluso semanas después, aunque se la haya encontrado con vida.

—¿Y de qué moriría?

—Del choque, de una septicemia, de un ataque al corazón. Mira a este hombre: parece que el ochenta y nueve por ciento de su cuerpo está cubierto de quemaduras de segundo grado. En mi opinión, para esta víctima han sido peores que las de tercer grado.

—¿Cómo es posible? —preguntó Penn. Tenía entendido que las quemaduras de tercer grado eran las más graves, ya que dañaban todas las capas de la piel.

—Hay una idea errónea de que las quemaduras de tercer grado son las más dolorosas. Lo que ocurre es que el daño es tan extenso que puede destruir los nervios. ¿Ves estas zonas enrojecidas? —Señaló una de los cientos de marcas que el cuerpo tenía y cuyo tamaño variaba entre uno y cinco centímetros—. Son ampollas. Se abrieron y dejaron al descubierto una dolorosa piel chamuscada. Luego, esa piel fue sometida a más calor del fuego.

—Maldita sea —exclamó Penn. Trataba de imaginar la agonía de tener las quemaduras recalentadas.

—En un momento dado, pudo haberse desarrollado un exudado fibrinoso en el...

—Fibri... ¿qué?

—Una costra —aclaró Keats—. Cada una de estas ampollas habría sido propensa a infecciones. Cuanto peor es la ampolla, más tarda en curarse. Habría sido insoportable vivir con el dolor que provocan una décima parte de estas ampollas. Incluso el movimiento más básico habría sido agonizante. Además, a este hombre no habría sido posible hacerle injertos de piel. —Penn se dio cuenta de que en el cuerpo de la víctima no había ningún lugar del que extraer piel sana.

«Es muy poco probable que hubiera sobrevivido a cualquier tratamiento. Además, a su asesino ya no le quedaban muchos recursos para provocarle un mayor sufrimiento.

Penn dio otra vuelta alrededor de la mesa de metal.

—¿Por qué la cara está menos quemada que el resto? —preguntó.

A modo de demostración, Keats dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Supongo que el dolor lo hacía perder la conciencia de manera intermitente.

Penn empezaba a estar de acuerdo con Keats en las posibilidades que ese hombre había tenido de seguir con vida. Miró fijamente las ampollas llenas de pus, que, como plástico de burbujas, surgían de la piel. La muerte había llegado, quizás, como una obra de la misericordia.

—Bien, ha terminado la lección del día. Así que, para resumir nuestros hallazgos en términos que entienda tu jefa, tenemos a un hombre de treinta y ocho años, con una salud razonable, que una vez fue un fumador empedernido. No hay pruebas de que fuera un gran bebedor. Los dientes parecen indicar que, de niño, no tuvo acceso a la mejor atención sanitaria. Tiene fracturas por todo el

cuerpo, sobre todo en las manos, pero ninguna de los últimos cinco años. Todo parece confirmar mi estimación de que murió a primera hora de la tarde del domingo y que la primera quemadura ocurrió veinticuatro horas antes, más o menos.

—Veinticuatro horas —repitió Penn, sacudiendo la cabeza.

—La causa de la muerte habría sido una reacción de estrés agudo, es decir, el choque. Simplemente, su cuerpo no pudo aguantar más.

Penn empezó a quitarse la ropa protectora.

—Gracias, Keats —dijo.

Por una vez, se alegraba de salir de la morgue lo antes posible. Era justo decir que disfrutaba aprendiendo sobre la mecánica del cuerpo; pero, en ese caso, cada minuto de agonía de la víctima lo había acosado. No había podido centrarse en otra cosa que la horrible tortura que había sufrido.

—Por si tu jefa quisiera saberlo, su última comida fueron huevos y tostadas.

—Vaya, el factor decisivo —dijo de camino a la puerta.

Keats cogió la sábana blanca y empezó a cubrir el cuerpo.

—Buenas noches, mi... Anda, espera un minuto. —Dejó la sábana en el aire—. ¿Qué demonios es esto?

Penn volvió a entrar en la habitación.

Capítulo 18

—¿Sabes que las cinco no son las siete, jefa? —preguntó Bryant mientras aparcaban sin problemas delante de la casa de Diane Phipps. Para Kim, era un alivio ver que el Ford Kuga de Leanne ya no estaba allí. Quizá podrían sacarle algo más a la esposa de la víctima sin que su hermana se entrometiera cada dos palabras.

—Bueno, cuando he aceptado dejarlas solas unas horas, no imaginaba que, de un hombre que lo conocía desde hacía años, no obtendríamos más que la confirmación de que la víctima se llamaba Keith Phipps. Sabemos tanto de él como cuando hemos dejado el cuerpo.

—Para ser justos, sabemos mucho más sobre su aspecto físico que...

Kim llamó a la puerta.

—¿Te apetece ocuparte de los chicos? —preguntó. En ocasiones, Bryant se mostraba aprensivo al tener que interrogar a los hijos demasiado pronto, pero en esta ocasión no eran bebés. A juzgar por la foto que habían visto, Tommy y Darren Phipps eran preadolescentes. Era posible que supieran de su padre algo que su madre no sabía.

—Yo me encargo —respondió él mientras esperaban—. Al menos, no tendré que torturarlos para sacarles información.

—Curioso —dijo ella, y volvió a llamar. Esta vez escuchó con atención—. ¿Oyes eso?

Bryant se pegó a la puerta.

—¿Qué? —preguntó.

—Exacto —dijo Kim, y se apartó. Las pesadas cortinas en las que había reparado antes estaban bien cerradas.

—Vale. Tú por arriba y yo por abajo.

—¿Quieres entrar antes de que hayamos...?

—Bryant, el marido ha sido secuestrado, torturado y asesinado. ¿Cómo sabemos que no querían a toda la familia?

Él retrocedió un paso y miró la casa.

—Estamos obligados a comprobar todos los puntos de acceso...

—En mi cabeza ya los hemos comprobado, chico del reglamento. Ahora, vuelve aquí y ayúdame a tirar esta puerta abajo.

Bryant se posicionó.

—Ya que lo me lo pides con tanta amabilidad...

—Uno, dos, ¡tres! —gritó ella. Bryant se lanzó de hombro contra la parte superior mientras ella pateaba con fuerza la inferior.

La hoja se abrió de golpe y rebotó contra el respaldo de un sofá de dos plazas.

Kim apartó el mueble y entró.

—¿Qué co...?

Le bastó un instante para darse cuenta de que la casa estaba vacía; no solo de personas, sino también de objetos personales.

El lugar donde, pocas horas antes, había un televisor y una videoconsola, ahora era un espacio vacío. Sobre la chimenea, la foto de los chicos había desaparecido. En su lugar, quedaba una porción rectangular de tapiz limpio.

Kim se adentró en la casa. Una sensación de terror empezaba a formársele en la boca del estómago.

En el comedor de la cocina, a un lado, había platos y tazas. Todos los electrodomésticos estaban en sus lugares, excepto un hervidor de agua que, según Kim dedujo, había estado junto a los botes de

las bebidas. No había bolso ni llaves del coche. Un pequeño armario con perchas se había quedado entreabierto. Abrió la puerta de par en par y encontró dos pares de zapatos de hombre y una chaqueta ligera. La chaqueta de Keith.

—Ve fuera —dijo Kim. Ella se dirigió al piso de arriba, aunque dudaba que quedara algo allí.

En la planta superior, las habitaciones seguían el mismo patrón. Los muebles más grandes estaban en la habitación de los chicos; los uniformes escolares, tirados sobre la cama. Los cajones habían sido abiertos y vaciados. Las mesillas de noche también. Quedaban algunos libros y juguetes.

Se aventuró a entrar en el dormitorio principal y se encontró con la misma imagen. De un lado del armario, todos los zapatos y la ropa habían desaparecido. Al parecer, la familia había dejado atrás las posesiones de Keith. Ya no las necesitaban.

Kim pasó al cuarto de baño. La puerta del armario estaba abierta. Había un cepillo de dientes, pero nada de los chicos. Las toallas y las sábanas estaban dobladas en la estantería.

—Fuera no hay nada que ver, jefa. La puerta trasera está cerrada con llave.

Bryant fue a echar un rápido vistazo a las habitaciones mientras ella intentaba ordenar sus pensamientos.

—Han cogido lo que necesitaban y no se han quedado más de lo necesario —observó.

Ahora se explicaba que Leanne les hubiera pedido que volvieran a las siete. Ya sabía lo que iban a hacer. Recordó que, antes de salir hacia la morgue, Leanne había hablado con su hermana en voz baja. Era obvio que le había dado instrucciones para que hiciera las maletas mientras ella estaba fuera.

—Desde luego, no se han quedado mucho rato, Bryant, pero la pregunta es ¿por qué? ¿Qué es lo que esta familia tiene que ocultar?

Capítulo 19

—He contado treinta y siete —dijo Keats tras revisar el cadáver por segunda vez.

Penn había esperado con resignación después de que Keats descubriera una única marca de aguja, a dos centímetros del ombligo del hombre.

El médico forense se rascó la cabeza.

—Y no tengo la menor idea de por qué —dijo.

—En las cacerías de brujas, se utilizaba la tortura del pinchazo como prueba para detectar la marca del Diablo —explicó Penn.

Keats enarcó una ceja mientras se dirigía al rincón, donde estaba su ordenador.

—¿Cómo sabes esas cosas?

Penn siguió hablando:

—Se pensaba que las brujas llevaban la marca de Satán, ya fuera visible o invisible. Podía ser una mancha de nacimiento, un lunar, una verruga o algo así. Pero, si no encontraban nada evidente, los cazadores de brujas buscaban alguna parte de la piel que fuera insensible al dolor o no sangrara al pincharla con un utensilio muy afilado. Si la encontraban, era una insignia invisible del Diablo. El rey Jacobo I sostenía que la ausencia de sangre al pinchar era un signo inequívoco de brujería.

Keats consultó la pantalla de su ordenador.

—Mmm —murmuró.

Penn caminó alrededor del cuerpo.

—A las mujeres las desnudaban y las afeitaban. Luego, el cazador

de brujas le iba haciendo perforaciones sistemáticas por todo el cuerpo a la pobre mujer hasta que descubría un punto del que no salía sangre o donde la acusada dejaba de gritar de dolor.

«La prueba siempre tenía éxito, porque, debido a la tortura continua, o bien el cuerpo se habría insensibilizaba por el shock, o bien la acusada dejaba de dar muestras de dolor con tal de que parasen.

—Qué interesante.

—Creo que...

—No, tú no. Esto —dijo Keats, y dio unos golpecitos en su pantalla —. ¿La tortura de las brujas incluía el fuego?

Penn negó con la cabeza.

—No al mismo tiempo. El fuego era...

—En la antigüedad, el tirano Antíoco ordenó torturar a Areth, uno de sus detractores. Lo hizo atar a una columna junto a una hoguera encendida, solo que a una distancia en que no se quemara de forma mortal. A Areth le pincharon la cabeza, la cara y el cuerpo para que el calor penetrara más profundamente en su piel.

—¿Con qué propósito? —preguntó Penn.

—Con el propósito, muchacho, de asarlo vivo.

Capítulo 20

Eran casi las seis cuando Frost pulsó el botón «Publicar» y su primer artículo vio la luz.

Sin que se diera cuenta, la oficina se había ido vaciando. Solo quedaban Fitz y el fotógrafo de Deportes. Los teléfonos estaban en silencio, el parloteo había desaparecido y los escritorios habían quedado sumergidos en un desorden caótico, listos para el día siguiente, porque las noticias no obedecían más que su propio ritmo.

Se apoyó en el respaldo y movió la cabeza de un lado a otro para liberar la tensión de los hombros. Después de que le dieran luz verde, había trabajado sin descanso en el artículo.

El fotógrafo pasó por delante de su mesa.

—Te prepararé un café que volverás a no beberte, Frost —dijo.

Ella tocó un lado de su taza.

—Lo siento, Brad, me he ensimismado. —El café estaba frío como un carámbano.

—¿Quieres que vaya a por uno nuevo?

—Estoy bien, gracias. Solo voy a ver esto en línea.

—Perfecto —dijo el fotógrafo en tono alegre—. Nos vemos mañana.

Ella levantó la mano en señal de respuesta y clicó en el artículo. Tenía que reconocer que había sido un trabajo apresurado. El texto se había convertido en una especie de prólogo, en un repaso de todo el caso: los antecedentes de Trisha y su familia y la información básica. Fitz había hecho un par de pequeños cambios, pero, en general, estaba satisfecho con el enfoque.

Tracy Frost cogió su cuaderno y empezó a garabatear ideas sobre su propia visión de los elementos. Quería hacer un informe lineal. El artículo de ese día se había centrado en Trisha como persona. Se había asegurado de incluir fotos de la chica divertida y despreocupada que había sido antes de conocer a Nick Morley, así como de mencionar su nombre tantas veces como le fue posible. Miró su propia lista y asintió satisfecha. Ahora tenía una dirección clara y bien formada en su mente.

El artículo del día siguiente se centraría en los malos tratos y las lesiones que la mujer había sufrido a lo largo de la relación.

El miércoles, en el asesinato y en las pruebas contra Morley.

El jueves escribiría sobre la anulación del juicio, y el viernes terminaría con un resumen de todo el caso, justo a tiempo para el nuevo juicio de la semana siguiente.

En parte, en una pequeña parte de sí misma, Frost pensó que hablaba en una habitación vacía, pero apartó esa idea. Al menos estaba abriendo la boca.

Pasó a una nueva página de su cuaderno y empezó a bosquejar los aspectos del abuso. Quería cubrir el primer incidente de intimidación, aislamiento y vergüenza. Su bolígrafo volaba sobre el papel, apuntando ideas. Cuando volvió a levantar la vista, ya tenía siete páginas con notas. A sus espaldas, el despacho de Fitz estaba a oscuras. Ni siquiera lo había oído marcharse.

Había sido un día muy largo y sabía que debía irse a casa, pero tenía la sensación de que le faltaba algo en lo referente a los abusos.

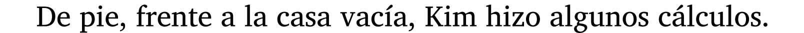
—Comportamientos anteriores —dijo a la oficina vacía. Necesitaba demostrar que lo había hecho antes, que se trataba de un patrón.

Retrocedió en su bloc hasta los apuntes iniciales, a lo primero que había anotado, ese mismo día, durante la charla con Penny Colgan.

Clavó la punta de su bolígrafo en el bloc.

—Bien, ¿dónde estás, Ariane Debegorski?

Capítulo 21



De pie, frente a la casa vacía, Kim hizo algunos cálculos.

—Han tenido que ser más de dos personas. Si consideramos el tiempo del que disponían, de lo que se puede llevar en dos coches y del volumen de las cosas desaparecidas, ha tenido que ayudar más gente.

—De acuerdo, pero ¿por qué? —preguntó Bryant—. El marido acaba de ser asesinado y ella ha desaparecido junto con sus dos hijos.

Kim llamó a la puerta de al lado.

—Está claro que saben algo que nosotros no —dijo.

—Bien, ¿te has llevado tu...? Uy —exclamó la mujer que acababa de abrir la puerta. Estaba claro que esperaba ver a otra persona.

Kim le calculó unos cuarenta años. Su pelo corto y oscuro era de un tono morado que hacía juego con el esmalte de sus uñas.

De repente, se oyeron voces fuertes en la parte trasera de la casa.

—¡Mataos en silencio! —gritó por encima del hombro. Salió de la casa y cerró de golpe—. Mellizos, trece años. Cada día que no los mato es un bonus.

—¿De edad similar a los chicos de al lado? —preguntó Kim.

La vecina se cruzó de brazos.

—Perdone, ¿quién es usted? —Era obvio que no estaba dispuesta a decir ni una palabra más hasta que los visitantes se identificaran.

Le mostraron sus placas.

—Maldita sea, si he llamado al casero, ha sido solo por cortesía. No

esperaba...

Cerró la boca cuando la puerta volvió a abrirse.

—Mamá, Kieran está acaparando la Xbox y no quiere...

—Si no me dejáis mantener una conversación adulta durante al menos diez minutos, os quito la videoconsola durante una semana. Echad cuentas. —El chico reculó y cerró la puerta—. ¿Diría usted que soy ama de casa? —Kim no pudo disimular una sonrisa. Apreciaba ese estilo de crianza. La mujer le tendió la mano—. Rachel Carson, cuidadora de niños salvajes y cotilla residente.

La detective le devolvió apenas el apretón de manos. Esperaba tener suerte.

—¿Ha dicho que había llamado al casero? —preguntó.

—No mucho después de que usted se haya ido con la otra mujer, ha aparecido una furgoneta Transit gris. Han salido dos tipos y han empezado a cargar cosas. He visto que Diane sacaba bolsas. Luego ha vuelto la otra mujer con los chicos y, veinte minutos más tarde, ya se habían ido. He llamado al casero porque pensaba que estaban haciendo alguna chapuza para no pagar el alquiler, pero él me ha contestado que estaban al día, que él acababa de volver de Lanzarote y que se pasaría mañana para comprobar si había daños. No parecía muy preocupado, así que me he puesto a planchar.

—¿Y el casero es...?

—Stephen Jenner, de Wilson Fairbanks Limited. Su número es el...

Bryant sacó su bloc de notas y anotó el teléfono mientras se le ocurría una idea.

Las mujeres eran de edad similar y ambas tenían dos hijos varones. Estaba sorprendido de que no compartieran todas las noches una copa de vino por encima de la valla trasera.

—¿No eran amigas, entonces?

Uno no llamaba al casero cuando se trataba de sus amigos.

Rachel negó con la cabeza.

—No por falta de ganas.

—Continúe —dijo Kim.

—La familia se mudó hace cinco años, uno después que nosotros. Para serle sincera, le diré que me emocioné cuando vi que tenían dos niños. —Miró a izquierda y derecha—. Aquí no hay más críos, así que me imaginé barbacoas al otro lado de la valla y a los niños jugando juntos, puesto que mis hijos echaban de menos a sus antiguos compañeros de Leicester. Sin embargo, pronto se me quitó esa idea de la cabeza. —Kim dejó que la mujer siguiera hablando. Tan solo escuchaba.

«Al día siguiente de que se mudaran, llamé a la puerta para presentarme. Ella me dijo su nombre y... eso fue todo. La invité a tomar un café, pero me dijo que tenía mucho que hacer, así que la dejé en paz. Unos días después, los vi a los tres en la calle: la mamá y los chicos. Traté de charlar con ella, quise hablar con los niños, pero ella respondía por ellos. No oí sus voces ni una sola vez. Era como si tuviera miedo de que dijeran algo malo. Por supuesto, quizás solo estoy expresando los extravagantes pensamientos de una mujer que pasa demasiado tiempo en casa con sus hijos. —»O quizás no», pensó Kim.

«Una vez la vi en el jardín trasero. Las dos estábamos tendiendo la colada. Hice una broma tonta. Ella me dedicó una sonrisa tensa y se metió en su casa. Dos días después, vinieron a entregarles paneles de valla de dos metros. El marido se pasó el fin de semana colocándolos.

«Una familia amistosa», pensó Kim.

Se preguntaba si estos vecinos habían tenido mejor suerte que los compañeros de trabajo.

—¿Y qué me dice del marido?, ¿fue más amable?

Rachel negó con la cabeza.

—No. El mío, Mick, le preguntó si quería ayuda con los paneles de

la valla. Él le respondió con una negativa cortés, así que Mick ya no insistió. Los tíos no se esfuerzan tanto como nosotras. A nosotras nos gusta relacionarnos con mujeres afines, pero ellos solo quieren un compañero de copas.

Bryant asintió.

—Sí, es verdad.

—¿Qué hay del bar? ¿Alguna vez lo vio Mick en el pub local? —preguntó Kim. Acababa de recordar las razones por las que Diane no había denunciado su desaparición.

—Ni una sola vez. Creo que el tipo nunca salía solo. No creo que fuera bebedor. En cuanto tuvo trabajo, empezó a volver a las cinco de la tarde, y nada más. A veces, los oía a todos en el jardín, a los chicos jugando juntos; pero, cuando estaban los padres solos, hablaban en voz baja, tranquila. Yo no conseguía oírlos, y la verdad es que lo intenté.

A Kim le gustó la sinceridad de la mujer.

—¿Keith Phipps no tenía trabajo cuando se mudaron aquí?

—Creo que no. No lo vi salir de la casa a una hora regular hasta que llevaban aquí unos meses. Tal vez seis o siete.

—¿Y qué hay de Leanne?, ¿venía a menudo?

—¿Quién es Leanne?

—La hermana de Diane, la mujer que ha estado aquí antes, la que ha recogido a los chicos.

—Vaya, no sabía que era la hermana. La vi un par de veces cuando se mudaron y, quizá, una o dos veces a lo largo de los años, pero nunca hablamos.

Kim tenía la impresión de que las hermanas estaban más unidas de lo que parecía. La relación debía ser relativamente estrecha o Leanne no habría estado autorizada a recoger a los chicos en el colegio. Una escuela no permitiría que cualquiera sacara a un niño

en nombre de sus padres.

Kim tenía que aceptar que, por muy observadora que pareciera esa mujer, debía de haberse perdido algunas idas y venidas. Claro, tenía dos adolescentes con quienes lidiar.

—¿Y alguna vez oyó o vio algo extraño?, ¿visitantes, gritos, discusiones?

—Tenían alguna que otra discusión fuerte en la que ella gritaba que todo era culpa de él. Pero ¿no hacemos eso todos?, ¿culpar a nuestras parejas?

—Sí, me suena —dijo Bryant.

—¿Alguna sospecha de violencia entre la pareja o con los chicos?

Rachel parecía de verdad sorprendida por la pregunta.

—Ni por asomo. Aquí, pocos sabían que estaban vivos, así que no me imagino a nadie sintiendo pena por ellos. —Entrecerró los ojos —. ¿Está muerto?

—Gracias por su colaboración. Ha sido de una ayuda increíble —dijo Kim sin ninguna aspereza.

—De nada. Supongo que será mejor que vaya a darles a mis chicos algunas chucherías, como recompensa.

Kim se alejó sonriendo.

Rachel habló a espaldas de los detectives.

—Bueno, entonces, ¿no les interesa?

—¿Qué podría interesarnos? —preguntó Kim.

—La matrícula de la furgoneta Transit.

Capítulo 22

Apoyada en el escritorio de reserva, Kim sentía que el cansancio del día se filtraba hasta sus huesos. Era imposible que Woody la hubiera sorprendido con la orden de llevarse a Frost de paseo esa misma mañana. Y, después de echar un vistazo a los miembros de su equipo, tuvo la impresión de que todos pensaban lo mismo.

Miró la pizarra. La habían actualizado con muy pocos detalles.

—Bueno, chicos, nos ponemos al día rapidito, y a descansar.

Stacey agitó la nota que le había dado Bryant.

—No está registrada, jefa —dijo.

Kim examinó el papel.

—Esta es la matrícula que ella nos dio, sin duda: inténtalo de nuevo.

La furgoneta Transit tenía que estar registrada a nombre de alguien. Sin embargo, una parte de ella sentía que eso habría sido demasiado fácil.

—El número no existe —volvió a decir Stacey—. La vecina puede haberse equivocado.

La ventana delantera de la mujer estaba, quizás, a unos tres metros de donde había aparcado la furgoneta. Kim no creía que Rachel hubiera tomado mal el dato. Era solo un misterio más en un caso que parecía ir a ninguna parte.

Continuó con Stacey y su tarea de averiguar más sobre los Phipps.

—¿Y la familia en sí? —preguntó.

—En redes sociales, no hay absolutamente nada de ninguno de sus miembros. Nada de los padres, nada de los hijos.

Kim recordó que en la vivienda no había visto ningún ordenador ni dispositivo.

—Lo siento, jefa —dijo Stacey. Kim sabía que la ayudante de detective aborrecía los días en los que no tenía nada de qué alardear—. Mañana me pondré con los registros médicos, a ver qué encuentro.

—Buena idea —dijo Kim. Se le estaba haciendo un nudo en el estómago. Era raro que toda una familia no tuviera ninguna presencia en redes sociales. Y, aunque era cierto que ella misma no las usaba apenas, era muy extraño que unos chicos de esa edad no tuvieran nada.

—Bien, nos quedan grandes preguntas por responder. Sabemos que la familia era reservada y se tomaba muy en serio su intimidad. Incluso después de cinco años, los vecinos no sabían más que los nombres de pila, el hecho de que Keith Phipps nunca haría daño a una mosca y…

—Eso no tiene sentido, jefa —replicó Penn—. Nuestro asesino quería que Keith sufriera un dolor inimaginable. Intentó asar sus órganos. No haces algo así sin un buen motivo.

—Pero puede que la cosa no haya sido con él —comentó Bryant—. A lo mejor estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Tal vez la víctima no tenga nada que ver y nos estemos enfrentando a un psicópata malvado y retorcido al que le gusta infligir sufrimientos horribles.

La opinión de Bryant tenía sentido: no todos los asesinatos tenían que ver con la víctima. Y Kim podría haber estado de acuerdo con su compañero si, primero, la familia no hubiera actuado de forma tan extraña y, segundo, si no hubiera desaparecido de verdad.

—Debe haber un vínculo en alguna parte —dijo—. Esa familia está huyendo. Es demasiada coincidencia. Por mucho que me gustaría seguir con la hipótesis del psicópata descerebrado, simplemente no me la creo.

Para Bryant, esa discrepancia no resultaba ofensiva. Una de sus

fortalezas era ofrecer puntos de vista alternativos. En el equipo, era el abogado del diablo.

—¿Ha habido algo interesante en la autopsia? —preguntó Kim.

—Aparte de los pinchazos de los que te he hablado en el mensaje, parece que nuestro asesino torturó a la víctima durante más de veinticuatro horas. Phipps había desayunado huevos, tenía unas cuantas viejas fracturas y ahora parecía llevar un estilo de vida bastante sano, a pesar de cierta aparente falta de cuidados dentales en la niñez.

—¿Hay pruebas de que fuera un gran bebedor? —preguntó Kim. Volvió a recordar las razones de Diane para no denunciar la desaparición de su marido.

—Ninguna —respondió Penn.

Kim habló, sobre todo para sí misma:

—Mmm… Entonces, ¿por qué no denunció la desaparición?

Diane sabía bien que su marido no estaba de juerga y, aun así, no había llamado a la policía. Hasta ahora, esa gente daba muestras de haber tenido un verdadero problema con las autoridades. Habían mentido a la policía, la habían eludido y distraído y luego huido de ella. Según lo revelado por la vecina, se habían ido por propia voluntad, pero eso no descartaba que estuvieran en peligro.

¿Qué demonios ocultaban?

—Bueno, colegas, es hora de poner fin a la jornada. Volved muy temprano y frescos. Tenemos que encontrar a esta familia.

Todos cogieron sus pertenencias y se dirigieron a la puerta. Sabían que, durante esa semana, terminar antes de las diez de la noche sería un lujo que no podrían permitirse más adelante.

Solo Bryant se detuvo antes de salir.

—¿Necesitas que…?

—Tengo la moto. —Una vuelta a casa en la Kawasaki Ninja era justo lo que necesitaba para despejar la mente.

Él se despidió y se fue.

Maldita sea. Kim se había olvidado de preguntarle a Stacey si ya había iniciado el trámite para su ascenso. Ahora que Woody tenía el bocado entre los dientes, sabía que lo sacaría a relucir cada vez que estuvieran cara a cara. Sabía que Woody, en cierto modo, sentía que Kim no dedicaba suficiente tiempo a formar a su propio equipo ni a promocionar a su gente un peldaño arriba en la escala profesional. Creía que los mantenía estancados por razones personales.

Pero no era cierto. Entre los cuatro, la dinámica funcionaba bien, había que reconocerlo. Sí, habían tenido que pasar por un periodo de adaptación cuando Penn sustituyó a Kevin Dawson, pero el sargento había encontrado su sitio y el equipo se había reorganizado. Sin embargo, esa no era la razón por la que no los presionaba. Sabía que no todos tenían los mismos objetivos profesionales, cualesquiera que fueran sus habilidades y capacidades. Que pudieran no significaba que debieran. Bryant, por ejemplo, había dejado claro que no aspiraba al puesto de inspector detective, y ella no pensaba obligarlo. Penn, poco tiempo atrás, había perdido a su madre tras una prolongada enfermedad terminal, así que a él tampoco lo presionaría. Kim estaba convencida de que cada uno debía tomar sus propias decisiones sobre su trayectoria profesional. A pesar de eso, Woody no le estaba dejando otra opción.

Dejó escapar un fuerte suspiro y cogió su chaqueta. Mientras se la ponía, su teléfono emitió una alerta de Google. Desde el último caso importante, en el que los artículos de la reportera habían sido su principal forma de comunicación con un asesino, recibía alertas cada vez que Frost publicaba uno.

—Ay, Frost, ¿qué has...? ¿Qué demonios? —dijo en cuanto empezó a leer más allá del titular. Sintió que su ira iba en aumento—. Perra despiadada y manipuladora.

La puñetera mujer se aprovechaba de la coyuntura de haber conocido a la familia de Trisha Morley y se estaba subiendo al

carro.

Y ese había sido el plan de Woody todo el tiempo, aunque Kim prefería olvidarlo. El hecho de que hubieran permitido que Frost se acercara a la familia, y que ahora la reportera escribiera sobre el tema, la hacía desear una ducha de agua caliente y una botella de lejía.

Cuanto más leía, más se indignaba. Y esa información no había salido a la luz durante la visita de los tres, así que solo podía significar una cosa: Frost había vuelto a entrometerse, había ido a molestar a la familia en un momento difícil, y eso no era lo que Woody tenía en mente.

—Frost, te juro… —Su pulgar se posó en el icono de «Contactos».

La voz de Bryant pidiéndole cautela sonó en su cabeza. Le decía que respirara antes de actuar.

Volvió al artículo y lo leyó bien. Dos veces.

Reflexionó sobre las referencias a la infancia de Trisha: la crianza, la relación con su hermana, los recuerdos compartidos. El artículo no trataba de Trisha la víctima, sino de Trisha la persona.

Y eso era, ni más ni menos, lo que habían querido que hiciera. El artículo insinuaba más cosas.

Mientras Kim guardaba el teléfono, una sonrisa se dibujó con lentitud en su rostro.

—Bien hecho, Frost —dijo, y salió de las oficinas—. Condenadamente bien hecho.

Capítulo 23

Stacey inspiró hondo y compuso una sonrisa mientras metía la llave en la cerradura. Ni siquiera sabía por qué, ya que nunca había sentido la necesidad de hacerlo. Aquel era su hogar, su refugio. Aunque el piso pertenecía a Devon, Stacey se había sentido como en casa desde la primera vez. No tenía nada de qué quejarse: era más grande que el anterior, tenía un segundo dormitorio y un balcón de estilo Julieta que daba a una hilera de jardines traseros. Al día siguiente de la boda, su nombre ya había sido añadido al contrato de arrendamiento.

—¡Hola! —gritó. Colgó el abrigo en el pasillo, otra cosa que no habría podido hacer en su propio piso.

—Hola, nena. Estoy en la cocina —le contestó Devon.

Con la comida china favorita de Stacey calentándose en el horno, hasta su nariz llegaban aromas deliciosos.

Entró en la cocina y, como siempre, se quedó sin habla.

Devon vestía un pantalón de chándal rojo oscuro. El talle bajo abrazaba sus delgadas caderas, pero dejaba al descubierto un vientre tonificado. La camiseta con cuello de pico y mangas recortadas también dejaba entrever el cuerpo que había debajo.

Tenía un cuerpazo brutal, pero eso no era lo que dejaba a Stacey sin aliento. Era la piel suave, más clara que la suya, que desaparecía bajo unos rizos cortos y apretados, a ras de la cabeza y teñidos de rubio. Devon, en toda su vida, no se había puesto una sola extensión capilar, y no tenía intenciones de hacerlo.

Eran el rostro y el amor que emanaba de él los que hacían que el corazón martilleara en el pecho de Stacey. Durante mucho tiempo, con su propia piel oscura nigeriana y los kilos de más, se había sentido indigna de una criatura así, pero ya no. Ahora sabía con seguridad que esa mujer la quería por quien era.

Devon se le acercó.

—¿Qué tal el día, mi mujer?

La tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente, y entonces Stacey se olvidó de todo.

Soltó un gemido en voz alta al sentir el inmediato golpe del deseo.

—Más tarde, nena. —Devon se apartó—. Primero, vamos a celebrarlo con tu vino favorito —dijo, y le tendió una copa. Stacey, aunque no bebía mucho, sí que disfrutaba con un poco de vino rosado.

Davon se sentó en la encimera.

—Venga, cuéntamelo todo —dijo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—No hay nada que contar, cariño. La jefa me ha llamado hoy para decirme que cree que estoy lista para el ascenso.

Devon pareció decepcionada. Stacey sabía que no le estaba contando las cosas tal como habían sucedido.

—Bueno, mientras reconozcan lo fantástica que eres, cosa que yo siempre he sabido, por supuesto...

De repente, Stacey se sintió mal por restarle importancia al asunto. Devon solo quería emocionarse junto a ella y mostrarle su apoyo.

Dejó a un lado su bebida y se inclinó hacia la mujer que amaba.

—Bueno, si quieres saberlo, ha hablado de cuánto ha aumentado mi confianza en mí misma...

Con los brazos, Davon la rodeó por el cuello y tiró de ella.

—Pues es verdad.

—Y me ha dicho lo mucho que han crecido mis habilidades.

—También es verdad —dijo su pareja sin aliento. Stacey le acariciaba la piel desnuda de la espalda.

—Y que siempre me esfuerzo…

—Sí, sí. —Devon se le acercó.

Stacey dejó que sus manos vagaran sin rumbo.

—Y que siempre doy resultados.

—Por supuesto —le dijo Devon al oído.

—Y que mis aptitudes…

De un salto, Davon bajó de la encimera.

—¡Madre mía! —gritó—, me matas, mujer.

Stacey soltó una carcajada. Cogió su copa y tomó un sorbo de vino.

Devon le cogió la mano.

—Ven conmigo. Tengo una sorpresa para ti.

Stacey deseaba, sin poder evitarlo, que la llevara al dormitorio. Cuando se vio arrastrada al salón, hizo un esfuerzo por que no se le notara el desencanto. Vio que la estancia había sido reorganizada.

—Uy, ¿qué es esto? —dijo.

Los sofás, dispuestos ahora en forma de ele alrededor del televisor de pared, dejaban sitio a un tocador traído del dormitorio de invitados. Encima del tocador había una lámpara nueva, el ordenador portátil de Stacey, y una colección de blocs de notas y lápices.

—Es tu espacio de trabajo —le explicó Devon—. Tendrás que concentrarte mientras estudias para tu examen de sargento. No puedes hacerlo tumbada en el sofá, con el portátil en los muslos y viendo la tele a medias. Y, mira, he comprado esto para que podamos estar juntas sin que te moleste el sonido de la tele.

Devon le mostró unos nuevos cascos wifi.

Tanto entusiasmo exigía una respuesta.

—Ay, D., no sé qué decir…

Era un gesto muy dulce y considerado. Desde el principio, las dos se habían apoyado en sus carreras.

—Había pensado en montarlo en la habitación de invitados, pero no la habrías usado.

Devon tenía razón. A menudo pasaba largas temporadas sola en la oficina. Y, aunque eso no le importaba en la comisaría, no quería repetirlo en casa.

Aquella era la solución perfecta. Sin duda, su compañera había pensado en todo.

—Estoy muy impresionada, de verdad, por…

—Vale, siéntate y prueba. Tenemos que asegurarnos de que estás cómoda.

Stacey, obediente, fue al escritorio.

Capítulo 24

—Buenos días, chicos, espero que hayáis dormido bien —dijo Kim una vez que su equipo estuvo reunido.

La respuesta fue una colección de afirmaciones murmuradas.

Había trabajado en su nuevo proyecto durante un par de horas, había sacado a Barney a dar su paseo nocturno y luego había trabajado un poco más en la moto, a la espera de que el agotamiento librara a su cerebro de las imágenes que había visto. Cada vez que cerraba los ojos, el cuerpo abrasado y torturado de Keith Phipps retumbaba en su mente. Durante su carrera, había asistido a innumerables escenas criminales. Había visto cadáveres en los estados más horribles, pero se consolaba pensando que muchos habían tenido finales rápidos, que su sufrimiento había sido mínimo. Nunca se había enfrentado a una tortura tan lenta y horrible, una que no diera espacio a tal consuelo. Y a esa certeza se añadía la comprensión básica del dolor. Todo el que se hubiera escaldado alguna vez con agua caliente o sufrido una quemadura leve con un fogón de cocina o un hornillo sabía lo doloroso que podía ser. Kim sospechaba que eso, aun multiplicado por mil, no se acercaba a lo que había sufrido Keith Phipps.

Había renunciado a seguir durmiendo cuando, a las cinco de la mañana, un cerdo asado en sus sueños la había despertado más rápido que un chute de adrenalina.

—Bien, vamos a ello. Para el final del día, quiero saberlo todo sobre esta familia, y no me importa con quién tengáis que acostaros para conseguirlo.

—Jefa, soy una mujer casada —dijo Stacey, haciéndose la ofendida.

Kim puso los ojos en blanco.

—Sí, Stace, puede que lo hayas mencionado unas mil veces. Así que todo depende de ti, Penn.

—Guay —dijo él, y sacó un pañuelo teñido de su cajón. Era su forma de decir que estaba resignado a pasar el día en la oficina. De aventurarse a salir, se quitaría el pañuelo y se aplicaría un poco de la poción mágica que mantenía a raya sus rizos rubios.

—Vale. Entre los dos, necesito que reduzcáis a algo sensato la lista de los vehículos que entraron y salieron de la zona comercial. Quiero que localicéis el vehículo que ha ayudado a los Phipps a moverse tan rápido, y quiero saber dónde está la familia ahora. Tenemos que confirmar que están a salvo y descubrir lo que ocultan.

—¿Y después del almuerzo? —preguntó Stacey con una sonrisa.

—Consigue los historiales médicos de toda la familia. Cuando los tengas, podrás hacer algunas búsquedas sobre incidentes similares en otros lugares. ¿Suficiente?

Stacey rio a carcajadas.

—Me pongo a ello, jefa.

—Al parecer, vais a necesitar que me quede y os ayude —se ofreció Bryant.

—Oh, sí, Bryant, con tus habilidades técnicas, estoy segura de que serías muy útil aquí.

—Nos apañaremos —dijo Penn con una sonrisa.

Bryant se apretó el corazón, como herido de muerte.

—Lo siento, Bryant, pero te vienes conmigo de vuelta al lugar del crimen —dijo ella, y se apartó del escritorio.

Antes de llegar allí, solo le quedaba una llamada importante que hacer.

Capítulo 25

«Desde luego, la percepción que la gente tiene del periodismo no se ajusta a la realidad», pensaba Frost mientras tecleaba el topónimo Preston en el censo electoral.

Antes soñaba con el glamur de subirse a un avión o a un tren para cubrir una noticia de última hora; con el subidón de tirar de un hilo y convertirlo en una pieza original ganadora de prestigiosos premios; con escribir algo que distinto a los hechos que cualquier otro tabloide o emisora estuviera cubriendo. Sí, tal vez fueran las experiencias de algunos de sus compañeros, pero no las de ella.

Lo suyo era pasar largas horas en la oficina buscando datos y cifras básicos. Nada tan glamuroso. Además, nunca se había planteado ser detective ni había imaginado lo monótono que podía ser.

A veces, la información no caía en tus manos con tanta facilidad como pretendías. A veces era como cavar una tumba con una cuchara.

Como en ese momento. No había ningún lugar adónde ir para averiguar el paradero de Ariane Debegorski. En una antigua cuenta de Instagram, la mujer aparecía en varios parajes y lugares interesantes de las Midlands. Todas las búsquedas a través del censo electoral local habían sido infructuosas.

En una segunda ronda entre las antiguas redes sociales, aparecía con amigos que iban a visitarla desde Lancashire. La lógica le decía a Frost que, si una mujer estaba lo bastante asustada como para mudarse, quizás lo haría a algún lugar donde sintiera cierta familiaridad, donde tuviera conocidos.

Así que centró su búsqueda en el noroeste del país y se fue abriendo camino entre tantos lugares como pudo encontrar. Era uno de esos trabajos que quizá no acabara antes de jubilarse, pero ¿y si el siguiente sitio arrojaba el resultado? Echando mano de la búsqueda avanzada, podía introducir un intervalo de edad y acotar la

selección. Sin embargo, solo podía buscar ciudad por ciudad, no en el condado entero.

Así que siguió consultando su mapa y tecleando nombres.

«Pendleton».

«No hay resultados».

—¿Qué? —dijo en voz alta cuando su teléfono sonó. El número de Stone parpadeaba en la pantalla—. Ah —murmuró.

Pulsó el botón verde y empezó a hablar de inmediato.

—Mira, cualquier cosa que haya hecho para cabrearte, tendrá que esperar. Estoy ocupada.

—Sí, ocupada, metiendo las narices en los asuntos de los demás, como siempre —replicó Stone.

Frost frunció el ceño. Eran las palabras que esperaba, pero no el tono. Esta vez, Stone le hablaba, quizás, uno o dos grados por encima de la gélida temperatura que solía emplear con ella.

—¿Por qué me...?

—Anoche leí tu artículo. No ha estado mal. —Frost sintió que una sonrisa aparecía en sus labios. Aquello era todo un elogio—. ¿Tienes algo más que decir sobre el tema? —preguntó Stone.

—Sí, claro, pero ni siquiera era tu caso, así que ¿por qué quieres saberlo?

Antes de que se escuchara la respuesta de la inspectora, hubo una pequeña vacilación.

—Trisha Morley es lo que llamamos un caso asfixiante.

—¿Asfixiante?

—Lo llamamos así porque se pega en la garganta de todos los oficiales del cuerpo, aunque no sea un caso propio. Nadie cree en la

inocencia de Nick Morley, pero demostrarlo es otra cosa. En el centro de su circo mediático hay una mujer que sufrió durante años, y tu artículo de anoche está contribuyendo a recordárselo al público. Así que, como te he dicho, muy bien, no la has cagado.

Frost abrió la boca para responder, pero la línea se cortó.

Por un momento, sopesó la situación desde el punto de vista de la policía. Esa gente había hecho todo lo posible para conseguir una condena. Estaban plenamente convencidos de la culpabilidad de Morley, pero, una vez presentadas las pruebas a la Fiscalía de la Corona, ya no tenían nada que hacer. Eso debía ser un tormento para todos, pero más para Stone, que vivía por la justicia, que la respiraba.

Frost se dio cuenta de que ese había sido el objetivo de la llamada. La inspectora le estaba diciendo que, a pesar de sus sentimientos personales, la policía no podía hacer más. Pero ella sí.

Con las palabras de Stone aún en sus oídos, reanudó la búsqueda de Ariane Debegorski.

«Pilkington».

«No hay resultados».

«Prestwich».

«1 resultado encontrado».

Frost se quedó helada. No daba crédito a lo que veía. Ahí estaba. Hacía siete años que Ariane Debegorski vivía en Prestwich, a cinco kilómetros del centro de Manchester.

En su rostro de reportera se dibujó con lentitud una sonrisa. Eso era lo que ocurría con las apuestas arriesgadas. Si conseguías dar en el blanco, te aseguraba que te sentirías bien.

Frost no perdió el tiempo y cogió su chaqueta y su bolso.

«Ariane Debegorski, voy a buscarte».

Capítulo 26

Ya estaban entrando en la zona comercial de Hayes cuando Kim interrumpió su conversación telefónica con Frost. Esperaba que la periodista hubiera recibido el mensaje alto y claro.

—¿Sabes que has sido casi civilizada con ella? —señaló Bryant.

—¿Casi? —preguntó Kim. En su termómetro personal, esa conversación había estado en el límite de la calidez.

—Bueno, tienes que perfeccionar la parte en la que cuelgas el teléfono sin avisar.

Ella se encogió de hombros mientras miraba por la ventanilla.

—He dicho lo que quería decir, y ya está. —Negó con la cabeza—. Es una pena —señaló.

Había otros sitios a los que quería ir, pero ni siquiera eran las ocho de la mañana. Sabía que, si alguien ya estaba dando lo mejor de sí, ese era el mejor técnico forense disponible.

Bryant conducía por la vía principal.

—¿Qué es una pena? —preguntó.

—Esta decadencia.

Recordaba haber acompañado a Keith, su padre adoptivo entre los diez y los trece años, cuando iba por allí a buscar piezas para sus proyectos de restauración de motocicletas. Una vez, Keith había conducido más de trescientos kilómetros para conseguir un filtro de aire auténtico, en lugar de comprar una de las numerosas copias que se conseguían en la localidad.

—Pero si ni siquiera se ve —había dicho ella mientras se dirigían hacia el norte.

—Pero yo lo sabré —había respondido él—. Si no fuera una pieza original, yo sabría que la moto no ha sido restaurada hasta alcanzar su antiguo esplendor. Me habré conformado con menos solo porque era más fácil. ¿Tiene sentido?

Tenía sentido, y Kim se había quedado con eso. Como en muchas de las conversaciones que tuvieron. Había pasado solo tres años al cuidado de Keith y Erica, pero habían sido los mejores de su vida, tres años que la habían cambiado para siempre. Aún había días en los que se preguntaba hasta qué punto habría sido diferente su vida si no se hubieran matado en un accidente en la autopista, justo después de que ella cumpliera los trece.

Siempre había acompañado a su padre adoptivo en esos viajes. Había visto cómo se le iluminaban los ojos cuando rebuscaba en los desguaces, entre montones de metal; y ella había heredado ese mismo entusiasmo como si fuera su hija biológica. Le fascinaba ir con él a esos lugares ajetreados y laboriosos, con las máquinas y los coches sonando en sus oídos. Siempre estaban llenos de gente que trabajaba, producía y fabricaba. Cada establecimiento era diferente a los demás. Las carreteras bullían de furgonetas de bocadillos que ofrecían comidas rápidas a los trabajadores. Esas zonas habían estado vivas.

Pero, ahora, al pasar por delante de un local vacío tras otro, se sintió como un animal que solo esperaba la muerte.

Alejó esos pensamientos cuando Bryant se detuvo entre la furgoneta de Mitch y un vehículo que no reconoció.

En cuanto el técnico forense oyó que se acercaba, la saludó.

—Hola, inspectora.

En la zona habían dispuesto tres lonas enormes. Los contenedores estaban siendo vaciados a pala en la lona correspondiente. Kim observó que cada palada de escombros se colocaba junto a la que se había recogido antes.

Mitch y el dueño del coche desconocido estaban de pie junto al montón de ceniza más cercano a la puerta.

—Os presento a Nigel Adams, oficial en Investigación de Incendios.

Ella no le tendió la mano. Se limitó a asentir en su dirección.

—¿Ha visto a nuestra víctima? —preguntó Kim.

—Así es —contestó él—. Y puedo asegurarle que su hombre sabía exactamente lo que estaba haciendo para prolongar el sufrimiento y el dolor. —Se agachó sobre el montón de ceniza y, con un bolígrafo, empezó a hurgar—. Mire esto. —Kim se acercó y observó un trozo de cartón de unos diez centímetros de lado.

«Estamos quitando la ceniza capa por capa, como si fuera una cronología. La presencia de material intacto demuestra que su asesino nunca dejó que el fuego se apagara, lo avivaba una y otra vez con tal de mantener un muro permanente de calor.

—¿Y ese es el combustible que usó? —preguntó Kim. Esperaba algo más que cartón.

—Eso parece. No necesitaba nada más elaborado para alcanzar una temperatura de ciento veinte grados. Con cartón y papel es bastante fácil de conseguir, y habría infligido el daño que causó. —Nigel se puso de pie.

—¿Y para encenderlo? —preguntó Kim, esperanzada.

—Cerillas. Un equipo canino viene hacia aquí para buscar acelerantes, pero no hay nada notable a simple vista.

Kim se alejó de esa zona mientras Nigel seguía hurgando las cenizas con la punta del bolígrafo.

Mitch se situó a su lado.

—¿Sabes?, ni siquiera me puedo imaginar con qué clase de sujeto estás tratando aquí —dijo—. Causarle a alguien esta cantidad de sufrimiento solo puede significar que ese alguien hizo algo atroz, como meterse en una habitación llena de niños o ancianas y asesinarlos a todos.

Kim negó con la cabeza.

—No hemos conseguido encontrar nada que se le acerque siquiera.

—Entonces, es un cachorro enfermizo, pero muy listo. —Sí, Kim empezaba a sospechar lo mismo, solo que Mitch seguía poniendo palabras a sus pensamientos—.—Haber transportado todo hasta aquí, sin que nadie lo viera, y dedicar tanto tiempo a la tortura huele a habilidad, paciencia y una confianza muy sólida. Hasta ahora, no hemos encontrado nada que nos ayude a identificarlo. Así que no solo se tomó su tiempo con el acto en sí, sino también para limpiar después. El que no dejara nada atrás implica que su salida fue medida, pausada y controlada. El tipo no tenía prisa.

—Sí, tienes razón —dijo Kim, y en ese mismo instante tuvo una idea—. Bryant, es hora de marcharse. —Se dirigió a toda velocidad a la puerta de persiana.

La gente que se marchaba con prisa solía dejarse cosas.

Capítulo 27

—¿Así que, anoche, tú y Devon celebrasteis las buenas noticias? —preguntó Penn.

—Sí, sí —contestó Stacey con una sonrisa rápida y sincera. Le brillaban los ojos de tal modo que a Penn no le pareció que estuviera hablando de compartir una botella de vino—. Y hasta me ha hecho un acogedor espacio para que trabaje en un rincón del salón.

—Qué encanto —observó él—. Esa es toda una muestra de amor. Me alegro de que hayas pasado una buena noche. En mi caso, justo antes de que me metiera en la cama, Jasper entró en mi habitación, se tiró un pedo y cerró la puerta.

Stacey rio a carcajadas, e incluso Penn sonrió al recordarlo.

—¿Quedará impune? —le preguntó una sonriente compañera.

—Ya me he ocupado —respondió él, y guiñó un ojo. Ella se quedó esperando a que Penn le confesara la naturaleza de la represalia—. Vale, puede que esta mañana, antes de venir al trabajo, se me hayan caído por accidente algunos copos de maíz en su cama.

—¿Por accidente? ¿Has errado lo de dónde dejar su bol por toda una habitación?

Él se encogió de hombros.

—No desafíes al maestro.

—Los dos sois malísimos. Tan malo uno como el otro —observó Stacey, y él no discutió.

Solo Dios sabía lo que estaría pensando la madre de esos dos, observándolos desde el cielo; pero ya empezaban a habituarse y a coger el ritmo. Las primeras semanas habían sido duras. Tras la

muerte de la madre, los hermanos habían estado tratando de entender lo que cada uno necesitaba del otro.

Penn había pasado muchas horas de inquietud y preocupación por el papel que ahora debía desempeñar en la vida de Jasper: hermano mayor, figura paterna o un poco de ambas cosas. Al final, había concluido que cada situación dictaría lo que había que hacer. Si Jasper necesitaba una mano firme, él la tendría, y, si su hermano necesitaba un compañero, también. Confiaba en que, mientras estuviera a su lado, sin importar cómo, saldrían adelante.

Penn pensó en los planes que tenía para esa noche.

—Y, de todos modos, lo más probable es que yo no esté allí cuando cuando lo vea —afirmó.

Stacey levantó la cabeza.

—¿Vas a hacer algo agradable?

Penn se rio.

—No te hagas la sorprendida, ¿eh? A veces tengo vida social.

Stacey se inclinó hacia delante.

—Cuenta, cuenta, cuenta.

—Nada emocionante. He quedado con Lynne para picar algo después del trabajo.

Stacey enarcó una ceja.

—Necesito más detalles. ¿Es una cita?

Penn negó con la cabeza.

—Nada que se le parezca...

—¿Adónde iréis?

—A The Bell, en Himley.

—¿Vais a ir a un pub bonito a cenar y a tomar una copa y no es una cita?

—Es que no es eso, Stace.

—Pues suena a cita —dijo ella, y volvió a centrar la atención en su pantalla.

Penn abrió la boca para darle una explicación, pero volvió a cerrarla. Las cosas entre Lynne y él no eran así. Eran compañeros, buenos compañeros. Les gustaban las mismas películas y la misma música, además de que compartían un sentido del humor ligeramente retorcido. Reían a todas horas. A él le gustaba pasar el tiempo con ella. No la había visto desde que lo había ayudado a reconstruir la relación con su hermano, y tenía muchas ganas de que pasaran un rato juntos.

Stacey irrumpió en sus pensamientos.

—¿Sabes?, no importa cuántas veces busque ese vehículo en la base de datos, no está. La vecina debe haberse equivocado —dijo—. Si quiero tener alguna posibilidad de rastrear a la familia, necesitaré, al menos, empezar con la matrícula correcta.

Penn abrió su cajón y sacó los cascos.

—A la jefa le pareció que la mujer estaba muy atenta —respondió.

—¿Y cómo explicas esto? —preguntó Stacey.

Penn hizo una pausa en sus actividades. Buscar entre todos los vehículos que habían entrado en la zona comercial era una tarea de enormes proporciones que, además, era probable que no se les retribuyera en absoluto por estar tan lejos de Navidad.

—De acuerdo, Stace. O tenía razón o estaba equivocada.

—Por Dios, Penn, ya me había dado cuenta.

—Estás convencida de que se ha equivocado, así que sigue por ahí.

—Y eso, ¿de qué me sirve?

—Vale, ¿cuál es el número de registro?

—HL87 0RB.

Penn escribió el número en una hoja de papel y lo puso en alto.

—¿En qué podría haberse equivocado? ¿Qué letras se confunden fácilmente? ¿Qué letras podría haber escrito en el orden incorrecto? No dejes que esto te venza. Trátalo como un puzle.

En silencio, Stacey miró a su compañero.

—Penn, puede que, ahora mismo, esté un poco enamorada de ti.

Ahora fue a él a quien le tocó reír a carcajadas. Volvió a coger los auriculares.

Debía reanudar la tarea de clasificar los vehículos hasta que llegara el informe oficial de la autopsia. Porque estaba convencido de que allí había algo que no tenía sentido.

Capítulo 28

Cuando Bryant entró en la callejuela, un hombre elegantemente vestido acababa de bajarse de un Lexus plateado. Parecía perturbado de ver que un agente vigilaba la puerta.

Kim se bajó del coche y echó a andar por la calle. «¿Qué estará pensando Rachel de toda esta actividad frente a su casa?», se preguntó.

Sacó su placa y se dirigió al hombre.

—¿Señor Jenner, de Wilson Fairbanks?

Él asintió, cambió de dirección y fue a su encuentro.

Gracias a que Rachel le había dado el nombre del propietario, Kim había dedicado algo de tiempo a investigarlo la noche anterior.

Jenner se acercaba a los sesenta años, pero había creado su propia empresa de gestión inmobiliaria a los veinticuatro. Una pequeña herencia le había servido para comprar un adosado derruido en el centro de Lye. Autodidacta en diferentes oficios, reformó la pequeña casa y la puso en alquiler. A los cuarenta, haciendo lo que se le daba tan bien, había amasado una fortuna personal de más de diez millones de libras. En el último artículo que Kim había leído, figuraba como uno de los diez hombres más ricos de Gran Bretaña. El número de sus propiedades por todo el país superaba las trescientas.

Para ella, lo más interesante era que ese hombre y su equipo de verdad se encargaban de cada una de esas propiedades. No era un chabolista que ofreciera a personas vulnerables viviendas ruinosas a precios desorbitados. Cobraba precio de mercado por un lugar decente donde vivir.

—Encantada de conocerlo —dijo ella, y extendió la mano un instante apenas—, pero aún no podrá recuperar su casa —añadió en

respuesta a lo que Kim pensaba que sería su primera pregunta.

—Podré soportarlo, inspectora —comentó él con un atisbo de sonrisa. Parecía preocupado—. ¿Están todos bien?

—Desgraciadamente, no —respondió ella—. Por eso necesitamos hacerle algunas preguntas. ¿Conocía bien a la familia?

Él negó con la cabeza.

—Tengo muchos inquilinos. Algunos llevan más tiempo que otros, pero los Phipps nunca me han dado problemas. Son educados y no demasiado exigentes. Se mostraban bastante agradables con los chicos de mantenimiento. Una familia común y corriente, yo diría que un tanto anodinos, pero no en un sentido negativo. Parecían muy reservados. Y nunca he recibido una sola queja de los demás vecinos, lo cual no está nada mal. —Enarcó una ceja como señal de que ese no era el caso en otras propiedades.

—¿Usted es el dueño de las seis casas?

Jenner asintió.

—Las compré hace diez años, tras una orden de expropiación forzosa para una nueva carretera que nunca llegó a construirse.

—¿Así que las consiguió baratas?

—A un precio razonable. Los seis inquilinos tienen contratos a largo plazo.

Por la cartera del negocio de Jenner, Kim sabía que no se dedicaba a la compraventa. Eso daba a sus inquilinos la seguridad de que tendrían un techo bajo el que cobijarse durante mucho tiempo.

—Así que ¿cuántas veces se ha reunido con la familia durante los últimos cinco años?

—Tal vez tres.

—¿Y no nada le ha parecido extraño?

—Que eran un poco callados, tan solo, y no fomentaban la conversación. Parecían una familia decente. Que yo sepa, no consumen ni venden drogas, no venden artículos robados ni realizan ningún otro tipo de actividad delictiva. No celebran fiestas bestiales, nadie se ha quejado de ellos, han cuidado de la casa y, durante cuatro años y medio, han pagado puntualmente el alquiler.

—De acuerdo, señor Jenner, gracias por... Aguarde —dijo ella, y frunció el ceño—. La vecina me ha dicho que llevaban aquí cinco años. Quizás no tenga relevancia, pero la cronología podría ser importante.

—Sí, así es. Han sido casi cinco años.

—Pero me acaba de decir...

—Lo siento, debería haberlo aclarado. Durante el tiempo que los Phipps han pagado el alquiler, nunca ha habido un retraso.

—Señor Jenner, ¿podría explicarse?

—Claro. Durante los seis primeros meses, el alquiler lo pagaba otra persona.

Capítulo 29

Eran más de las diez cuando Frost se adentró por la estrecha calle de Prestwich. El tráfico había sido benévolo y su Audi se había comido los kilómetros de autopista con avidez. Como estaba segura de que la mujer rehusaría hablar con ella, no había hecho ningún intento de llamarla. Le sería más difícil negarse con Frost en la puerta.

Cerró el coche y se dirigió al número 27. Le pareció irónico que la casa fuera discreta y no llamara la atención. Llamó dos veces a la puerta de madera maciza. Se dio cuenta entonces de que a su izquierda había una pequeña cámara y un altavoz.

Oyó un zumbido.

—¿Puedo ayudarla?

Incluso a través del artilugio electrónico, Frost detectó lo vacilante de la voz.

—Me llamo Tracy Frost. Estoy aquí para hablarle de Trisha Morley.

—No conozco a nadie con ese...

—Ariane, sé quién eres. Por favor, déjame hablar contigo un momento.

—Vete, por favor. No tengo nada que decir.

—Solo cinco minutos —suplicó Frost—. Si has visto las noticias, sabes lo que está sucediendo.

—No puedo ayudarte.

—Creo que sí puedes hacerlo. Todo lo que quiero es hablar cinco minutos, y luego podrás...

Se calló al oír el sonido de una cadenilla que se deslizaba.

Cuando la puerta se abrió, apareció una mujer de su misma estatura. Llevaba el pelo corto, con un peinado austero que no opacaba un rostro atractivo. Vestía vaqueros y una sudadera con cuello en uve. Como único adorno, exhibía un par de pendientes.

Se hizo a un lado.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

Echó un vistazo a la calle antes de cerrar la puerta.

—He pasado muchas horas con el censo electoral —dijo la reportera. Caminaron juntas a través de un salón luminoso y aireado hasta la cocina, en la parte trasera de la casa—. Y tu apellido… —añadió, por si la mujer tuviera intenciones de ahondar en el tema.

Ariane cerró un grifo.

—Sí, tengo que agradecérselo a mi padre. —Al parecer, había sorprendido a esta mujer inmersa en una limpieza profunda de los armarios de la cocina.

¿Habría alguna satisfacción en semejante tarea?, se preguntó Frost. Ella misma tenía, en el fondo, cosas que estaban allí desde el día de la mudanza. Y podrían quedarse allí hasta que, de verdad, la reportera no encontrara nada mejor que hacer con su tiempo.

Se sentó a una pequeña mesa de madera.

—Intentaste advertir a Trisha sobre Nick Morley, ¿verdad?

Ariane se sentó también, enfrente, y la miró con cautela.

—¿Por qué habría de contarte algo? No quiero mi nombre en los periódicos, de ninguna manera. Sobre todo, si tenemos en cuenta lo que está ocurriendo. Se han invertido mucho dinero y horas de trabajo para sacar a Nick del atolladero.

—Lo entiendo, y no voy a mencionar tu nombre. Estoy escribiendo una serie de artículos para tratar de recuperar cierto equilibrio.

Ariane soltó una carcajada.

—¿Me estás tomando el pelo?

Frost negó con la cabeza.

—Alguien tiene que hacerlo. Trisha se lo merece.

Ariane dejó de reír.

—Nick tiene la mejor empresa de relaciones públicas del país trabajando para él. ¿Crees que con tu periódico local podrás influir en la imagen que están construyendo?

—Puedo intentarlo —respondió Frost, que hacía un esfuerzo por mantener un tono mesurado. No necesitaba esos recordatorios constantes de que estaba construyendo castillos de arena—. A ver, ¿creías que iba a servir de algo advertir a Trisha? —La mujer movió la cabeza de lado a lado—. Pero lo hiciste de todos modos.

—Y hoy desearía haber hecho más —dijo Ariane en voz baja—, porque Trisha me salvó la vida.

Frost sacó una libreta de su bolso.

—¿Cómo es posible? —preguntó. Ariane la miró con desconfianza —. Tienes mi palabra.

—Porque me dejó por ella.

—¿Te importaría empezar por el principio? —preguntó la reportera.

Ariane se volvió para sacar del cajón un paquete de cigarrillos y un cenicero. Frost se preguntó a quién se lo estaría ocultando. No había indicios de que hubiera un hombre ni niños en esa pequeña vivienda.

—Conocí a Nick cuando yo trabajaba en un Pret, cerca de la terminal de Snow Hill, en Birmingham. —Frost dio por hecho que se refería a la cadena de cafeterías Pret a Manger—. Él trabajaba a la vuelta de la esquina, en un bufete de abogados, y venía casi todos los días a comer. Era increíblemente guapo y encantador. Aunque

yo no lo estuviera atendiendo, me sonreía.

«Empecé a esperar sus visitas con impaciencia. Intentaba poner las cosas de modo que fuera yo quien le tomara el pedido. Un día, salí a almorzar. Estaba leyendo, y él me preguntó si podía acompañarme. Charlamos y el tiempo pasó volando. A partir de entonces, empecé a programar mis comidas para que coincidieran con sus visitas. Al final, él me pidió una cita de verdad y me invitó a una cena romántica en la ciudad.

«Ni siquiera recuerdo cómo ocurrió todo, pero, a los tres meses, ya me había mudado a su apartamento, junto al canal.

—¿No hubo signos de que fuera violento? —preguntó Frost.

—Ay, si me dieran una libra por cada vez que me he hecho esa misma pregunta... La verdad es que no. Era amable y gentil, divertido e interesante. Yo me sentía la chica más afortunada del mundo. Hasta que me mudé con él. Al principio, lo único que noté fue su mal humor. Se ponía un poco irritable por cualquier cosa. Me di cuenta de que lo mejor era dejarlo en paz. —»Adaptación de la conducta de la mujer», pensó Frost.

«Intenté no causarle molestias. Sabía que su trabajo era agobiante. —Excusas, entendió Frost. Se dio cuenta de lo rápido que alguien podía caer en la trampa—. Diría que el control enfermizo empezó a la semana de mudarme. Me estaba arreglando para ir a la despedida de soltera de una amiga y él hizo algunos comentarios sobre mi vestido. No le gustaba, pero me lo puse de todos modos. No volví a pensar en el asunto hasta dos días después, cuando, al sacar la basura, encontré el vestido hecho añicos en el cubo.

—¿Qué hiciste?

—Lo encaré. Estaba indignada. Él se rio y me dijo que me compraría otro vestido. Como yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar, me dio un puñetazo en la boca. —Ariane respiró hondo antes de continuar, como dándose cuenta de que ese había sido el punto sin retorno, de que en ese momento había sellado su propio destino.

«Se disculpó al instante. Me suplicó que lo perdonara. Se derrumbó

en el sofá y empezó a llorar, a decir que nunca se perdonaría lo que acababa de hacer. Fue tan rápido que me compadecí de su angustia. Le dije que todo iría bien, que cualquiera pierde el control de vez en cuando, que lo superaríamos. —Frost se estremeció al recordar cómo había reaccionado ella misma tras aquel primer empujón—. Como imaginarás, esa no fue la última vez. Un mes más tarde, yo ya estaba en urgencias con un brazo roto y, a los dos meses, con dos costillas fracturadas.

—¿Los médicos no quisieron averiguar nada?

—Por supuesto, pero yo tenía mis excusas preparadas. Nick siempre me decía lo que tenía que contar, y yo obedecía. Los médicos no me creían, pero ¿qué podían hacer? Y yo estaba demasiado asustada para denunciarlo.

«Una vez cometí el error de decirle que me iba y él me dio una lección que no olvidaré jamás. Llevábamos ocho meses juntos cuando empecé a plantearme el suicidio. Me paralizaba la vergüenza de haberme dejado hacer todas esas cosas. Eso y el miedo me adormecían hasta el silencio. No podía contarle nada a nadie. Solo quería escapar del miedo que me dominaba un día tras otro. Y una noche, al volver de una velada con sus amigos, me dijo que recogiera mis cosas y me fuera.

«Con las prisas, me dejé la mitad; pero llené una maleta, pensando que Nick estaba jugando conmigo, que se pondría delante de la puerta y se reiría y me diría que era una broma. Muchas veces me había dicho que jamás dejaría que me marchara.

—¿Y? —preguntó Frost. Sentía la gran tensión que emanaba de la mujer mientras encendía otro cigarrillo.

—Empaqueté a todo trapo, sin dejar de cuestionarme sus motivos. Pero a caballo regalado no se le miran los dientes; sobre todo, si unos momentos antes estás pensando en el suicidio.

—Continúa —la instó Frost.

—Me estaba esperando en la puerta principal. Me dijo que, si alguna vez hablaba del tiempo que habíamos pasado juntos, yo

viviría para lamentarlo, y le creí. Por supuesto, lo que yo no sabía era que esa misma noche había conocido a Trisha en el casino. En las noticias vi los titulares de ellos dos juntos. Tardé mucho en armarme de valor para avisarla.

—¿Te creíste sus amenazas? —preguntó Frost.

—Por supuesto. Ya me había demostrado lo que era capaz de hacer. —Frost no dijo nada.— Acabo de decirte que me hizo una advertencia cuando amenacé con dejarlo.

Frost asintió.

—¿Qué te hizo?

—No a mí. Era demasiado listo para eso. Mi padre tuvo un accidente de coche. Lo golpearon por detrás.

Frost trató de que la sorpresa no se reflejara en su rostro. Eso era exactamente lo que le había ocurrido a Penny, la hermana de Trisha.

—¿De verdad crees que fue él?

Ariane volvió a inspirar hondo.

—Si me estás haciendo esa pregunta, es porque no tienes ni idea de con quién estás tratando.

Capítulo 30

—Vale, esto es una pérdida de tiempo total y absoluta —dijo Stacey, y lanzó el bolígrafo al otro lado de la mesa.

Penn se quitó los auriculares. El bolígrafo acababa de golpear su taza de café. Cogió la taza y fue a la cafetera.

—Asalto con arma mortal, Stace —dijo sonriente. Sabía que no tenía sentido ofrecerle café. En su lugar, le pasó una lata de Coca-Cola Light. Él echó edulcorante en su taza—. ¿No has tenido suerte todavía? —preguntó.

—No, me he tomado un descanso y he vuelto a empezar con la búsqueda de antecedentes familiares en las redes sociales. Ya lo he dicho: ninguna persona de esta familia parece tener presencia en línea. He encontrado una cuenta que podría pertenecer a Leanne, pero está cerrada a cal y canto, así que no hay manera de confirmar nada.

La confidencialidad de esa cuenta de Facebook equivalía a haber sellado algo en una caja de seguridad, haberla metido en un pequeño cofre y haber encerrado el cofre en un oscuro rincón de Fort Knox.

—Volveré a esto en cuanto haya logrado algún avance con el condenado número de matrícula.

—¿Cómo lo llevas?

—He probado todas las variaciones de los caracteres y no he tenido éxito. Ya te digo: esa vecina se ha equivocado.

Tiró de la anilla de la lata y oyó el satisfactorio siseo del gas.

Penn volvió a sentarse.

—Sostén el papel en alto —le pidió—. Mi madre solía decir que, a

mi padre, los árboles no lo dejaban ver el bosque, y, ahora mismo, Stacey, creo que estás perdida en un puñetero bosque.

Ella conocía el refrán y no estaba en desacuerdo.

Levantó la hoja.

Penn miró el papel durante un minuto sin decir nada. Luego leyó en voz alta:

—HL87 0RB. —Volvió a su ordenador y habló sin mirar a Stacey—. ¿Has probado todas las letras?

—Sí, he probado variaciones de H, L, R y B. He agotado las posibilidades.

A veces dudaba de los mecanismos de su propia mente, pero esta vez había cubierto todos los aspectos.

—Dame un segundo —dijo él, y se puso a teclear con furia. Algo brillaba en sus ojos. De repente, una sonrisa empezó a formarse con lentitud en sus labios.

—La tengo

—¿Es coña? —explotó ella.

—Esa furgoneta Transit gris pertenece a una empresa llamada Matrix Enterprises. El ocho es, en realidad, un cero alterado con un trozo de cinta adhesiva en el centro. El cero de la segunda parte es una letra O.

Maldita sea, a ella no se le había ocurrido que podría haber dos errores en la matrícula.

—¿Sabes, Penn?, hay días en que te quiero con locura y otros en los que me cabreas —dijo ella. Se puso a teclear los datos en su ordenador.

Él le guiñó un ojo.

—De nada, Stace.

Ella se lo ignoró mientras centraba su atención en dar con el paradero de la familia.

Capítulo 31

—¿Así que habían manipulado la matrícula? —quiso confirmar Kim después de que Stacey le diera la noticia.

—Sí, jefa, Penn la ha pillado.

Stacey nunca se atribuiría el mérito de otra persona.

Kim puso el altavoz para que Bryant pudiera oírlo. Estaban a punto de empezar un registro minucioso de la planta superior de la casa de los Phipps. En el nivel inferior no habían encontrado nada.

—Así que la furgoneta pertenece a un negocio llamado Matrix Enterprises. —Kim se detuvo a mitad de la escalera. Le contó a su ayudante lo que el casero había revelado—: Es la misma empresa que pagó el alquiler de la familia durante los seis primeros meses. —Ante tal coincidencia, Bryant se volvió hacia su jefa con el ceño fruncido—. Vale, Stace, ponte a ello. Quiero saberlo todo sobre esa empresa.

—Entendido, jefa —dijo Stacey antes de colgar.

—Bryant, te toca la habitación principal. Yo me quedo con la de los chicos —dijo al llegar a la parte más alta de las escaleras.

A pesar de lo que Mitch había dicho en la escena del crimen, esa teoría de que, en su prisa por marcharse, la familia debía haberse dejado algo importante, la búsqueda estaba resultando infructuosa. Ya habían abierto todos los armarios y cajones, y, aunque en ellos había objetos, ninguno ofrecía pistas sobre el paradero ni los secretos de esas personas.

Mitch ya tenía instrucciones de acudir una vez que hubiera terminado en el almacén. En caso de que él tampoco encontrara nada, se verían obligados a devolver la propiedad. Lo bueno era que el dueño ya les había asegurado que almacenaría las posesiones restantes de los Phipps durante un periodo de tres meses.

«Tiene que haber algo», se dijo poco antes de encerrarse en la habitación de los chicos.

En un rincón, junto al armario, había un montón de ropa sucia; en su mayor parte, uniformes escolares: camisas, pantalones, dos americanas. La familia no tenía intenciones de volver.

Comenzó a buscar de manera metódica, como había hecho en las otras habitaciones; sin embargo, ese espacio en particular le provocaba cierta tristeza. Como los demás, mostraba los signos de una salida precipitada. Los libros y los juegos de mesa habían quedado abandonados. Imaginó a los dos chicos cogiendo solo sus posesiones más preciadas, tomando decisiones sobre qué dejar atrás. Cualquiera que fuera la historia de la familia, aquel había sido su hogar durante los últimos cinco años. Allí habían creado recuerdos. ¿Sabían los chicos por qué habían sido arrancados de su hogar? ¿Estarían asustados? ¿Temían por sus vidas mientras guardaban juntos sus posesiones más preciadas?

Se sacudió esos pensamientos y abrió un cajón tras otro. La única forma de ayudarlos era averiguar quién había matado a su padre. Buscando en el último cajón de la cómoda, se sintió consternada. No había nada nuevo.

Como había hecho en las demás habitaciones, siguió el proceso: paredes, techo y suelo.

No había ninguna trampilla en el techo, así que solo le quedaba el suelo.

Se colocó entre las dos camas y se tumbó boca abajo.

Estaba empezando a escudriñar por debajo cuando alguien abrió la puerta.

—Mal momento para una siesta, jefa —bromeó Bryant.

Ella lo ignoró.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

Bryant se quitó los guantes de látex.

—Absolutamente nada —dijo—. Es como si siempre hubieran estado preparados para esto. Como si ya hubiera ocurrido y supieran bien qué llevarse.

—Sí, coincido —dijo Kim. Cambió de posición en el suelo y recostó la cabeza para ver mejor—. No han dejado nada que pueda servirnos... A ver, espera, ¿qué es esto? —Estiró el brazo derecho bajo la cama.

Cogió un trozo de papel doblado que estaba a punto de desaparecer entre las tablas del suelo.

Se puso de pie y lo abrió. La decepción le cayó a plomo en el estómago.

—No es nada —dijo, y le pasó el papel a su colega—. Garabatos de niño, nada más.

Bryant miró el trozo de papel. Ponía «Tommy Phipps» una y otra vez hasta llenar la página.

Kim se sacudió el polvo.

—Es obvio que le gusta su propio nombre —dijo.

—No necesariamente, jefa —dijo Bryant—. Hay quienes escriben las cosas para recordarlas.

—¿Crees que necesitaba ayuda para recordar su propio nombre?

Bryant se encogió de hombros.

—Tal vez. Sobre todo, si no era su verdadero nombre.

Capítulo 32

—Según el Registro Mercantil, Matrix Enterprises lleva diecisiete años en funcionamiento y no ha obtenido beneficios ni una sola vez —afirmó Penn.

—¿Cómo demonios siguen en el negocio? —preguntó Stacey. Una empresa cualquiera podía tener uno o dos años malos, pero diecisiete sin ganar dinero... ¿Por qué seguir en el negocio?

—Créeme, la cosa se pone aún más rara. En el registro de actividades, la empresa figura como «Desarrollo de personas» y, año tras año, los gastos y los ingresos coinciden al céntimo exacto.

—¿Ocultan los beneficios? —preguntó ella. Cualquier auditor sabría que algo así era imposible. Alguien había manipulado los libros en alguna parte.

—No estoy seguro, pero el caso es que, mirando sus cuentas de gastos, el balance parece el de cualquier empresa normal. Tiene costes de alquiler y servicios, que no son altos, seguidos de vehículos, depreciación, gastos, alojamiento. Pero la cantidad que entra es exactamente igual al total, además de que los ingresos vienen en un solo pago global que figura como «Ventas».

Stacey acercó su silla a la pantalla de Penn.

—¿Ventas de qué? —preguntó.

—Gran pregunta. No tengo ni idea.

Stacey miró los detalles que su compañero tenía anotados.

—Esta no es una empresa de poca monta —dijo—. Han estado facturando cientos de miles cada año.

—Sumas que se incrementan un veinte por ciento en términos anuales, más o menos.

—Pero por hacer ¿qué? —insistió Stacey.

Penn se encogió de hombros y se apartó del escritorio.

—No sabría decírtelo, Stace, y no importa cuántas veces me lo preguntes.

—Si esa empresa pagó el alquiler de la familia Phipps durante seis meses, ¿qué narices esperaba a cambio?

Penn cogió su chaqueta.

—Esa sí que es una buena pregunta —dijo.

Cuando su compañero salió de la habitación, Stacey sentía la ansiedad que se acumulaba en su vientre. ¿En qué estaba metida esa familia? ¿De qué tenían tanto miedo como para pensar que ni siquiera la policía podía protegerlos?

Sabía que tenía que encontrarlos. Hasta el momento, había rastreado la furgoneta en dirección a la salida 3 de la autopista M5, en Halesowen. Estaba a la espera de que le llegaran las imágenes de una cámara de tráfico para saber si habían pasado la mediana de la autopista o habían continuado su viaje por la A456. Rezaba por que fuera lo último.

Sabía que había unas mil cien cámaras de detección automática de matrículas en la red de autopistas. Podían leer las matrículas y, al instante, convertir la información en datos cifrados conocidos como hash. Las cámaras grababan catorce millones de registros al día, lo que hacía casi imposible rastrear con ellas un vehículo concreto.

Como fuentes de seguimiento, eran mejores los radares de velocidad. Sin embargo, dado que había mil ochocientos, era necesario proporcionar el sentido de desplazamiento como punto de partida. Una vez en la M5, la furgoneta podía perderse en la red de la autopista, con lo que seguir su rastro sería imposible.

Una notificación del correo electrónico le dijo que acababa de recibir las imágenes de la cámara de la A456 situada al otro lado de la mediana de la autopista. Si la furgoneta aparecía, había alguna posibilidad de seguir su viaje.

Observó el intervalo de diez minutos que había solicitado.

Rebobinó y volvió a verlo.

La furgoneta no estaba allí.

Maldita sea. Había entrado en la autopista.

Capítulo 33

Cuando Frost se percató de que estaba a mitad del camino, se detuvo en una estación de servicio.

La charla con Ariane Debegorski no solo había sido desgarradora, sino que le había provocado rabia.

Y, en cuanto Ariane había cogido carrera, había hablado abiertamente de los malos tratos y de sus sentimientos. Le había dicho que no sabía cómo volver a confiar en un hombre. Ahora siempre se tragaba sus propias opiniones. Le daba miedo que la agredieran físicamente por responder. Entre lágrimas, le había explicado cómo había tenido que pasar esos años, siempre intentando comprender qué había dentro de ella como para que ese hombre se hubiera sentido con derecho a tratarla de aquel modo. Habló de la culpa de haber escapado con vida cuando otra persona estaba muerta.

—¿De verdad sentiste que era capaz de matarte? —le había preguntado Frost.

Y Ariane había respondido sin vacilar:

—Por supuesto. En sus ataques de ira, Nick se convertía en otra persona. No había forma de razonar con él. La violencia en constante aumento me convenció de que mi vida corría peligro.

Mientras la mujer hablaba sin tapujos, Frost se imaginaba lo convincente que sería como testigo para la acusación. Tenía un relato de primera mano tanto de la violencia como de su recrudecimiento.

Había rogado a Ariane que considerara presentarse como testigo, pero, primero, la mujer se había negado en redondo, y luego le había pedido que se marchara.

Y Tracy había respetado su ruego, aunque, al salir, quiso dejarla con

alguna comezón.

Sacó el teléfono y marcó el número de Penny. Ya le había enviado un correo electrónico para pedirle las transcripciones del juicio original, pues eso constituiría la base de su artículo de la tarde.

—Hola, Penny, soy Tracy Frost, de...

—Hola, Tracy —respondió Penny. Dos cosas llamaron la atención de la reportera: la calidez de la voz y el uso de su nombre de pila. Todo el mundo, con excepción de su madre, la llamaba Frost—. Leí tu artículo dos veces. Luego, mamá y yo lo leímos juntas, y lloramos.

—Penny, qué pena que...

—No, por favor, no te disculpes. Ha sido refrescante leer sobre ella así. Has captado su personalidad con precisión. A mamá y a mí nos hizo hablar de los buenos momentos, de todos los años que pasamos con ella antes de que conociera a Nick. Ha sido bueno para nosotras, y nos ha ayudado.

Frost no sabía qué decir. No recordaba que le hubieran dado las gracias, ni una sola vez, por algo que hubiera escrito. Pero tenía que advertir a Penny.

—Escucha, puede que quieras saltarte el artículo de esta noche. Hablará de las lesiones que sufrió Trisha. Quiero que la gente sepa todo lo que ese cabronazo le hizo a tu hermana. Podría ser duro de leer.

—Lo vimos todo en el juicio. Sabemos lo que sufrió.

—Y hay algo más, Penny, para que lo sepas: Trisha nunca dejó de confiar en ti. Si dejó de contártelo no fue por alejarse de ti. Fue por lo contrario, ni más ni menos. Intentaba protegerte.

—Lo siento, pero ¿cómo...?

—Tu accidente de coche. Me dijiste que, cuando te dieron por detrás, ella dejó de compartir contigo lo que le ocurría. No tengo cómo probarlo, pero estoy segura de que Nick fue el responsable. —

Frost oyó una inhalación aguda, pero siguió hablando—: Lo mismo le pasó a Ariane cuando amenazó con dejarlo. A su padre lo hirieron de la misma manera. Fue una advertencia, y funcionó. Sabía que amenazar la seguridad de las personas que Trisha más quería era una forma sólida de controlarla, así que ella dejó de hablar contigo porque no quería que te hicieran daño.

Frost cerró la boca al escuchar un suave sollozo del otro lado del teléfono.

—Gracias, Tracy; siempre me había preguntado si en esas últimas semanas la defraudé de alguna manera.

—Pues no lo hiciste.

—Esto significa más para mí de lo que nunca podrás imaginar. Pero, Tracy, tengo que preguntarte algo: ¿por qué haces esto?

Frost abrió la boca para decir algo, pero entonces se dio cuenta de que ni ella misma sabía la respuesta.

Capítulo 34

Ormiston Forge Academy era el nuevo nombre del viejo colegio Heathfield High. Situado en Wrights Lane, en Old Hill, estaba a menos de un kilómetro de donde vivían los chicos.

En la recepción, una mujer de traje azul marino con raya diplomática parecía esperar su llegada.

—Anna Lennox —dijo, y extendió la mano. Los dos detectives le mostraron su identificación—. Por favor, síganme —dijo la mujer, con actitud de querer perderlos de vista lo antes posible.

La siguieron hasta un pequeño despacho, justo a un lado de la recepción. La mujer lo abrió con una sola llave. Era una habitación pequeña, sin ventanas, con un escritorio y un par de sillas. La austeridad indicaba que era un despacho en desuso. ¿Esa mujer no quería que su espacio de trabajo se infectara con la presencia de los detectives?

—Esto es inquietante y molesto —explicó—. Si los estudiantes los vieran por aquí, interrumpirán sus estudios. ¿En qué puedo ayudarlos? ¿Están bien los chicos? Hoy no han venido al colegio y no he recibido ninguna llamada de su madre.

La mujer se retorcía las manos. Kim detectó algo más que preocupación y al instante adivinó por qué.

—No tenemos motivos para creer que los niños no estén bajo la custodia de su madre. Tampoco para creer que no estén sanos y salvos.

En la casa, la pila de uniformes escolares era una señal de que habían vuelto del colegio. Esa señora y su personal no habían hecho nada malo.

—Nunca se sabe. Aunque la mujer estaba autorizada, hicimos las comprobaciones necesarias...

—¿Qué comprobaciones? —preguntó Kim.

—Bueno, la mayoría de los niños tienen dos adultos designados. A menudo son los padres, pero damos más autorizaciones para que también puedan recogerlos los abuelos y otros familiares. Aun así, no permitimos que los recojan a deshoras por personas que no conocemos, aunque figuren en el registro.

—¿Así que Leanne nunca había venido a recoger a los chicos?

Anna negó con la cabeza.

—No, siempre venía la madre y, en ocasiones, el padre. Llamamos a la señora Phipps para verificar que todo estaba en orden y ella fue quien nos confirmó que sí.

—¿Le dio alguna excusa para sacar a los chicos en medio del horario escolar?

—No, solo dijo que era una emergencia familiar y que la señora King, su hermana, debía llevarse a los chicos a casa.

Bryant sacó su libreta y anotó el nombre.

—¿Tiene su dirección?

—Sí, puedo conseguirla en las oficinas antes de que se vayan.

—¿Y hubo algún problema con los chicos? —preguntó Kim.

—No, que yo sepa. No conozco a todos los niños uno por uno. Confío en que sus profesores aborden cualquier problema de inmediato, siempre que me mantengan informada.

—¿Y ninguno de sus profesores ha mostrado preocupación?

—No, en absoluto.

—¿Podemos hablar primero con el profesor de Tommy? —preguntó Kim.

—Sí, déjeme llamarlo. Es un profesor suplente, pero lleva algún

tiempo con nosotros.

—Gracias. —Estaba claro que Anna no iba a dejarlos salir de la oficina.

La mujer se detuvo en la puerta.

—Desde luego, lo que no sabemos es qué tipo de trauma sufrieron los chicos antes de venir aquí.

—¿Trauma? —preguntó Kim.

—Bueno, es obvio que algo les había ocurrido en algún momento de su pasado. ¿Por qué, si no, iban a necesitar asesoramiento?

—¿Ambos iban a terapia?

—Sí, los dos visitaban al mismo psicólogo una vez a la semana.

Capítulo 35

Un hombre de aspecto atlético llamó a la puerta y entró en el pequeño despacho. Tenía unos treinta años. Su sonrisa era cálida y abierta.

—Soy Liam Docherty, el profesor de Tommy.

Bryant se levantó y le estrechó la mano. Presentó a Kim y se presentó a sí mismo, mientras ella se preguntaba cuántas niñas de la clase estarían enamoradas de él en secreto. No parecía hacer nada por resaltar su atractivo natural. Llevaba una camisa azul pálido y pantalones negros, solo que los llevaba muy bien. Se sentó donde antes había estado Anna Lennox.

—Señor Docherty, venimos...

—Liam, por favor. Al final del día, mi apellido me tiene frito.

—Bien, Liam, ¿puede hablarnos de los chicos Phipps?

—Bueno, no los conozco bien. Creo que he pasado un poco más de tiempo con Tommy, el mayor. Aun así, no lo conozco de verdad.

—Pero ¿usted es su profesor? —preguntó Kim. A los docentes se los formaba para que estuvieran atentos a todo tipo de señales.

—En realidad, soy un profesor temporal. Soy suplente, mi puesto no es fijo. Me llaman para cubrir bajas por enfermedad, vacaciones o maternidad. Ahora mismo estoy aquí, pero la semana que viene podría estar en Staffordshire o Leicester. Enseño a muchos niños, así que rara vez tengo la oportunidad de establecer vínculos reales con ellos. —Sonrió.— Las responsabilidades son las mismas: planificar las clases, corregir y demás.

—Pero ¿prefiere ser temporal?

—Por ahora, me viene bien. No me veo envuelto en política ni

cotilleos. Seamos sinceros, en todos los sitios hay de eso, pero, como a mí no me afecta, llego, enseño y me voy.

Sonrió, aunque no con un gesto de suficiencia. Era una señal de que había encontrado un sistema que le ofrecía lo mejor de ambos mundos.

—Así que usted no notó nada...

—Ah, eso no es lo que he dicho —negó en tono agradable—. Les he dicho que no lo conocía bien. Enseguida me di cuenta de que era lo que yo llamo un hijo mediano.

—¿Un qué? —preguntó Kim. Tommy solo tenía un hermano.

—En mi experiencia, en una clase hay tres tipos de niños, según el espectro social: los introvertidos, que no quieren interactuar en absoluto; los extrovertidos, que quieren toda la atención, y los que están en medio, a quienes les gustaría interactuar más, pero se contienen. A estos es a quienes se debe prestar atención. Hay que tratar de educarlos para que adquieran confianza en sí mismos.

«En clase, yo me fijaba en Tommy. Él observaba a los extrovertidos, a los que levantaban la mano para responder a las preguntas. Me daba cuenta de que quería contribuir más, así que empecé a pedirle respuestas, pero él siempre se cerraba en banda. —Se quedó pensativo un momento.— Era como si tuviera miedo de dejarse llevar, de participar. Era un chico listo. Siempre estaba escribiendo cosas.

«Como su propio nombre», pensó Kim.

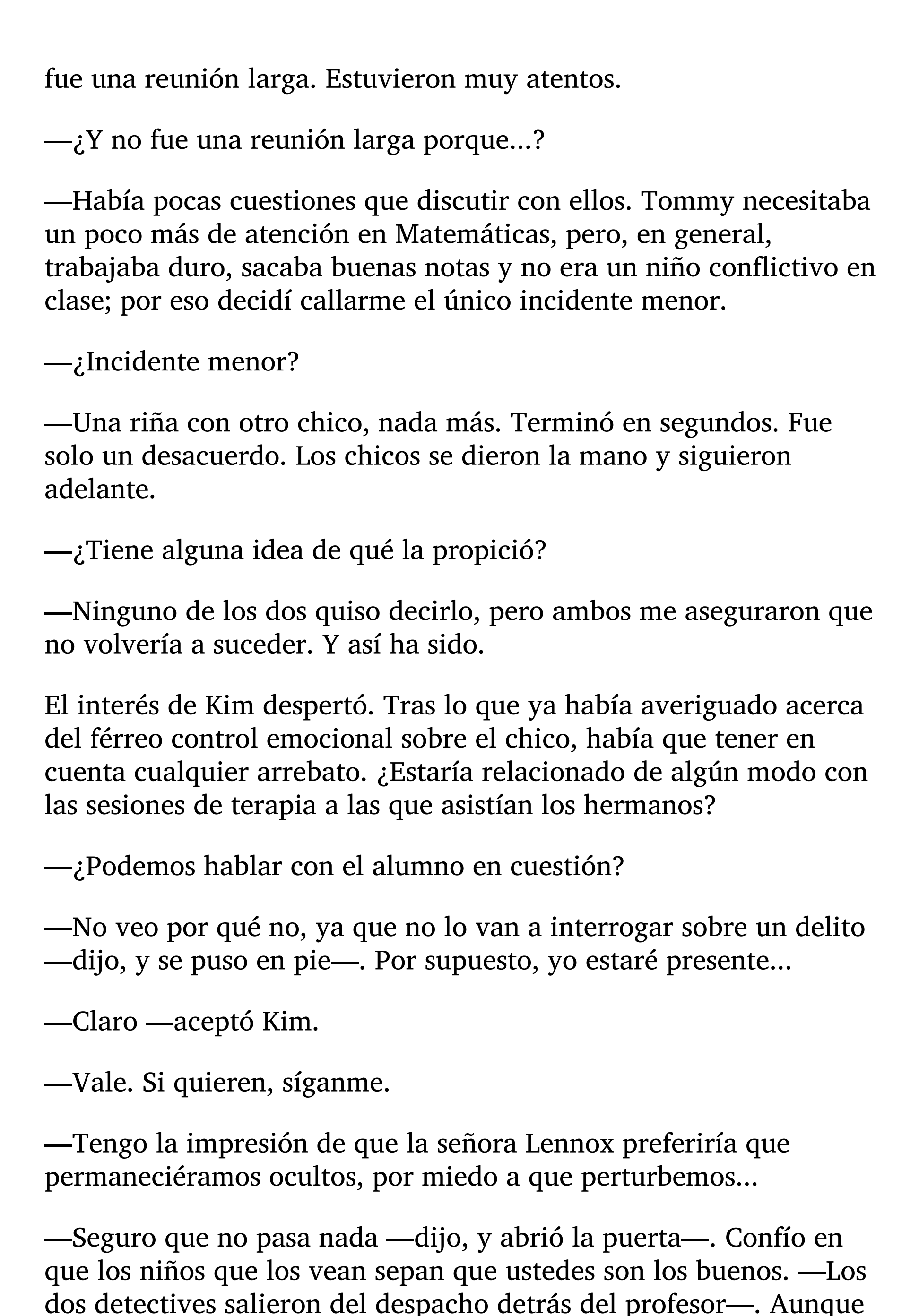
—¿Alguna vez reveló algo sobre sí mismo o su familia?

Liam negó con la cabeza.

—Parecían como cualquier familia normal. Un poco reservados, pero...

—¿Usted conoció a Keith y Diane?

—Sí, en la reunión de padres, hace unos cuatro meses, aunque no


fue una reunión larga. Estuvieron muy atentos.

—¿Y no fue una reunión larga porque…?

—Había pocas cuestiones que discutir con ellos. Tommy necesitaba un poco más de atención en Matemáticas, pero, en general, trabajaba duro, sacaba buenas notas y no era un niño conflictivo en clase; por eso decidí callarme el único incidente menor.

—¿Incidente menor?

—Una riña con otro chico, nada más. Terminó en segundos. Fue solo un desacuerdo. Los chicos se dieron la mano y siguieron adelante.

—¿Tiene alguna idea de qué la propició?

—Ninguno de los dos quiso decirlo, pero ambos me aseguraron que no volvería a suceder. Y así ha sido.

El interés de Kim despertó. Tras lo que ya había averiguado acerca del férreo control emocional sobre el chico, había que tener en cuenta cualquier arrebato. ¿Estaría relacionado de algún modo con las sesiones de terapia a las que asistían los hermanos?

—¿Podemos hablar con el alumno en cuestión?

—No veo por qué no, ya que no lo van a interrogar sobre un delito —dijo, y se puso en pie—. Por supuesto, yo estaré presente…

—Claro —aceptó Kim.

—Vale. Si quieren, síganme.

—Tengo la impresión de que la señora Lennox preferiría que permaneciéramos ocultos, por miedo a que perturbemos…

—Seguro que no pasa nada —dijo, y abrió la puerta—. Confío en que los niños que los vean sepan que ustedes son los buenos. —Los dos detectives salieron del despacho detrás del profesor—. Aunque tal vez sea mejor que venga solo uno de ustedes.

—Estaré en el coche —dijo Bryant.

Kim caminó al lado del profesor.

—¿Puedo preguntar si va todo bien?, con los chicos, quiero decir —preguntó.

—Lo siento. No puedo hablar de eso con usted —contestó, lacónica.

—Entiendo. Qué buen tiempo hace para ser esta época del año. —Kim sonrió ante su esfuerzo por entablar una conversación trivial. No era algo que a ella se le diera bien—. Es justo aquí. —Abrió una puerta a su izquierda.

Kim entró en el aula y todas las miradas se posaron en ella, incluyendo las de un hombre de barba clara que estaba sentado detrás del escritorio. El hombre se levantó, pero no se acercó a ellos.

—Le presento a Jacob Powell, mi ayudante —dijo Liam. Jacob apartó la mirada y sacó su móvil.

Kim no pasó por alto su expresión pensativa.

Liam, de una palmada, atrajo de nuevo la atención de la clase hacia él.

—Bueno, chicos, aquí no hay nada de qué preocuparse. Seguid haciendo lo que estabais haciendo, excepto tú, Robbie Weston —dijo, y, con un dedo y una sonrisa, señaló a un estudiante.

Se acercó a ellos un chico rubio con la corbata deshecha.

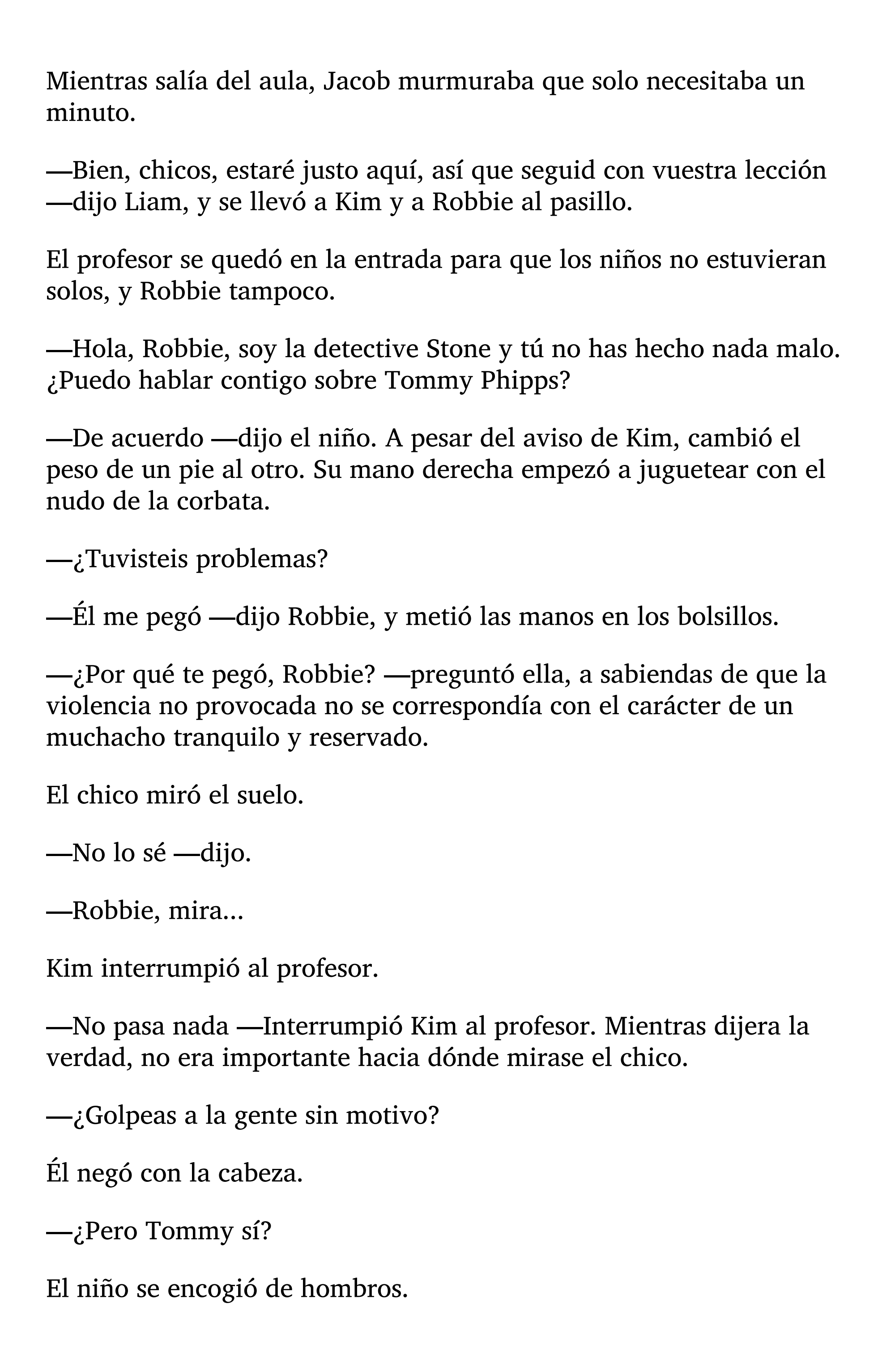
Liam echó un vistazo a Jacob.

—¿Puedes...?

El otro profesor mostró su teléfono.

—Sí, solo tengo que hacer una llamada rápida —dijo.

A Liam eso pareció molestarlo, pero asintió.



Mientras salía del aula, Jacob murmuraba que solo necesitaba un minuto.

—Bien, chicos, estaré justo aquí, así que seguid con vuestra lección —dijo Liam, y se llevó a Kim y a Robbie al pasillo.

El profesor se quedó en la entrada para que los niños no estuvieran solos, y Robbie tampoco.

—Hola, Robbie, soy la detective Stone y tú no has hecho nada malo. ¿Puedo hablar contigo sobre Tommy Phipps?

—De acuerdo —dijo el niño. A pesar del aviso de Kim, cambió el peso de un pie al otro. Su mano derecha empezó a juguetear con el nudo de la corbata.

—¿Tuvisteis problemas?

—Él me pegó —dijo Robbie, y metió las manos en los bolsillos.

—¿Por qué te pegó, Robbie? —preguntó ella, a sabiendas de que la violencia no provocada no se correspondía con el carácter de un muchacho tranquilo y reservado.

El chico miró el suelo.

—No lo sé —dijo.

—Robbie, mira...

Kim interrumpió al profesor.

—No pasa nada —Interrumpió Kim al profesor. Mientras dijera la verdad, no era importante hacia dónde mirase el chico.

—¿Golpeas a la gente sin motivo?

Él negó con la cabeza.

—¿Pero Tommy sí?

El niño se encogió de hombros.

—¿Tommy tiene muchos amigos?

—No, es demasiado tranquilo.

—¿Asusta a otros? —preguntó Kim. Creía poco probable que Tommy fuera un matón, pero Robbie no parecía tener ganas de compartir los motivos de su escaramuza—. Robbie, si te sirve de algo, no creo que Tommy vuelva a esta escuela, así que puedes decirme la verdad.

—Me pegó porque me burlé de él.

—¿Por qué?

—Trabajábamos juntos en un proyecto científico y teníamos que firmarlos. Me reí de él porque firmó con el nombre de «Ryan». Me reí porque no sabía ni cómo se llamaba. Me pegó y me dijo que me daría una paliza si se lo decía a alguien.

La mente de Kim se puso en marcha. Dio las gracias a Robbie y a Liam y se alejó de allí.

El chico no había estado escribiendo su propio nombre una y otra vez por diversión o aburrimiento. Había estado practicando para hacerlo bien.

Capítulo 36

La veo sentarse en el banco. Todos los días viene y todos los días la observo.

¿En qué estará pensando? ¿Cómo se siente? ¿Qué intenta recuperar al sentarse en el mismo sitio todos los días?

Puedo ver bien la entrada del parque desde el estudio, que no es más que una habitación de tamaño decente con lo necesario. Ha habido un intento por delimitar las distintas zonas. Debajo del fregadero, de la cocina de dos fuegos y el armario de almacenamiento hay un cuadrado de dos metros de linóleo frío. El lavavajillas es una ensaladera en el fregadero.

Un listón metálico marca el paso del linóleo a la moqueta que cubre el resto de la habitación. Es una moqueta beis, funcional, áspera a los pies, pero está impoluta. El rincón más alejado lo llenan una cama individual y una cómoda. Frente a la ventana, hay dos sillas: una mira hacia el exterior; la otra, hacia un pequeño televisor montado en la pared, a la derecha de la puerta del cuarto de baño.

Entiendo que a algunos esto les parezca austero, pero, para mí, es liberador. No hay nada de mi pasado ni de la persona que era antes de tener que desaparecer. No hay recuerdos de lo que perdí ni de lo que me vi obligada a dejar atrás.

Para mí, mi antigua vida está perdida. Mi familia y mis amigos se han ido. No he tenido más remedio que renunciar a ellos y, sin embargo, cada mañana me despierto con la esperanza que solo puede traer un día nuevo y fresco.

Lo que más echo de menos son las conversaciones. Saludo a la anciana que vive en la habitación de abajo. Me mira de la cabeza a los pies y me saluda con ojos amables. De pasada, comentamos el tiempo, y me entran ganas de decir algo más: de charlar, de pasar el rato, pero no me atrevo. Me aterra lo que soy capaz de revelar.

A veces, los viernes por la mañana, el hombre de arriba me ayuda con la basura. Supongo que está siempre a la espera de que yo abra mi puerta, porque aparece como por arte de magia y me arrebata la bolsa.

—Deja, yo la llevo —dice.

—Gracias —le respondo, y me retiro a mi habitación, agradecida por esa pequeña muestra de amabilidad.

De nuevo, me gustaría hablar más, pero no puedo.

Nadie sabe quién era yo y no deben averiguarlo. Nunca lo harán.

Estoy a salvo.

Estamos a salvo.

Y, por ahora, eso es lo único que importa.

Capítulo 37

Kim estaba segura de que, solo con el nombre de pila, no iban a conseguir nada. Sabía, eso sí, que Tommy no era el verdadero nombre del niño.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó Bryant en cuanto ella estuvo otra vez en el coche.

Kim no contestó a esa pregunta.

—Tenías razón sobre el nombre —dijo—. La verdad es que Tommy se llama Ryan.

—¿Crees que toda la familia utiliza nombres falsos? —preguntó él.

—Creo que es lo que debemos suponer, pero la pregunta candente es ¿por qué.?

—Bueno, yo no he venido directamente al coche. Me he perdido por ahí y he acabado en el despacho de la señora Lennox. Le he preguntado si podía echar un vistazo a los expedientes académicos anteriores. No los hay. Al colegio le dijeron que no estaban disponibles, así que los dos chicos tuvieron que hacer exámenes para establecer su nivel educativo. —Bajó la voz, imitando a la directora.— «Puede que hayan sido nómadas».

—Joder, ¿es que toda la familia nació hace cinco años? —preguntó Kim, frustrada.

—Quizá el psicólogo nos ayude —dijo Bryant—. Mientras estaba con la señora Lennox, me ha parecido conveniente conseguir la dirección. Podría ofrecernos algo.

—Vamos a averiguarlo, Robin —dijo ella, y tiró del cinturón de seguridad.

—¿Algo más que sea interesante? —Bryant se incorporó a la vía

principal.

—El ayudante del profesor no parecía muy contento de verme. Se ha apresurado a salir para hacer una llamada urgente.

Bryant frunció el ceño.

—Tipo barbudo, veintitantos años.

—Sí, más o menos, ¿por qué?

—Podría ser uno que ha pasado junto a mí cuando volvía al coche. —Kim se sintió intrigada. Ese hombre solo había salido del aula para hacer una llamada urgente—.Todo lo que puedo decir es que parecía ansioso por irse. Y no, no estaba hablando por teléfono.

Capítulo 38

Penn hizo un alto frente al domicilio social de Matrix Enterprises, en una intersección de cinco calles, a las afueras del centro de Birmingham. El edificio, que era una vasta extensión de metal y cristales oscuros, parecía alzarse unos quince pisos.

«Impresionante», se dijo cuando entró en el vestíbulo. Alguien allí tenía que ser capaz de decirle a qué se dedicaba la empresa. La recepción era cálida y estaba decorada con buen gusto. Repartidas por el espacio, había zonas individuales para sentarse. Las mesas estaban llenas de revistas, pero no de los Woman's Own de páginas gastadas que uno encuentra en la consulta del dentista; eran gruesos ejemplares de Forbes y New Statesman.

Penn se alisó el pelo y se acercó a un alto mostrador de recepción. Un hombre y una mujer, ambos con auriculares, estaban sentados del otro lado.

El varón, cuya placa decía «Brad», fue el primero en terminar su llamada y ofrecer a Penn una agradable sonrisa.

—¿Esto es Matrix Enterprises? —preguntó el sargento.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Hay alguien con quien pueda hablar acerca de la empresa?

—¿Tiene una cita?

Penn negó con la cabeza.

La sonrisa de Brad se atenuó un poco.

—Permítame...

Penn esperó mientras Brad hacía una llamada.

—No, lo siento, no hay nadie.

Solo con el tono, el recepcionista le estaba diciendo que había agotado todas las posibilidades.

Penn sacó su placa.

Brad no pareció muy impresionado.

—Lo siento, señor, sin importar lo que me muestre, nada hará que, de repente, aparezca alguien.

A Penn no le estaba gustando la actitud de Brad.

—¿Me está diciendo que no hay una sola persona en todo el edificio que pueda venir a contarme a qué se dedica la empresa?

Brad pareció sorprendido.

—Lo siento, agente, pero las empresas Matrix no utilizan todo el edificio, ni mucho menos. —Señaló un tablón de anuncios doble situado detrás de la puerta por donde Penn acababa de entrar. En la lista había, al menos, cuarenta nombres.

—Las trece primeras plantas son para empresas que tienen su establecimiento aquí. Las dos superiores son oficinas compartidas. Matrix Enterprises está en la quince.

Penn sabía cómo funcionaban: bastaba con alquilar un despacho individual para tener también una línea telefónica y una dirección postal.

Esa empresa facturaba miles y miles de libras al año. ¿Cómo podían hacer algo así desde una oficina compartida?

—¿Puedo subir y...?

—No tiene sentido —dijo Andrea, según ponía en su placa, en cuanto terminó su llamada—. No hay nadie. Nunca hay nadie.

—¿Está segura? ¿Qué hay del pago del alquiler, de la correspondencia?

—Nunca recibimos correspondencia. El pago del alquiler está

domiciliado. Conservan la oficina, pero yo llevo aquí casi ocho años y aún no he conocido a nadie que trabaje para Matrix Enterprises.

Capítulo 39

La consulta del doctor Michael Crewson no era lo que Kim esperaba. De hecho, no era un consultorio, en absoluto. Era una casa unifamiliar con camino de entrada de grava, ubicada en la frontera de Halesowen y Bromsgrove. La placa de identificación solo era visible una vez que estabas en la puerta.

Si el hombre se había ganado esa residencia con su trabajo como psicólogo, se preguntó Kim, ¿cómo era posible que la familia Phipps se hubiera podido permitir su precio? Por lo que ella sabía, el único que trabajaba era Keith Phipps.

Golpeó con la aldaba de latón.

—¿Cuánto? —preguntó. A menudo, ella y Bryant jugaban a adivinar los precios de las casas.

—Setecientas veinte —respondió él.

—No está mal. Yo diría, más bien...

Dejó de hablar en cuanto se abrió la puerta.

Apareció un hombre de estatura similar a la suya, con un pelo corto y oscuro que no ocultaba las canas de las sienes. Vestía vaqueros oscuros y polo blanco. Enganchadas a un cordel, de su cuello colgaban unas gafas.

Ante su mirada interrogante, Kim se apresuró a identificarse.

—¿Podemos entrar, doctor Crewson?

El hombre no hizo ningún esfuerzo por apartarse.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Se trata de uno de sus pacientes.

—¿Quién? —preguntó, aún sin invitarlos a entrar.

—Un chico de catorce años llamado Tommy Phipps.

—¿Hace falta que le diga que mis clientes están protegidos por las leyes de confidencialidad?

—Lo entendemos, doctor Crewson, pero estamos investigando un asesinato.

Él enarcó una ceja.

—¿Tommy Phipps ha asesinado a alguien?

—No, pero está estrechamente relacionado con nuestra víctima, así que ¿nos permite entrar en su casa?

Él negó con la cabeza.

—No le veo sentido a tener una conversación tan breve. Si Tommy Phipps no representa ningún peligro para sí mismo ni…

—¿Nos está poniendo trabas adrede, doctor Crewson? —lo desafió Kim.

—Desde luego que no, inspectora, pero no pienso violar ninguna confidencialidad.

—¿Ha escuchado la palabra «asesinato»? —estalló Kim.

—Ese es su problema, no el mío. Mi deber es proporcionar a mis clientes un entorno seguro, así que…

Bryant dio un paso adelante.

—Señor Crewson —Kim supuso que su colega la había visto apretar los puños—, no le vamos a pedir que ponga en peligro su integridad profesional, pero estamos intentando atrapar a un asesino que podría volver a atacar. Es verdad: tal como usted ha dicho, el problema es nuestro, y no suyo; de eso no hay duda. Sin embargo, cualquier cosa que pudiera ofrecernos nos ayudaría a salvar vidas inocentes, y sería muy agradecida.

Justo lo que ella estaba a punto de decir. Casi.

—No estoy obligado a revelar nada sin una orden judicial.

—Tómese la libertad de hablar hipotéticamente, doctor Crewson —lo aconsejó Bryant.

El hombre se quedó pensando un momento. Kim se dio cuenta de que sería imposible que los dejara entrar en su casa, y eso le producían aún más ganas de entrar.

—Trato a la gente por muchos motivos: depresión, ansiedad, estrés, problemas de comportamiento, fobias. Cualquier cosa que a usted se le ocurra, la he tratado. Algunos casos son más complejos que otros. Algunos requieren años de terapia; para otros, el problema consiste en adaptarse a una nueva situación. Los grandes cambios pueden ser más duros para los niños que para los adultos y durar años. Es como un proceso de duelo.

—Tenemos entendido que la familia se mudó a esta zona hace unos cinco años. ¿Tommy aún recibía tratamiento?

—No puedo entrar en detalles, oficial, como le he dicho. Solo puedo decirle que, al tratarse de niños, una mudanza repentina es una experiencia traumática. Los efectos pueden durar años.

—Pero ¿por qué se mudaron de manera tan repentina? —preguntó Kim. Crewson no dijo nada—. Lo sabe, ¿verdad? —insistió ella. Sentía que ese hombre tenía la llave que desvelaría los secretos de los Phipps.

—Lo siento, inspectora, pero para eso va a necesitar una orden judicial, sin duda —dijo, y les cerró la puerta en las narices.

Capítulo 40

Michael Crewson dejó escapar el aliento que había contenido cuando oyó que el coche se alejaba por la calle.

Maldita sea. Esa mujer, que ya se había dado cuenta de que él estaba al tanto del pasado de los Phipps, volvería con un papel y lo obligaría a entregar los registros.

Desde el instante en que había visto el coche detenerse en la entrada, ya sabía que eran policías, y, si estaban allí, era por una única razón. No iba a permitirles la entrada en la casa. Estaba decidido, pues temía que pudieran encontrar alguna forma ingeniosa de llegar a sus registros en papel: algún tipo de distracción o prestidigitación.

Esa era la única baza que tenía y la había jugado. Incluso para las fuerzas del orden, podía aceptarse una cortés negativa en la primera solicitud. No acatar una orden judicial era una cuestión muy distinta.

—Mierda, mierda, mierda —dijo en voz alta mientras se dirigía de nuevo a su despacho, inseguro de cuál debería ser su siguiente movimiento.

Lo último que quería era cabrear a Matrix Enterprises. No era que le dieran mucho trabajo, pero seguirían pagando encantados sus facturas durante el tiempo que él considerara necesario.

Sí, claro que Tommy Phipps había tenido problemas cuando la familia se mudó al Black Country. ¿Quién no? Era un niño. Y, en su informe mensual a Matrix, había enumerado problemas como la «Ansiedad por el desplazamiento» y el «Duelo por vidas pasadas». Sin embargo, el chico seguía yendo, comentando que echaba de menos a sus amigos, su colegio y sus familiares. Todo eso era perfectamente normal; solo que a él le pagaban una buena suma por cada hora que escuchaba.

Quería mantener una relación de confianza con Matrix. No tenía ni idea de lo que podía ocurrir si sus archivos llegaban a manos de la inspectora detective.

Sacó su teléfono y buscó el contacto «Niñera».

Le cogieron la llamada al segundo timbrazo.

—¿Qué? —jadeó la voz.

—Soy el doctor Crewson —dijo, y abrió el archivador.

—¿Qué pasa?

Era una voz cortante y aguda.

—La policía ha estado aquí. Ha venido a preguntar por Tommy.

—Mierda. ¿Qué saben?

Crewson puso el expediente encima del escritorio.

—No mucho —dijo—. Están pescando, pero estoy seguro de que volverán.

—Vale, déjame pensar.

El teléfono se quedó en silencio mientras el psicólogo esperaba la respuesta. No se sorprendió cuando pronunciaron las tres palabras:

—Destruye la carpeta.

Él se inclinó y encendió la trituradora.

—Vale. —La tensión empezó a abandonar su cuerpo—. Y gracias por tu ayuda, Leanne.

Capítulo 41

Frost dejó caer las gafas sobre las transcripciones del juicio y se frotó los ojos. Qué lectura tan deprimente. Pero era más que eso.

La reportera era muy consciente de que no había nada que hacer para cambiar el rumbo del juicio que se avecinaba. Su motivación para escribir la serie de artículos había sido volver a poner en el candelero el nombre de Trisha Morley, centrar la atención del público en la verdad de lo que el hombre había hecho y no en la imagen de santidad que llenaba las columnas.

Al leer las transcripciones, entendió por qué al jurado le había costado tanto condenarlo.

El caso de la Fiscalía de la Corona no se había centrado tanto en las pruebas forenses como en el patrón de conducta de Nick Morley. La defensa, muy astuta, no había cuestionado que Trisha Morley estuviera muerta, sino que Nick Morley fuera quien la había matado.

Por su parte, la Fiscalía de la Corona se había equivocado de estrategia. Sí, era verdad que el historial médico de Trisha mostraba una letanía de lesiones horribles, pero también había un problema importante. Frost se dio cuenta mientras leía una vez más la lista que había escrito:

Lesión. Dedo fracturado. Causa: Martillar un clavo.

Herida. Hinchazón, hematoma facial y labio cortado. Causa: Choque contra una puerta.

Lesión. Fractura en el pie. Causa: Una losa le cayó sobre los dedos del pie.

Lesión. Hombro dislocado. Causa: Caída en el baño.

Lesión. Brazo fracturado. Causa: Tropiezo con la funda del edredón.

Herida. Costilla fracturada y contusión grave en el abdomen. Causa: Caída por las escaleras.

Y la lista continuaba. Cada golpe tenía una explicación. Cada mordisco, arañazo, corte, puñetazo y patada había sido ocultado bajo un alegato de torpeza. Cada explicación provenía de la propia Trisha.

Sin comprender del todo el miedo y los condicionamientos del maltrato doméstico, el jurado había cuestionado la negativa de Trisha a buscar ayuda; sobre todo cuando quedó claro que acudía sola a las consultas. La defensa había insistido en que Trisha había tenido muchas oportunidades de decir la verdad, de buscar refugio y de escapar. Bastaba con contárselo a un solo médico para que este alertara a la policía.

En su opinión, la Fiscalía de la Corona había hecho un trabajo horrible al no llamar a suficientes expertos. Tenían que haber explicado la cadena de miedo que unía a Trisha con Morley, incluso cuando él no estaba cerca. Y Trisha había visto pruebas del poder de su agresor. El tipo no la había amenazado de manera directa, sino a su familia. Trisha, por sí misma, habría soportado la ira. Pero su hermana se había visto implicada en un accidente de coche, lo que habría magnificado y cimentado el poder que él tenía sobre ella.

Y, por eso, el equipo de Morley se centraba en su imagen, en las

relaciones públicas. Si a un jurado le había costado declararlo culpable la primera vez, ahora no había la menor posibilidad.

Frost, en parte, tenía la tentación de acercarse a Stone y pedirle ayuda, pero la inspectora le había dejado claro que era muy poco lo que podían hacer, por mucho que sintieran que la injusticia era inminente. También sabía que Stone estaba muy ocupada con la investigación en curso.

Ya se había convencido de que, mientras la Fiscalía no tuviera nuevas pruebas, Nick Morley pronto sería un hombre libre. De eso no tenía la menor duda.

Capítulo 42

—¿Qué quieres decir con «vacío»? —preguntó Kim mientras vertía café en su taza.

—Un poco como la cartera de Bryant cuando le toca ronda en el pub —explicó Penn.

Bryant puso mala cara.

—Madre del amor hermoso, ¿tan vacío? —preguntó Kim.

Penn continuó con su informe de la visita a las oficinas de Matrix.

—El personal nunca ve entrar ni salir a nadie —continuó—. La plaza de aparcamiento siempre está desocupada. Por lo visto, hay un escritorio y un teléfono, y eso es suficiente para conservar el espacio. El alquiler se paga sin falta semanalmente, pero los recepcionistas nunca han conocido a nadie relacionado con la empresa.

—¿Y la correspondencia?

El sargento negó con la cabeza.

—Quizás la redirijan a un apartado de correos.

—Maldita sea —se quejó Kim. Correos era uno de los lugares más difíciles en los que obtener información. Al parecer, iba a pasar el resto del día solicitando órdenes judiciales—. ¿El historial médico, Stace?

—Pedido y a la espera. He comprobado casos anteriores, pero no hay nada como esto sin resolver. Ya he puesto en Google algunas alertas de palabras clave, por si aparece algo nuevo.

—Vale, así que son casi las dos y, en lo que va de día, ¿hemos averiguado una puta mierda? —El equipo entero asintió con gesto

compungido—. De hecho, sabemos aún menos que ayer. Ahora ni siquiera creemos que los miembros de esa familia estén usando sus verdaderos nombres.

Nadie discrepó. Kim intentó acordarse de algún otro caso que los hubiera hecho retroceder.

Miró la pizarra, tan pobre de información.

—Sabemos que, por algún motivo, alguien odiaba a Keith Phipps lo suficiente como para torturarlo hasta la muerte. Sabemos que el resto de la familia ha pasado la vida huyendo y que ahora los han ayudado con una furgoneta registrada a nombre de una empresa que gasta cientos de miles de libras, pero que no recibe beneficios ni tiene empleados. Sabemos que uno de los chicos estaba en terapia, pero que a su médico nunca lo enseñaron a compartir. —Hizo una pausa—. ¿Me he dejado algo?

—Solo lo del malvado ayudante al que no le has gustado y ha huido de la escuela.

—No podríamos decir que lo de que yo no le guste a alguien sea nuevo, pero anota su nombre, Stace, y haz un poco de... —Cerró la boca al oír campanas de boda que provenían del teléfono de Stacey.

—¿Qué co...?

—Alerta de Google, jefa —dijo la ayudante de detective, con cara de vergüenza.

—¿Qué? Podrías haber elegido el sonido normal que...

—Espera, dame un minuto mientras... Ay, se ha disparado con la palabra «tortura». Rediós, ven a ver esto.

Capítulo 43

—¿Con quién has hablado en Somerset? —preguntó Bryant mientras salían del aparcamiento de la comisaría.

—Con el inspector detective Lynes. Muy servicial. Ha dicho que mantendría el cadáver allí hasta las tres y media, así que estaría bien que encontraras esa quinta marcha, capitán Lento.

La alerta de Google de Stacey había lanzado información de una nueva escena del crimen, a unos ciento cincuenta kilómetros, en Clevedon. En su primera declaración, la oficina de prensa había usado la palabra «tortura», de ahí que las alertas hubieran saltado. Tras una rápida llamada a la policía local y una breve explicación, Kim había podido conversar con el inspector detective presente en el lugar de los hechos.

El condado de Somerset, así como de los distritos de Bristol, Bath y South Gloucestershire, estaban a cargo de la Policía de Avon y Somerset. La corporación contaba con casi seis mil empleados y cubría una población de algo menos de dos millones de habitantes. Formado por unos tres mil policías, el equipo era responsable de la undécima zona geográfica más extensa de Inglaterra y Gales.

Kim y Bryant se dirigían a Clevedon, en el norte de Somerset. Cuando iban por la M5, el GPS le dijo a Kim que estaban a ciento cuarenta kilómetros y que llegarían en hora y media. Diez minutos demasiado tarde. Para llegar a tiempo, Bryant tendría que ponerse las pilas. Kim quería ver ese cuerpo que, al parecer, había sido torturado poco a poco hasta la muerte.

—¿Ha dicho algo más acerca del cadáver? —preguntó Bryant.

—Sí, que nunca en su vida ha visto nada igual.

Capítulo 44

—Por fin —exclamó Stacey cuando recibió un correo electrónico de la consulta médica de Cedar Vale. Ya había enviado mensajes a la secretaria de la escuela de Ormiston para pedirle datos sobre Jacob Powell, solo que no había recibido respuesta. Con todo, lo que le interesaba de verdad era el historial médico de los Phipps.

El mensaje contenía cuatro archivos adjuntos, uno por cada miembro de la familia.

Se fijó en el tamaño de los archivos.

—Vaya, qué raro —dijo.

Penn levantó la cabeza.

—Raro es bueno —comentó.

Stacey hizo clic en el primer expediente. Era el de Darren Phipps, el menor de los chicos.

—El archivo solo cubre los últimos cinco años.

—¿No fue cuando se mudaron a esta zona?

—Sí, pero los expedientes médicos te siguen adonde vayas. Debe de haber algún error.

Stacey se preguntó si la consulta había iniciado expedientes electrónicos nuevos en el momento en que la familia se incorporó. Lo raro era que no se hubieran molestado en adjuntar los antiguos. Alargó la mano hacia el teléfono, pero se detuvo. Ya había perdido bastante tiempo esperando esa información.

—El más pequeño tiene asma —leyó en las notas, aunque Penn ya había perdido el interés. Además de una infección de oído, no había nada que destacar.

Hizo clic en los registros de Tommy y encontró poco más: un par de infecciones menores, pero sin problemas de salud, como su hermano.

—No hay ninguna referencia médica —dijo en voz alta.

—¿Eh? —preguntó Penn, sin ponerle mucha atención.

—Para asistir a terapia. Aquí no se menciona ningún problema de adaptación, ansiedad ni depresión.

Penn cogió sus cascos.

—Deben haber ido a una consulta privada —dijo—. Sigo esperando lo raro, Stace.

Para ella, eso era extraño. El Servicio Nacional de Salud disponía de amplios recursos para los problemas de salud mental. No había ninguna mención sobre el estado psicológico de Tommy, lo que no tenía sentido. La familia Phipps no tenía mucho dinero, así que ¿por qué recurrir a la sanidad privada en vez de a la pública?

Tenía esa pregunta clavada en la mente mientras pasaba al tercer archivo: el historial de Keith Phipps. El hombre tenía una receta recurrente de naproxeno para dolores en las manos derivados de la artritis. El trabajo en tareas pesadas de construcción debía haber hecho estragos. Era algo raro en un hombre razonablemente joven, pero nada inaudito. Aparte de eso, el invierno anterior había ido una vez a ponerse una inyección contra la gripe. Desde luego, esa familia no había abusado de los recursos del Servicio Nacional de Salud. Al parecer, acudían al médico solo si era necesario.

Ahora mismo, los historiales médicos de la familia planteaban más preguntas que respuestas.

Hizo clic en el último registro, el de Diane Phipps, y notó que se trataba de otro resumen breve.

Pasó la mirada por encima de la información genérica, en la parte superior de la página.

—Esto sí que es extraño —dijo en voz bastante alta como para que

Penn la oyera.

Penn se destapó una oreja.

—Haz que esta vez merezca la pena, Stace.

—Diría que la merece la pena. —Volvió a comprobar, en la parte superior, la sección sobre relaciones familiares—. Diane Phipps no tiene hermanas.

Capítulo 45

—Maldita sea, Stace —dijo Kim mientras Bryant se adentraba en la ciudad costera de Clevedon.

Tardó un segundo en digerir la noticia sobre Diane y Leanne, aunque, en parte, no la sorprendía. Algo faltaba en la interacción de esas dos: un vínculo nacido de la familiaridad, de la historia y el conocimiento. No había visto ninguna muestra de afecto entre ellas, ni siquiera cuando Kim informaba a Diane de la muerte de su marido. Sí, Leanne se había sentado en el sofá, al lado de Diane, pero Kim recordaba cómo le apretaba el brazo. No había sido para consolarla, sino para controlarla. Pero ¿controlarla por qué? Y, si no era la hermana de Diane, ¿quién demonios era Leanne King?

—Tengo que colgar, Stace, pero sigue en eso. Quiero saber todo sobre esa mujer. Y buen trabajo.

—Lo haré, jefa —dijo Stacey, y colgó.

—Bien, Bryant, te quedan dos minutos, así que úsalos.

El navegador por satélite le decía que llegarían a su destino en dos minutos. Eran las 15:28. Ella esperaba que el inspector detective Lynes fuera fiel a su palabra y no moviera el cuerpo ni un segundo antes.

Echó un rápido vistazo al muelle mientras se dirigían hacia Walton Common.

A las 15:29 ya estaban en el cordón exterior. Un agente tardó lo que les pareció una eternidad en revisar su portafolios antes de mover el cono y dejarlos pasar.

Cada vez le caía mejor el inspector detective Lynes, que había tenido la delicadeza de poner su nombre en la lista.

Bryant aparcó al lado de la furgoneta de los forenses, de la que ya

estaban sacando una camilla.

Menos mal que el hombre había mantenido su palabra.

Se acercó al cordón interior y echó un vistazo a la gente que había alrededor.

En ese momento, un hombre bajito, protegido con un chubasquero de tres cuartos, se giró y fue a su encuentro.

—Inspectora Stone, esto sí que es llegar al límite —dijo, y le tendió la mano.

Ella se la estrechó. Ese hombre había sido más que atento.

Él les entregó monos de técnico forense.

—Poneos estos trajes y pasad —dijo.

Keats no solía ser tan estricto en sus escenas del crimen, pero esta no era suya, y ella no había pedido permiso para ir a una escena del crimen ajena y pisotearla. Obedecería sus reglas.

En cuanto se hubo subido la cremallera, un agente levantó la cinta del cordón y les permitió el paso.

—¿Habéis tenido algo como esto en la Yamyamlandia? —preguntó Lynes mientras se acercaban a la zona de actividad.

Ella no puso objeciones a esa referencia al Black Country. Si llamaban así al lugar era porque, en el dialecto local, la gente decía Yow am en vez de You are. Otra cosa habría sido que la llamara brummie, ya que muchos atribuían erróneamente el dialecto de los habitantes de Birmingham al acento de las West Midlands.

—Si te refieres a eternas y terribles torturas, sí.

—Bueno, dejad que os diga que el aspecto de nuestro hombre es desagradable de verdad, —reveló cuando la multitud comenzaba a separarse.

—¿Qué coño? —preguntó ella. Sus ojos estaban tratando de

procesar la escena que tenía delante.

Atado a un marco de madera oblongo, de espaldas y desnudo, yacía un hombre de unos veinte años. Tenía las manos estiradas por encima de la cabeza. Sus pies estaban atados por los tobillos a los ángulos inferiores del marco.

El primer pensamiento de la detective fue que esa grotesca visión estaba enmarcada.

Caminó alrededor, tratando de captar cada detalle.

El marco estaba formado por cuatro piezas de madera. Habían agujereado las esquinas inferiores para clavar unas varillas metálicas. La base del artilugio se sostenía en ellas para mantenerse en su sitio. El bastidor tenía ruedas en las dos esquinas superiores. Al mirar los largueros de madera y poner atención en su parte media, Kim vio que se habían hecho con dos piezas, una superpuesta a la otra.

—¿La mitad superior del armazón es móvil? —preguntó a Lynes, que, junto con ella, rodeaba el cuerpo.

—Sí, aquí hay una marca de cuerda —dijo él, y señaló un corte irregular entre las muñecas atadas.

Lynes dio unos pasos y señaló el suelo, donde la hierba estaba aplastada.

—¿Crees que tiraba desde ahí? —preguntó ella.

Lynes asintió.

La mirada de Kim se posó, por último, en la parte que había estado evitando: el vientre. La mayoría de los intestinos se habían desparramado y colgaban por un lado del torso.

Quiso tener una visión del conjunto.

—¿Qué significa todo esto?

El inspector detective llamó a una miembro de su equipo.

—Sargento detective Baldwin —dijo—, ¿te importaría explicarlo?

La sargento asintió y sonrió a Kim.

—Parece un potro improvisado, semejante a los que se utilizaban en el siglo xvi. A este lo llamaban la manivela intestinal. Se hace una incisión en el abdomen para separar el duodeno del píloro. El duodeno es la primera parte del intestino delgado, la que lo conecta con el estómago, y es también la más corta. Con un tirón constante, los intestinos se van extrayendo de la cavidad gastrointestinal de la víctima.

—¿Cómo sabes todo...?

—Espera, hay más —dijo Lynes, y se cruzó de brazos.

—El verdugo, mientras tensaba poco a poco la cuerda, también estiraba el cuerpo de la víctima. Al romperse los cartílagos, ligamentos y huesos por la tensión, se habrán oído fuertes chasquidos. Además, cuando las fibras musculares se dilatan más allá de cierto punto, pierden su elasticidad y son incapaces de contraerse.

Kim estaba impresionada.

—Vaya, eso es, ah...

—Es lo que consigues con tres años de estudios de Medicina antes de convertirte en policía —comentó ella con una sonrisa.

—Gracias, Denise —dijo Lynes—. También sabe otras cosas muy raras —añadió después de que la sargento se alejara.

De haber tenido alma de alcahueta, Kim habría intentado conseguir el número de Denise para dárselo a Penn.

—Impresionante.

Lynes sonrió.

—Es mi mano derecha.

Le caía bien ese hombre, que le recordaba a Colombo.

—Sí, yo también tengo una mano derecha —dijo ella.

Bryant dio un paso adelante.

—Se llama Stacey —aclaró Kim. Bryant la fulminó con la mirada, pero ella lo ignoró—. Así que ¿cuánto tiempo? —preguntó.

—La médica forense calcula que de cinco a seis días, pero nos dirá más cuando el entomólogo forense haya analizado los insectos.

Desde el primer momento, Kim se había dado cuenta de que esa víctima era anterior a la suya, pero ¿cuánto tiempo? Eso era, ni más ni menos, lo que ahora le interesaba saber.

Luchó contra el impulso de preguntar quién había encontrado el cadáver. ¿Ya habrían empezado a examinar las cámaras de seguridad? ¿Cuándo sería la autopsia? Habría hecho todas esas preguntas en voz alta si fuera su propia escena del crimen, pero no lo era, así que no podía más que presionar un poco la tolerancia y buena disposición del inspector detective.

Lynes hizo una seña a la médica forense para que continuara con el levantamiento del cadáver.

—¿Hay algo que te sirva de todo esto? —preguntó él.

Kim se quitó los guantes.

—Aún no estoy segura.

Agradeció las atenciones y se dirigió al coche. Tenía que hacer una llamada urgente.

—Si hay algo más en lo que podamos ayudaros, llamadnos.

Ella le dio las gracias por encima del hombro.

Esa era, quizás, una oferta de la que ese hombre viviría para arrepentirse.

Capítulo 46

Incluso con los cascos puestos, Penn sabía si Stacey murmuraba para sí misma o hablaba con él.

Se quitó una de las almohadillas por quinta vez.

—¿Qué pasa, Stace? —preguntó.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy revisando seiscientas setenta fotografías.

—¿De qué?

—Tíos chungos.

—Oye, deja eso para tu tiempo libre.

—¿Tú todavía no tienes nada?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No he encontrado nada de ninguna Leanne King. ¿Alguna sugerencia?

A Penn, su propia tarea ya le estaba dando bastantes dolores de cabeza, aunque su instinto le decía que iba por buen camino.

La autopsia lo había dejado intrigado por los numerosos huesos rotos en ambas manos, lesiones típicas de los boxeadores. Así que, después de haber buscado «Keith Phipps boxeador» sin resultado alguno, había recurrido a lo único que le quedaba: una foto del carné de conducir. Las fotos post mortem no le servían para nada debido a la desfiguración causada por las quemaduras. Pero la diminuta foto del carné no era mucho mejor. Después de varias ampliaciones, la integridad de la imagen se había perdido. Sin embargo, era lo mejor que tenía. La escaneó con el programa de reconocimiento facial y recibió cientos de resultados posibles. No le

quedaba más remedio que revisarlos en busca de una coincidencia.

—¿Tienes una foto? —dijo Penn. Se preguntaba si su compañera podría usar la misma aplicación en sus pesquisas. —Ella negó—. ¿Crees que es su verdadero nombre?

Stacey dejó caer la cabeza sobre el escritorio.

—No me quites el único dato que tengo.

—Pero ¿ha sido siempre su nombre? —quiso saber él. Hizo clic con el ratón y continuó su búsqueda.

—Ya he pasado por partos y matrimonios unas cuantas...

—¡Lo tengo! —la cortó Penn con un grito.

Stacey dio la vuelta para echar un vistazo.

—¿En serio?

Penn puso una foto al lado de la otra.

—¿Qué te parece?

Stacey estudió la imagen durante unos segundos y asintió con la cabeza antes de volver a su escritorio.

—¿Y quién es?

—Jackson Jacko Birch. Un boxeador aficionado del East End de Londres.

—¿Qué demonios está haciendo en Old Hill y con un nombre diferente?

—No sé, Stace, pero, según este artículo, Jacko Birch se esfumó hace cinco años y medio.

Capítulo 47

—Señor, quiero tener acceso a la investigación de un asesinato en Somerset —dijo mientras Bryant tomaba la vía de acceso a la autopista. Volvían a Halesowen y quería que su solicitud quedara registrada lo antes posible.

—Stone, ¿qué demonios estás tramando?

Había olvidado, por un momento, que estaba obligada a informar cada vez que salía del condado; sobre todo, si tenía la intención de relacionarse con otro cuerpo de policía. Era una forma de prevenir que llegaran quejas al escritorio de su jefe. Pero él tampoco la había avisado de lo de Frost con antelación. Puto karma.

—Señor, creo que se trata del mismo homicida: la planificación, la ejecución, la tortura… Necesito acceso a la información que consigan.

—Maldita sea, Stone, no puedes ir por ahí invadiendo las escenas criminales de otras fuerzas con tus botas tachonadas del cuarenta y tres…

—Uso una cuarenta, señor, y me he puesto de puntillas —explicó—. Que yo sepa, no he molestado a nadie. He pedido permiso para ir y me alegro de haberlo hecho. Este cabroncete va por el país torturando gente y necesito…

—Aguarda, Stone, tengo otra llamada.

La línea se quedó muda. Ella gimió para sus adentros. Ya sabía qué clase de llamada era esa. Sí, el inspector Lynes se había mostrado cooperativo y servicial, pero estaba segura de que su superior no sería igual de complaciente. Apostaba a que, al enterarse de la presencia de Kim, había descolgado el teléfono. Así que, ahora mismo, un inspector jefe de detectives estaba hablando con otro inspector jefe de detectives sobre su falta de etiqueta y profesionalidad. Estaba segura de que Woody recogería la queja y la

apoyaría en público, pero, en privado, la reprendería.

Cuando la línea volvió a comunicar, Woody retomó la conversación.

—Vale, Stone, ya lo tienes —dijo con firmeza.

Por un momento, se sintió confundida.

—¿Qué tengo, señor?, ¿mi cese? —preguntó.

—Acceso al caso en Somerset.

El alivio se convirtió, primero, en gratitud, pero luego pasó a la sospecha. Frunció el ceño.

—¿Por qué, señor? —Había sido demasiado fácil. No había tenido que sacrificar a ningún familiar ni nada parecido.

Él no dijo nada, así que el malestar que Kim empezaba a tener en el estómago cogió carrerilla.

Había conseguido exactamente lo que quería, aunque no como lo esperaba. Allí había algo que no le estaban contando. Woody no había tenido tiempo de hacer las llamadas necesarias para conseguirle un acceso sin restricciones. ¿Con quién demonios acababa de hablar?

—Señor, estamos de camino. Creo que será mejor que suba a verlo en cuanto llegue.

—Sí, Stone —dijo él con gravedad—, creo que es una muy buena idea.

Capítulo 48

Eran casi las cinco y media cuando Frost pulsó «Publicar» a su segundo artículo de la semana. Estaba contenta de verdad de haberlo terminado.

Se había pasado la tarde entera leyendo cada uno de los desafortunados incidentes y lesiones de Trisha. Y, como Nick Morley no había sido declarado culpable de ningún delito, había tenido que encubrir el artículo como el de «la mujer viva más desafortunada», sin acusar al marido en ningún momento. Había tenido que reescribirlo en cuatro ocasiones, una por cada vez que se descubría a sí misma colando su propia voz y opinión. Incluso había tenido la sensación de revivir todas las lesiones: las fracturas, los cortes, los moratones, un par de dislocaciones. Y Frost sabía que la víctima podría muy bien haber sido ella.

Enderezada, hizo clic en el artículo. Se sorprendió al ver que ya tenía setenta y tres comentarios, a pesar de que apenas llevaba un par de minutos en línea. Revisó los mensajes, contenta de ver que la mayoría eran reflexiones sobre el maltrato doméstico. No faltaban, claro, los mensajes socarrones de sus troles habituales, pero estaba contenta con el resultado. Cuanta más gente cuestionara la inocencia de Nick Morley, mejor.

—Eh, Frost, ven —la llamó su jefe desde la puerta.

Las siete personas que aún quedaban en la oficina levantaron la mirada. Que te llamara así nunca era bueno. Al menos, no según su experiencia.

«No puede tratarse de este artículo», se dijo a sí misma mientras se abría paso entre los escritorios y las miradas inquisitivas. Él le había dado el visto bueno.

Cerró el despacho, aunque sabía que, cuando el jefe se enfadaba, su voz atronadora atravesaba la puerta.

Pero no parecía enfadado, sino, más bien, entre perplejo y divertido.

—Acabo de recibir una llamada de los abogados de Nick Morley: Torpe, Gili y Grancagada.

Tracy se rio a carcajadas, pero enseguida se puso seria. Ella no había hecho nada malo. En ese artículo no había nada que fuera difamatorio. El nombre de Nick Morley solo se había utilizado una vez en la referencia «La esposa de…». Después, lo había dejado en paz.

—Sí, creo que ha sido Grancagada quien me ha llamado. Un tipo muy agradable, educado, amable, profesional. —Frost se cruzó de brazos, a la espera. Por el brillo de sus ojos, el jefe estaba jugando con ella—. Me ha invitado a almorzar mañana en un restaurante elegante de Birmingham.

«Qué cabrones tan retorcidos», pensó Frost. Y qué arrogantes, también. En esos artículos no había nada que no fueran hechos. Esos tipos sabían que no tenían ningún argumento legal contra ella ni contra el periódico, pero estaba claro que lo vigilaban todo. Y ella, en esos últimos días, debía de tener las alertas de Google de los abogados activadas como una orquesta de instrumentos de viento. No la asombraba la soberbia de esas personas, esa presunción de que podían controlar todo el ciclo de noticias en torno a su cliente. Y, dado que a ella no podían callarla con argucias legales, intentaban manipular a su jefe.

Frost se cruzó de brazos.

—¿Y qué le has dicho, Fitz? —preguntó.

Sin dejar de sonreír, él se acarició la tripa.

—Le he dicho a Grancagada que estoy a dieta.

Cuando salió del despacho de su jefe, Frost seguía sonriendo. Se alegró de que hubiera rechazado la oferta del abogado. Bien sabía que habría sido un intento sutil y solapado de persuadir a Fitz de que pusieran fin a los artículos. Al rechazar su oferta de comer,

también había rechazado la petición, así que ella era libre de continuar la serie.

Pero esos ya se habían dado cuenta de lo que Frost estaba haciendo y del número de lectores y comentarios que atraía. Habían comprobado que el nombre de Trisha se mencionaba a diario.

«Trágate esa, Goliat —pensó mientras volvía a su escritorio—. Y, ahora, ¿qué vas a hacer?».

Capítulo 49

Penn interrumpió el furioso tecleo de Stacey.

—Vale. Hasta ahora, he averiguado que Jacko Birch empezó a competir cuando tenía dieciséis años —dijo.

—Espera, déjame enviar al colegio este correo electrónico sobre Jacob Powell. Ya está. Continúa —dijo, y le dedicó toda su atención.

—En 2004, estuvo a punto de ser elegido para los Juegos Olímpicos, pero se quedó fuera de la lista. Se hizo profesional y entró en el circuito a principios de 2005. Tuvo un éxito razonable y, durante los primeros seis o siete años, ganó más peleas de las que perdió. Luego la cosa cambió. Casi de la noche a la mañana, la balanza se desequilibró y empezó a perder el setenta por ciento de sus combates.

—¿Edad y fatiga? —preguntó Stacey.

—Es posible. Tal vez había pasado su mejor momento y no era capaz de verlo.

—O quería seguir ganando dinero, así de simple —dijo Stacey—. Hablando de eso, ¿dónde estará el dinero? Él y su familia no llevaban un estilo de vida lujoso.

—Esa, Stacey, es una muy buena pregunta. Aquí no se habla de que se retirara. Perdió un combate en el segundo asalto y nunca más se supo de él. No hay más menciones, no hay más peleas.

—Y un traslado al Black Country con un nuevo nombre.

«¿Qué hiciste, Jacko Birch?», se preguntó Penn mientras Stacey volvía a aporrear su teclado. Cogió su taza y la llevó a la cafetera.

—¿Sigues tratando de encontrar un motor de búsqueda para el

registro de cambios de nombre? —preguntó,

—¿Por qué no podemos buscar en su base de datos, sin más? —preguntó Stacey—. Y me refiero a nosotros, la policía. No querríamos que se metieran ahí Fulano, Mengano y Zutano, pero, con toda seguridad...

—Los registros de cambios de nombre no se guardan en un solo lugar —le explicó Penn—. Los Archivos Nacionales de Richmond, en Surrey, conservan registros que se remontan a la década de 1760. El Tribunal Supremo de la Judicatura conserva de cinco a diez años los certificados de inscripción, tras lo cual se registran en los Archivos Nacionales. A partir del año 2000, los certificados más recientes se conservan en los Tribunales Reales de Justicia de Londres. —Ella se apoyó en el respaldo de su silla y se quedó de brazos cruzados, mirándolo—. Stace, no es mi culpa que hayas ido a dar... Espera, la verdad es que tengo una idea. Busca en los archivos de The London Gazette.

—Eh..., ¿qué? ¿Para qué? —preguntó ella—. Leanne no vive en Londres.

Penn volvió a su lugar.

—No me digas. Si no recuerdo mal, desde 1914, toda solicitud de cambio de nombre tiene que publicarse en The London Gazette antes de que se conceda.

Stacey se enderezó.

—¿En serio? —preguntó.

—No. La verdad es que no hay ningún requisito legal para un cambio de nombre. A menudo, no se necesita más que la carta de una persona responsable; un médico de cabecera, por ejemplo. Este solo tiene que declarar que conoce a la persona por ambos nombres. Algo como eso es suficiente para satisfacer a la mayoría de las instituciones, pero no cuando se trata de la expedición de un pasaporte.

«El Reino Unido no expide ningún pasaporte ni permiso de conducir

sin que haya antes un anuncio público, una declaración legal o una tramitación de cambio de nombre. La tramitación es la forma más rápida de obtener un registro oficial, así que...

—Calla —dijo ella mientras sus dedos volaban sobre las teclas. Sin poder evitarlo, Penn admiró la anormal velocidad a la que tecleaba su compañera.

—¡Tengo una! —gritó Stacey.

Él agitó la mano desde su escritorio.

—Oye, estoy aquí, Stace.

—Vale, vale, pues. Tengo aquí el registro de una mujer que cambió su nombre a Leanne King hace siete años. Y su nombre anterior era Karen Jarvis, así que déjame ponerlo en una búsqueda separada...

Penn tomó un sorbo de café mientras esperaba.

—¡Coge el maldito teléfono! —gritó ella con un respingo.

—Madre mía, Stace, ¿qué...?

—Mira esto, Penn. —Giró la pantalla completamente hacia él.

—No me jodas —exclamó él. Tenía delante la imagen de Leanne King o Karen Jarvis vestida de riguroso uniforme de la Policía y bien sonriente para la cámara.

Capítulo 50

A pesar de las ganas que tenía de llegar al fondo de lo que estaba ocurriendo, Kim no entró en el despacho de Woody de manera intempestiva, sino que llamó a la puerta con suavidad. Y, en cuanto vio a la persona sentada a la mesa de reuniones de su jefe, se alegró de haberlo hecho.

—Ah. ¿Debería...?

—No, Stone. El superintendente Wexford ha venido para esta reunión. Siéntate, por favor —dijo Woody. Él también se acercó a la mesa de reuniones.

¿Qué diablos estaba pasando allí? Este hombre no era el jefe directo de Woody. Era el jefe del jefe directo de Woody.

—Encantado de conocerla, Stone. —En lugar de ofrecerle la mano, hizo un breve movimiento de cabeza.

Esas palabras ya despertaban bastantes sospechas. Nadie se alegraba de conocerla.

Wexford era más o menos de la misma edad que su jefe, pero ahí acababan las similitudes. Su piel, de un blanco polvoriento, parecía no haber visto nunca el sol. Tenía la cara delgada y estrecha, como contorsionada permanentemente por el estrés.

—Inspectora Stone, es imperativo que entienda esto: no podrá compartir nada de lo que escuche en esta sala con nadie.

Ella miró a su jefe, que no dijo una palabra. Tampoco ella respondió. No estaba preparada para asumir el compromiso. Y, mientras Wexford le explicaba la gravedad de la situación, su cerebro seguía trabajando. Sobrevolaba los hechos de los dos últimos días: el secreto, el aislamiento de la familia, el nombre repetido en el trozo de papel, la implicación repentina de los altos mandos...

Ah, por fin. Acababa de entenderlo. Cayó en la cuenta de lo que sucedía:

—Protección de testigos —dijo—. Toda la familia está escondida.

Wexford asintió.

—Y no podemos permitir que se haga público.

Kim se sentó para permitir que la complejidad de la situación terminara de filtrarse en su cerebro.

Sí, vaya. Por supuesto que nada de eso debería llegar al público. Si la policía fuera incapaz de proporcionar una protección adecuada, nadie volvería a declarar en un juicio.

—¿Clevedon? —preguntó ella con respecto a la escena del crimen que acababa de visitar.

—Sí —respondió Wexford, grave.

—Dios —exclamó Kim. Dos testigos asesinados en dos días.

—Este programa no puede verse comprometido, inspectora. Los testigos potenciales deben confiar en que los mantendremos a salvo. —Ante la réplica obvia, Kim se mordió los labios y guardó silencio —. Nuestro UKPPS, el Servicio de Protección de Personas del Reino Unido, es responsable de unos tres mil individuos, más o menos, y está bajo el mando de la Agencia Nacional contra el Crimen. Se trata de un servicio regional a cargo de cuerpos de policía locales. Cuando los testigos entran en el sistema, se convierten en personas protegidas, un estatus legal que impone a la policía la obligación de protegerlos.

Suponía que no había funcionado con Keith Phipps o como quiera que se llamara.

—Entonces, ¿de qué manera funciona a nivel local? —Kim se preguntaba cómo era posible que aquello estuviera ocurriendo delante de sus propias narices.

—Las Unidades Regionales de Protección de Personas trabajan para

mantener en secreto la localización de sus protegidos. Ayudan a la familia a rehacer su vida en la nueva zona. La UKPPS forma parte de las fuerzas de seguridad del Reino Unido. En sus tareas de protección, son independientes de las fuerzas policiales y se concentran tan solo en mantener a salvo a los testigos. La oficina central, en la sede de la Agencia Nacional contra el Crimen, proporciona asistencia estratégica y práctica a los funcionarios que prestan apoyo a las personas protegidas.

—¿Matrix Enterprises?

El hombre asintió, sorprendido de que Kim hubiera llegado tan lejos.

—El presupuesto del programa procede directamente de la Agencia Nacional contra el Crimen. Los únicos que pueden remitir casos al UKPPS son los cuerpos de policía, la Agencia Nacional contra el Crimen y otros organismos encargados de hacer cumplir la ley.

—Bueno, la familia Phipps no se ha enriquecido con el plan —observó. Ella también había oído historias de sinvergüenzas y delincuentes a los que se les ofrecían lujos por su cooperación.

—No hay nada de eso. No podríamos hacer grandes pagos, ya que los abogados defensores podrían alegar que los testigos han sido inducidos a prestar falso testimonio. Un caso común y corriente puede costar hasta cincuenta mil al año. Gran parte de ese dinero se gasta en alquileres, facturas y sueldos hasta que se cuenta con una nueva vivienda, un nuevo trabajo y, a veces, un coche. Si no alcanza el dinero para comprar la casa, se paga la diferencia, pero, en realidad, dar a alguien un nombre nuevo cuesta tanto como comprar un pasaporte nuevo. El testigo elige el nombre y firma un acuerdo con el que se compromete a no delinquir. Ya dentro del plan, se le asigna un agente de policía que no trabaja en investigaciones criminales, sino que se dedica en exclusiva a proteger y ocultar a los testigos vulnerables.

—¿Leanne King? —preguntó ella.

—Sí, es una agente de protección bien formada. Una entre unos doscientos en todo el país.

Eso explicaba muchas cosas de las que Kim se había percatado: la ausencia de un vínculo fraternal, la urgencia de Leanne por tomar las riendas, las obstrucciones a sus pesquisas. La mujer no había intentado impedir que Kim hiciera su trabajo; simplemente había intentado hacer el suyo. Aun así, a Kim no le había caído nada bien, y eso no iba a cambiar, dijera lo que dijera el superintendente.

—¿Qué pasa con el pasado de la familia? —preguntó. Pensaba en todos los callejones sin salida que se habían encontrado por el camino.

—Destruida. A los testigos se los suprime del censo electoral y de otras bases de datos de acceso público. Como ve, el hecho de que alguien haya sido localizado y asesinado es una catástrofe. Nadie ajeno al programa sabe dónde se encuentran los testigos. Los agentes utilizan distintos sistemas informáticos para evitar que los policías corruptos accedan a los datos.

—¿No mataron a una pareja hace unos años? —preguntó ella.

—John y Joan Stirland. Fueron asesinados a tiros en 2004 por unos gánsteres, en represalia por un asesinato que había cometido el hijo de la pareja. Se habían mudado de casa, pero no estaban en protección de testigos. Muchos asesinatos siguen sin resolverse debido a la gran reticencia de la gente a entrar en el plan.

«Al testigo se le facilitan un nuevo historial médico y un nuevo número de la Seguridad Social. Y una cuenta bancaria también, con tal de reducir al mínimo la posibilidad de que alguien descubra por azar su verdadera identidad. A algunos se les da un botón de pánico o un teléfono programado para que pidan ayuda a la policía con una sola pulsación.

«De los miles de casos abiertos desde 1978, cuando empezó el programa, solo unos pocos han sido descubiertos; casi siempre porque no siguieron los consejos. El plan ha sido un éxito sin precedentes.

«Dígaselo a Keith Phipps», pensó Kim, pero, en vez de eso, dijo:

—Hasta ahora. —El superintendente abrió las manos en un gesto

expresivo—. Nuestro asesino se las ha arreglado para encontrar a la familia Phipps. La información tiene que estar registrada en algún sitio —continuó Kim.

—Para cada miembro de la familia que lo necesite, se hace una completa evaluación de amenazas en los formularios WS1 y WS2. La cumplimentación, el almacenamiento y el traslado de los documentos se realizan de acuerdo con protocolos estrictos. Los formularios deben descargarse en un disco y, a continuación, para cumplimentarlos, se cargan en un ordenador autónomo y seguro. Las remisiones deben apoyarse en nada menos que en un DCI, un centro de datos interconectado. Todas las copias firmadas se entregan en mano. Todos los agentes de la Unidad de Protección de Personas se identifican solo por el nombre de pila. Así minimizamos los riesgos. El grado de las medidas de protección varía caso por caso y depende del nivel de amenaza.

Kim ya había oído hablar bastante del proceso. Ahora solo le importaba saber cómo afectaba a sus esfuerzos por encontrar al asesino de Keith Phipps.

—¿Alguien está teniendo esta misma conversación con el detective Lynes?

Wexford negó con la cabeza.

Kim miró del uno al otro.

—¿No se lo van a decir?

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Es imperativo que...

—Sí, lo entiendo. Lo he oído las tres primeras veces, pero ¿cómo se supone que va a conducir una investigación de asesinato si no tiene acceso a todos los hechos?

—La llevará como otra cualquiera. Recopilará declaraciones de testigos, pruebas forenses y detalles personales de la víctima, lo cual podría conducir al asesino; pero solo usted tendrá pleno conocimiento y acceso.

En su boca, el sabor amargo era cada vez más intenso. Sabía que no

podía decirle la verdad a aquel hombre. De no obedecer, perdería su trabajo, sin duda. Hacía solo unas horas, había querido tener acceso a todo; ahora no había nada que deseara menos.

—Inspectora, hay que ocultárselo incluso a su propio equipo…

—Ni hablar —dijo ella con rotundidad—. No van a dejarme sin piernas y atada de manos. Además, para serle franca, es muy probable que estén a cinco minutos de descubrirlo por sí mismos. —El rostro de Wexford se endureció. Estaba entre la espada y la pared con lo que acababa de divulgar—. Le aseguro que todos son de confianza.

—Si esto sale a la luz…

—Podrá echarnos a los cuatro, señor, porque ningún miembro de mi equipo filtrará nada de esto.

Aunque Kim notó que no estaba tranquilo, el hombre asintió con la cabeza.

—¿Y por qué Keith Phipps en particular? —preguntó. Quería saber más sobre el hombre atado a la jaula rodante.

Woody alzó las manos.

—Ya son más de las siete, Stone. Mañana tendrás los detalles. Vendrá un experto a primera hora, así que te sugiero que vayas a informar a tu equipo.

Kim no se movió. Estaba esperando a que su cerebro terminara de digerir la información, como si acabara de levantarse de un bufé.

Informaría a su equipo. Los dejaría consultar con la almohada. Y esperarían a la llegada de su experto.

Capítulo 51

—¿Cierro la puerta, jefa? —preguntó Penn en cuanto entró en la sala del escuadrón. Eso le bastó a Kim para saber que su equipo lo había resuelto. Nunca cerraban la puerta.

Asintió y fue a la cafetera. A pesar de la hora de la noche, se alegró de que Bryant hubiera tenido la previsión de preparar más café.

—Gracias por quedaros hasta tarde, chicos, y disculpad si habéis tenido que cancelar algún plan.

—No hay problema, jefa —dijo Stacey. Penn asintió con la cabeza antes de apartar la mirada.

—Supongo que habéis adivinado a qué nos enfrentamos —preguntó.

—Tengo alguna idea, jefa —respondió Penn—. Cuando he visto los antecedentes de Keith..., eeeh..., Jacko...

—Quedémonos con los nombres que ya conocemos. Son los que han elegido para sí mismos.

—Así que, con los antecedentes del Keith boxeador y su repentina desaparición tras una racha de mala suerte en el ring, y luego de que Stace haya descubierto lo de Leanne, las piezas han empezado a encajar.

—Matrix Enterprises es el centro financiero que paga todas las facturas. Por eso no hay pérdidas ni ganancias. El dinero se canaliza así para evitar que se detecte —explicó ella.

—¿Así que Keith cabreó a alguien del crimen organizado? —preguntó Bryant.

—Mañana tendremos más detalles, así como un experto en protección de testigos. Sin embargo, antes de continuar, tengo que

recalcaros que esto…

—Ni una palabra, jefa —dijo Penn.

—Boca cerrada —añadió Stacey.

—Es obvio —dijo Bryant.

Kim no sintió ninguna necesidad de detallar las repercusiones y el daño que podría causar cualquier filtración. Todos eran lo bastante listos como para entenderlo. Esa misma inteligencia los había llevado a descubrir la verdad.

Ahora venía la parte difícil.

—Nos han concedido acceso total al asesinato en Clevedon, pero los locales van a trabajar a ciegas.

—Maldita sea, jefa, eso va a ser duro —dijo Bryant.

—Así es, pero no tenemos elección. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Ellos seguirán las pistas y nosotros contemplaremos el panorama general.

Kim ya sabía que eso no iba a sentarle bien a su equipo. Todos eran capaces de ponerse en la situación de los demás. Si hubiera alguna forma de hacérselo saber a Lynes, ya lo habría hecho, pero un solo error podía costar vidas.

—¿Así que los dos crímenes están relacionados? —preguntó Stacey.

Kim apuró su café.

—Dos asesinatos terribles. Los dos han sido planeados y ejecutados con el mismo nivel de creatividad e inteligencia. Mañana tendremos identificada a la víctima y sabremos la respuesta con seguridad —dijo. Sobre el tablero, el reloj le decía que eran casi las nueve—. Basta por esta noche. Id a casa y volved temprano.

Todos sabían que esa era la orden en código para empezar a las siete de la mañana.

Cogieron sus pertenencias y se dirigieron a la puerta.

—¿Quieres que te lleve a casa, Stace? —preguntó Penn a la salida.

Bryant, por su parte, vaciló en la entrada y se volvió.

—Así que, ¿quién es ese experto, exactamente?

Kim se encogió de hombros. Ella también quería saberlo.

Capítulo 52

Cuando Frost se subió al coche, seguía sonriendo ante la respuesta de su jefe a la maliciosa invitación de los abogados de Morley. Ni siquiera estaba segura de que Fitz compartiera sus principios en el tratamiento de las historias, pero a ese hombre no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

Pensó en ir a dar una vuelta, como hacía a veces antes de volver a casa. El trayecto desde el trabajo era de apenas seis kilómetros, una distancia que no expandía mucho la brecha entre su jornada laboral y el tiempo libre. Su estado de ánimo al marcharse solía ser el mismo al atravesar la puerta de su casa.

Pero no esa noche. Podría relajarla, tal vez, un largo baño de burbujas bien caliente.

Detenida en el semáforo, al final de Pedmore Road, se estaba planteando una rápida incursión al centro comercial Merry Hill para comprar una botella de vino barato. Le serviría para acompañar el largo baño que ya estaba imaginando. No, había media botella en la nevera; algo de hacía unas noches, estaba segura.

Cuando la luz se puso verde, vio por el retrovisor que una furgoneta Transit negra iba hacia ella a gran velocidad.

—Más despacio, tío —dijo, y se agachó para soltar el freno de mano.

La fuerza con la que la furgoneta la golpeó por detrás impulsó su coche hasta la intersección de las cuatro calles. Frost sintió cómo su cuerpo se proyectaba hacia delante antes de que el cinturón de seguridad la retuviera y la echara hacia atrás. Habían sido unos segundos de surrealismo a cámara lenta, hasta que tomó clara consciencia de lo que había ocurrido. Notó como una sombra oscura que pasaba por su lado derecho. Las náuseas le subieron desde el estómago.

Antes de registrar el dolor en el cuello, ya tenía temblores por todo el cuerpo. Por un momento, no fue capaz de recordar su propio nombre ni dónde estaba ni adónde iba.

Y, cuando el mundo volvió a ponerse en marcha, la sobresaltó un golpe en la ventanilla.

Una mujer de mediana edad estaba pegada al cristal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Frost intentó abrir la puerta.

—Creo que sí.

Sus manos temblorosas no encontraban el tirador.

La mujer abrió el coche.

—Quédate donde estás, cariño. —Señaló su propio coche—. Estábamos justo ahí, esperando detrás de ti para cruzar. Eric está llamando a una ambulancia. Lo hemos visto todo. —Frost quiso girarse en el asiento. El dolor la recorrió entera—. Quédate quieta, cielo, ya viene la ayuda. Y, oye, ¿notas algo roto? Hice un curso de primeros auxilios hace unos meses.

—No lo creo —dijo la reportera entre un castañeteo de dientes. Sentía que todo su cuerpo intentaba envolverse a sí mismo.

La mujer se quitó la chaqueta.

—No pasa nada, cariño, ha sido solo el susto.

Frost quiso protestar, pero la mujer ya le estaba colocando con mucho cuidado la chaqueta sobre los hombros.

—No hemos conseguido leer el número de matrícula, porque la furgoneta nos quedaba de lado, además de que se ha largado a toda velocidad. Quizás el tipo ha bebido a la salida del trabajo.

Frost tardó unos segundos en comprender lo que acababan de decirle: que el conductor del otro vehículo había huido.

Golpe por detrás y fuga. ¿Dónde había oído eso? La garganta se le secó aún más cuando hizo la conexión: Penny Colgan y Ariane Debegorski.

En su bolso, el teléfono empezó a sonar. Sus temblores se intensificaron.

—Deja que te lo dé yo, cariño —dijo la mujer. Corrió al otro lado del coche, abrió la puerta, sacó el teléfono y se lo entregó a Tracy.

Era un número desconocido. Empezaron a oírse las sirenas de fondo.

Le costó tres intentos pulsar el botón verde.

—Hola...

—Hola, señora Frost, soy Daryl Winston, de Winston Asociados.

De inmediato reconoció el nombre de la empresa de relaciones públicas de Nick Morley.

—Espero no haberla pillado en mal momento.

El malestar, cada vez más agudo, se elevó dentro de su estómago como un maremoto.

Esa voz empalagosa y zalamera le decía que Daryl Winston tenía muy claro en qué circunstancias acababa de pillarla. Y lo oportuno de la llamada borraba cualquier duda de que esto hubiera sido un accidente.

—Usted... Ustedes...

—Nos gustaría reunirnos con usted, señora Frost. En el momento en que le vaya bien, por supuesto. Podremos concertarle una entrevista exclusiva con Nick Morley, quien, con toda seguridad, estará encantado de responder a cualquiera de sus preguntas.

Las sirenas resonaban cada vez más. Tracy entendía muy bien el significado de esa oferta: a cambio, no debería escribir más artículos sobre Trisha Morley.

No era estúpida. Ahora sabía que se había metido en algo más gordo de lo que había previsto. Debería haber sabido que su irrupción en el bien construido ciclo de noticias no les iba a gustar nada.

Estaba asustada, no podía negarlo; pero ellos también.

—¿Qué me dice, señora Frost? ¿Programamos una reunión?

Las sirenas sonaban muy cerca. Su cuerpo tembloroso la tenía exhausta.

Se quitó la chaqueta que la amable mujer le había puesto.

—Que… q-que te folle un pez —dijo, y colgó.

Capítulo 53

Eran casi las once cuando Kim encendió el iPod en su garaje. Sí, mucha gente guardaba su música en el móvil, pero ella prefería mantener su colección aparte, lejos de todo lo relacionado con el trabajo.

Después del paseo nocturno, Barney había llevado su zanahoria a la puerta que había entre el garaje y la cocina, y la mordisqueaba gozoso. Era el sitio que siempre elegía para tumbarse. Desde ahí —Kim lo comprendía bien—, podía saber si su ama salía del garaje y volvía a la cocina, donde guardaba toda la comida.

Al final, cuando por fin aceptaba que había comido lo último del día, iba a la sábana grande que cubría el suelo y se acurrucaba a medio metro de Kim, cansado y contento.

—Ojalá la vida fuera así de sencilla para todos nosotros, ¿eh, chico? —dijo ella. Fue a situarse junto al bastidor de motocicleta que hacía unas cuantas semanas le había comprado a Dobbie, el chatarrero.

Aún le daba risa la expresión de Dobbie cuando ella le entregó la cantidad de dinero que habían acordado. Y es que, al enterarse de que ese cuadro tenía mucha demanda, el chatarrero se había propuesto estafarla.

Hoy, la pieza no se veía muy bien, tenía que admitirlo. Pero el día en que se presentó en el Salón de la Motocicleta de 1948, en Earl's Court, era una máquina adelantada a su tiempo. Las pruebas habían llevado a la prestigiada revista Motorcycle Journal a concluir que «Es una máquina para entendidos: con una velocidad y una aceleración muy superiores a las de cualquier otra motocicleta estándar».

La fábrica Vincent HRD, de Stevenage, era famosa por sus diseños innovadores, la ingeniería de excelencia y el alto rendimiento; pero esa no era la razón por la que Kim había estado buscando ese bastidor en particular. Era la moto que su padre adoptivo siempre

había soñado restaurar.

No iba a resultarle fácil encontrar las piezas originales para devolverle su antiguo esplendor, pero, de haber querido algo fácil, habría elegido un modelo mucho más común, alguno del que abundaran los recambios.

—¿Y qué tiene esto de divertido? —le preguntó a Barney, que acababa de sentarse a su lado.

Le acarició la cabeza y cogió una pieza de lana de acero. El perro la miró con tristeza.

—Muy bien, entonces —dijo.

Soltó la lana de acero y lo acarició un poco más. Se agachó para frotarle la cabeza y el cuello con ambas manos. Barney se puso a agitar la cola sobre la sábana. Luego alargó el cuello para acomodarlo sobre Kim.

Y, cuando ella estuvo segura de haberle rascado cada centímetro hasta el lomo, le hizo una última caricia en la cabeza y alcanzó el marco.

Con movimientos suaves, empezó a frotar las manchas de óxido más grandes, que estaban pegadas al metal como percebes. Lo hacía con cuidado para no eliminar todas las manchas, pues no quería destruir por completo la historia de la pieza.

Esa era su terapia. Ese era su momento de dicha. Rozaba, apenas, ciertas partes del metal e iba eligiendo las manchas de óxido. De fondo sonaba, suave, la Quinta Sinfonía, de Beethoven.

El timbre del teléfono la sobresaltó. Cogió el móvil y se sorprendió aún más al ver que era Penn quien la llamaba.

—Hola —contestó.

—Siento molestarte, jefa, pero, antes de acostarme, he hecho la comprobación de rutina y he visto algo que quizá quieras saber.

Eso era lo último que hacían todos: comprobar el registro de los

incidentes, para ver si había ocurrido algo que pudiera relacionarse con su caso actual. Pero, si se hubiera tratado de algo serio, ella misma habría recibido una llamada.

—¿Qué pasa?

—Es Frost, jefa. Esta noche ha estado envuelta en un choque con fuga. Ha recibido un golpe por detrás al final de Pedmore Road.

—¿Y está bien?

—Alguien ha pedido una ambulancia y la han trasladado al hospital Russells Hall. No hay lesiones importantes.

—Vale, Penn, gracias —dijo, y colgó.

En cualquier otra circunstancia, habría achacado a la propia reportera cualquier accidente de coche en el que estuviera implicada. Kim ya la había visto conducir su Audi TT. Ahora bien, puesto que se trataba de daños en la parte trasera, estaba segura de que ni siquiera Frost habría dado marcha atrás a gran velocidad para chocar con la parte delantera de otro coche. Y la gente no huía de la escena de un accidente si no tenía nada que ocultar.

Cogió su teléfono. Su reacción instintiva fue comprobar que Frost estuviera bien. «No hay lesiones importantes», le había dicho Penn. A lo mejor ya iba de camino a casa.

—No es asunto nuestro, ¿verdad, muchacho? —Dejó el teléfono y volvió a coger la lana de acero.

Barney levantó la cabeza.

—Bah, es dura como una escarpia, amigo. Estará bien.

Barney la miró fijamente.

—¿Qué? Frost no es problema mío, no me mires así.

Kim se quedó esperando a que el perro volviera a bajar la cabeza sobre sus peludas patas.

No lo hizo.

—La leche, ¿quién eres?, ¿mi conciencia?

Cogió de nuevo el teléfono. Recorrió los contactos y pulsó el botón verde. La línea sonó muchas veces. Cuando estaba a punto de darse por vencida, oyó la voz de Frost.

—Como si no me doliera bastante la cabeza. ¿Qué quieres?

Kim sintió que las comisuras de sus labios tiraban hacia arriba. La mujer no estaba herida de gravedad.

—¿Qué has estado haciendo y a quién has cabreado?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Y cómo te has enterado? —preguntó, grogui.

Kim se sintió tentada a explicarle que Barney estaba más preocupado que ella.

—¿Dónde estás?

—Acabo de bajar de un taxi después de haber pasado cuatro horas en Russells Hall. —Se oyó el golpe de la puerta de su casa al cerrarse—. Si no te importa, lo único que quiero...

—¿Alguien anotó la matrícula?

La reportera dudó un instante antes de responder. Como si estuviera sopesando algo.

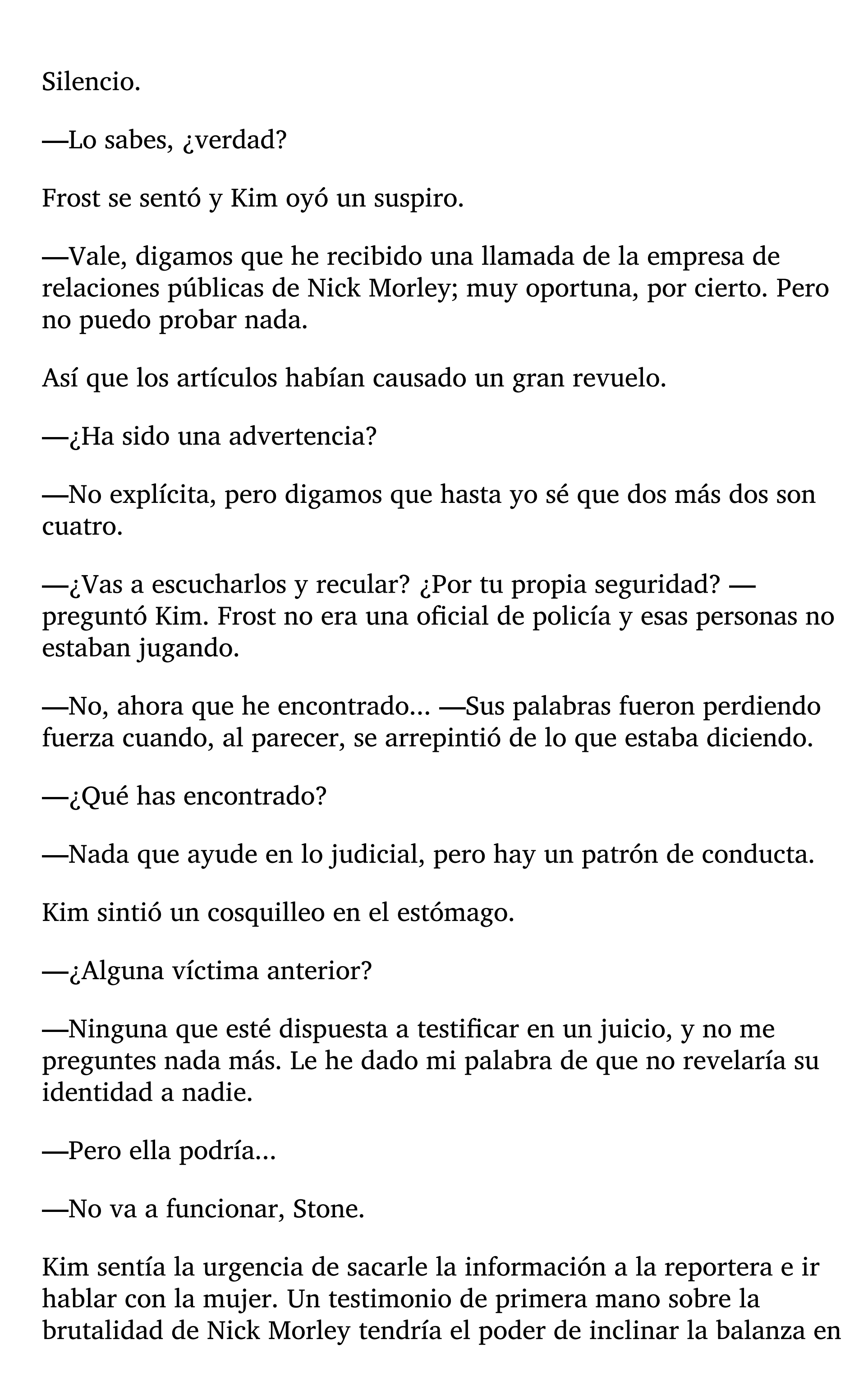
—No, el hijo de puta se largó.

¿Por qué la pausa?

—Frost, ¿sabes quién ha sido?

—Joder, Stone. Creo que tendrás que arrestarme y buscarme un abogado antes de seguir con este interrogatorio.

—Te he hecho solo una pregunta.


Silencio.

—Lo sabes, ¿verdad?

Frost se sentó y Kim oyó un suspiro.

—Vale, digamos que he recibido una llamada de la empresa de relaciones públicas de Nick Morley; muy oportuna, por cierto. Pero no puedo probar nada.

Así que los artículos habían causado un gran revuelo.

—¿Ha sido una advertencia?

—No explícita, pero digamos que hasta yo sé que dos más dos son cuatro.

—¿Vas a escucharlos y recular? ¿Por tu propia seguridad? —preguntó Kim. Frost no era una oficial de policía y esas personas no estaban jugando.

—No, ahora que he encontrado… —Sus palabras fueron perdiendo fuerza cuando, al parecer, se arrepintió de lo que estaba diciendo.

—¿Qué has encontrado?

—Nada que ayude en lo judicial, pero hay un patrón de conducta.

Kim sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Alguna víctima anterior?

—Ninguna que esté dispuesta a testificar en un juicio, y no me preguntes nada más. Le he dado mi palabra de que no revelaría su identidad a nadie.

—Pero ella podría…

—No va a funcionar, Stone.

Kim sentía la urgencia de sacarle la información a la reportera e ir hablar con la mujer. Un testimonio de primera mano sobre la brutalidad de Nick Morley tendría el poder de inclinar la balanza en

el segundo juicio.

Frost siguió hablando:

—Si te sirve de algo saberlo, he intentado persuadirla para que se presente, pero está demasiado asustada del poderoso alcance de Nick Morley. Y ahora entiendo bien por qué.

Kim notó el cansancio que destilaba el tono de esa voz. Se recordó a sí misma que Frost acababa de sufrir un accidente de coche. No pudo evitar que la corroyera una punzada de culpabilidad. Tracy había resultado herida.

—Mira, Frost, sé que he dicho...

—Ni se te ocurra vanagloriarte de que me he metido en esto porque esta mañana he recibido una llamadita en la que me has dado tu visto bueno. Incluso antes de haber escrito el primer artículo, ya tenía el plan de toda la semana.

—Sí, y ha sido antes de que un desconocido te haya embestido por detrás. ¿Vas a dejarlo ahora?

—¿Tú lo harías, Stone? —preguntó Frost. Kim se sabía incapaz de darle la respuesta correcta.

—No es lo mismo. A mí me pagan para...

—A las dos nos pagan para que encontremos la verdad.

—Lo entiendo, pero...

—Bueno, inspectora, gracias por tu llamada, y también por tu interés —oyó Kim antes de que la línea se cortara.

Capítulo 54

A las siete menos dos minutos, el equipo ya estaba reunido, con aspecto entusiasta y listo para empezar.

—Gracias por el aviso de anoche, Penn —dijo Kim. Luego se tomó un momento para contarles el accidente.

—He registrado una solicitud de respuesta urgente ante cualquier llamada de Frost, pero esa mujer seguirá haciendo lo que le dé la gana. Como todos sabéis, es difícil de tratar. —Bryant tosió un poco, lo que le valió una mirada de advertencia por parte de la jefa—. Stace, ¿el colegio ha dicho algo sobre Jacob Powell? —preguntó. Quería empezar a atar los cabos sueltos en su mente.

La agente negó con la cabeza.

—Les he enviado dos correos. También he pedido en un mensaje que la señora Lennox me devuelva la llamada.

—Vale, Stace, sigue con ello, pero quiero que trabajes con el inspector detective Lynes, el de Somerset. Establece los protocolos necesarios para que podamos compartir información y asegurarnos de tener acceso a todo lo que averigüen. Queremos la identidad de la víctima en cuanto la tengan. Además, quiero que Penn esté en la autopsia a distancia.

Stacey tomó nota.

—Jefa, ¿van a poner buena cara ante toda esta intrusión?

—La línea es muy fina, Stace —admitió Kim. Ese era el motivo por el cual había puesto a la ayudante de detective como intermediaria, ya que ella era, tal vez, la más sensible de todos—. Saben que tienen que compartir la información, pero no saben por qué. No podemos decírselo y no queremos pisotear su investigación.

—Sutil es mi segundo nombre, jefa —dijo Stacey con una sonrisa.

—Mientras tanto, Penn, quiero que encuentres cuanto puedas sobre la vida anterior de Keith Phipps y...

Cerró la boca cuando una figura familiar apareció en la puerta.

—Me parece que he venido a ayudaros con eso.

Kim no hizo ningún esfuerzo por ocultar el gesto de repulsión.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

Capítulo 55

Leanne King mostraba una expresión que reflejaba la de Kim, pero entró en la habitación de todos modos.

Qué bien que el sargento de guardia hubiera informado a Kim de que había expedido un pase temporal al experto visitante y le había dado indicaciones para llegar.

—Equipo, os presento a Leanne King, la agente de policía menos servicial con la que podríais toparos.

Una mitad del equipo, la que no la conocía, la recibió con un saludo cortés, mientras Bryant murmuraba algo sobre ir a por palomitas de maíz.

Sin cambiar de expresión, Leanne fue a ocupar el escritorio de reserva. Kim tenía alguna esperanza de que no se quedara el tiempo suficiente como para calentar la silla.

Tenía que admitir lo desagradables que le habían resultado la actitud de superioridad y frialdad de esa mujer cuando aún creía que era la hermana de Diane, pero, desde el momento en que se había enterado de que era una agente de la policía, esa aversión había empezado a empaparse de resentimiento. Uno no ponía obstáculos a quienes luchaban en su mismo bando. Leanne era de esas jugadoras que metían autogoles.

Así que Kim sabía que tenía que encontrar la manera de deshacerse de ella. Lo único que necesitaba era información y, cuanto antes la tuviera, antes se iría. No tenía sentido permitir que afloraran sus verdaderos sentimientos.

—Debes haber disfrutado mucho viendo cómo perseguíamos nuestros propios rabos —dijo Kim.

Y a veces no podía contenerlos.

Era imposible descifrar cualquier cosa en los ojos marrones oscuros que se encontraron con los suyos.

—Esto no ha sido ningún entretenimiento para mí, inspectora. Solo hacía mi trabajo tal y como me entrenaron.

—Pero eres parte de un equipo...

—Yo no tengo equipo. Trabajo sola y hago aquello para lo que he sido entrenada. No hay nada más importante que la seguridad de las personas a las que me pagan por proteger.

Había un montón de cosas que Kim quería decirle, pero eso solo prolongaría la presencia de Leanne, por quien sentía una fuerte animosidad. No había ninguna disculpa en la expresión de la mujer. Kim supuso que tendrían que ponerse de acuerdo, por más que tuvieran visiones distintas sobre la conducta de un agente de policía.

Fue al fondo de la sala y se cruzó de brazos.

—Vale, cuéntanos todo lo que puedas sobre Keith Phipps. —Entre líneas venían las palabras «Y luego te largas».

—Jacko...

—Keith —la interrumpió Kim. De esa manera le estaba dejando claro que usarían los nombres conocidos.

La mujer puso los ojos en blanco, pero accedió.

—Keith nació en la más absoluta pobreza, en el East End de Londres. Era el menor de cinco hermanos y aprendió enseguida a cuidar de sí mismo. A los quince años, ya había dejado el colegio y hacía lo único que se le daba bien: pelear.

—¿Ya boxeaba a los quince años? —preguntó Bryant, atónito—. Era un niño.

Leanne asintió.

—Pero era un chico duro. Muchos empiezan antes de los diez años,

solo que, este deporte, cuando se trata de niños, tiene reglas muy estrictas. Bueno, no tanto en los círculos en los que se movía Keith. Era un deporte sangriento. Los adultos pagaban por ver a los chavales darse de hostias, y lo disfrutaban. Cuando Keith cumplió dieciocho años, lo reclutó un tal Eddie Flint, que trabajaba para la familia Tyler. —Kim negó con la cabeza, aunque el nombre le resultaba familiar.

«Los Tyler son una de las familias criminales más poderosas de Londres. Freddie Tyler y Paul, su hermano, están metidos en más pasteles que la levadura Royal. —Nadie se rio de ese pobre intento humorístico, pero siguieron escuchando con toda su atención.

«Así que Keith empezó a boxear para los Tyler. Al principio, todo era legal y el dinero entraba a raudales. Incluso consiguió tener una esposa y un par críos antes de que empezaran a decirle qué peleas tenía que perder. Aquello no lo entusiasmaba, pero ya no tenía los pies tan ligeros, y la familia lo sabía. Podían recibir más con las estafas de las apuestas, y él necesitaba seguir ganando dinero, así que hizo lo que le pedían.

—Eso explica su repentina serie de derrotas —observó Penn.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Stacey.

—Keith ya sabía bastante de los negocios de los Tyler y hacía la vista gorda ante la mayoría, pero odiaba las drogas. Su hermano mayor había muerto de una sobredosis de heroína y otro era adicto a los medicamentos controlados. Oyó a un par de tipos hablar de un cargamento de cocaína especialmente grande... y se chivó.

—¿Se convirtió en informante?

Leanne asintió.

—Gracias a sus chivatazos, se confiscaron tres cargamentos antes de que llegaran a los muelles. Los Tyler no son estúpidos, así que empezaron a tomar medidas para rastrear al soplón. En ese momento, sacaron a Keith de allí y lo metieron en el programa de protección de testigos.

—¿Testificó?

Leanne asintió.

—Consiguió congelar a los hermanos por tres años.

—¿Y ya están fuera?

—Sí, sí, de nuevo al frente de su lucrativo negocio en la capital de la nación.

—Bueno, ¿no es ese el lugar obvio para empezar a buscar? —preguntó Kim—. Seguro que la familia Tyler lo castigó a su entera satisfacción. Deben de tener policías en nómina. Alguien les habrá dado la información.

—Posible pero improbable —la cortó Leanne—. Nuestros registros están…

—Guardados a gran distancia y tan seguros como las joyas de la Corona. Sí, lo sé, pero nuestro asesino ha sacado la información de algún sitio.

—Nuestros archivos no muestran indicios de haber sido pirateados, y no es el estilo de esta gente.

—¿No es el estilo de una familia criminal perseguir, torturar y matar a un hombre que se chivó y encerró a sus principales cabecillas durante unos años?

—No el de esta familia en particular. La violencia gratuita no es su estilo. No digo que sean reacios a hacer desaparecer a la gente, pero hacen las cosas de otra manera: en silencio, de forma encubierta y sin nada que los vincule.

—¿Cuántas veces los han encerrado?

—Esta ha sido su primera condena.

—Así que podemos decir, sin temor a equivocarnos, que tal vez estuvieran dispuestos a hacer una excepción en la forma de matar a alguien que les ha costado un montón de dinero y los ha metido en

la cárcel —presionó Kim.

—Ha sido demasiado llamativo, demasiado extravagante para los Tyler. No es como ellos hacen las cosas.

Kim asintió hacia Penn, quien tomó nota para seguir investigando.

—En resumidas cuentas, ¿tú eras la única protección que tenía contra una renombrada banda de criminales dotados con recursos ilimitados y que querían a Keith Phipps muerto?, ¿y aún así decidiste dejar sola a la familia para ir a identificar el cadáver y recoger a los chicos del colegio?

Leanne enarcó una ceja.

—Inspectora, en cuanto vimos que Keith Phipps tardaba en volver a casa, un segundo agente de protección se instaló en el piso de encima de la tienda de patatas fritas, al final de la calle. La familia no se quedó sola en ningún momento.

Kim sintió alivio al oír eso.

—Bueno, hay algo que está claro —dijo—: tenemos que hablar con Diane y con los chicos. Ahora necesitamos, de verdad, determinar si vieron o escucharon algo sospechoso en los días previos a...

—No hubo nada —dijo Leanne—. Todos han pasado por interrogatorios exhaustivos y ninguno vio ni oyó nada.

—Perdóname si decido no creerte. Prefiero interrogarlos yo misma.

—No hay nada que yo pueda hacer —dijo Leanne, y abrió las manos.

—¿Tu entrenamiento especial cubría cómo obstruir una investigación de asesinato en cada oportunidad?

—No —dijo la mujer, sin mostrar emoción alguna—. No puedo ayudarte porque ya no sé dónde están.

Capítulo 56

—¿Así que los han trasladado a otro barrio? —preguntó Stacey.

—Es probable —dijo Leanne, y se encogió de hombros con desinterés.

—¿Y sus nombres volverán a cambiar? —preguntó Penn.

—No lo sé —protestó—. ¿De verdad sois tan idiotas?

Kim empezó a recorrer el espacio entre los cuatro escritorios.

—Leanne, tú y yo vamos a salir para tener una pequeña charla.

Se detuvo a unos tres metros de la puerta. Leanne llegó con las manos metidas en los bolsillos.

—Bien, para que lo sepas, me importa una mierda tu actitud hacia mí. Te he dejado muy claro, tan claro como tu mala cara, que no soy tu mayor admiradora, pero no trates a mi equipo con el desprecio que crees que se merecen. No han sido más que corteses contigo. No se han ganado el desdén que rezumas por todos tus poros.

El rostro de la mujer enrojeció.

—¿Cómo te atreves a intentar controlar qué...?

—Cállate y escucha. Se trata de tu actitud. Has decidido lo poco que te importan y has descartado sus aportaciones. Puedo verlo en tu cara. No estás acostumbrada a formar parte de un equipo, lo sé, pero, aun así, podrías echar mano de los buenos modales que, estoy segura, aún te quedan. —Con su expresión, Leanne revelaba que no era muy receptiva a los consejos.

«De acuerdo, tu ayuda no me hace tanta falta como para tolerar que seas una maleducada con mi equipo. Si no has olvidado tu

formación como policía, quizás recuerdes que no nos gusta mucho que torturen y maten a la gente. El equipo que está ahí dentro trabajará día y noche hasta que atrapemos al cabrón que lo ha hecho. Si puedes ayudarnos con otra actitud, genial. Si no, vete a la mierda —dijo Kim, y entró de nuevo en la sala del escuadrón.

O la seguía o no la seguía.

Para cuando Kim terminó de servirse un café, Leanne estaba de vuelta en el escritorio de reserva.

Bryant rompió el silencio.

—Entonces, ¿cómo funciona esto para ti?

Kim vio a Leanne ajustar a conciencia su expresión y encontrarse con la mirada de Bryant.

—Diane y los chicos han sido trasladados a otro piso franco fuera de la zona. Ahora serán responsabilidad de otra fuerza y yo seré reasignada.

—Así de simple... ¿No te encariñas con ellos?

—Es mi tercera asignación, este es mi trabajo. Voy adonde me dicen.

—¿Y no sientes ninguna conexión?

—No, ninguna, en absoluto —contestó, y apartó la mirada.

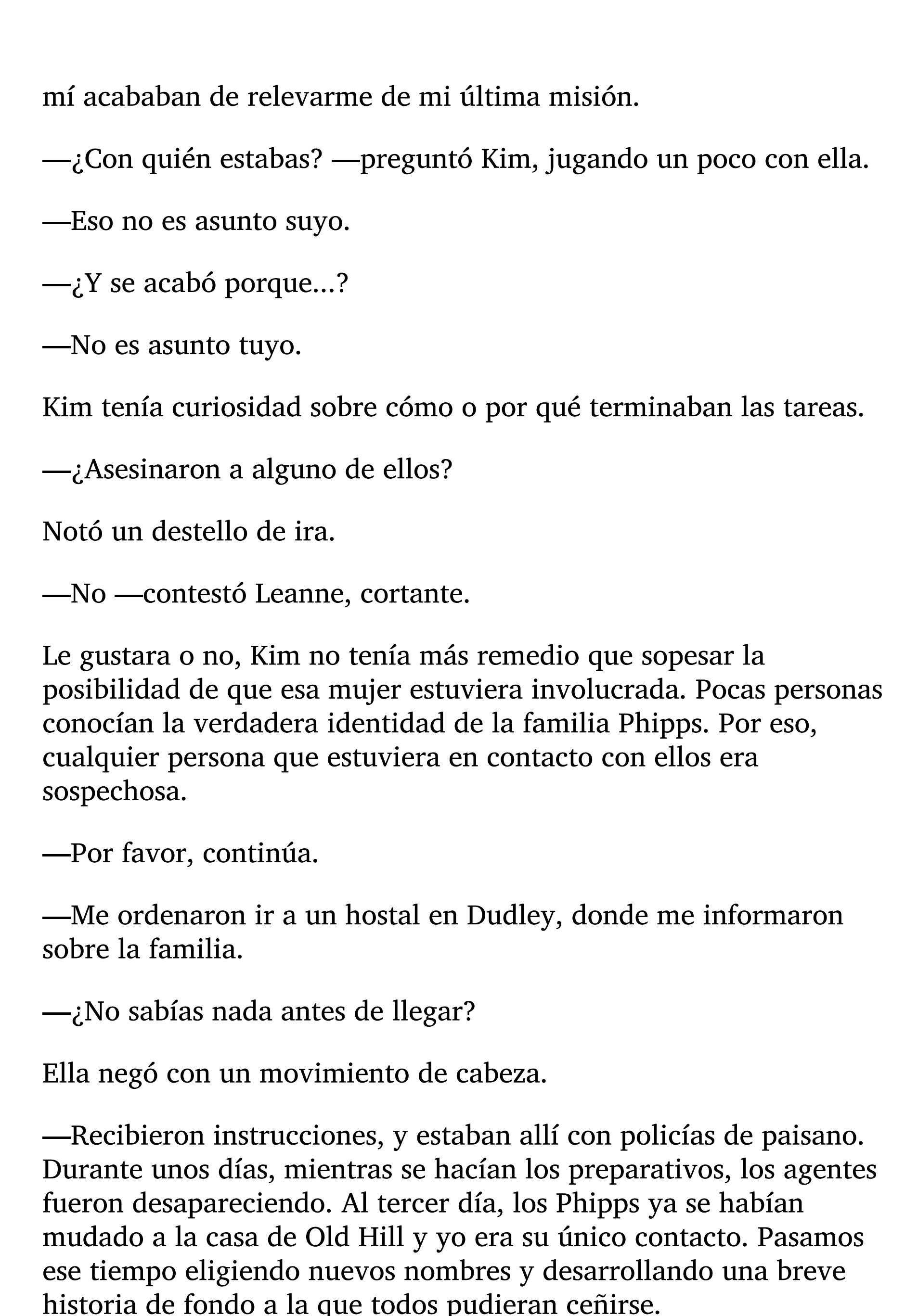
—¿Y las otras dos familias? —preguntó Kim.

—Inspectora, ¿quieres hacerme más preguntas sobre este asunto en particular?

No podía decir con mayor claridad que no estaba dispuesta a hablar de sus casos anteriores.

—Vale, ¿cómo te asignaron a la familia y cómo funcionó?

—Los Phipps habían pedido que los reubicaran en las Midlands. A



mí acababan de relevarme de mi última misión.

—¿Con quién estabas? —preguntó Kim, jugando un poco con ella.

—Eso no es asunto suyo.

—¿Y se acabó porque...?

—No es asunto tuyo.

Kim tenía curiosidad sobre cómo o por qué terminaban las tareas.

—¿Asesinaron a alguno de ellos?

Notó un destello de ira.

—No —contestó Leanne, cortante.

Le gustara o no, Kim no tenía más remedio que sopesar la posibilidad de que esa mujer estuviera involucrada. Pocas personas conocían la verdadera identidad de la familia Phipps. Por eso, cualquier persona que estuviera en contacto con ellos era sospechosa.

—Por favor, continúa.

—Me ordenaron ir a un hostal en Dudley, donde me informaron sobre la familia.

—¿No sabías nada antes de llegar?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Recibieron instrucciones, y estaban allí con policías de paisano. Durante unos días, mientras se hacían los preparativos, los agentes fueron desapareciendo. Al tercer día, los Phipps ya se habían mudado a la casa de Old Hill y yo era su único contacto. Pasamos ese tiempo eligiendo nuevos nombres y desarrollando una breve historia de fondo a la que todos pudieran ceñirse.

—Qué duro para los chicos —observó Kim.

—Para todos. Es imposible dejar atrás toda una vida, cambiar de

nombres y comportarse con normalidad. Lidiar con los factores externos ya es bastante malo: los cambios físicos de lugar y tal; sin embargo, el coste emocional es mucho mayor: el duelo por la vida que tenías, el desplazamiento, la rabia por la injusticia.

—¿Qué injusticia? —preguntó Kim. Se les daba la oportunidad de tener una nueva vida, se les brindaba protección, un nuevo comienzo.

—Era injusto que las personas a las que había ayudado a encarcelar hubieran salido a los tres años mientras que su propia condena era de por vida. Aquellos habían podido volver a casa, a sus vidas, con sus familias. Los Phipps, no. A ellos les quedaba el lujo de vivir en una mentira el resto de sus días por haber hecho lo correcto.

—Pero los cuidan, ¿no? —preguntó Stacey.

—Define cuidar —pidió Leanne.

—Apoyo, asesoramiento, un nuevo comienzo y...

—No lo entiendes, ¿verdad? Imagina que te arrancan de todo lo que te es conocido: tus amigos, tu familia, los lugares... Al principio, mucha gente te dice que has hecho lo correcto, pero, cuando todo ha terminado, te quedan los servicios de un psicólogo y un policía. Algunos se alegran de empezar de cero, porque creen que tendrán un mejor nivel de vida, pero no es así. Muchos de los que están en el programa de protección de testigos son exdelincuentes de algún tipo. No conocen otra clase de vida. Si cometen algún delito, son expulsados del plan y abandonados a su suerte. Muchos no pueden hacer frente a un nuevo modo de vida. El programa los ayuda a encontrar trabajo, pero no siempre es fácil, dadas sus aptitudes. Y, todo esto, si es que los aceptan.

—¿Hay criterios? —preguntó Penn.

—Por supuesto. Un testigo tiene que aportar pruebas esenciales sobre un delito grave, sea un asesinato, un intento de asesinato, un secuestro, delitos sexuales graves o crimen organizado. Debe haber una amenaza inminente y bien documentada contra la vida de la persona o su familia y todos deben estar siempre dispuestos a

cumplir las condiciones del acuerdo.

—¿Quién toma la decisión? —preguntó Kim. Trataba de hacerse una idea de la cadena jerárquica.

—Los funcionarios encargados de la investigación son quienes deciden si remiten a una persona al programa de protección de testigos.

—Entonces, ¿quién conoce las nuevas identidades?

—Un funcionario superior del Servicio de Personas Protegidas, uno o dos agentes de libertad condicional, un agente de policía de la zona con rango de comandante y el oficial asignado.

—¿Y quiénes son los agentes de la condicional? —preguntó Kim.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte con eso.

—¿Y el comandante local en…?

—Lo siento, pero no puedo ayudarte con eso.

Kim estaba a punto de preguntarle en qué podía ayudarlos, pero sonó su teléfono.

Al leer el nombre en el móvil, rezó para que la llamada fuera para ponerla al día sobre los hallazgos en el cadáver de Keith Phipps.

—¿Keats?

—Stone, te necesito en Wren’s Nest tan rápido como tu escoba pueda traerte.

Ella pasó por alto la broma.

—¿La urbanización? —preguntó.

—La reserva natural, en el lado este —dijo el médico forense, y colgó.

Todos los ojos estaban puestos en ella. Su equipo sabía bien lo que significaba una llamada de Keats.

Leanne miró de uno a otro y luego fijó la vista en Kim.

—¿Qué pasa? ¿Otro?

—Lo siento, pero no puedo ayudarte con eso —dijo Kim, y cogió su chaqueta.

Capítulo 57

—¿Sabes, jefa?, hay días en los que me alegro mucho de caerte bien —dijo Bryant cuando salían del aparcamiento.

—Bah, yo no diría tanto. Solo me desagradas menos que la mayoría de la gente.

—¿Sabes que tu inmediata aversión hacia ella es un poco irracional?

—En absoluto. La mayoría de la gente me cae mal incluso antes de abrir la boca, así que Leanne ha tenido una buena oportunidad de hacerme cambiar de opinión. ¿Has oído cómo les ha hablado a los chicos?

—Sí, la he oído.

—¿Y has sentido su total falta de emoción al hablar de las familias para las que ha trabajado en el pasado?

—Sí.

—¿Y te has dado cuenta de lo poco útil que ha sido con ciertas preguntas?

—Sí, me he dado cuenta.

—¿Y todavía piensas que he sido dura con ella?

—Creo que el principal motivo de tu enfado es que no compartió contigo el secreto de su identidad.

—Es una policía. En el juego de la investigación criminal, nada supera al asesinato.

—Su trabajo está por encima.

—Nada supera al asesinato —repitió ella.

Bryant se negó a ceder.

—Su trabajo es guardar un secreto. Hay vidas que dependen de eso.

—Vamos a preguntarle a Keith Phipps cómo le va. Ay, espera, no podemos, porque está muerto.

—¿Sabes, jefa?, hay días en que, si dijera que la Tierra es redonda, no estarías de acuerdo.

—Adivina cuál sería mi respuesta —lo retó.

—Nada supera al asesinato, lo sé, así que creo que conduciré con la boca cerrada.

Capítulo 58

Frost soltó un gemido cuando trató de levantarse de la cama. Le costó tres intentos sentarse. Se moría de ganas por salir de allí. Había estado dando vueltas en la cama, gimiendo y quejándose, intentando poner el cuello y los hombros en una posición cómoda. Al final, había terminado por quedarse sentada. Así había conseguido dormir, exhausta, durante un par de horas.

Gimió un poco más de camino al baño y de regreso. Echó un vistazo a su ropa, pero por ningún motivo intentaría vestirse hasta el momento de ir a recoger el coche de alquiler que la noche anterior había reservado por internet.

Fitz no la esperaba en la oficina. Cuando él la llamó, en respuesta a un breve mensaje de texto, ella le restó importancia. No le reveló nada de la llamada de la gente de Morley. Si de verdad Fitz era el hombre que ella creía que era, se negaría a publicar más artículos sobre Trisha Morley con tal de garantizar la seguridad de su colaboradora. Y, ahora mismo, Frost no quería que fuera el hombre que ella creía que era.

A pesar de que podía mentirle a todo el mundo, no podía mentirse a sí misma con tanta facilidad. Sí, el incidente la tenía asustada. Sí, se había preguntado si debía seguir adelante y, sí, tenía mucho miedo, por supuesto, pero también estaba cabreada.

La verdad era que había pasado muchos años odiándose a sí misma por todas las veces que había reculado. Como a muchos otros, la habían acosado sin piedad durante su vida escolar a causa de su deformidad, y lo había soportado. Había permitido que los matones la intimidaran y la asustaran. Lo había absorbido en silencio y había llorado sola. Y se había despreciado a sí misma por no haberles plantado cara. Así que, en cuanto dejó el colegio, se prometió no permitir que nadie volviera a hacerla sentir así.

De momento, se quedaría en pijama y seguiría adelante con sus

planes. El artículo de hoy trataría de las pruebas forenses presentadas en el juicio: las partes de Trisha que no se habían quemado por completo con el resto del cuerpo.

Colocó cojines en el sofá y preparó una cafetera antes de encender el portátil.

Era hora de lanzar otra pedrada.

Capítulo 59

Stacey no lograba descifrar quién era esa mujer que estaba sentada en el escritorio de reserva, jugueteando con su teléfono.

No expresaba ninguna emoción al hablar de la familia a la que había estado protegiendo; tampoco al enfrentarse a las horribles fotos de Keith Phipps en el tablón. Leanne había identificado el cadáver y sabía cómo había quedado Keith, pero Stacey no era capaz de mirar las instantáneas sin sentir algo, y eso que ni siquiera había conocido a la víctima.

Entendía que esa mujer estaba a disposición del equipo en su papel de intermediaria del UKPPS. Solo que no estaba segura de qué debía hacer con ella mientras tanto.

Decidió no hacer nada y fingir que ni siquiera estaba allí. Penn, con los cascos puestos, ya estaba a lo suyo.

Stacey cogió el teléfono y marcó el número que le había dado la jefa, el del inspector Lynes.

Este contestó al cuarto timbrazo.

La ayudante de detective se presentó.

—Esperaba tu llamada —afirmó el inspector, sin que su voz reflejara lo que sentía al respecto—. ¿Vais a decirme lo que está ocurriendo? ¿Por qué tenemos que compartir todos nuestros hallazgos con vosotros, los del Black Country?

—Lo siento, pero no tengo ni idea. Me han pedido que me ponga en contacto y discuta los protocolos para compartir información y…

—Sí, sí, ya sabía que ibas a decir eso —alegó él con rigidez.

Stacey recordó lo que la jefa había dicho sobre la confidencialidad.

—¿Sabes?, recuerdo que, una vez, cuando tenía unos diez años, mi madre le pidió a una niña de la calle que viniera a jugar conmigo. A mí no me importó mucho, porque no la conocía. Como sea, el caso es que la niña vino y no trajo nada. Jugó con mis cosas, aunque yo no pude jugar con las suyas. Para ser sincera, sentí que me había jodido.

Se hizo un silencio antes de que el inspector Lynes se echara a reír.

—Stacey Wood, me caes bien, y te juro que me encantan esas zapatillas de ballet con las que pisas con tanto cuidado. Aunque los documentos privados y de divulgación han sido firmados por gente de más arriba en nuestra pirámide jerárquica, una técnica de mi equipo ha puesto un enlace a este único caso. Es un enlace temporal. Si alguien que no seas tú trata de acceder, no solo no irá a ninguna parte, sino que el vínculo se destruirá. Debería de estar llegando a tu bandeja de entrada ahora mismo. —Y apareció, tal como acababa de prometer—. Podrás presenciar nuestra investigación en tiempo real. De todos modos, si hubiera algo urgente, te llamaría. —Stacey se quedó asombrada por lo cooperativo de ese hombre.

«Más tarde, por separado, te enviaré un enlace para que presenciéis la autopsia. Una vez más, solo podréis acceder abriendo sesión.

—Entendido —dijo ella, y miró a Penn.

—Ahora, ¿hay algo más que pueda hacer para facilitarte las cosas, Stacey?

Ella percibió cierto tono humorístico tras esas palabras.

—No, señor, creo…

—Espera —dijo él, y tapó el teléfono con la mano. Stacey no consiguió entender ningún detalle de las voces apagadas que sonaban de fondo.

—Vale, Stacey, parece que te has equivocado y puedo hacer algo más por ti en este hermoso día que comienza. Nuestra víctima ya ha sido identificada. ¿Te dice algo el nombre de Dennis Burke?

Stacey miró fijamente a Leanne y pronunció el nombre en voz alta.

La mujer cogió su teléfono y se dirigió a la puerta.

Capítulo 60

Wren’s Nest ostentaba el honor de haber sido declarada, en 1956, la primera reserva natural geológica nacional del Reino Unido. Pero eso no era lo único que le daba fama. De sus tiempos de estudiante, Kim recordaba que las cuevas de ese lugar habían sido explotadas durante cientos de años para extraer la valiosa piedra caliza. También, que la primera máquina de vapor industrial del mundo había sido construida por gente de los alrededores de Wren’s Nest durante la época victoriana, para bombear el agua de las minas y los túneles.

En su aproximación desde el este, tal como les habían indicado, recorrieron una carretera de una sola vía que serpenteaba hasta desembocar en un tosco aparcamiento. Este marcaba con claridad el comienzo de una ruta de senderismo.

—¿Qué es esta valla metálica? —preguntó Kim mientras Bryant aparcaba detrás de la furgoneta de Keats.

—Hace un par de meses cerraron un área de unas doscientas sesenta hectáreas. Fue a raíz de un desprendimiento de rocas durante una excursión escolar. No hubo heridos. Lo han cerrado solo por seguridad.

Kim se identificó ante el agente de guardia.

—Está claro que alguien no recibió el memorándum —comentó.

—Unos cien metros más adelante —dijo el atento policía.

Los dos detectives recorrieron el camino en silencio. Kim suponía que ambos se preguntaban qué demonios iban a encontrarse. Hasta ahora, tenían a un hombre desnudo, asado hasta la muerte, y un segundo hombre, también desnudo, torturado en un potro de estiramiento. Y, bien, a juzgar por la pierna que distinguía a la izquierda de Keats, esa víctima tampoco llevaba mucha ropa. Cogió el par de zapatillas azules que Bryant le ofrecía.

—¿Qué tenemos, Keats? —preguntó.

El médico forense se hizo a un lado para revelar un espectáculo que, a primera vista, parecía un tanto cómico.

El hombre yacía clavado al suelo por los tobillos y las muñecas. Tenía un cuenco de cerámica sobre el vientre. Alrededor de la base del cuenco había un círculo rojo de piel quemada. La sangre, que había rezumado por debajo del cuenco, había terminado por encharcarse en el suelo después de recorrer las caderas de la víctima.

—Te daré un minuto para que lo asimiles todo, porque, cuando levante ese cuenco, no podrás mirar a ningún otro sitio.

Capítulo 61

Penn se quitó los cascos.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó.

Después de encogerse de hombros, Stacey se volvió para mirar por la ventana.

—Ah, ahí está. Abajo —Acababa de localizar a Leanne caminando en círculos, con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Sus familiares sabrán lo que hace? ¿Tú qué crees? —preguntó mientras se servía un café.

Stacey volvió a encogerse de hombros. En cierto modo, la vida de los cuidadores era similar a la de los testigos. No podían hablar ni ser sinceros sobre lo que hacían ni sobre con quién trabajaban. Quizás se veían obligados a inventarse historias y a mentir a la mayoría de sus conocidos. Stacey era incapaz de imaginarse a sí misma en una situación en la que le fuera imposible compartir con Devon los rigores del día.

Penn miró a Leanne por la ventana.

—¿Crees que por eso es así de fría? —preguntó—. No forma parte de un equipo y su trabajo es secreto, así que no puede compartir la mayor parte de su vida con nadie.

Stacey se levantó y se unió a Penn. Ambos la observaron caminar por el aparcamiento.

—¿Por qué crees que tuvo que cambiarse el nombre hace cinco años? —preguntó Stacey.

—Tal vez por algo relacionado con sus nuevas obligaciones, las que tienen que ver con esta familia criminal. Por aquello de tomar todas las precauciones posibles y tal…

Stacey se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar ella misma con tal de seguir haciendo su trabajo.

Leanne se giró y notó que ambos la miraban.

—Y, hablando de eso, de verdad no creo que la familia Tyler haya matado a nuestro hombre —dijo Penn mientras volvía a su asiento.

—Venga, tienen un buen móvil —argumentó Stacey—. Si lo que los llevó prisión durante unos años fue ese testimonio, tienen más motivos que nadie para quererlo muerto. No es como si salieran de la cárcel, fueran a estrecharle la mano, lo perdonaran y lo olvidaran.

—De acuerdo, pero todo ha sido demasiado llamativo, demasiado ostentoso.

—Habrán querido hacerlo sufrir.

—Vamos a suponer que lo hubieran encontrado. ¿No crees que lo habrían metido en una furgoneta para llevárselo a su zona? ¿Por qué tomarse la molestia de explorar un lugar que no les es familiar? Era mejor meterlo en un vehículo y torturarlo en un lugar bien conocido para ellos.

Stacey entendía la opinión de su compañero, pero la pista era demasiado grande como para descartarla por una corazonada. El hombre había metido entre rejas a dos miembros de una familia criminal.

Estaba a punto de seguir argumentando cuando Leanne entró en la habitación.

—Ese tipo de Somerset, Dennis Burke —dijo, y se sentó. Tanto Stacey como Penn se volvieron a mirarla, expectantes—. Sí, es uno de los nuestros, no hay ninguna duda.

Capítulo 62

—¿Qué mierda es esto? —preguntó Kim cuando Keats levantó el bol de pastelería. Se agachó un poco más—. Keats, ¿eso es...?

—Una rata —confirmó el médico forense.

—Madre mía —exclamó Bryant.

Keats tenía razón en una cosa: a pesar de lo horrible de la visión, era imposible apartar la mirada. Kim tuvo que contener las náuseas.

—Explícate —dijo.

—Es una forma medieval de tortura. Se consideraba barata y eficaz —respondió Keats—. Hay muchas variantes, pero esta es la más común. Consiste en sujetar a la víctima boca arriba y colocar una rata sobre su vientre desnudo. Enseguida cubres la rata con algún tipo de recipiente, que calientas poco a poco. Sin otra vía de escape, la rata hace un túnel a través del abdomen, lo que causa a la víctima una muerte lenta y agónica.

Kim trató de ponerse en el lugar de quien querría hacer sufrir a alguien de una forma tan horrible. Por otra parte, ¿quién tenía el estómago lo bastante fuerte para presenciarlo?

Retrocedió y se concentró en la escena. Señaló el círculo rojo alrededor de la herida abierta.

—¿Marcas de quemaduras? —preguntó.

—Sí, yo diría que de algún tipo de soplete. Lo que quiera que hayan utilizado para calentar el cuenco.

—Incluso eso habrá sido muy doloroso —dijo ella, y miró a su alrededor.

—Vera Lyndhurst fue quien lo encontró —dijo Keats. Señaló con la

cabeza a una mujer de mediana edad que, sentada en el suelo, seguía sollozando en voz baja.

Bryant fue a preguntar los detalles. Kim sospechaba que Vera no tenía la fuerza suficiente para dominar a la víctima, pero todo el mundo estaba bajo sospecha.

—Trabaja como voluntaria aquí, en la reserva. En la comunidad hay unos cuantos voluntarios. Su trabajo es comprobar dos veces al día que no haya gente en la zona de peligro.

—¿Así que la última comprobación fue…?

—Ayer, a las cinco de la tarde. Yo diría que esto empezó no mucho después. Este pobre hombre sufrió durante, al menos, diez o doce horas.

—Maldita sea —dijo Kim.

Keats sacudió la cabeza.

—Una mierda de forma de morir —observó.

Kim echó un último vistazo al cadáver. Hizo un alto cuando Bryant ya venía de regreso.

—¿Eso es una cicatriz? —preguntó. Señaló un fino rastro blanco que se alejaba del amasijo sanguinolento.

—Apendicectomía. Algo de la infancia, tal vez —confirmó Keats.

Ella sacó el teléfono justo cuando empezaba a sonar.

—Hablando del rey de Roma. Penn, necesito que compruebes de inmediato el registro de personas desaparecidas.

Le dio una descripción del varón, incluida la cicatriz. Los detalles sangrientos los dejaría para más tarde.

—Me pongo, jefa, pero te llamo para decirte que el tipo del sur también era testigo.

Todos lo habían sospechado por la forma de la muerte.

—¿Tenía vínculos con el crimen organizado? —preguntó, esperanzada. Eso les habría dado una pista clara que seguir. Si aquel también había cabreado a la familia Tyler, de Londres, tendrían el asunto resuelto para la hora del té.

—Lo siento, jefa, pero ni por casualidad. Era…

—Ahórratelo, Penn. Vamos de regreso —dijo, y colgó.

Tres cuerpos en dos días. Era hora de que su equipo se reagrupara.

Capítulo 63

Frost apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Después de haber leído las transcripciones judiciales, comprendía la secuencia de los hechos.

El tres de mayo, Trisha había llamado a Penny para decirle que ella y Nick habían tenido una gran discusión. Ella lo había amenazado con dejarlo y él había jurado que nunca lo permitiría. Trisha había llorado y le había contado a Penny lo asustada que estaba, pero le había insistido en que no le dijera nada a la policía. Terminaron la llamada con Trisha prometiendo que la llamaría al día siguiente.

Penny había esperado hasta última hora de la tarde antes de intentar llamar a su hermana. Había saltado el buzón de voz. Luego, antes de recurrir a Nick, había dejado mensajes. Tiempo después, Nick había declarado que, al volver de una fiesta la noche anterior, su mujer no estaba. Supuso que, a consecuencia de aquella discusión, Trisha habría ido a visitar a unos amigos o a la familia. Y, aunque Penny atosigó a la policía, esta se había creído las mentiras de Morley y se había abstenido de investigar durante más de una semana.

Los extractos bancarios no mostraban ninguna actividad en la cuenta, en tanto que un registro de la casa había revelado que no faltaba nada.

Después, la compañía telefónica había revelado que el móvil de Trisha no había salido de la casa ni había sido utilizado después de aquella conversación con la hermana. La policía consiguió, por fin, una orden de registro. Al segundo día, encontraron lo que buscaban en aquella extensa propiedad.

En el límite sur de un campo de más de tres hectáreas había una zona de tierra quemada y ceniza empapada. La policía había encontrado también una lata de combustible abandonada en la línea de arbustos.

Recogieron las cenizas y se las llevaron al laboratorio para hacer un análisis minucioso.

Aunque el tiempo y la fauna local habían hecho estragos en lo que los forenses pudieron recolectar, la criba arrojó restos de ropa y joyas, un bolso y un monedero, así como huesos de un antebrazo y dientes que coincidían con el ADN de Trisha.

Morley había sido detenido. Desde entonces, no había dicho una sola palabra, salvo a través de su abogado. Dos días después, lo acusaron del asesinato de su esposa.

Frost no pudo evitar ponerse en el lugar de Trisha: el miedo constante que debió de sentir cada día, el dolor físico que tuvo que soportar. Se preguntó si la mujer se había dado cuenta de que la violencia iba en aumento hasta el punto de poner en peligro su vida.

Con ganas de que sus músculos se destensaran, cojeó hasta la cocina para rellenarse la taza de café. Había empezado la semana con el único deseo de dar voz a Trisha. Lo suyo sería un susurro entre los gritos del equipo de Nick. Había querido recordar a la gente que había una víctima, una mujer que había padecido horribles sufrimientos a manos de ese hombre; sin embargo, para sus adentros, lo que sentía era una creciente ira por lo injusto de la situación. Trisha la estaba acompañaba en cada momento de vigilia. Ahora, el solo pensar que lo más probable era que ese cabrón saliera libre a reanudar su vida le resultaba odioso.

Ya no quería informar del resultado; lo que quería era cambiarlo. Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Capítulo 64

—Nada aún sobre la víctima tres, jefa —dijo Penn en cuanto Kim entró.

Ella asintió mientras llevaba su chaqueta al despacho para colgarla. Bryant aprovechó la oportunidad y los puso al día sobre la escena del crimen que acababan de visitar.

Stacey escuchaba todo con los ojos muy abiertos. Incluso Penn mostraba una expresión de asombro, pero la estatua del escritorio de reserva no expresó la menor emoción.

Sin poder evitarlo, Kim se preguntó qué le habría ocurrido a esta mujer para ignorara o cerrase tan bien sus respuestas emocionales.

—Vale, ya basta —dijo, y se sirvió café. Aquella no era una imagen que quisiera recrear una y otra vez.

—¿Tienes fotos? —preguntó Penn.

A veces, la respuesta emocional de Penn le preocupaba más que las otras.

Kim enarcó una ceja hacia él antes de volver su atención a Stacey.

—¿Qué tenemos de la víctima dos?, ¿la de Somerset?

Echó un vistazo a la pantalla de la ayudante de detective. Enlazada en directo con el caso de Clevedon, se actualizaba en tiempo real.

—Se llamaba Dennis Burke y vivía a unos cinco kilómetros del lugar del crimen. El equipo ya ha informado a su mujer y a su hija adolescente. Ahora están indagando puerta por puerta y visitando el lugar donde trabajaba, que es una planta de fabricación de chapas metálicas. La autopsia está prevista para dentro de media hora y los forenses continúan en el lugar del crimen.

Kim asintió. Ya sabía a qué se enfrentaba Lynes. Ahora quería saber a qué se enfrentaba su propio equipo.

Puso su atención en Leanne. La mujer le devolvió la mirada.

—Si miro en tu dirección, tienes que decir algo.

—Lo siento, no estoy tan bien entrenada como el resto de tu equipo.

Kim se mordió los labios. A su gente no le hacía bien que fuera tan mezquina. Siguió mirando. Y esperando.

—Dennis Burke se llamaba Adam Hawthorne y era un diseñador gráfico de Manchester. Una noche salió con unos viejos amigos de la universidad. Luego, cuando ya se había separado de sus compañeros, presenció una violación grupal que terminó con el asesinato de una chica de veinte años. Su testimonio logró que condenaran a dos de los cuatro agresores.

—¿Dos quedaron libres? —preguntó Kim.

Leanne asintió.

—Entró en el programa de protección después de que su hija pequeña, que entonces tenía once años, volviera a casa con un brazo roto y una advertencia.

«¿Quién demonios utilizaría a una niña de once años para enviar un mensaje?», se preguntó Kim. Sin duda, gente que estaba dispuesta a hacer cosas mucho peores.

—¿De diseñador gráfico a chapista? —preguntó.

—Ya te he explicado que el programa no puede adaptarse al estilo de vida del individuo. Hace lo que puede.

Kim pensó en todo lo que Dennis Burke había perdido por hacer lo correcto: su hogar, su familia, su carrera. No había duda de que el sistema estaba podrido.

Se cruzó de brazos.

—¿Qué probabilidades hay de que tanto los enemigos de Keith como los de Dennis encuentren a sus objetivos la misma semana y ejecuten su venganza con el mismo modus operandi? —preguntó.

—Apostaría diez a uno en contra —dijo Penn.

—Si no se los está castigando por los motivos individuales que los tienen en el programa, ¿por qué torturarlos?

—Información —sugirió Stacey.

Kim asintió.

—El asesino debe creer que los testigos saben algo que él quiere saber.

—Pero no saben nada —comentó Bryant en voz baja.

—No tenemos la total segu...

—Sí, la tenemos —dijo él con decisión mientras miraba la pizarra —. Estas personas no son sobrehumanas. No son miembros del equipo de Tierra, Mar y Aire de la Armada de los Estados Unidos, gente entrenada y preparada para soportar la tortura. Son seres humanos normales sometidos a las muertes más dolorosas y horrorosamente lentas que uno pudiera imaginar. De haber tenido las respuestas, las habrían soltado.

La sala enmudeció. Bryant tenía razón. El asesino no había recibido lo que buscaba.

—Bien, chicos, dada la información que tenemos por ahora, Bryant y yo volveremos al principio. Quiero echar un buen vistazo a las notas de ese psicólogo sobre...

—Ya no existen —dejó escapar Leanne.

—¿Cómo has dicho?

Los médicos llevaban registros.

—Las ha destruido. Me llamó después de tu visita. Le aconsejé que

triturara el expediente.

Kim la miró en silencio durante un minuto.

—Lo siento, pero me estoy preguntando si hay algo más que puedas hacer para obstruir esta investigación.

—Es lo que hacemos.

Kim sabía que tenía que abandonar la sala antes de hacer o decir algo de lo que pudiera arrepentirse. Si esa era la idea que su jefe tenía de cooperación y ayuda, podía metérsela por donde no brillaba el sol.

—Bien, Bryant, será mejor que vayamos a ver qué es capaz de recordar el buen doctor sin sus notas. Los demás, seguid con lo que estabais haciendo, y Leanne...

—No trabajo para ti. No puedes decirme lo que tengo que hacer.

«Vale, qué bien», pensó Kim, y cogió su chaqueta. Sus instrucciones a esa insufrible mujer habrían sido una frase de cuatro palabras terminada en «Mierda».

Capítulo 65

Penn mojó una galleta en su café.

—¿Sabes?, lo que hacen es increíble —dijo.

—¿Cómo demonios puedes mirar eso y comer? —preguntó Stacey, y sacudió la cabeza.

—Es fácil —contestó.

Se metió el revoltijo en la boca. Ver la autopsia a distancia no era lo mismo que estar en la sala. Por un lado, no lo rodeaba el olor a antiséptico mezclado con putrefacción. Por el otro, la autopsia se estaba llevando en la sala de enseñanza de una morgue. La cámara, situada en la esquina superior derecha de la habitación, le ofrecía una vista aérea del proceso.

—Penn, si a esa mujer le da por volver a usar la sierra, ¿podrías bajar el sonido? —preguntó Stacey sin levantar la vista.

La calidad del sonido era excelente. Penn podía oír todos los movimientos, pero, como el sonido era unidireccional, no podía hacer preguntas. El inspector detective Lynes, vestido de traje, estaba haciendo un buen trabajo, aunque su colega ya se había apoyado un par de veces sobre la superficie.

Penn miró a su derecha.

—¿Quieres echar un vistazo, Leanne? —preguntó.

—Estoy bien, gracias.

El sargento maldijo los buenos modales que le había inculcado su madre y que lo obligaban, de vez en cuando, a reconocer la presencia de la mujer en la habitación, aunque ella no hubiera iniciado una sola conversación con él ni con Stacey.

Se volvió hacia la pantalla. La forense le hacía a Lynes un gesto para que se acercara. El inspector no dudó.

La médica señaló el hombro expuesto.

—Aquí, estos ligamentos se han roto por la tensión. —Penn vio que los músculos, normalmente cuerdas tensas, estaban flácidos y elongados—. Ambos hombros y codos se han dislocado. Las muñecas se han separado por completo. Ni siquiera soy capaz de describir lo doloroso que habrá sido, tanto para la mayoría de las articulaciones como para el abdomen.

Lynes se quitó la mascarilla.

—¿Y la causa de la muerte? —preguntó.

—Ataque al corazón. El trauma físico fue excesivo.

—Habrá sido un bienvenido alivio —comentó Lynes. Tocó apenas el hombro de la víctima y, enseguida, retrocedió un paso.

La voz de Stacey trajo a Penn de nuevo a la sala de la brigada.

—El equipo que está sobre el terreno ha obtenido los mismos resultados que nosotros. —Señaló con la cabeza su ordenador y las actualizaciones que iban apareciendo en el registro policial de Somerset—. Los vecinos saben muy poco de la familia. La hija adolescente no se relacionaba con casi nadie.

Penn se volvió hacia Leanne.

—¿De verdad merece la pena? —preguntó. Esa era la segunda familia obligada a llevar una vida secreta y a engañar a todo el mundo por haber hecho lo correcto.

—Para nosotros, sí —respondió Leanne con sencillez—. Conseguimos encerrar a gente peligrosa gracias a que algunas personas están dispuestas a cumplir con su deber cívico.

—Vale, pero ¿qué está haciendo ese tipo para conseguir la información? ¿Cómo sabe dónde encontrarlas? ¿Podría haber pirateado el sistema?

Ella negó con un gesto.

—No hay ningún sistema que piratear. Todo se guarda en ordenadores independientes. No hay ningún enlace de red.

—Pero consigue la información en alguna parte. No puede ser que tengamos a un psicópata cualquiera torturando gente y que se las haya arreglado, por pura coincidencia, para encontrar a dos personas que estaban en el programa de protección de testigos.

Trató de no dejar traslucir la frustración cuando vio que Leanne se concentraba de nuevo en su teléfono. Empezaba a comprender la actitud de la jefa hacia esa mujer. No se parecía en nada a una agente de policía. No mostraba el menor interés en la búsqueda del culpable.

Se volvió hacia la autopsia, que parecía estar terminando, aunque sus pensamientos ya habían tomado un nuevo derrotero.

Para que esa información saliera a la luz, tenía que haber una brecha en el sistema o en el personal. Si el sistema no estaba dañado, había que mirar a las personas.

—Oye, Stace, ¿tienes un minuto? Se me ha ocurrido una idea.

Capítulo 66

—Viste muy casual hoy, doctor Crewson —observó Kim cuando el psicólogo abrió la puerta.

—Día de administración —explicó él antes de abrir más para dejarlos pasar. Por supuesto, ya no tenía nada que ocultarles. Los registros habían ido a la papelera.

—Ah, ¿y cuál es el día de la trituración?

—Lo siento, inspectora —cerró la puerta de la galería, con lo que silenció una lavadora en pleno ciclo de centrifugado. Siguió caminando hasta su despacho—, no tengo ni idea de lo que está hablando.

—Sabemos la verdad sobre la familia Phipps —dijo ella, y se sentó.

—¿Qué verdad? —insistió el psicólogo.

Kim empezó a sentirse enfadada, pero lo reprimió. El hombre solo se estaba asegurando.

—Sabemos que eran una familia protegida y que Matrix Enterprises le ha estado pagando las facturas de sus sesiones. Lo que esperamos es que pueda compartir con nosotros esas sesiones, ahora que estamos al tanto.

Maldita sea, no podía disimular esa pizca de animadversión que le estaban provocando todos los que no le decían la verdad.

—No es una situación fácil para nadie, inspectora. A mí me dieron un contacto, y el consejo de esa mujer fue...

—Sí, estamos al tanto. Y bien, ahora que conocemos la verdad, le agradeceríamos que fuera un poco más sincero. Díganos lo que pueda sobre la familia, aunque ya no tenga sus notas.

—Vale —dijo él. Echó mano a sus gafas, aunque no había nada que leer. Kim se preguntó si ese gesto lo transformaba en un hombre de negocios.

—Los del UKPPS se pusieron en contacto conmigo hace cinco años. Me preguntaron si estaba dispuesto a tratar a una familia que había sido desplazada al Black Country a través del programa de testigos protegidos. Cuando acepté, me reuní con Leanne King. Ella me habló del secreto y la confidencialidad. No recibí ningún detalle de la vida anterior de estas personas: ni nombres ni lugares. Solo me pidieron que las ayudara a adaptarse a su nueva vida.

Hasta el psicólogo tenía que trabajar con una mano atada a la espalda.

—Continúe —lo instó ella.

—Durante unos meses vinieron a verme como familia; luego, uno por uno. Al principio parecían extraterrestres. Estaban conmocionados, como si los hubieran reubicado en otro planeta. La tensión desapareció poco a poco y sus visitas se hicieron menos frecuentes. Keith fue el primero dejar de venir. En cuanto consiguió un trabajo, tuve la impresión de que estaba decidido a salir adelante. Diane continuó un año, más o menos, pero redujo sus visitas a cada pocas semanas. A ella le costó más trabajo que a Keith, creo.

—¿Tomaba medicación? —preguntó Kim.

Él asintió.

—Le recomendé que acudiera al médico. La ansiedad y la paranoia se estaban volviendo incontrolables. Tenía ataques de pánico en plena calle.

—¿Por miedo a las represalias? —preguntó Kim.

—Sí, pero fue empeorando con el tiempo, en vez de mejorar. Había llegado al punto de pensar que cada persona que la miraba estaba relacionada con la familia Tyler.

—Pensaba que no le habían dado detalles.

—La policía no, pero la familia era libre de darme toda la información que quisiera. De otro modo, habría sido imposible tratarlos.

Kim entendía eso, pero también empezaba a ver lo difícil que era controlar el secreto. Si bien la policía podía tomar medidas, la familia tenía la obligación de mantener la boca cerrada. A veces, bastaba con que dijeran una sola cosa.

—Con el tiempo, las visitas de Diane se hicieron menos frecuentes, pero yo seguí concertando citas para los chicos cada vez que lo necesitaban.

«Otro agujero que tapar», pensó Kim.

—¿Y los niños?

—El más pequeño se adaptó mucho más rápido. Tommy fue el que más se resistió. Siguió viniendo a verme hasta la semana pasada.

—¿Por qué?

—Tenía ocho años cuando se mudaron. En ese tiempo había hecho amigos y tenía un grupo social. En su vida anterior, era un chico extrovertido y seguro de sí mismo. Formaba parte de todos los equipos deportivos, así que le afectó mucho el no poder compartir nada. Quería sentir que pertenecía a un grupo, solo que sus compañeros del colegio ya estaban descubriendo internet y las redes sociales, mientras que a él no lo dejaban hacer nada de eso. Sus padres no le permitían acercarse a la red. —El rostro del psicólogo se ensombreció—. Aunque tengo la impresión de que lo ha estado haciendo de alguna manera.

—Sí, eso podría ser —dijo Bryant con una sonrisa irónica. Kim lo reprendió con la mirada—. Jefa, es un adolescente desesperado por encajar en su grupo. Cuando yo tenía catorce años, no teníamos internet, pero sí el ding dong piro.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Un juego estúpido. Llamabas a la puerta de alguien y salías corriendo a esconderte antes de que abriera. Era muy divertido para

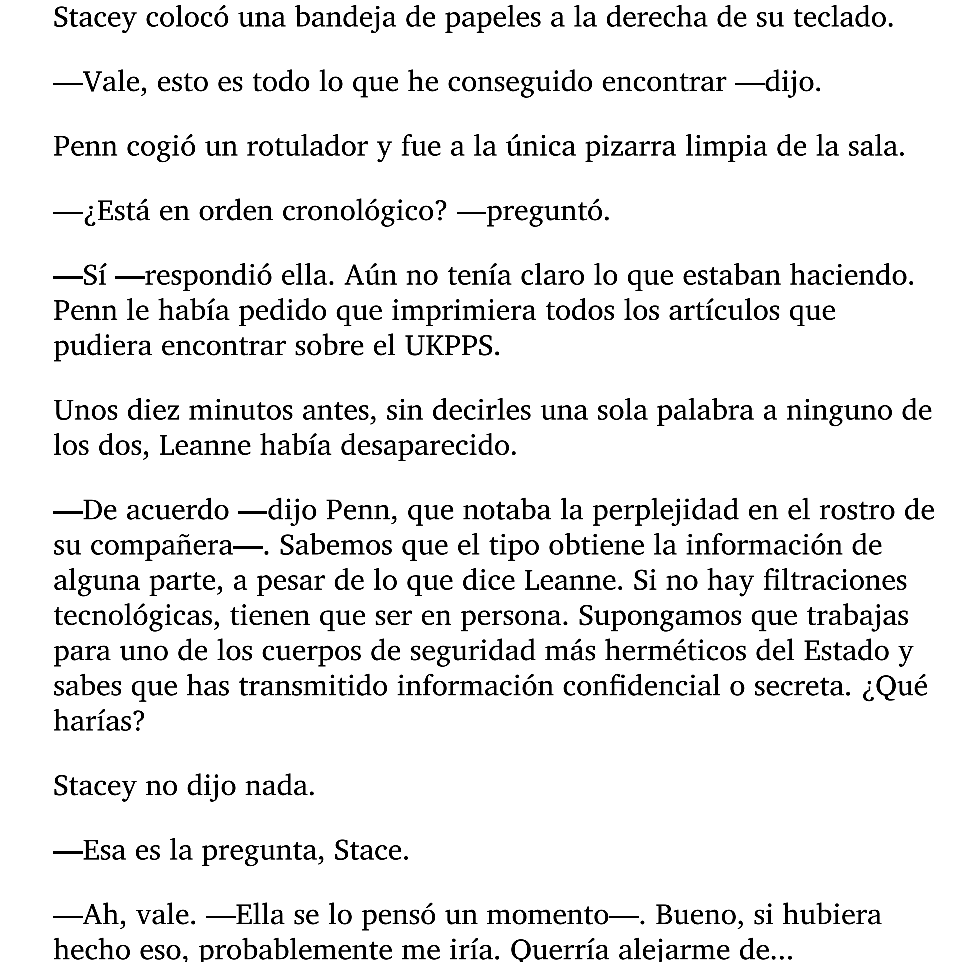
los niños, pero muy molesto para los adultos. Mi madre me dijo que me encerraría un mes si me pillaba haciéndolo.

—¿Y?

—Me escabullía y seguía haciéndolo de todos modos.

Bueno, si, de alguna manera, el chico había creado una cuenta en las redes sociales, había un solo lugar desde donde podía haberlo hecho: el colegio.

Capitulo 67



Stacey colocó una bandeja de papeles a la derecha de su teclado.

—Vale, esto es todo lo que he conseguido encontrar —dijo.

Penn cogió un rotulador y fue a la única pizarra limpia de la sala.

—¿Está en orden cronológico? —preguntó.

—Sí —respondió ella. Aún no tenía claro lo que estaban haciendo. Penn le había pedido que imprimiera todos los artículos que pudiera encontrar sobre el UKPPS.

Unos diez minutos antes, sin decirles una sola palabra a ninguno de los dos, Leanne había desaparecido.

—De acuerdo —dijo Penn, que notaba la perplejidad en el rostro de su compañera—. Sabemos que el tipo obtiene la información de alguna parte, a pesar de lo que dice Leanne. Si no hay filtraciones tecnológicas, tienen que ser en persona. Supongamos que trabajas para uno de los cuerpos de seguridad más herméticos del Estado y sabes que has transmitido información confidencial o secreta. ¿Qué harías?

Stacey no dijo nada.

—Esa es la pregunta, Stace.

—Ah, vale. —Ella se lo pensó un momento—. Bueno, si hubiera hecho eso, probablemente me iría. Querría alejarme de...

—Exacto —dijo Penn, como si le estuviera dando un premio—. Pero, en este caso, no podemos llamar para obtener una lista del personal.

Stacey palmeó la pila de papel.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo, exactamente? —preguntó.

—Coge el primer artículo y léemelo —dijo él.

Ella lo hizo. Leyó en voz alta un artículo de una página sobre los aumentos presupuestarios en que se citaba a miembros del personal. Cuando terminó, alzó la mirada. Penn había anotado tres nombres junto con sus cargos:

Douglas Kilkenny, inspector jefe.

Amelia Dixon, directora de contabilidad.

Henry Rusco, director de logística.

Ah, ahora lo entendía, y, aunque el camino iba a ser largo, podía ver por dónde iba la mente de su compañero.

—¡Siguiente! —gritó Penn, y ella cogió el segundo artículo.

Capítulo 68

—¿Así que crees que uno de los compañeros lo ha ayudado a entrar en internet? —preguntó Bryant mientras se acercaban al colegio.

Sí, esa había sido la primera idea de Kim: Tommy estaría tan desesperado por pertenecer a un grupo que habría desafiado las instrucciones de sus padres. Solo había un problema: todas las personas con las que habían hablado decían que Tommy no tenía amigos.

—Detén el coche —dijo en cuanto giraron hacia la entrada del colegio.

—Podemos acercarnos a... Ah, ya veo —dijo Bryant, y se detuvo.

Justo a la derecha de la entrada, dos figuras gesticulaban en una acalorada discusión.

—¿Esos no son...?

—La directora y el profesor suplente. —Bryant hizo una pausa—. Incluye a un cura y tendremos un buen chiste.

Ella no le prestó atención. Seguía analizando el lenguaje corporal.

Anna Lennox era la que más hablaba y señalaba. Liam Docherty intervenía de vez en cuando. A veces negaba con la cabeza.

Cada vez que Anna daba un paso adelante, Liam retrocedía.

La directora solo llevaba una blusa y pantalones. El profesor suplente tenía el abrigo doblado sobre el antebrazo, y también llevaba un portafolio. «¿Va o viene?», se preguntó Kim.

Anna y Liam dejaron de hablar, como si hubieran llegado a un punto muerto.

Ella miró hacia el aparcamiento, dijo una cosa más y volvió a entrar

en el edificio.

Liam titubeó durante veinte segundos antes de encaminarse hacia los coches.

Ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta de que tenían público.

Bryant apagó el motor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—No lo sé, pero creo que deberíamos ir a averiguarlo. Tú ve tras ella. Yo iré tras él.

Capítulo 69

—¡Espera, espera, espera! —gritó Stacey mientras Penn anotaba los siete nombres que aparecían en un reportaje de tres páginas sobre el UKPPS, publicado apenas una semana antes.

Él se apartó y miró una pizarra ahora llena de nombres y cargos.

—La segunda de arriba abajo, Amelia Dixon, directora de contabilidad. Ya no está en ese puesto. En el artículo más reciente se menciona a Hilary Owens.

—Tiene que merecer la pena echar un vistazo de cerca a Amelia Dixon —dijo Penn. En ese momento, el teléfono de la sala sonó una sola vez, señal de que se trataba de una llamada interna.

—Hola, Jack —dijo él, echando a suertes que la llamada era del sargento de guardia. Solo esperaba que no fuera el inspector jefe de detectives Woodward.

—Tengo a una señora aquí. Ha venido a denunciar la desaparición de su marido —dijo Jack.

Penn respiró aliviado.

—¿Tienes algún detalle? —preguntó. Si no había un buen motivo, no quería alejarse de allí y de la posible nueva pista que acababan de descubrir.

—Sí, no se parece en nada a la descripción que me has dado, y por eso te estoy llamando —explicó con retintín el guardia.

—Jo, Jack, eres demasiado...

—Mira, tengo esto lleno de gente aquí abajo. Dice que su marido tiene treinta y tantos años, pelo rojizo, complexión media, ojos azules...

—¿Y?

—Y que le hicieron una apendicectomía de adolescente.

—Voy para allá —dijo Penn, y colgó.

Capítulo 70

Mientras Bryant se encaminaba a la escuela, Kim fue en busca del profesor suplente.

Cogió a Liam Docherty por sorpresa.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Solo ha sido un desacuerdo sobre las prioridades —explicó. Puso sus cosas en el asiento trasero del Ford Focus.

—¿Podría responder a un par de preguntas antes de irse?

—Por supuesto —dijo él, y se apoyó en el coche.

—¿Tommy Phipps era buen amigo de algún otro estudiante en particular? —De confirmar que el chico tenía cuentas en las redes sociales, podrían comprobar si se había puesto en peligro de algún modo o si había publicado algo que hubiera conducido al asesino hasta su familia.

Liam negó con la cabeza.

—No que yo haya visto. Nos preocupaba que no se relacionara con ninguno de sus compañeros. Tratamos de incluirlo…

—¿Así que no sabe si alguien pudo haberle ayudado a crear una página de Facebook o una cuenta de Instagram?

Él frunció el ceño.

—¿Hasta qué punto habría sido malo? Todos los chicos de su edad están en las redes sociales.

—Solo necesitamos saber si Tommy pasó tiempo con alguien en particular.

Liam se cruzó de brazos.

—Todo esto es muy intrigante. Estoy seguro de que, si me explicara a qué vienen tanto secreto y tantas preguntas extrañas, podría ayudarla más.

—Tenemos ayuda de sobra, gracias; así que, si pudiera responder a...

—No sé de ningún alumno con el que Tommy se llevara especialmente bien. Creo que todos habían decidido dejarlo en paz. Con toda franqueza, lo sentimos mucho por el chico.

—¿»Lo sentimos»? —preguntó Kim.

—Sí, Jacob, mi asistente, y yo. O sea, a veces... Las palabras empezaron a perderse cuando algo hizo clic en la cabeza del profesor.

—Por favor, continúe —lo instó Kim.

—Bueno, a veces, Jacob lo llamaba a la hora de comer, si lo veía solo, para enseñarle algún juego nuevo de ordenador, pero estoy seguro de que no se habría extralimitado... —Cerró la boca, como quien no quiere meterse en ningún lío.

—Está seguro de eso, ¿verdad?

El profesor parecía nervioso.

—No, en realidad. Yo no siempre estaba cerca, pero confío en Jacob con...

Kim miró hacia el colegio.

—Creo que tenemos que hablar con él —dijo.

—No está aquí —dijo Liam, y abrió la puerta del coche—. Eso es lo que la directora y yo estábamos discutiendo. Jacob no ha contestado al teléfono ni me ha llamado. Quiero ir a ver cómo está, pero a la directora le preocupa que nadie cubra mi clase.

—¿Lo ha visto después de nuestra visita de ayer? —preguntó Kim, que ya sentía cierto ardor en el estómago. Con la aparición de los

detectives, el ayudante había salido a toda prisa. De eso no había ninguna duda. —Liam negó con la cabeza.

«Bien, señor Docherty, es bueno que se preocupe por su colega, pero creo que lo mejor será que intentemos localizar nosotros a Jacob Powell.

—No ha hecho nada malo —protestó el profesor.

Kim apreciaba ese signo de lealtad, pero a ese hombre no le correspondía decir tal cosa. Estaba a punto de añadir algo cuando sonó su teléfono.

—Disculpe —dijo, y se alejó del profesor—. Adelante, Penn.

—La víctima tres, jefa. Ya la tenemos identificada.

Capítulo 71

Me decepciona que hoy no se haya quedado tanto tiempo. Una ligera llovizna la ha obligado a abandonar el banco antes de lo normal.

No tiene ni idea de que es mi roca, de que me reconforta verla lanzar distraídamente cortezas a los patos. Viene, se sienta y se queda mirando. Por alguna razón, esa simple constante en mi vida me da fuerzas para seguir adelante.

Recorro los pocos pasos que me separan del cuarto de baño y me detengo. Me miro al espejo y vuelvo a enfrentarme a todo lo que he perdido: mis amigos, mi familia, la estabilidad, la familiaridad y, en cierto modo, incluso a mí misma.

La persona que me devuelve la mirada no es la visión de mí que guardo en la memoria. Cuando cierro los ojos, mi cara está más rellena, tiene más color. Soy más joven, no tengo ojeras. Mi pelo es más largo y tiene otro color. Hay muchos días en los que me cuesta imprimir este nuevo yo sobre el antiguo. Suena ridículo decir que me echo de menos, pero es así.

Saco del vaso el cepillo de dientes y lo dejo sobre el lavabo. Ya está listo para recibir la línea de dentífrico que suelo exprimir sobre las cerdas. Saltan unas gotas y manchan el grifo. Devuelvo la pasta de dientes a su lugar y abro la llave antes de coger el cepillo. Cada tarea tiene un ritmo, un proceso que debo tener en cuenta, una lógica que rara vez había considerado. Ahora, no obstante, todo eso me reconforta. Es un recordatorio de que estoy sola y de que debo encontrar mi propio camino para sobrevivir.

¿Ha merecido la pena?, me pregunto mientras salgo del baño.

Mi mirada se posa en el espacio a la derecha de mi cama.

Sí, absolutamente.

Capítulo 72

La casa de Rhonda Mullins era una vivienda adosada de dos dormitorios en Hayley Green, a un par de kilómetros del centro de Halesowen. Bryant detuvo el coche delante cuando no habían pasado ni diez minutos desde la llamada de Penn.

En esa misma llamada, Kim había dado instrucciones al sargento para que se dirigiera al domicilio de Jacob Powell. Ese dato era el único que Bryant había podido sonsacarle a Anna Lennox. Durante la entrevista, la directora había terminado admitiendo que había recibido los correos electrónicos de Stacey, pero que había estado demasiado ocupada para responder. Según sospechaba Bryant, la mujer ya se olía que aquello tenía alguna relación con el cadáver hallado el lunes. Al parecer, estaba a la espera de que la orientaran sobre lo que podía compartir y lo que no.

Durante la conversación con Liam Docherty, este le había explicado a Kim que su ayudante estaba atravesando algunas dificultades familiares y que por eso había tenido que marcharse con tanta prisa el día anterior. Kim no se lo creyó. Según su experiencia, los únicos que huían de la policía eran los que tenían algo que ocultar, y ella tenía que asegurarse de que ese algo no estuviera relacionado con la familia Phipps.

Bryant aparcó detrás de un coche patrulla. La policía había enviado a dos agentes a dar la mala noticia. A Penn no le había quedado ninguna duda de que la víctima era Dean Mullins. La señora Mullins le había enseñado una foto de ella y su esposo durante unas vacaciones en Blackpool, hacía solo un par de meses.

Uno de los policías les abrió la puerta. Kim vio a una agente sentada en el sofá junto a una mujer delgada de ojos enrojecidos. La vivienda estaba amueblada en todos los tonos de crema y, aunque era pequeña, la tonalidad daba al espacio una sensación de luminosidad y amplitud que se extendía hasta la parte trasera, donde habían hecho una ampliación para la cocina.

El cuerpo de Rhonda Mullins parecía haberse derrumbado sobre sí mismo. Tenía las pálidas mejillas hundidas bajo un tinte negro azabache que no aportaba nada a su tez. Kim se aseguró de mantener la expresión más grave posible, una que no diera a la mujer, ni por un instante siquiera, la esperanza de que hubiera habido un error. Recibir la noticia dos veces era aún más duro.

—Señora Mullins, soy la inspectora detective Stone y este es el sargento detective Bryant. Estamos aquí para hablar de la muerte de su marido. —Bryant abrió la boca—. Pero, antes de nada, permítame decirle lo mucho que sentimos su pérdida —añadió.

—Gra-gracias —dijo la mujer, como si no supiera exactamente qué hacer o decir.

Con una señal de la cabeza, Kim le pidió a la agente que se levantara del sofá. Esta obedeció y la detective ocupó su lugar.

—Entiendo que debe de sentirse muy conmocionada, pero necesitamos hacerle algunas preguntas sobre Dean.

Rhonda movió la cabeza en dirección a la agente de policía, que había ido a la puerta a reunirse con su colega.

—Ella me ha dicho que lo han asesinado, ¿es cierto?

—Me temo que sí, señora Mullins, y necesitamos saber… —Cerró la boca ante el recuerdo de su primera entrevista con Diane Phipps. Evasión, secretismo, direcciones falsas, mentiras.

Se echó hacia atrás y habló a los agentes.

—Chicos, ¿nos dais un minuto?

Los dos salieron a la calle y cerraron la puerta. En la habitación quedaron solo los detectives y la esposa de la víctima.

—Señora Mullins, antes de hacerle más preguntas, necesito que me conteste una importante. —Esto iba a ser toda una apuesta, ya que Kim no podía correr el riesgo de irse de la lengua innecesariamente; pero tampoco podía trabajar en torno a otra tanda de mentiras.

—Dígame —resopló la mujer.

—¿Usted y su marido forman parte del programa de protección de testigos?

Con la sorpresa reflejada en el rostro, la mujer empezó a sacudir la cabeza.

Joder, qué metida de pata. Acababa de transmitir un dato muy delicado de su investigación.

—Señora Mullins, debo pedirle que...

—Lo siento, oficial. Tendría que haberle respondido con mayor claridad. No, no estamos en el programa. Ya no, al menos.

Capítulo 73

Kim se enderezó en su asiento.

—¿Ya no? —preguntó.

—Lo dejamos. Dean ya no podía más.

—¿Por qué los pusieron en el programa?

—Dean fue miembro de una pandilla. Era parte de Los Delta.

Kim los conocía bien. Era una banda multirracial que operaba en la urbanización Hollytree. Se hacían llamar así por el código postal de Dudley. La propia Kim era responsable de haber metido entre rejas a uno de sus cabecillas, Kai Lord, por un buen puñado de años.

—Dean estuvo con ellos desde los trece años. A los veintiséis decidió que quería dejarlos, pero ya sabe cómo es. —Según la experiencia de Kim, había una sola forma de salir de una banda como Los Delta, y era en una caja de madera. Les gustaba presumir de que no tenían exmiembros—. No vio otra salida que echar mano de la información y ofrecérsela a la policía a cambio de que lo protegieran.

—¿Y?

—Gracias a lo que sabía, encerraron a unas cuantas personas por delitos menores; pero también consiguió que condenaran a un tipo por intento de asesinato y secuestro. Por lo visto, eso bastó para garantizarle un pasaje seguro.

Kim podía notar la amargura en la voz de la señora Mullins. Decidió dejarla seguir hablando. Por ahora, no tenía la atención puesta en la muerte de su marido, y Kim no sabía cuánto conseguiría averiguar.

—Y, para usted, ¿cómo fue el programa?

—Una mierda. No teníamos ni idea de dónde nos estábamos metiendo ni del cambio tan drástico que iban a sufrir nuestras vidas. A ustedes no les interesa otra cosa que la condena.

Kim se esforzó por no reaccionar. Durante años, Dean había había vivido al margen de la ley. Después le había parecido pertinente usar ese mismo recurso en su beneficio y, al final, cuando las cosas ya no le estaban saliendo como esperaba, había tenido el descaro de tirarlo todo por la borda.

—Nos quitaron los teléfonos y todas nuestras cosas. Luego, mientras investigaban, nos metieron en un hostal. En cuanto el juicio terminó, nos dieron un mapa del Lidl y nos dijeron que eligiéramos la zona en la que queríamos vivir. Dean había estado una vez en Blackpool, así que elegimos ir allí. La policía dijo que haría lo posible por dotarnos de un nivel de vida similar, pero era una gilipollez. Todas las respuestas, sin importar la pregunta, quedan pendientes hasta después del juicio. —Entrecomilló con los dedos las tres últimas palabras.

«Nos dieron treinta minutos para recoger nuestras cosas. ¿Entiende?, hasta los agentes judiciales te dan una hora. Y, si alguien cree que los policías son educados y serviciales, que se lo piense otra vez. Los que visten de paisano se van de rositas. Pueden tratarte como les dé la gana y tú no se lo puedes contar a nadie.

—¿Los maltrataron?

La mujer hizo caso omiso a la pregunta.

—Olvídelo —dijo.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Kim. Suponía que a los agentes implicados no les encantaba la idea de proteger a un hombre que llevaba años burlando la ley.

—Al final, nos subieron a una furgoneta y nos llevaron a un piso franco en Shropshire, sin nada más que vacas y ovejas y una pensión. No sabíamos que era en ese punto cuando se deshacían de toda nuestra documentación. Eso fue matarnos, borrar nuestras vidas. Podríamos haber muerto sin que nadie supiera nada. Cuando

tu vida ya no existe, ¿dónde buscas ayuda?

«A partir de ese momento, te dejan elegir un nuevo nombre. Ahora bien, ¿cómo es posible comportarse como otro cualquiera en sociedad? Nadie te ha dado ningún trasfondo, así que tienes que atenerte a lo que te inventas. —Negó con un movimiento de cabeza.

«Una vez fuimos a tomar el café con los vecinos. Algo bastante simple, cualquiera diría: un café rápido y algo de amabilidad, pero siempre surgen preguntas. Cosas tan inofensivas como «¿Y dónde os casasteis?». Contestamos a la vez, pero eran respuestas diferentes. No puedes hacer amigos, porque te arriesgas a que se te escape algo. Éramos unos malditos desgraciados.

—¿Y no podían pedir un traslado? —preguntó Bryant.

—¿Adónde? Acarreas contigo los mismos problemas, ni más ni menos. Una se vuelve paranoica de solo pensar que todo el mundo es una amenaza. Escuchas cada pregunta con suspicacia. No consigues memorizar todos los detalles de tu nueva identidad: lugares, personas, recuerdos…, porque nunca sucedieron. Es como ver una serie de televisión y tratar de recordar todo lo que le pasó a tal personaje y en qué capítulo.

«Si todo eso es malo para nosotros, los adultos, ¿qué decir de los niños? Nuestra hija no podía pasar tiempo con otras niñas. Siempre sentía la tentación de contarle la verdad a su mejor amiga. Y, como te da miedo cagarla, no puedes construir ninguna relación. Incluso dudas antes de firmar con tu nombre, porque no es tu nombre de verdad, pero ni siquiera eso es lo peor. —Hasta ahora, esta mujer había pintado un panorama bastante sombrío, así que Kim se preguntaba qué podría ser lo peor de todo.

«No puedes decirle a tu familia adónde vas. Tienes que cortar por completo. Por su bien. Te preocupas por ellos; y ellos, sin duda, se preocupan por ti. Todo esto lo has provocado por hacer lo correcto.

«Os lo habéis buscado», pensó Kim, sin poder evitarlo.

—Pero ¿tuvieron apoyo?, ¿ayuda para adaptarse y ajustarse? —preguntó Bryant.

—Sí, claro —dijo, y puso los ojos en blanco—. Teníamos un psicólogo que nos decía que hiciéramos ejercicios de respiración para aliviar el estrés. Allí, en el norte, nuestro oficial de protección estaba tan desorientado como nosotros. ¿Y la protección? Había salido volando con una brisa o una respiración profunda.

—¿Así que se fueron? —preguntó Kim.

La expresión de la mujer cambió con la vuelta al presente, a su actual pesadilla. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Dean sabía lo infelices que éramos Lexi y yo. Conocía los riesgos de volver, pero insistió. Sabía que quien estaba en peligro era él, y tenía razón.

Kim prefirió no aclarar nada. No tenía ninguna duda de que aquello no era obra de nadie de Hollytree. Y, cuando estaba a punto de preguntar si Dean había observado algo sospechoso durante los últimos días, sonó su teléfono.

Se excusó y salió al pasillo.

Antes de contestar, oyó que Bryant hacía exactamente las mismas preguntas que le habían estado rondando la cabeza.

—Penn —dijo.

—Jefa, es sobre la fuga de información. Puede que no sea nada, pero hay alguien a quien creemos que deberías visitar.

Capítulo 74

Eran casi las tres cuando Penn se detuvo frente a la última casa adosada de una pequeña urbanización de Blackheath, en Rowley Regis. No había ningún coche aparcado fuera, lo que, de inmediato, le sugirió que Jacob Powell no estaba en casa.

No obstante, aparcó el coche y fue a la puerta principal. Una campana de estilo antiguo sonó en el pasillo. Penn aguardó. No hubo respuesta. Volvió a llamar e intentó mirar por el buzón.

Más allá de la puerta principal, alcanzó a ver dos pares de zapatos y un grueso jersey de invierno. Se movió hacia la derecha, ahuecó los ojos e intentó ver a través del visillo, pero el denso encaje era como un muro impenetrable. Ese visillo podía retener tanto calor como el cristal.

Penn se quedó pensando. Entendía que la jefa quisiera hablar con Jacob Powell, pero no tenían motivos para sospechar que el hombre corriera peligro. Tampoco tenían nada que lo relacionara con algún delito. Invocar la fuerza bruta y derribar la puerta no era una opción. Ahora bien, si hubiera una manera de entrar sin causar ningún daño, eso sería diferente.

Se alejó para ver si había alguna ventana abierta, pero el lugar parecía cerrado y seguro.

—Jooo —dio un salto atrás y pegó un grito cuando un corpulento gato negro apareció en el alféizar interior de la ventana. Penn habría jurado que el felino lo miraba con recelo.

Intentó mirar otra vez a través del visillo, por el espacio que había dejado el gato, pero, cada vez que se acercaba, el animal reaccionaba a su proximidad, se movía y le tapaba la vista.

—Hola, gatito. —Tuvo una idea. Se inclinó de nuevo sobre el buzón, lo abrió y olfateó bien.

—Ajá, podría ser —se dijo. Por un lateral de la casa había una valla que le llegaba a la cintura. La saltó.

Sonrió al llegar a la puerta trasera.

«Tiene que valer la pena intentarlo», pensó mientras hacía cálculos mentales de la distancia entre la gatera y la mitad de la puerta, donde estaba la cerradura.

La mayoría de la gente dejaba la llave puesta en la puerta trasera. Se limitaban a abrir y cerrar.

Se echó al suelo y borró de su cabeza la imagen del gatito negro convirtiendo su mano en jirones en cuanto la viera pasar al otro lado.

Poco a poco, metió el brazo a través de la abertura y arrimó el cuerpo a la puerta tanto como pudo. Ya tenía el lado derecho de la cara pegado a la hoja de madera. Y, aunque no veía nada, fue palpando en dirección a la cerradura. Con la punta de los dedos percibió un ligero anillo de metal. Estaba a cinco centímetros o menos. Se impulsó aún más, con los pómulos bien pegados a la hoja de madera, y dio un empujón descomunal. Al final, consiguió sujetar la anilla de la llave entre el pulgar y el índice. Ya la tenía. Ahora sabía que no debía tratar de girarla, sino sacarla. Empezó a tirar, con el agarre tan horizontal como le era posible. Un fuerte dolor recorría ya su hombro estirado.

Jadeó de alivio cuando sintió que la llave se deslizaba fuera de la cerradura y se quedaba en su mano.

Replegó el brazo y se puso en pie. Antes de meter la llave en la cerradura, se sacudió los pantalones. Llamó a la puerta una vez más. Por lo que él sabía, Jacob Powell podría haberse ido de juerga durante veinticuatro horas y estar durmiendo como un tronco en el piso de arriba.

Pero, como seguía sin contestar, Penn giró la llave y entró.

El corazón le dio un vuelco en cuanto el gato negro se le cruzó por delante de los pies y salió de la casa a la carrera.

Penn pegó otro grito y su voz resonó por toda la casa. El policía que había en él olfateó el aire. No olía a cadáveres abandonados. Aunque Jacob tenía un gato, el sargento no percibía ningún olor.

Recorrió con la mirada la cocina y no encontró nada fuera de lo normal. Para un hombre que vivía solo, todo parecía estar en un orden razonable.

Quiso asegurarse y movió la tostadora a la derecha. Sí, Jacob vivía solo.

En casa, cuando limpiaba la cocina, cuidaba de pasar por todas las superficies. Recordaba con cariño que, si su madre entraba, movía la tostadora.

«Los hombres limpian lo que ven, las mujeres limpian lo que no ven», le decía siempre con una sonrisa.

Tanto él como Jasper la echaban mucho de menos; sin embargo, lo iban superando día a día. Y en ese momento se estaba acordando de que hacía semanas que no movía la tostadora.

Salió de la cocina y entró en un salón que daba a la calle.

A simple vista, parecía razonablemente limpio y ordenado, aunque un poco anticuado... Hasta que posó la mirada en la alfombra del centro de la habitación. Vio un martillo y, junto a este, un ordenador Apple Mac hecho añicos.

Capítulo 75

Amelia Dixon vivía en las afueras de Stratford-upon-Avon, la ciudad natal de William Shakespeare, en lo que parecía una casa adosada de tres o cuatro dormitorios con una pequeña entrada de grava. La propiedad, que rondaba las trescientas mil libras en el Black Country, se habría vendido sin dificultades por medio millón en Alcester Road.

Y, si bien Kim se sentía asombrada con el trabajo detectivesco de eliminación que habían hecho Penn y Stacey, se preguntó si ese trayecto de una hora desde el Black Country daría mejores resultados que el ordenador destrozado del que Penn acababa de hablarle.

Le había dado órdenes al sargento de que llamara a Mitch para que los expertos de Ridgepoint echaran un vistazo a los restos. No dudaba de la destreza de Stacey para sacar la información del portátil, siempre que estuviera entero. Intentar reconstruirlo era un asunto muy distinto.

Bryant aparcó el coche.

—¿Sabes que esa mujer podría haberse marchado por muchísimas razones? —preguntó. Con eso se hacía eco de los recelos de la propia Kim; pero allí tenían una pista de algún tipo y había que explorarla.

Ella llamó a la puerta y preparó su identificación. Amelia Dixon no esperaba una visita de la policía a última hora de la tarde.

Les abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años. Su pelo a lo bob, rizado y de color rojizo, enmarcaba su cara y terminaba a la altura de su mandíbula. Por la raya lateral surgían unos grises reveladores.

—¿Señora Dixon?

Ella asintió.

Kim le mostró su identificación.

—¿Podemos entrar un momento?

No se movió.

—¿De qué va esto?

—Tiene que ver con su anterior empleo, señora Dixon —dijo Kim. Esperaba que eso fuera suficiente para que los dejara pasar.

Y bastó, aunque la mujer abrió la puerta con reticencia.

Lo primero que Kim notó fue el abrumador olor a perro. Estaba acostumbrada a este olor, aunque con menor fuerza. Era todo un reto mantener su casa libre de hedores, y las cosas empeoraban tras un paseo bajo la lluvia; sin embargo, el olor aquí era mucho más fuerte.

La mujer se hizo a un lado y les abrió paso a un pasillo que, aunque espacioso, estaba un poco sucio. La pintura se veía desconchada y el empapelado empezaba a despegarse en las esquinas. Todo el espacio desprendía un olor característico que Kim conocía bien.

Y la explicación del tufo llegó a ellos dando saltos.

—Lo siento, esta es Lucky, la mayor —dijo la señora Dixon como si hablara de una niña.

Kim acarició la cabeza de la labradora color crema.

La mujer abrió una puerta que daba a un pequeño salón. Otros cinco perros, de distintos tamaños y formas. se abalanzaron hacia la entrada.

—Cocina —dijo. Se hizo a un lado y los encerró—. Mis rescates —explicó.

Kim no pudo evitar sentir una ligera simpatía hacia esa mujer. Apreciaba a cualquiera que fuera capaz de encontrar en su corazón

un hogar para un perro rescatado, por no hablar de seis.

—¿Podemos? —preguntó Kim, y señaló el sofá.

—Adelante, si no le importan los pelos de perro en la ropa. Ese es el lugar de Bertie… y lo está mudando.

Kim se sentó. Si la ropa se manchara solo de pelos de perro, la vida no sería tan mala.

Bryant señaló la repisa sobre la chimenea.

—Bonita foto —dijo.

Kim observó un cuadro enmarcado que estaba en un extremo de la chimenea. En el centro había una vela.

—Sí, es Lucky, a la que acaban de conocer en la puerta. Mi marido solía sacarla a pasear por el río todos los días.

—Siento mucho…

—Ah, no. No lo sienta. No está muerto. Hace dos años tuvo una crisis de mediana edad y decidió renovar su vida entera. Veintitrés años, y como si los hubiera perdido; pero eso ya es historia, así que…

—Estamos aquí por su antiguo empleo en Matrix Enterprises.

—Lo siento, pero no puedo hablar de eso.

—Sabemos de qué se trata, señora Dixon. Sabemos que la empresa es una institución que financia el programa de protección de testigos.

—De acuerdo —dijo con cautela, aunque sin acceder del todo.

—¿Dejó el trabajo hace poco?

—¿Es un delito, agente? —preguntó con una sonrisa, aunque la tensión ya se reflejaba en su rostro.

—En absoluto, señora Dixon, pero sentimos curiosidad, porque se

relaciona con un caso que estamos investigando. Me refiero al momento.

—De verdad, no sé cómo podría ayudarlos, oficial. He tratado con dinero, he pagado facturas, he domiciliado pagos. Yo no tenía los datos de las personas. Nunca vi nombres.

Esa era una buena explicación de por qué no había relacionado las noticias de los asesinatos con su propio papel en Matrix Enterprises.

—¿Y por qué se fue? —insistió Kim. Entendía que esa mujer no hubiera tenido acceso a una información tan vital como los nombres y los motivos, pero seguía sin gustarle la coincidencia entre el momento en que Amelia Dixon dejó su trabajo y el día en que empezaron los homicidios. Estaría encantada de escuchar una explicación decente que justificara que hubiera dejado un trabajo en el que llevaba más de diez años.

—Necesitaba un tiempo de descanso. Había pasado por muchas cosas con mi ruptura matrimonial y era hora de cambiar. —Para Kim, esa era una de las excusas más endebles que había oído nunca. Habría preferido una creíble—. Ahora, si no les importa, Poppy necesita un baño —dijo, y se puso de pie.

Kim hizo lo mismo. Ya no tenía motivos para presionarla. No tenía pruebas que relacionaran a esa mujer con ninguna parte de su investigación, pero sentía algo en las entrañas que la había vuelto muy suspicaz. Con su expresión abierta, Bryant le dijo que no estaba de acuerdo y que podían marcharse.

Kim se encaminó a la salida y volvió a mirar las paredes desconchadas.

Se giró antes de que la palma de su mano tocara el pomo de la puerta.

—Lo siento, señora Dixon, pero, con toda franqueza, no la creo.

Amelia Dixon agachó la cabeza y rompió a llorar.

Capítulo 76

Kim volvió a sentarse y esperó a que la mujer se recompusiera.

Todo parecía indicar que Amelia no había reaccionado bien a la ruptura de su matrimonio. Se había rodeado de perros, probablemente en busca de compañía. Había permitido que se deterioraran cosas que, con toda seguridad, arreglaba su marido. De la repisa de la chimenea había retirado una foto de ellos dos, tal vez para no reemplazarla jamás.

Sospechaba que Amelia había disfrutado de su matrimonio y ansiaba recuperar su antigua vida. Insegura, recién soltera, herida, dolida, confundida y, sobre todo, sola. Esa era una de las emociones más fáciles de explotar.

—La cosa empezó con un correo electrónico. Fue un mensaje educado, discreto y humorístico en el que me preguntaban si yo era la Amelia Dixon del instituto Littletown, en Staffordshire, una persona a quien alguien intentaba localizar. —Kim consiguió ahogar un gemido cuando la mujer se golpeó un poco la cabeza.

«Sé que eso está al nivel del «Envíame tus datos bancarios, porque tengo una gran inversión esperándote en Nigeria, Kenia o Libia», pero es que había algo de auténtico. —Inspiró hondo—. Le contesté. Le dije que Dixon era mi apellido de casada y que yo no era la chica a quien él estaba buscaba. En su respuesta, me dijo que era una pena, ya que Amelia Dixon había sido su novia en el instituto y que, después de que él hubiera perdido a su mujer por el cáncer, esperaba volver a ponerse en contacto con ella. —A Kim le costaba cada vez más aguantarse los quejidos.

—De todos modos, nos enfrascamos en una conversación ligera. Hablábamos de nuestras parejas y nos compadecíamos mutuamente. Nos mandábamos correos varias veces a la semana. Era cómodo. Él no me pedía nada y yo disfrutaba del contacto. Sentí que me entendía de verdad.

—¿Entonces? —preguntó Kim.

—Una noche me di cuenta de que le había enviado un mensaje hacía varios días y no me había contestado. Me preocupé y le envié un mensaje rápido para saber qué había ocurrido. Respondió de inmediato. Me dijo que estaba a punto de preguntarme cómo me encontraba, ya que yo no había respondido a sus mensajes. Busqué en la bandeja, pero yo no había recibido nada.

«Me explicó que él había tenido el mismo problema con AOL y que había decidido instalar un programa en su propio ordenador. Con ese programa se aseguraba de que no se perdería ningún correo electrónico. Ya me había dicho que trabajaba en informática.
—»Por supuesto», pensó Kim. Aquello se llamaba «acondicionamiento».

«Me dijo que, para no molestarme, él podía instalármelo a distancia durante la noche, siempre y cuando le diera mi dirección IP y mi contraseña.

Se estremeció al decir esas palabras.

—¿Así que, durante una noche entera, tuvo acceso a su ordenador y su contenido?

Amelia asintió, avergonzada de su propia ingenuidad.

—Me desperté con la pantalla azul de la muerte. Ya no podía acceder a mis correos electrónicos, así que lo intenté desde mi teléfono. Pero ahí tampoco conseguí acceder a mi cuenta. La habían cerrado.

Maldita sea, no había forma de rastrear al remitente. Solo cabía esperar que Penn tuviera más suerte. De todos modos, Kim se daba cuenta de que aquel no era su mayor problema.

—¿Y no le dijo a nadie lo que había pasado?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Supuse que el tipo buscaba datos bancarios y contraseñas, así que cancelé todo, aunque nadie había tocado nada.

—¿Y después dejó su trabajo?

—Sí, lo único que quería era huir de esa situación.

Y, ahora, el verdadero problema.

—¿Qué información confidencial habría podido extraer de su portátil?

—Nada con lo que identificar a ningún testigo en particular.

—Debía haber algo, o no se habría esforzado tanto —razonó Kim.

Amelia empezó a retorcerse las manos mientras Kim se devanaba los sesos e intentaba recordar lo que le habían dicho.

—¿Así que usted se encargaba de pagar las facturas? —Ella asintió—. ¿Las listas de los pagos estaban desglosadas en alguna hoja de cálculo?

—Sí, pero no había nombres de testigos ni...

A Kim se le ocurrió una idea terrible.

—Pero usted pagaba los alquileres, ¿no? —preguntó. El movimiento de cabeza comenzó lentamente—. Joder —dijo Kim en voz alta.

El asesino sabía dónde vivía cada persona del programa de protección de testigos.

Capítulo 77

Penn colgó el teléfono un minuto después de que Stacey hubiera terminado su llamada.

—Esto no tiene buena pinta —dijo.

Se había enterado de que Mitch había ido a la casa de Jacob a recoger el ordenador para llevarlo a Ridgepoint House y de que volvería enseguida a Wren's Nest para hacer un último barrido de la escena del crimen de Dean Mullins.

—Según me han dicho, el mejor informático del equipo se partió de risa cuando Mitch vació las tripas del portátil encima de su mesa, así que no creo que vayamos a sacar mucho de ahí.

—¿Y los vecinos tienen algo que decir? —preguntó Stacey. Penn había llamado a varias puertas mientras esperaba la llegada de Mitch. Y, por lo visto, también se había tomado algo de tiempo para alimentar al gato.

—El tipo era reservado, lo cual es habitual en esta investigación. No era desagradable, pero tampoco entablaba largas charlas. ¿Tienes algo?

Stacey negó con la cabeza.

—Nada todavía. La señora Lennox no está dispuesta a decir ni una cosa más hasta que se la saquemos con una orden judicial.

—Pero fue ella quien le dio a Bryant la dirección de Jacob —recordó Penn.

—Bueno, tal vez deberíamos enviar a Bryant a buscar el expediente completo de Jacob, porque no está dispuesta a dármelo.

Penn apoyó la espalda y se la quedó mirando.

—¿Sabes, Stace?, cuando llegues a sargento, lo que sin duda ocurrirá, tendrás que aprender otras formas de hablar con la gente.

—Continúa, por favor —dijo ella, y se cruzó de brazos.

—No te estoy criticando ni quiero parecer paternalista, pero te he escuchado hablar con Lynes. Has sido cortés y has obtenido lo que deseabas. A Anna Lennox le hablaste igual, en el mismo tono. Solo tienes que ser un poco más firme con algunas personas, es todo; y, como veo que no te estás tomando a bien mi consejo amistoso, aprovecharé la oportunidad para meterme en mis propios asuntos.

Stacey se rio entre dientes. Ni una sola vez había podido seguir enfadada con Penn. El sargento se conocía a sí mismo demasiado bien.

Stacey abrió los brazos.

—¿En serio crees que no he sido lo bastante firme? —preguntó.

—Lo que quiero decir es que, a tal pista, tal caballo. Algunas personas necesitan que las presionen un poco más, pero no pasa nada si no puedes...

—¿En serio? —preguntó ella, y cogió el teléfono. Le acababan de arrojar el guante.

Mientras a su compañera le cogían la llamada, Penn fue a la cafetera.

—Con la señora Lennox otra vez, por favor. Soy la ayudante de detective Wood, del Departamento de Investigaciones Criminales de Halesowen.

Stacey daba golpecitos sobre el escritorio con los dedos.

—¿Oficial? —la saludó Anna Lennox, intrigada y, por supuesto, sorprendida de estar hablando con ella tan pronto.

—Señora Lennox, después de haber hablado con usted, he reflexionado. Solo quiero asegurarme de que es consciente de lo grave de esta situación.

—Ya me ha dicho que ha muerto gente. Comprendo del todo la gravedad de la situación.

—Y, en vista de que la entiende, ¿no quiere recapacitar y darnos acceso completo a los archivos de su personal?

—Agente, estoy segura de que hace unos momentos le he hablado con claridad. A su compañero le he dado la dirección de Jacob para que fuera a asegurarse de que el profesor estaba bien. Tan pronto como yo haya comprobado...

—¿Y entiende, también, que estamos tratando de evitar más muertes y que su cooperación sería...?

—Por favor, no intente cargarme con esa responsabilidad. Tengo protocolos que seguir. Debo buscar orientación antes de abrir los archivos de mi personal sin pruebas de que se haya cometido ninguna falta.

Stacey sintió una frustración creciente. Entre otras cosas, porque esa no era una postura que la hiciera sentirse cómoda. Pero Penn tenía razón. Algún día tendría que aprender a ser dura. Puso acero en sus palabras:

—Señora Lennox, debo insistirle en que nos permita acceder al expediente de Jacob Powell de inmediato.

La mujer guardó silencio unos segundos. Stacey esperó, contendiendo la respiración. ¿Habría funcionado la estrategia?

—La respuesta es no, agente. Y, si vuelve a intentar intimidarme, presentaré una queja formal contra usted.

La llamada terminó con un estruendoso silencio en su oído.

Esa había sido su primera prueba simple como sargento.

Y le había salido de maravilla.

Capítulo 78

A Frost no la entusiasmaba la idea de volver a casa.

Recogió el coche de alquiler y se dirigió al Tesco, en Cradley Heath, para comprar algunas cosas y tomar algo en la cafetería. No le gustaba trabajar en casa, aunque adoraba su lugarcito en Quarry Bank. Era un pequeño santuario después de días enteros entre la gente y su bullicio. Sin el caos cotidiano, aquel era el espacio tranquilo donde quería estar.

A primera hora de la tarde, se había quitado el collarín que le habían puesto en el hospital. Poco después, un largo baño la había ayudado a aliviar el dolor de huesos. El resto del día lo había pasado leyendo los informes de medicina forense que habían sido presentados como pruebas en el primer juicio de Nick Morley y, al terminar, había empezado a reconstruir la investigación. A decir verdad, tras el retraso inicial en encontrar los restos de Trisha Morley, los agentes no habían dado un solo paso en falso. Había un cúbito y un radio en buen estado. Los dientes, dos molares y un incisivo central muy pronto fueron identificados como pertenecientes a Trisha. Ese mismo día habían arrestado a Nick Morley.

Frost lamentaba que no hubiera habido más Trisha Morley que enterrar.

Ya había enviado el artículo a Fitz y este le había hecho apenas un par de pequeños cambios antes de autorizarlo. Después de eso, había ido a recoger el coche de alquiler.

Apuró lo que quedaba de café mientras el camarero salía de detrás del mostrador a recoger las tazas usadas.

Sacó el móvil y pinchó en el artículo que acababa de publicarse. Se sintió tan sorprendida como alegre al ver más de trescientos comentarios. Los ojeó sin conseguir evitar que una sonrisa adornara su boca. Dejando de lado los comentarios de los troles, se alegró de

ver que la opinión pública empezaba a cambiar de tendencia dentro del alcance de sus artículos. El lunes, el primero de ellos había recibido muchos menos comentarios, divididos al cincuenta por ciento entre quienes opinaban que Nick Morley había matado a su esposa y quienes creían que algún extraño, por puro azar, había entrado en la propiedad y cometido el crimen.

Ahora, en cambio, un buen noventa por ciento iban en contra del abogado. Así que, con un artículo pendiente para el día siguiente, Frost estaba satisfecha con los resultados. Había conseguido, al menos, que el nombre de Trisha se mencionara por ahí. Ahora, la opinión pública recordaba que una mujer había perdido la vida. Había conseguido arrebatar el papel protagonista al santo Nick y a sus compinches.

Pero no podía decir que todo aquello la hubiera dejado indemne. Sabía que era una molesta mosca en el bálsamo de esas personas, una sombra que se proyectaba sobre el halo que hacían brillar alrededor de la cabeza de Morley. Era consciente de que había despertado al oso y de que, la noche anterior, en el semáforo, el oso había tomado represalias. Pero también estaba segura de que no la intimidarían, de que no la obligarían a recular.

—Vale, ya basta —susurró para sí misma, y cogió su bolso. La cafetería del supermercado se había vaciado por completo. El personal ya estaba fregando el suelo. Era hora de volver a casa.

Tenía que admitir que ese corto viaje la había agotado. Supuso que su cuerpo aún estaba reaccionando al latigazo cervical, pero tenía la mente bien conectada. Le bastaba con ver esos comentarios. Era una gota en el océano, tal vez, pero no dejaba de ser una gota.

Pagó enseguida su exigua cesta de la compra y fue al coche.

Había olvidado, por un momento, que no buscaba su querido Audi, sino un Toyota Corolla.

Puso la cesta en la parte trasera del coche. Ya había desechado cualquier idea de tomar un té tardío. Quería llegar a casa y empezar a escribir el artículo del día siguiente, el que cubriría el juicio. También estaba decidida a responder, apenas cruzara la puerta, al

último mensaje de texto de Fitz, en el que su jefe se interesaba por su salud.

Del Tesco a su casa, el trayecto era de apenas un kilómetro y medio. Lo bastante largo. El Toyota le parecía algo adecuado a sus necesidades, comparado con su propio coche. Por cierto, ya sabía que el Audi estaría fuera de circulación dos semanas, al menos.

—Cabrones —susurró mientras aparcaba. Seguramente estaba tan cabreada por no tener su propio coche como por haber resultado herida.

«Prioridades», se dijo. Deslizó la llave en la cerradura.

La puerta se abrió incluso antes de que girara la llave.

Empujó apenas el panel de cristal. El corazón se le encogió en el pecho.

Abierta del todo, la puerta dejó al descubierto su sala de estar.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —dijo en apenas un susurro.

Capítulo 79

Barney se arrastró por el suelo hasta Kim, que estaba sentada sobre la sábana del garaje.

—No, no te voy a dar más —le dijo ella. El maldito perro era consciente de que su ama solo le había dado una zanahoria pequeña después del paseo por el jardín trasero. Todo el que quisiera tener un perro capaz de entender el control de las porciones podía confiar en ella.

Le agitó el pelo de la cabeza.

—Tal vez más tarde.

Barney batió el suelo con la cola antes de apoyar el morro en las patas delanteras y cerrar los ojos.

—Vaya día más duro, ¿eh, amigo? —preguntó Kim, aunque ella pensaba en el suyo propio.

La mayor parte del viaje de vuelta desde Stratford-upon-Avon lo había hecho pegada al teléfono. Primero, hablando con Woody para explicarle lo que habían averiguado de Amelia. Luego, a los diez minutos de haber colgado, había recibido una llamada del superintendente Wexford, quien quería confirmar lo que Woody acababa de decirle.

Kim se había preguntado qué medidas debían tomarse contra Amelia, pero ni siquiera sabía si la mujer de verdad había cometido un delito. No había cogido información confidencial, a sabiendas, para entregársela a nadie. La habían engañado. Con calma y con astucia.

Suponía que, en ese momento, Amelia no era la prioridad de UKPPS. La atención y los recursos del servicio estaban ahora centrados en hacer frente al hecho de que las direcciones de todos los miembros del programa de protección de testigos estaban en

manos de un loco asesino. No tan loco, se corrigió a sí misma. Era metódico, inteligente, creativo y estratégico. No había una pizca de locura en él.

—¿Qué querrá? —preguntó en voz alta.

Barney abrió los ojos, pero, como en esa frase no había habido ninguna palabra interesante para él, volvió a cerrarlos.

Hasta ahora, no tenían nada que relacionara a Jacob Powell con los asesinatos, salvo su extraño comportamiento y el ordenador portátil estropeado que Penn había encontrado en su domicilio. Esperaba que los técnicos pudieran sacar algo de esa carcasa y así relacionar al hombre con Amelia Dixon. Era una posibilidad remota, lo sabía.

Decidió que era hora de tomar un café. Se levantó y les dio un poco de vida a las nalgas, que se le habían entumecido.

—¿Es coña? —preguntó cuando su teléfono empezó a sonar. Era como si el aparato hubiera estado al acecho, esperando a que se levantara.

Apagó el iPod antes de coger el móvil. En la pantalla brillaba un número bien conocido.

—Stone —respondió.

—Soy Jack, de la recepción. —La segunda parte estaba de más. Llevaban años trabajando juntos. Lo que ella no sabía era el motivo de la llamada. Los telefonazos fuera de horario solían llegar de la sala de control—. Estoy acabando el turno, señora, y he visto que había puesto una alerta en la propiedad de Tracy Frost, que vive en…

—Sí, Jack, sé dónde vive.

—Recibí una llamada hace una hora. Le han saqueado la casa. De inmediato ha acudido un grupo de agentes, pero, cuando vi su nombre en la alerta, pensé que querría saberlo.

—¿Hay lesionados?

—No nos han reportado ninguno.

—Vale, Jack, gracias por avisarme —dijo ella, y colgó.

El día de antes habían chocado el coche de la reportera por detrás. Hoy habían entrado a robar en su casa... Por lo visto, los compinches de Nick Morley estaban intentando asustar a Frost como era debido.

Sintió aquella voz lejana, la que la incitaba a ayudar a Frost de alguna manera. Pero tenía que resistirse. Sabía que no había resultado herida y que los agentes actuaban siguiendo los protocolos.

Vació su taza de café viejo y volvió a llenarla. Barney se acercó y se puso delante de ella.

—¿Qué?

El perro se sentó y se quedó mirándola.

—¿Qué quieres que haga? No la soporto. —Kim avanzó un poco—. Está en buenas manos, los chicos la cuidarán bien.

Barney ladeó la cabeza.

—Escucha, colega, no puedo meter las narices en los problemas de todo el mundo. Ella se ha metido en esto por iniciativa propia.

«Pero tú empezaste. Tú fuiste quien la llevó a ver a Penny Colgan, en primer lugar», dijo una vocecita dentro de su cabeza.

¿Y qué?

—No hay nada que yo pueda hacer —dijo Kim, y desvió la vista de la mirada acusadora de su perro.

Contó hasta diez y se volvió. Él no se había movido ni un centímetro.

—Maldita sea, Barney. Qué duro eres para negociar.

Soltó un largo suspiro. Sabía cuándo tenía que darse por vencida.

—Vale, venga. Vamos a dar un paseo corto.

Capítulo 80

—¿Contento? —preguntó Kim. Acababan de aparcar a pocos metros de la casa de Frost.

Eran casi las diez, y llegar a casa de la reportera había sido cuestión de minutos. La encontró apoyada en un coche patrulla, con una chaqueta colgada de los hombros.

Tracy la miró inquisitivamente.

—Maldita sea, Stone. ¿Qué haces aquí? No estoy muerta.

—Solo pasaba. He visto jaleo y me he preguntado a quién habrías cabreado hoy.

—A los mismos de ayer, por lo que parece —dijo Frost, que luchaba por controlar los escalofríos que recorrían su cuerpo.

Kim fue a la entrada de la casa.

—¿Puedo? —preguntó.

—Sí, adelante. Hay un par de policías ahí, pero los forenses no se irán hasta mañana.

Antes de entrar, Kim echó un vistazo al interior. Sus ojos buscaban un camino con el que no provocase alteraciones.

Entró de puntillas y echó un vistazo rápido. El lugar había sido asolado. El contenido de los cajones estaba en el suelo. Habían destrozado cuanto habían podido.

«Devastada, pero no han robado», pensó. El televisor de cincuenta pulgadas yacía boca abajo en un montón de sus propios cristales. Los cojines del sofá, acuchillados, estaban esparcidos por la habitación.

Kim no necesitaba adentrarse más.

Se volvió hacia Frost.

—¿Y el resto de la casa?

—Lo mismo.

—¿Te han robado algo?

Frost negó con la cabeza.

—No, que yo haya visto.

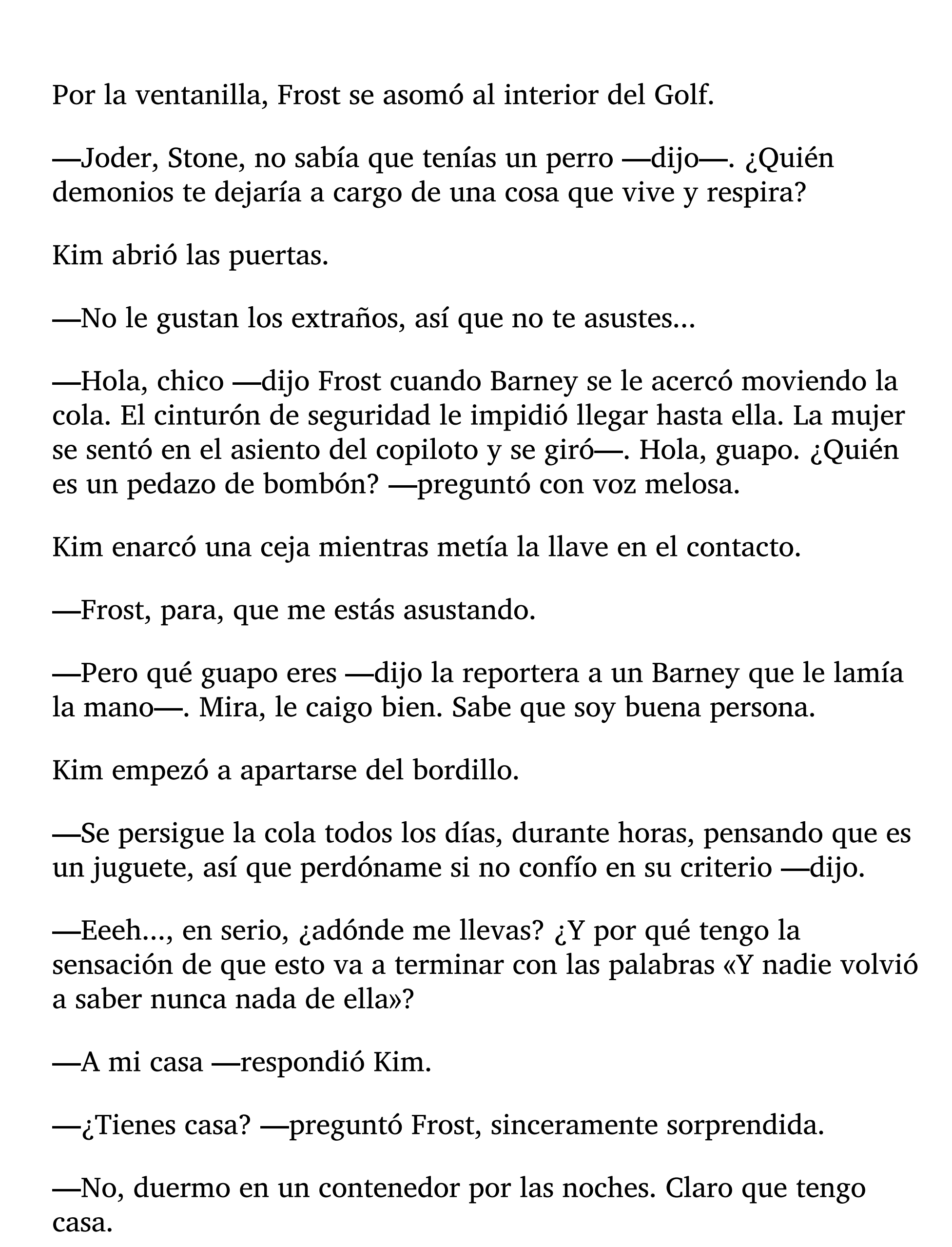
Sí, eso era lo que Kim se temía. Aquello no tenía nada que ver con las posesiones personales. Al contrario de lo que todo el mundo creía, los ladrones apenas dejaban desorden. Entraban, cogían lo que querían y salían lo antes posible. Como agente de policía, había acudido a robos en los que la víctima ni siquiera se había dado cuenta de que le faltaban cosas hasta horas después.

No había duda de que ese había sido un ataque de odio, uno destinado a inducir miedo. Y, cuando los oficiales terminaran allí, ¿qué se suponía que debía hacer Frost? ¿Sentarse entre los escombros de su casa, como si nada hubiera pasado?

Kim miró en dirección al coche, donde Barney esperaba su regreso. ¿Cómo explicarle al perro que había dejado a Frost temblando en la acera?

Antes de ser consciente de lo que estaba hacía, las palabras ya habían salido de su boca.

—Ve a hacer la maleta ahora mismo, Frost, porque te vienes conmigo.



Capítulo 81

Por la ventanilla, Frost se asomó al interior del Golf.

—Joder, Stone, no sabía que tenías un perro —dijo—. ¿Quién demonios te dejaría a cargo de una cosa que vive y respira?

Kim abrió las puertas.

—No le gustan los extraños, así que no te asustes...

—Hola, chico —dijo Frost cuando Barney se le acercó moviendo la cola. El cinturón de seguridad le impidió llegar hasta ella. La mujer se sentó en el asiento del copiloto y se giró—. Hola, guapo. ¿Quién es un pedazo de bombón? —preguntó con voz melosa.

Kim enarcó una ceja mientras metía la llave en el contacto.

—Frost, para, que me estás asustando.

—Pero qué guapo eres —dijo la reportera a un Barney que le lamía la mano—. Mira, le caigo bien. Sabe que soy buena persona.

Kim empezó a apartarse del bordillo.

—Se persigue la cola todos los días, durante horas, pensando que es un juguete, así que perdóname si no confío en su criterio —dijo.

—Eeeh..., en serio, ¿adónde me llevas? ¿Y por qué tengo la sensación de que esto va a terminar con las palabras «Y nadie volvió a saber nunca nada de ella»?

—A mi casa —respondió Kim.

—¿Tienes casa? —preguntó Frost, sinceramente sorprendida.

—No, duermo en un contenedor por las noches. Claro que tengo casa.

—Perdona. Pensaba que en tu oficina tenías alguna especie de zona de descanso.

—Supongo que tienes un poco menos de miedo, porque, al parecer, has vuelto a encontrarte con tu boca.

—Eeeh, venga, que esto es un poco surrealista, ¿no? Traigo conmigo una bolsa de viaje y voy camino de tu casa. Y eso que nos caemos muy mal.

—Qué triste, ¿no?

—¿Y por qué? —preguntó Frost.

Kim tampoco lo sabía. Pero, al ver a esta mujer apoyada en aquel coche, envuelta en una chaqueta que no la ayudaba a calmar los escalofríos ni a devolverle el color de la cara, no le había sentado nada bien la idea de que tuviera que entrar en su casa otra vez o que tuviera que ir a buscar un lugar dónde quedarse, mientras su mente se pudría por lo que le había ocurrido.

—Alguien tiene que hacer algo para que dejes de meterte en líos —respondió.

—Sigues siendo rara —dijo Frost.

—Y tú, una zorra. Y me parece muy poco probable que eso cambie solo porque pases la noche en mi habitación de invitados —dijo Kim.

Frost soltó una carcajada.

—Joder, Jesús, esto era lo que necesitaba. Qué bien me sabe que tu acto de amabilidad no vaya a cambiar nada entre nosotras.

—No lo hará —le aseguró Kim. Enfiló la cochera.

—Mmm, es bonita, pero no es lo que esperaba. Quiero decir, no es más que una casa.

—¿Comparada con qué?

Kim se inclinó a desabrochar el cinturón de seguridad de Barney mientras Frost se encogía de hombros.

Abrió la puerta principal.

—Vale, la habitación de invitados está subiendo las escaleras. Segunda puerta a la izquierda.

Al ver a Tracy entrar en su casa, Kim se preguntó si habría cometido un grave error. Por lo general, no tenía más visitantes que Bryant, a quien solía echar cuando se quedaba más de una hora.

Le dio una zanahoria a Barney.

—¿Ya estás contento? —El perro se la llevó a su alfombra de masticar, en medio del salón. Kim tomó la señal como un sí.

Vació la cafetera y preparó una nueva. Sería una sola noche. Podía soportar una visita de una sola noche. Su casa era bastante grande. Y también la consolaba pensar que estaba haciendo lo correcto. Y ahora comprendía su propio razonamiento. Frost intentaba hacer lo que debía.

La reportera rodeó a Barney, que lamía los últimos trozos de su zanahoria.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —preguntó.

Kim observó que la cojera de Frost era más pronunciada ahora, que no llevaba los tacones altos. Con los pies enfundados en gruesos calcetines de lana, era unos cinco centímetros más baja que Kim.

—Diez años, más o menos.

Frost miró a su alrededor.

—¿Es coña? —preguntó.

Detrás de la barra del desayuno, Kim siguió la mirada de su visitante. Tenía un sofá decente que Barney apreciaba más que ella. En el rincón más alejado había un televisor cuyo mando había perdido. También había un par de cojines dispersos y una mesita

baja. No le gustaban mucho las cosas materiales. Lo que de verdad apreciaba —la única foto que tenía de ella y Mikey— estaba a buen recaudo en su mesilla de noche.

—Esto es llevar al extremo los consejos de Marie Kondo.

—¿De quién?

Frost se sentó en uno de los taburetes de la barra.

—Una experta en poner orden —dijo.

—Ah —dijo Kim, y levantó una taza a modo de pregunta.

—Blanco, con un azucarillo, por favor. —Frost sonrió con pesar—. Qué extraño que, hace unos apenas días, te dijese que algún día estaría bien tomar un café y charlar. Todavía no estoy segura de qué te ha motivado a...

—Frost —dijo Kim, y se volvió hacia ella—, ¿no es cierto que tuviste una carpeta con la historia de toda mi infancia en el maletero de tu coche y que decidiste devolvérmela sin haberla leído? —Frost asintió antes de tomar un sorbo del café que Kim acababa de tenderle—. Pues bien, dejémoslo así, ¿vale?

Kim cogió su café y abrió la puerta del garaje.

—Oooh, ¿qué hay ahí? —preguntó la reportera. Con su propia bebida en el hueco de las manos, fue tras la detective.

Esta se hizo a un lado.

—Ah —exclamó. No veía más que piezas de moto esparcidas en la sábana grande. A Kim no le importó el gesto de decepción. Pocas personas veían en las piezas de motocicleta lo que ella sí conseguía ver—. Es chatarra.

Pero eso ya era pasarse de la raya.

—Frost, cierra la boca y vuelve al...

La reportera no le hizo caso y empezó a dar vueltas alrededor de la

sábana.

—O sea, ¿qué es todo esto?

—Aquí empieza la restauración de una Vincent Black Shadow.

—¿Y eso es lo que haces para relajarte?, ¿restaurar motos viejas?

—Sí —dijo Kim, y se sentó en el suelo. Mientras esta mujer no se largara, no tenía sentido encender el iPod.

—¿Para qué?

Kim pensó en todas las razones. La primera, en que este proceso la retrotraía a los tres años más felices de su vida, cuando pasaba horas con su padre adoptivo, Keith, mientras Erica cocinaba en la habitación de al lado, escuchando su colección de música clásica. Y, la segunda, en que la subasta del producto terminado serviría para pagar, de forma anónima, el equipo de comunicación de una adolescente con distrofia muscular.

Pero no pensaba compartirle ninguna de esas razones.

—Me ayuda a pensar —respondió. Kim quiso desviar la conversación de sí misma—. Así que ¿ahora sí vas a dejar en paz al oso cabreado o qué? —preguntó. Si los compinches de Morley eran los culpables del saqueo de su casa, esta ya era la segunda advertencia.

Frost se apoyó en la encimera.

—¡Estoy hasta los cojones! —exclamó—. ¿Qué sentido tiene empezar una pelea de bolas de nieve si ni siquiera ha nevado?

Kim enarcó una ceja ante la analogía.

—El artículo de mañana habla acerca del juicio y... para lo que va a servir...

—He leído tus artículos —admitió Kim—. No están mal; y, desde luego, has puesto el nombre de Trisha Morley en boca de más gente.

—No es suficiente —dijo Frost, que seguía paseándose por la habitación.

—¿Qué esperas?

—Que lo condenen. Quiero que pague por lo que ha hecho.

—Cuidado, Frost, que estás hablando como una investigadora —la advirtió Kim—. Es lo que todos queremos. La idea de que ese hijo de puta salga libre enferma a todos los agentes que han estado en contacto con él o con el caso. Fuera del cuerpo, tú has hecho más que nadie. Le has dado una identidad a la víctima —dijo Kim—. Y has pagado el precio tú misma.

Frost se encogió de hombros.

—Pero aún sé que, a pesar de lo que he escrito, ese cabrón se va a salir con la suya.

—No puedes estar segura de...

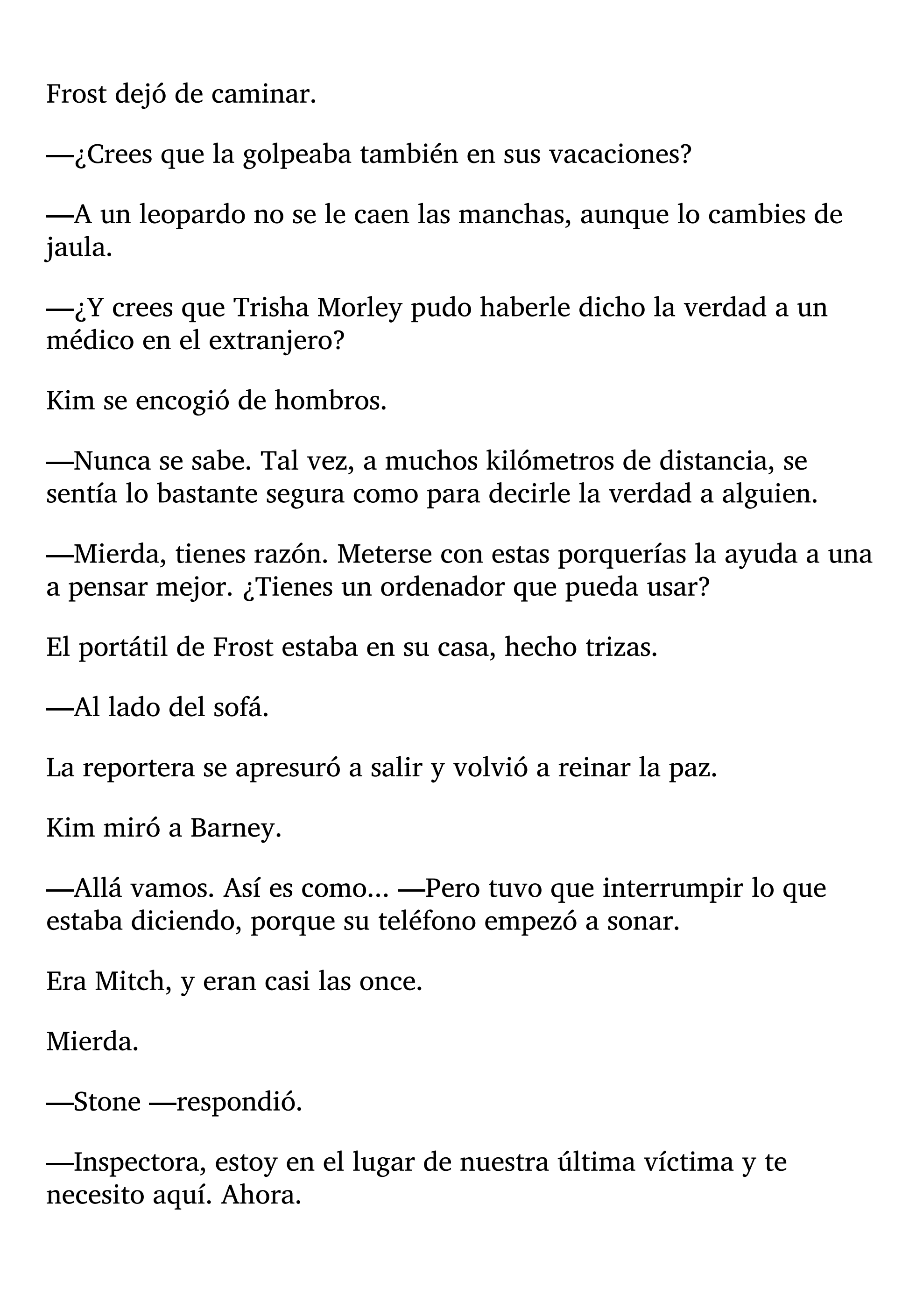
—Bah, venga, Stone, no seas condescendiente conmigo. Lo frustrante de este asunto es que el jurado se moría de ganas de condenarlo desde la primera vez, pero la defensa puso todo el énfasis en que Trisha nunca había denunciado a nadie por sus lesiones ni había pedido ayuda. Ninguna persona en su sano juicio, después de ver esa lista de lesiones, se habría convencido de que esa chica era así de propensa a los accidentes.

«Si Trisha le hubiera dicho a alguien, una sola vez, en algún lugar, que Nick la había golpeado, creo que el jurado se habría sentido tranquilo con un veredicto de culpabilidad. En cambio, los cegó la imagen de Trisha en una casa grande y bonita, comprando ropa cara y joyas, yéndose de vacaciones elegantes y...

—Mmm... —interrumpió Kim.

—Vas a tener que traducir ese «Mmm...», Stone, no te conozco lo suficiente.

—No soy la más experimentada en esto, pero ¿la gente no actúa igual cuando está por ahí?



Frost dejó de caminar.

—¿Crees que la golpeaba también en sus vacaciones?

—A un leopardo no se le caen las manchas, aunque lo cambies de jaula.

—¿Y crees que Trisha Morley pudo haberle dicho la verdad a un médico en el extranjero?

Kim se encogió de hombros.

—Nunca se sabe. Tal vez, a muchos kilómetros de distancia, se sentía lo bastante segura como para decirle la verdad a alguien.

—Mierda, tienes razón. Meterse con estas porquerías la ayuda a una a pensar mejor. ¿Tienes un ordenador que pueda usar?

El portátil de Frost estaba en su casa, hecho trizas.

—Al lado del sofá.

La reportera se apresuró a salir y volvió a reinar la paz.

Kim miró a Barney.

—Allá vamos. Así es como... —Pero tuvo que interrumpir lo que estaba diciendo, porque su teléfono empezó a sonar.

Era Mitch, y eran casi las once.

Mierda.

—Stone —respondió.

—Inspectora, estoy en el lugar de nuestra última víctima y te necesito aquí. Ahora.

Capítulo 82

Kim se detuvo en el cordón de Wren’s Nest y se encontró con una gran actividad. Incluso la furgoneta de Keats había regresado. ¿Qué diablos estaba pasando allí? Según las últimas noticias de Penn, Mitch ya iba de camino para hacer una inspección final y cerrar el lugar.

Mientras recorría un sendero iluminado por agentes con linternas, pensó en su perro, al que había dejado en manos de Frost. La reportera tenía instrucciones muy claras: si algo le ocurría a Barney en su ausencia, se arriesgaba a enfrentar una muerte lenta y dolorosa. Las promesas de la reportera de que Barney estaría bien con la tía Frost no le habían servido de mucho para calmar su inquietud.

—¿Qué demonios, Mitch? —preguntó en cuanto llegó al lugar, ya despejado, donde había yacido el cuerpo desnudo de Dean Mullins con una rata encajada en el estómago.

—Ven —dijo él con voz grave. Echó a andar por un camino que ahora parecía bien gastado.

Ella lo siguió de cerca.

—¿Quieres darme alguna pista? —preguntó.

—Lo verás por ti misma en un minuto.

Kim podía distinguir actividad en la distancia, entre las ramas de los árboles, pero ¿qué demonios podía haber encontrado Mitch tan lejos de la escena del crimen?

Aceleró el paso entre los haces de las linternas que, sumadas, iluminaban cada vez más el sendero.

—Mitch, te juro que, si no me das una pista, voy a...

El técnico forense dio un paso lateral en cuanto llegaron.

Keats miró a Kim antes de apartarse también.

La detective echó un vistazo al suelo y luego alzó los ojos hacia Keats.

—No me jodas.

Capítulo 83

Los haces circulares de tres linternas apuntaban al cuerpo de una mujer de unos treinta años.

Estaba tumbada en el suelo, boca arriba, y le habían puesto una puerta de madera sobre el cuerpo, desde los tobillos hasta el cuello. Había rocas muy pesadas encima de la puerta, colocadas y apiladas a lo largo. La mujer tenía los brazos estacados al suelo, extendidos por encima de la cabeza.

—Es otra forma de lapidación —dijo Mitch. La zona se iluminaba con más intensidad cada vez que destellaba el flash de una cámara —. Es un método más lento y doloroso que ser enterrado con la cabeza al descubierto. Por horrible que fuera, con un par de golpes certeros te desvanecías. Aquí no hay salida rápida. Las piedras se añaden de una en una, poco a poco. Van rompiendo los huesos y aplastando los órganos vitales en el...

—¿Podemos quitárselas de encima? —preguntó Kim. Sentía una opresión en el pecho, como si esas rocas estuvieran sobre su propio torso. Sabía que la mujer estaba muerta, pero quería quitárselas de encima.

Mitch miró al fotógrafo. Este hizo una foto más y asintió.

Kim dio un paso adelante y retiró la primera roca.

—Inspectora —protestó Mitch.

—Tienes mi ADN, Mitch. Podrás descartarme.

—No es eso, sino que aquí somos muchos los que podemos...

—Estoy bien, gracias. Ahora ¿dónde quieres que las ponga?

Mitch movió la cabeza de un lado al otro y señaló una sábana de plástico transparente a unos metros de distancia.

—Haced líneas de izquierda a derecha. Así sabremos el orden en que las hemos quitado.

Kim movió la cabeza en señal de que había entendido. Cada pieza sería inspeccionada en busca de pruebas y Mitch necesitaba saber dónde había estado con respecto a la pila.

Y el hombre tenía razón, reconoció Kim, cuando media docena de pares de manos empezaron a mover las rocas.

No la sorprendió que Keats también se uniera. Ella y el médico forense podían no estar de acuerdo en muchas cosas, pero sí que lo estaban en casi todo lo relacionado con prestar atención a las víctimas. En cuestión de minutos, había más piedras en las filas que encima de la puerta. Con cada piedra que retiraba, Kim sentía que su respiración se aliviaba un poco.

Ya con todas retiradas, se apartó para que los técnicos forenses quitaran la puerta con mucha cautela. Se sorprendió al instante de lo poco evidentes que eran los traumatismos externos. Ni siquiera podía imaginar que hubiera daños internos.

La mujer vestía con sencillez: vaqueros claros y sudadera. Cubrían sus pies unos calcetines negros lisos y zapatillas deportivas. No había ninguna joya que Kim pudiera distinguir. La detective también notó la ausencia de cualquier bolso de mano. Sospechaba que, al igual que en los otros casos, se habían llevado las posesiones de esta víctima; quizás con la intención de entorpecer las investigaciones. Sin embargo, dado que nadie era quien parecía ser, tendrían que empezar de cero, incluso sabiendo el nombre.

Tanto ella como Mitch se hicieron a un lado para dejar que Keats comenzara su inspección inicial.

Ella señaló las piedras.

—¿Cuánto calculas que pesan?

—Una tonelada por lo menos; tal vez una tonelada y media. Es como si te dejaran caer encima, muy despacio, un contenedor lleno de tierra. Hay que reconocer que tu chico es muy paciente —

observó Mitch.

De su maletín de herramientas de aspecto tenebroso, Keats sacó la sonda hepática. Esa parte del proceso nunca le había gustado a Kim, aunque agradecía que el médico forense pudiera darle una buena indicación de la hora de la muerte.

Su mente ya se había aferrado a lo que Mitch acababa de decir sobre la paciencia.

Olfateó el aire.

—Oye, Mitch, ¿hueles eso? —preguntó mientras Keats sacudía la cabeza y comprobaba su sonda.

—¿Qué? —preguntó el técnico forense—. No huelo nada.

—Exacto —dijo ella—. Al principio he supuesto que te habías topado con un crimen anterior, pero...

Se alejó unos pasos, mirando siempre en dirección al lugar donde habían encontrado el primer cadáver.

Mitch la siguió.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

Las cosas se iban aclarando para ella.

—La ausencia de olor —dijo—. Mitch, hizo las dos cosas al mismo tiempo.

Él calculó la distancia entre los dos puntos y reflexionó antes de asentir.

—Dado el estado de ambos cuerpos, creo que podrías tener razón.

Kim dejó de moverse. Quería darse tiempo para procesar el hecho de que su asesino hubiera caminado de un lado a otro entre las dos personas que estaba torturando. Dejaba a una con un dolor horrible para ir a infligir más dolor a la otra. ¿Cómo era posible que una persona, que había tenido tanto tiempo para pensar, siguiera

adelante?

Se estremeció y volvió adonde estaba el cadáver. Keats estaba extrayendo la sonda hepática por segunda vez.

—Deja de perder tanto tiempo en eso, Keats. Este no es tu primer rodeo —le gritó.

Él no le hizo caso. Ni siquiera se volvió a mirarla.

Así que ella se acercó al médico forense.

—¿Qué pasa?

—La hora de la muerte.

Kim frunció el ceño ante la expresión grave de Keats.

—Sí, no espero que me digas el minuto exacto.

—Doce horas —dijo, y se quedó esperando.

No pasó mucho tiempo para que ella cayera en la cuenta.

—Mierda, mierda, mierda —gruñó en cuanto comprendió el motivo del desasosiego de Keats.

Ese mismo día, mientras estaban ocupándose de la tercera víctima, la cuarta seguía viva.

Capítulo 84

La noticia no sonó más agradable cuando Kim se la comunicó a su equipo a la mañana siguiente. Todos recibieron sus palabras con un silencio atónito mientras trataban de digerirlas.

En las pocas horas que habían pasado fuera de la sala de la brigada, a la investigación se había sumado una cuarta víctima. Y ahora sabían, también, que podría haberse salvado. Kim había puesto la foto de la mujer en la pizarra, entre las demás. Los otros tres miembros de su equipo la miraban sin pestañear.

El silencio en la sala coincidía con el estado de estupefacción de la jefa, la noche anterior, en la escena del crimen, apenas aliviado por unas palabras poco sinceras, aunque tranquilizadoras, cuando Keats le aseguró a Mitch que, aunque la hubieran encontrado, era poco probable que la hubieran conseguido salvar. Y esas palabras habían caído en saco roto porque todos tenían por cierta una cosa: donde había vida, había esperanza. Mitch no dejaba de preguntarse qué habría sucedido de haber fijado su perímetro cuarenta metros más allá o de haber hecho una inspección previa de la zona.

Pero él no había hecho nada mal. No había una ciencia exacta para establecer el perímetro de una escena criminal, menos aún si era al aire libre. La prioridad habría sido salvaguardar la zona inmediata, proteger cualquier lugar donde el asesino hubiera interactuado con la víctima y vigilar las rutas de entrada y salida. Dentro de ese límite estaba el camino desde el aparcamiento hasta el lugar de la muerte de Dean Mullins. No había motivos para sospechar que el asesino se hubiera adentrado en el bosque, más allá de la escena del crimen. Pero nada fue suficiente para sosegar al técnico forense.

Abandonaron la escena del crimen sabiendo que habían perdido la posibilidad de que hubiera una víctima menos. Y esa idea había acompañado a Kim toda la noche.

A las tres de la madrugada, recuperó al perro de los pies de la cama

de invitados, en la que Frost dormía con suaves ronquidos, y lo llevó a dar un paseo por el parque. Luego se echó en el sofá a dormitar un par de horas. Durante ese tiempo, no pudo ver en su mente otra cosa que el grupo entero observando la escena del crimen de Dean Mullins cuando, a solo cuatrocientos metros de allí, una mujer luchaba por su vida, incapaz de moverse, de gritar, incluso de hablar, aunque con el corazón aún palpitante.

Miró a Bryant, que había estado allí, con ella.

Él se negó a devolverle la mirada. Un músculo de su mandíbula se movía como un gimnasta.

—Tenemos que atraparlo, chicos, antes de que tenga la oportunidad de hacerle daño a alguien más.

Esa convicción la había catapultado del sofá a la ducha antes de las cinco. A Frost le había dejado una nota con instrucciones sobre Barney, que dormía en el sofá, y enseguida había salido hacia el trabajo.

Stacey no podía dejar de mirar la foto de la pizarra.

—¿Ya sabemos quién es? —preguntó.

Kim negó con la cabeza.

—Completamente vestida, pero sin identificación.

Con un bolígrafo, Penn se daba golpecitos en el labio inferior.

—¿Tendrá algo que ver que desnudara a los tres hombres, pero no la mujer? —preguntó.

—No estoy segura. Lo de quitarles la ropa podría ser funcional. —La jefa pensaba en el cuerpo quemado de Keith y la rata en el estómago de Dean.

—Sin embargo, al tipo del potro no necesitaba desnudarlo —comentó Penn.

—Investiga eso, pero quiero que vuelvas a rastrear esa furgoneta

que vimos entrando en el polígono comercial. Stace, haz circular entre los uniformados una foto de Jacob Powell para que…

—No puedo, jefa. No tengo —dijo Stacey, y abrió las manos.

—¿Perdona? —preguntó Kim. Su orden había sido bastante simple.

—El hombre no tiene presencia en redes sociales y la señora Lennox sigue sin colaborar. No hay fotos ni siquiera en la página web del colegio.

—Virgen santa —gruñó Kim. Se volvió hacia Bryant—. Tú fuiste quien mejor lo vio. Dales una descripción a los equipos locales.

—Vale, aunque mi descripción se ajustará a casi cualquier tipo con barba, y a un par de mujeres que conozco. De todos modos, estaré encantado de hacerlo —dijo, y descolgó el teléfono.

Kim se volvió hacia Stacey.

—Ponte con los registros telefónicos de nuestras víctimas. ¿Algunos se conocían entre sí?, ¿hay algún número que se haya puesto en contacto con ellos? Uno de vosotros, que llame a los técnicos que tienen el ordenador de Jacob Powell. Sé que las probabilidades son… —Cuando Leanne apareció en la puerta, interrumpió lo que estaba diciendo—. Gracias por acompañarnos —la saludó con impaciencia. O ayudaba o no ayudaba, pero esas idas y venidas no le servían a nadie—. Escucha, si no vas a llegar a tiempo…

Leanne clavó los ojos en la pizarra.

—¿Qué coño es eso? —preguntó.

Kim siguió su mirada.

—Nuestra cuarta víctima. La encontraron anoche.

—¿Está muerta? —preguntó Leanne, y se volvió hacia la jefa. Era asombroso ver cómo el color se le iba yendo de la cara.

Kim asintió mientras Leanne se dirigía al escritorio de reserva.

—¿La conoces? —le preguntó.

—Por supuesto. Es una oficial de protección, igual que yo.

Capítulo 85

—Nos conocimos hace unos diez años en un entrenamiento. Se llamaba Sarah Lessiter y era un par de años más joven que yo. Ella no llevaba muy bien ciertos aspectos del programa de entrenamiento.

Kim oyó que Stacey tecleaba con suavidad en el fondo.

—Continúa. —Ya tenían un nombre, así que muy pronto tendrían una dirección.

—Al principio te dan la formación sobre los sistemas, los protocolos, los motivos, los aspectos legales. Esas cosas se imparten en clase y uno absorbe la información. Te enseñan a ejercitar la memoria para que no tengas que apuntar nada. Se representan escenarios de diferentes situaciones. También te enseñan movimientos físicos y formas de sujetar que van más allá de los criterios ordinarios de las fuerzas policiales. Te hacen todo tipo de pruebas psicométricas para ver si tienes el temperamento que se necesita para este trabajo.

«La primera parte trata del proceso, de lo que puede ocurrir. Te prepara para los sucesos inesperados y las emergencias, te explican lo que debes ocultarle a la familia y los amigos. A nadie, absolutamente a nadie, le puedes decir a quién proteges.

—Sigue —la instó Kim. No habían oído hablar tanto a Leanne antes. Quizá aprendieran algo por fin.

—A lo largo de la formación, los reclutas van cayendo. Yo empecé en un grupo de quince y, en la última prueba, quedábamos cuatro. Sarah era una de ellas. El ejercicio final fue el que más le costó.

—¿De qué se trataba? —preguntó Kim.

—Prueba de empatía. Sin decirte nada, te meten en un coche y te llevan a una ciudad desconocida, a unos ochenta kilómetros de

distancia. Nadie habla, nadie te explica lo que está pasando. Te meten en una habitación y te dejan ahí durante horas. Luego cogen tu teléfono, lo destrozan y te dicen que no puedes ponerte en contacto con nadie.

—Pero eso no está sucediendo en la realidad.

—Te aseguro que lo parece. Luego te llevan a un hostal y te dejan allí. No puedes llamar a nadie; ni decirle quién eres. Suspenso inmediato. Al tercer día, estaba tan preocupada por mi madre que empecé a sentir pánico. Una mañana, una mujer mayor empezó a hablarme durante el desayuno. Pero yo estaba demasiado nerviosa para hablar. ¿Y si era una infiltrada y yo metía la pata? La paranoia no tarda en dominarte.

«Más tarde me enteré de que ella no tenía nada que ver con la formación; pero un hombre que estaba sentado detrás de mí, comiendo huevos revueltos, había escuchado cada palabra. Al cabo de seis días, me sacaron, me dieron un teléfono nuevo y me llevaron a casa. Por el camino, me explicaron que, si decidía seguir con este trabajo, no le caería bien a nadie.

—¿Y eso no te molestó? —preguntó Kim.

Leanne negó con un gesto.

—De todas formas, no soy tan simpática, así que no era para tanto.

Kim ocultó una sonrisa divertida. Le gustaba la gente que se conocía bien a sí misma.

—Mi instructor me explicó que, a ojos de los delincuentes, somos quienes cuidan de los chivatos; para otros policías, no somos más que niñeras, mientras que para los propios testigos nos convertimos en el único símbolo que les queda de un sistema que ha trastocado su vida. Todo lo demás desaparece de la escena, así que no les queda más que el agente que los protege. A medida que se frustran más y más y adquieren plena consciencia de su nueva situación, los únicos que permanecemos somos nosotros; y aún queda mucho por hacer.

—¿Cómo qué? —preguntó Kim en nombre de todos los que la escuchaban palabra tras palabra.

Ella respiró hondo.

—Mantenerlos a salvo no se limita a la cuestión corporal. Hay muchas banderas rojas que funcionan como alertas de que alguien está en el programa. No son importantes para la gente a la que no le interesa, pero sí son delatoras para quien las busca.

Penn se giró para centrar su atención en Leanne.

—¿Qué banderas? —preguntó.

—Que se equivoquen de historia. Que le digan algo distinto a una misma persona porque no recuerdan lo que dijeron la primera vez. Son adultos huérfanos sin hermanos. Tienen pocos visitantes o ninguno. Parecen descoordinados, como si sus nombres no les quedaran bien. Su acento no coincide con la historia que se han inventado. Tienen chiboletes.

—¿Tienen qué? —preguntó Penn.

—Chiboletes. Son los coloquialismos o modos de pronunciar propios de alguna zona. Decir, por ejemplo, Yow am, y luego pretender que no has pasado tiempo en el Black Country. Y las costumbres y gestos también cuentan: en las ciudades, la gente habla más rápido. Otras señales son el conocimiento del trabajo propio, en caso de que te hayas inventado un currículo débil o inflado. Y, si eres demasiado precavido, también destacas. Nuestro tema favorito somos nosotros mismos, así que, si conoces a alguien desde hace tiempo y, aun así, no lo has oído decir nada de sí mismo, te resulta extraño. No hay fotos de boda ni álbumes ni historial en las redes sociales. Y eso es más problemático entre adolescentes, pues, en el mejor de los casos, les cuesta recordar la historia que se han construido. —En ese momento, incluso Stacey escuchaba con atención.

«Tienes que trabajar duro con la familia para inventar una historia rica en detalles, aunque no tan complicada como para hacerlos tropezar.

—Pero, una vez que la información está aquí, ¿entonces...? —comentó Penn, dándose golpecitos en la cabeza.

Leanne se volvió hacia él.

—Inventa una breve historia. Sé quien quieras ser.

—Vale.

—¿A qué colegio fuiste?

—Edge View, en Bromsgrove.

—¿Quién era tu mejor amigo?

—Curtis Dobbs.

—¿Quién era tu profesor favorito?

—La señorita Johnson.

—Ah, vaya, mi prima estuvo en Edge View, en Bromsgrove, al mismo tiempo que tú. ¿La conociste? Se llama Samantha Finch.

—No, yo no...

—Chica alta, pelo largo y rubio, buena en matemáticas. Seguro que también estaba en la clase de la señorita Johnson.

—Ah, espera. Sí, ahora la recuerdo —dijo Penn, que trataba de seguir el juego—. Creo que compartimos clase un par de veces.

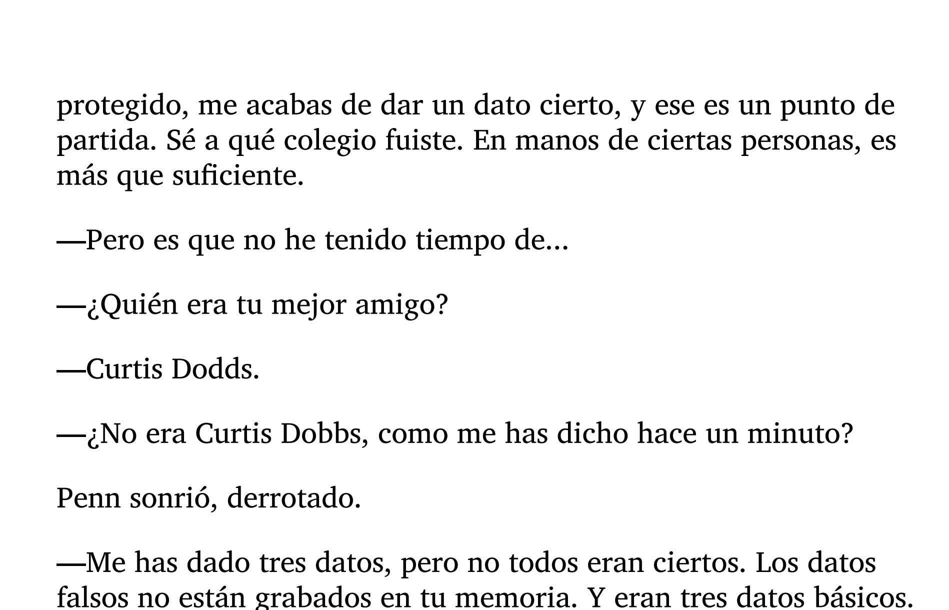
—Ay, no, espera, no. Ella no fue a Edge View, sino a Valley View.

—Mmm, debo de estar recordando a otra persona.

—¿Algo de lo que me has dicho es verdad? —preguntó Leanne.

—El nombre de mi colegio, ya que la pregunta me ha cogido por sorpresa.

—Sí, eso es lo que ocurre con las preguntas. Incluso las más inocentes pueden pillarte por sorpresa, pero, como testigo



protegido, me acabas de dar un dato cierto, y ese es un punto de partida. Sé a qué colegio fuiste. En manos de ciertas personas, es más que suficiente.

—Pero es que no he tenido tiempo de...

—¿Quién era tu mejor amigo?

—Curtis Dodds.

—¿No era Curtis Dobbs, como me has dicho hace un minuto?

Penn sonrió, derrotado.

—Me has dado tres datos, pero no todos eran ciertos. Los datos falsos no están grabados en tu memoria. Y eran tres datos básicos. Ahora imagina tener que recordar toda una vida.

Penn se rascó la cabeza.

—Cielos —exclamó.

Kim trajo a Leanne de vuelta a la víctima.

—Has dicho que a Sarah le resultó difícil la última parte del entrenamiento.

—Sí, su madre estaba enferma en aquel entonces. Sarah estuvo a punto de darse por vencida, pero consiguió aguantar.

La detective enarcó una ceja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—¿Perdona? —se extrañó Leanne. Sin embargo, Kim sabía que la mujer ya había adivinado por dónde iba.

—Dada la naturaleza secreta de tu trabajo y la vulnerabilidad de los testigos, había pensado que el contacto entre agentes de protección estaba estrictamente prohibido. Entonces, ¿cómo sabes que le costó trabajo? ¿Estabais en contacto?

Ella dudó antes de asentir.

—Mantuvimos el contacto durante un tiempo, nos ofrecimos apoyo mutuo, compartimos nuestros problemas, pero nunca divulgamos detalles de nuestras familias. Lo juro.

—¿Habéis tenido contacto en fechas recientes?

Leanne negó con un gesto.

—No durante unos cuantos años.

—¿Por qué no?

Leanne se encogió de hombros.

—Dejamos de hablarnos, nada más.

—¿Cuándo?

—Hace unos cinco años.

—¿Alrededor de la época en la que dejaste a tu penúltima familia?

Leanne cambió de color.

—Es posible.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

—¿Fue entonces cuando te cambiaste el nombre?

—Es posible.

—¿Por qué? —presionó Kim.

—No puedo decírtelo.

—Por el amor de Dios, Leanne, ¿podrías...?

—Ya te he dicho lo suficiente —dijo, y se puso de pie—. No sé nada más que pueda ayudaros a encontrar a ese psicópata, así que me despido de vosotros —dijo, y echó otro vistazo a la pizarra.

—Leanne, espera un...

—Lo siento, pero no. Esta mierda se ha vuelto demasiado real.

Capítulo 86

Frost colgó el teléfono después de su llamada a la policía.

—Gracias a Dios —dijo. Podría volver a su casa hacia el mediodía.

Frotó la cabeza de Barney, que dormitaba a su lado.

—Quizás debería llevarte conmigo.

No tenía ni idea de a qué hora había regresado la inspectora durante la noche, pero era consciente de que Barney había estado con ella, luego no y luego sí, otra vez.

Ahora reconocía el empuje de esa mujer, de la que tanto le gustaba burlarse. La habían llamado a altas horas de la noche, había vuelto a casa para sacar al perro y ya estaba otra vez fuera antes de que Frost se levantara, a las 7:30 de la mañana.

Quiso seguir las bruscas instrucciones de la nota al pie de la letra, pues tenía la impresión de que cualquier interferencia en el bienestar de Barney terminaría por ponerla en serio peligro.

A decir verdad, esa mujer la había sorprendido al presentarse en su casa la noche anterior. Y, si bien no era algo que admitiría jamás, la presencia de Stone la había tranquilizado. Era una cara conocida entre el caos, aunque hubiera ido solo a regodearse.

Pero no se había regodeado. De hecho, Frost había notado la expresión cerrada y fija con que la inspectora había inspeccionado su casa. Conocía bien esa expresión, pues era la que ese rostro adoptaba en todos sus intercambios.

La noche anterior, había valorado el modo de actuar sin tonterías que tenía Stone, así como su insistencia en sacarla de la escena. De pie, junto al coche, se había sentido abrumada por la rabia, como si la hubieran violado. Tenía la sensación de que la seguirían acosado para que diera marcha atrás. Intentaba no pensar en los agentes que

ahora recorrían su casa y agravaban, así, su sensación de vulnerabilidad. Las náuseas no se habían alejado mucho de su estómago. Estaba agradecida de que la hubieran apartado de esa situación.

Pero, tras una buena noche de sueño y tomar un poco de distancia, estaba lista para volver tanto a su casa como a su historia.

Sí, Stone la había advertido, una vez más, de los peligros de lo que estaba haciendo, pero Tracy también sabía que esas mismas advertencias no habían disuadido a la mujer de darle un consejo. Alguien, en algún lugar, tenía que dar voz a Trisha Morley y, a pesar de sus advertencias, la inspectora le había ofrecido una nueva vía que explorar. Tracy nunca se habría planteado lo que podía haber ocurrido entre la pareja mientras estaban fuera del país.

A partir de lo que Stone le había sugerido la noche anterior, se había conectado a distancia a la intranet de su trabajo en busca de los documentos judiciales escaneados y de cualquier referencia a lesiones fuera del Reino Unido, pero no había encontrado nada. Tampoco había nada en su cuaderno, así que, o bien era una vía que la Fiscalía de la Corona no había explorado, o bien la habían explorado sin resultado alguno.

Consultó su reloj. Eran poco más de las nueve, una hora aceptable para intentar averiguarlo.

Penny Colgan le cogió la llamada al segundo timbrazo.

—Hola, Penny, siento llamar tan temprano.

—No hay problema. Acabo de dejar a los niños en el colegio. ¿Cómo estás?

Frost agradeció esa calidez en la voz, aunque le costaba acostumbrarse. Estaba más habituada a que la gente le colgara el teléfono con solo enterarse de quién llamaba; y, a menudo, incluso antes.

—Oye, he estado pensando en algo y necesito tu ayuda.

—Dime. —Frost oyó que se cerraba la puerta del coche.

—Trisha y Nick viajaban mucho, ¿no?

—Sí, sí, por todo el mundo. Siempre iban a sitios diferentes. A Nick le gustaba presumir de dónde habían estado: Las Vegas, las cataratas del Niágara, la Barrera de Coral, en Australia; la Gran Muralla China. He perdido la cuenta de los países que visitaron. ¿Por qué lo preguntas?

Frost se sintió un poco descorazonada. Había parecido una buena idea, pero intentar localizar historiales médicos en todos esos países podía llevarle meses.

—¿Había algún sitio en particular al que a Trisha le gustara ir?

—No, era un continente distinto cada vez. —Ante los ojos de la reportera, la buena idea se estaba desinflando—. Espera un minuto. Había un lugar.

—Venga —la instó Frost, contenta de impedir que todo el aire saliera del globo.

—Italia. A Trisha le encantaba Italia. Estuvieron allí antes de casarse. Hicieron los recorridos habituales por Roma, Venecia y Milán, pero, por casualidad, encontraron un pueblecito cerca del lago Como. No recuerdo el nombre, aunque ella me dijo...

—Espera un segundo —dijo Frost, y tecleó una búsqueda de ciudades alrededor del lago Como. De inmediato se dio cuenta de que el lago tenía más de ciento cincuenta kilómetros cuadrados y que estaba salpicado de pueblos y ciudades. En caso de que Penny no consiguiera recordar el nombre, la búsqueda terminaría allí mismo.

No se molestaría en llamar a Como, pues Penny lo habría recordado.

—¿Era Bellagio?

—No.

—¿Tremezzina?

—No.

—¿Nesso?

—No.

—¿Menaggio?

—No.

—¿Varenna?

Titubeo.

—Sí, esa es. Trisha se enamoró de la zona.

Frost buscó Varenna en Google e hizo clic en el primer artículo. Era un municipio de la provincia de Lecco. Estaba a unos sesenta kilómetros al norte de Milán y tenía una superficie aproximada de diez kilómetros cuadrados.

—Volvieron a un par de veces, creo —continuó Penny—. Al mismo pueblo, al mismo hostal. Tenía vistas a algún monasterio o villa o algo así.

—¿Villa Monastero? —preguntó Frost. Seguía leyendo el artículo de la Wikipedia, entusiasmada. Era un convento cisterciense fundado en el siglo xii, hoy convertido en museo, jardín botánico y centro de congresos.

—Sí, me suena. Recuerdo que Nick había reservado un viaje para celebrar el cumpleaños de Trisha, pero lo canceló cuando supo que ella había quedado conmigo para tomar un café.

Frost sintió que se le erizaban los pelos ante esa desenfadada crueldad con que el hombre mantenía a Trisha bajo control.

—Lo siento, pero no recuerdo nada más.

—Me has ayudado mucho, Penny. Gracias —dijo Frost, y colgó. Era un punto de partida. Al fin y al cabo, quizás no todo estuviera perdido.

Con la ayuda de Google, buscó hostales en la zona.

Ese lugar que Trisha amaba podría haberle infundido la confianza suficiente para contarle algo a alguien. Tal vez llegó a sentirse lo bastante cómoda como para abrirse en un pueblo que, además de que le resultaba familiar, estaba muy lejos de su vida cotidiana.

Tras la búsqueda en internet, tenía veintidós oportunidades que explorar.

Llamó al número de la primera pensión de la lista.

Le cogieron la llamada casi de inmediato.

—Perdone, ¿su establecimiento tiene vista a Villa Monastero?

Capítulo 87

—¿Crees que somos un vertedero o qué? —preguntó Bryant mientras se dirigían a Kidderminster.

—¿Por qué? —preguntó Kim, aunque ya barruntaba a qué se refería su compañero.

A primera hora de la mañana, ella había hablado con Woody para explicarle que necesitaba los datos de la familia que había estado bajo la protección de Sarah. Su jefe se las había arreglado para dárselos, y también la dirección de la casa de la agente. Ahora se dirigían a ver a la familia del testigo protegido. De ese modo, darían a los padres de la mujer tiempo para digerir la noticia.

—Porque anoche estuve leyendo —continuó— y, al parecer, hay «vertederos» en los Estados Unidos. Muchos de los testigos protegidos se trasladan a Maine, aunque su sistema es muy diferente al nuestro.

—Continúa —dijo Kim, contenta de dejarlo hablar. Había sido una noche larga y, por alguna razón, su mente se había quedado en Leanne desde que la vio salir molesta de la sala de la brigada.

—Bueno, en Estados Unidos, el programa se llama WITSEC y ofrece protección a dieciocho mil testigos federales. Eso le cuesta al Gobierno diez mil millones de dólares al año.

—Maldita sea, ¿por qué tanto?

—Por lo que he leído, tienen permitido hacerse implantes mamarios, estiramientos faciales e incluso trabajos dentales. Les dan unos sesenta mil dólares antes de que tengan que buscar trabajo. Los juicios en los que interviene el WITSEC tienen una tasa de condenas del ochenta y nueve por ciento.

—No está mal —reconoció Kim.

—También, para los recién incorporados, tienen un centro de acogida que puede albergar hasta seis familias, con todo el mundo encerrado en habitaciones separadas. Al parecer, menos del cinco por ciento de los testigos reubicados están del todo exentos de acusaciones criminales.

—¿Y tienen cirugías estéticas gratis?

—Ah, sí, ¿y has visto Maine, sus playas y sus langostas? No es el Black Country, te lo aseguro.

—¿Tienen lista de espera? —preguntó.

—Sí. La cola es kilométrica. Y estoy seguro de que te has dado cuenta de que no hago más que parlotear sin sentido hasta que me digas lo que estás pensando.

—En Leanne. Aquí suceden más cosas de las que sabemos. Ella aún guarda secretos, sin importar que la gente esté muriendo a su alrededor.

—Y, sin embargo, su trabajo consiste en guardar secretos, ¿no?

—No estoy hablando de los secretos de otras personas. Hablo de los suyos. ¿Has visto cómo se cierra cada vez que mencionamos a la gente que protegía antes?

—Para ser justos, yo no veo ningún cambio en su expresión, digamos lo que digamos —dijo Bryant.

Eso era cierto. Los cambios eran sutiles, pero Kim había aprendido a interpretar las microexpresiones y a notar alteraciones en el comportamiento de la gente. Y había algo que Leanne no quería que supieran. En eso pensaba Kim mientras Bryant entraba en Cedarwood Drive.

—Ah, diferente —dijo él. Empezó a buscar el número seis. Estaban en un callejón sin salida, frente a unas doce casas unifamiliares. La hilera de viviendas se arqueaba alrededor de una pequeña zona verde con plantas y un par de bancos.

Aparcado en la entrada de la casa número seis había un BMW Serie

5 y, al lado, un hueco, como si otro coche acabara de salir o aún no hubiera regresado.

—Bueno, no creo que el programa de protección de testigos pague esto —dijo Bryant. Con ese comentario resaltaba la obvia diferencia entre esta y otras viviendas que habían visitado.

Una mujer de unos cuarenta años elegantemente vestida les abrió la puerta antes de que llamaran siquiera. No sabían otra cosa que el nombre del testigo protegido.

—¿Mona Atkins? —preguntó Kim.

La mujer asintió con una expresión de irritación e impaciencia. Miró del uno al otro.

—¿Quién de ustedes es mi nuevo oficial de protección? —preguntó.

—Ninguno —dijo Kim, y le mostró su identificación—. Somos del Departamento de Investigaciones Criminales e investigamos el asesinato de Sarah Lessiter.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

La mujer seguía impasible y su expresión no había cambiado en absoluto. Era evidente que no había habido ninguna conexión emocional entre ella y su protectora.

—Necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Podemos entrar? —preguntó Kim mientras intentaba estudiar las facciones de Mona Atkins. Notó algo ligeramente familiar en sus fríos ojos azules y los labios carnosos. Era como tratar de ubicar a una actriz que hubieras visto en una película.

—Si no hay más remedio... Pero dese prisa. Y no quiero que nadie mencione esta visita a mi marido. Ahora, ¿qué quiere saber? —preguntó. Se plantó en medio del pasillo. Era evidente que no irían más allá.

Leanne había hablado de personas que estaban en el programa y no divulgaban su pasado ni a los nuevos cónyuges siquiera. Ya fuera necesario o no para garantizar la seguridad del testigo, había ahí un

nivel de engaño que Kim apenas conseguía comprender.

—Ya es bastante malo salir otra vez con la excusa del «viejo amigo» —Usó los dedos a modo de comillas.

Por un momento, Kim se olvidó de que estaban allí porque una mujer había sido asesinada. Así de absorta estaba en la incomodidad de esa mujer por tener que explicar la presencia de un nuevo agente de protección en su vida.

—¿Qué quiere? Tengo que irme a trabajar. Los servicios de atención telefónica no funcionan solos.

—Quizás no sea mala idea llegar tarde —dijo Kim. Estaba haciendo grandes esfuerzos por entibiar la voz.

La mujer añadió un poco de melodrama a la mezcla.

—¿Han venido a tratar de destrozarme la vida? —preguntó—. ¿Se presentan aquí, en mi casa, con aspecto de policías, y ahora quieren que llegue tarde al trabajo y levante sospechas?

—Estoy segura de que, a veces, los que no son testigos también llegan tarde —planteó Kim.

—Y yo estoy segura de que también se permiten el lujo de decir la verdad —replicó ella. Su rostro empezaba a coger color—. No tiene ni idea del trabajo y los sacrificios que me ha costado construir otra vida, lograr que los demás miren solo lo que yo quiero que vean de mí. Llevo quince años en esta vida y usted ni siquiera tiene la cortesía de tratarme con respeto.

Esa mención del número de años fue como quitar un velo y, con él, cualquier pizca de conmiseración que Kim hubiera podido sentir.

Mona Atkins tenía las mismas iniciales que Melanie Abbot. El cabello, otrora rizado y rubio, había sido domado en un elegante casco, hoy matizado en un tono castaño claro. La mujer que tenía delante se parecía muy poco a la foto de la chica de diecinueve años que había ayudado a su novio a ocultar el asesinato de un niño de ocho. El clamor público contra esa mujer había igualado, si no superado, la furia contra el novio, quien se había suicidado antes

del juicio. Así que había tenido que enfrentarse a la ira pública ella sola. Con un veredicto de culpabilidad por haber pervertido el curso de la justicia, había pasado tres o cuatro años en la cárcel. Finalmente, antes de cumplir los veinticinco, había sido puesta en libertad con una identidad nueva.

Kim volvió a encauzar la conversación hacia el motivo de su visita.

—Supongo que ustedes dos no eran íntimas. —Tanto si Mona decidía llegar tarde como si no, Kim no se iría hasta haber hecho sus preguntas.

Mona arqueó las cejas.

—¿Por qué íbamos a ser íntimas? Ella estaba trabajando, prestando un servicio. Yo no estaba más cerca de ella que del basurero.

Ahora, Kim tenía claro que ya no necesitaba recordar el pasado de Mona para nutrir su disgusto. Le bastaba el presente, y con mucho.

Según su experiencia, los secretos compartidos unían a las personas, sobre todo si esa mujer había decidido no contarle a su marido nada de su pasado. Pero eso no había ocurrido allí. Consciente, tal vez, del disgusto de Kim, la mujer prefirió quitar hierro al asunto, como si se retractara de su frialdad con respecto a la muerte.

—Hay que reconocer que esta mejoró lo que tenía antes, ¿vale? Sabía hacer su trabajo y solo me molestaba si era necesario. Yo no siempre seguía sus consejos, pero eran bien intencionados y...

—¿Qué tipo de consejos? ¿Había alguna amenaza específica contra usted?

Mona sacudió la cabeza y volvió a consultar el reloj.

—Mire, nos hacen controles sorpresa. A veces nos siguen durante un día y vigilan nuestros movimientos. Supongo que se trata de una especie de auditoría para asegurarse de que uno sigue tomando las precauciones necesarias y no se ha vuelto complaciente. Luego nos dan consejos. Nos dicen que nuestras rutas a ciertos lugares no han variado lo suficiente o que no hemos cerrado la puerta con llave o que hemos pasado demasiado tiempo hablando con un desconocido

o que hemos caminado por una calle desierta sin la cobertura de cámaras de seguridad. Es como una evaluación de riesgos ordinaria. Ella sabía lo suyo, y no era invasiva.

—¿Habló con usted sobre algún suceso extraño?, ¿le contó que la estaban siguiendo o...?

—¿Estoy en peligro, agente? —preguntó Mona sin rodeos. Ahora, todos sus pensamientos estaban en sí misma. Cualquier recuerdo de Sarah había quedado atrás.

—En realidad, es lo que estamos tratando de averiguar —espetó Kim.

La expresión de Mona cambió, como si no estuviera acostumbrada a las voces autoritarias. Era, sin duda, la reina del mundo que se había construido. A Kim le llamó la atención la visión que esa mujer tenía de sí misma, como si fuera una celebridad. Era el centro de la protección, y ese concepto sus siervos debían tenerlo presente, no el hecho de que les pagaban para mantenerla viva.

—Creo que es hora de que se marchen —dijo Mona, y abrió la puerta.

Kim era consciente de que se irían sin saber nada más que cuando habían llegado.

Pero a su mente volvió algo que esta mujer había mencionado.

—Ha dicho que Sarah era mejor que lo que tenía antes. ¿A qué se refería?

Mona suspiró impaciente.

—Algunos funcionarios son más enérgicos que otros. Como le he dicho, Sarah cumplía con sus auditorías y me ofrecía consejos y sugerencias. La persona anterior llegó a amenazarme con la expulsión si no eliminaba un par de fotos inofensivas de mi cuenta en las redes sociales. —En la era del reconocimiento facial, Kim podía entender esa preocupación. Un solo dato bastaba para que todo se desmoronara.

«En esa foto llevaba sombrero y gafas, así que no había ningún problema, pero su actitud fue muy grosera a la hora de recordarme las reglas.

Kim se explicaba bien la frustración de intentar mantener a salvo a alguien si a esa persona no le importaba tanto cuidar de sí misma. También entendía por qué el oficial anterior era cosa del pasado.

—¿Y el agente la reprendió? —preguntó.

—Sí, sí, pero ella entendió muy pronto que no debía meterse…

—¿Era mujer? —preguntó Kim.

—Sí. La de antes de Sarah era una zorra de clase A. No, no, no, a mí, esa Leanne no me gustaba nada.

Capítulo 88

—¿Esto no empieza a parecer un laberinto? —dijo Stacey en el mismo instante en que le llegaba un correo electrónico.

Había pedido a Lynes los registros telefónicos de Dennis Burke y este se los había enviado de inmediato.

—En cierto modo, la entiendo —dijo Penn, que miró a su compañera por encima del hombro.

—¿A quién?

—A Leanne. Es un poco borde y distante, pero entiendo por qué tiene ese caparazón tan duro. Eso de vivir y trabajar en secreto siempre... Supongo que al final construyes un muro porque, en realidad no formas parte de ningún equipo.

Stacey enarcó una ceja.

—¿Te cae bien? —preguntó.

—No, nada de eso. Me da miedo, pero estas cosas hacen que agradezcas el equipo que tienes.

—Aaay, gracias, Penn, porque entiendo que te refieres a mí.

—Sí, claro que me refiero a ti, Stace —dijo él con una sonrisa. Volvió a su ordenador—. Pero, maldita sea, esto es una pesadilla.

—¿Pasa, colega? —preguntó ella. Ya estaba imprimiendo la segunda serie de registros telefónicos. Cada vez que imprimía algo, pensaba en los árboles; pero su cerebro era incapaz de procesar algunas cosas a menos que lo viera en blanco o negro.

—Esta puñetera furgoneta.

Stacey sacó los papeles de la impresora.

—Continúa —dijo, y sintonizó la investigación de Somerset en tiempo real—. ¿Qué pasa con la furgoneta?

—Creía que tenía una pista, hasta que un tipo se acordó de que había sido su cuñado, que le había llevado unos bocadillos y café para desayunar.

—Así que puedes descartarla con total seguridad —dijo Stacey, solo por encontrar el lado positivo de la situación.

—Sí, ya solo me quedan otras cuarenta y nueve —dijo él con tristeza.

—¿Sabes lo que haría yo?

—¿Dimitir y dedicarte al macramé?

—No sería mi primera opción. Haría un nuevo recorrido por todas, incluyendo las que tienen explicaciones.

—¿Por qué? Las que no tienen explicación se las he pasado ya a la Dirección General de Tráfico, así que ¿por qué repasar también las descartadas, las que estaban ahí por negocios legítimos? —preguntó. Tenía delante la lista completa de vehículos que habían entrado en el polígono comercial.

—Porque la gente comete errores, como ese tío que se había dejado el desayuno. Veamos, ¿cuántas furgonetas Transit blancas tienes en tu lista?

—En total, cincuenta y tres —dijo él, después de un recuento rápido.

—¿Cuántas has confirmado que estaban allí por trabajo?

—Cuarenta y una.

—¿Me estás diciendo, entonces, que cuarenta y un pequeños negocios han podido confirmar los números de matrícula de la furgoneta Transit blanca que los visitó? ¿Sin errores?

Stacey notó que las brumas de la desesperación empezaban a

despejarse en la mente de su compañero.

—¿No crees que alguna de esas personas podría haber estado demasiado ocupada para hablar contigo y, con tal de colgar el teléfono, te confirmó la tercera o cuarta que le dijiste?

—¿Sabes, Stace?, podrías tener…

En ese momento, el teléfono de Stacey empezó a sonar, así que Penn cerró la boca y se puso a dar golpecitos.

—Ayudante de detective Wood —respondió ella, y, por enésima vez, se preguntó cómo sonaría cuando cambiara «ayudante» por «sargento».

—Hola, soy Percy.

Stacey abrió la boca, a punto de pedir más información, pero Penn la ayudó en el momento oportuno.

—Percy Poole, de Ridgepoint.

—Ah. Hola, Percy —contestó. Tenía la esperanza de que la estuviera llamando porque había encontrado algo.

Sin darse cuenta siquiera, cruzó los dedos de la mano izquierda para atraer la suerte.

—Mira, no puedo decirte mucho. El ordenador estaba bastante frito, pero hemos conseguido echar un vistazo a los archivos borrados.

—Continúa —lo instó Stacey. Aquello era más de lo que habían esperado.

—Hay un grupo de correos electrónicos borrados, unos ochenta mensajes de ida y vuelta que enviaron a la papelera hace un par de semanas. No he podido leer el contenido, pero sí puedo decirte el nombre de la destinataria: Amelia Dixon.

—Percy, eres un auténtico ángel —dijo Stacey, y colgó.

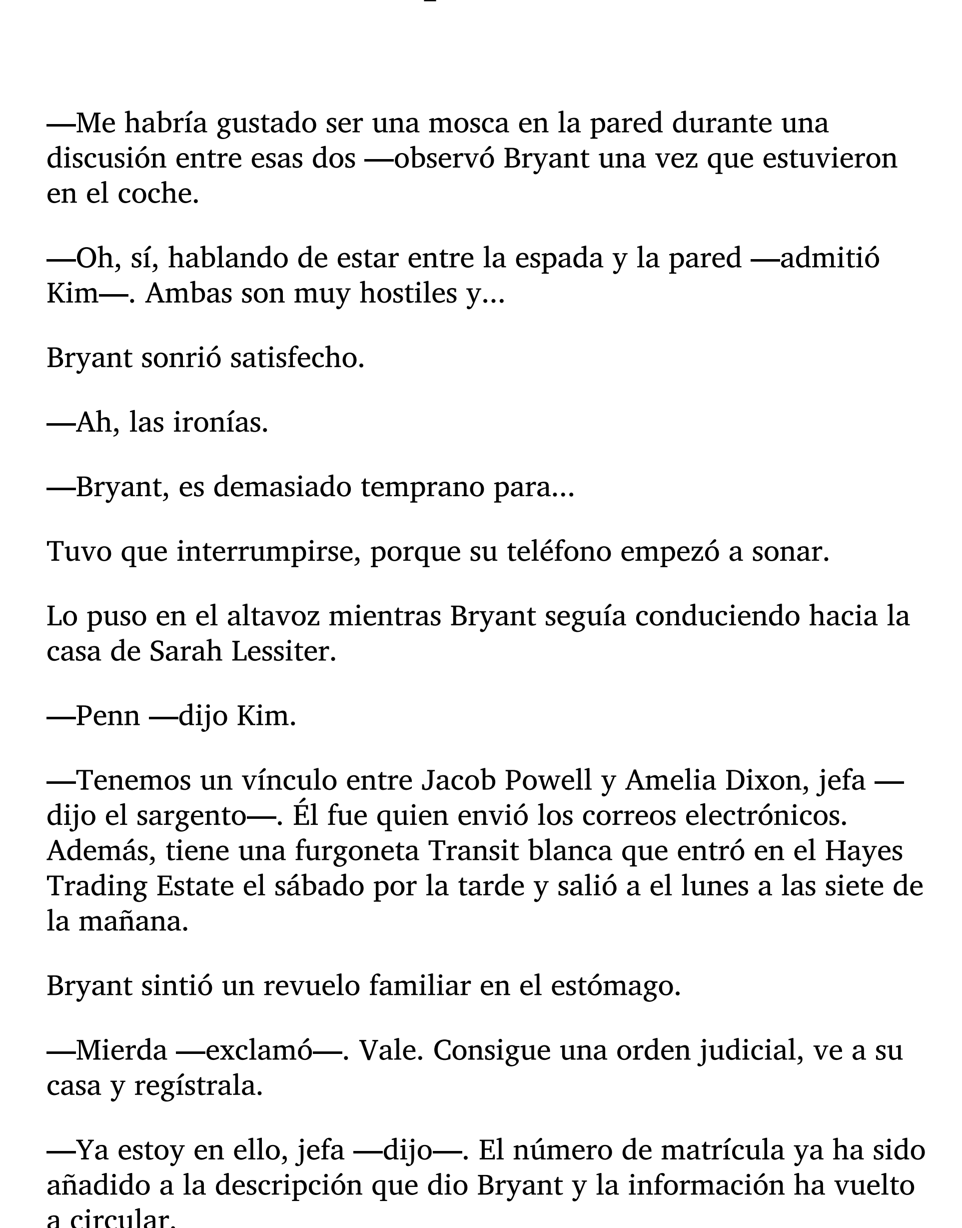
—Bueno, Penn, parece que, después de todo, nuestro ayudante de

profesor sí tenía algo que ocultar. Jacob Powell es quien mantenía correspondencia con nuestra exempleada de Matrix.

Por fin, él levantó la vista y volvió a mirar la pantalla.

—Y también es dueño de una furgoneta Transit blanca.

Capítulo 89



—Me habría gustado ser una mosca en la pared durante una discusión entre esas dos —observó Bryant una vez que estuvieron en el coche.

—Oh, sí, hablando de estar entre la espada y la pared —admitió Kim—. Ambas son muy hostiles y...

Bryant sonrió satisfecho.

—Ah, las ironías.

—Bryant, es demasiado temprano para...

Tuvo que interrumpirse, porque su teléfono empezó a sonar.

Lo puso en el altavoz mientras Bryant seguía conduciendo hacia la casa de Sarah Lessiter.

—Penn —dijo Kim.

—Tenemos un vínculo entre Jacob Powell y Amelia Dixon, jefa —dijo el sargento—. Él fue quien envió los correos electrónicos. Además, tiene una furgoneta Transit blanca que entró en el Hayes Trading Estate el sábado por la tarde y salió a el lunes a las siete de la mañana.

Bryant sintió un revuelo familiar en el estómago.

—Mierda —exclamó—. Vale. Consigue una orden judicial, ve a su casa y regístrala.

—Ya estoy en ello, jefa —dijo—. El número de matrícula ya ha sido añadido a la descripción que dio Bryant y la información ha vuelto a circular.

—Buen trabajo —dijo Kim. En ese momento, Bryant se detenía frente a la casa de Sarah Lessiter.

Lo que ella deseaba era volver a la comisaría y seguir la pista del profesor ayudante. Quería poner en su búsqueda cada par de ojos y manos.

Ahora que estaban cercando a su asesino, dudaba de que pudieran averiguar algo de la familia de Sarah.

Capítulo 90

Stacey se apoyó en el respaldo de la silla y abrió mucho sus ojos borrosos mientras Penn, con la orden de registro en la mano, salía por la puerta a toda velocidad.

Aunque estaba sola, pudo sentir cómo subía de marcha el entusiasmo por la investigación. El tradicional trabajo detectivesco había descubierto vínculos sólidos entre el profesor ayudante y la información robada a Amelia Dixon. Pero, en su cabeza, las pruebas no parecían tan contundentes. Lo único que podían probar era que Jacob y Amelia habían intercambiado correos electrónicos y que el ordenador de Amelia había sido destruido. Eran pruebas circunstanciales y, aun si fueran ciertas, no convencerían a un jurado de que habían conducido a cuatro muertes horrendas.

Necesitaban más vínculos entre el asesino y las víctimas. Les urgían más pruebas forenses que lo relacionaran con todos y cada uno de los homicidios; o bien, de una confesión.

Pero no habría confesión hasta que lo atraparan. Con suerte, Penn encontraría algún vínculo en la casa y a partir de ahí ella se haría cargo de establecer las conexiones entre él y las víctimas.

Una vez más, abrió mucho los ojos y regresó a los registros telefónicos que tenía desplegados sobre su escritorio.

Ya había cotejado los de las víctimas hasta veinticuatro horas antes de los asesinatos. Contaba con más datos, pero tenía sentido partir de la última vez que los teléfonos se habían utilizado.

Frente a ella había cuatro hojas dispuestas en el orden en el que se habían encontrado los cadáveres: Keith Phipps, Dennis Burke, Dean Mullins y Sarah Lessiter.

Primero les echó un vistazo, dando a su cerebro tiempo para distinguir cualquier cosa obvia. Liberó su mente de cualquier pensamiento y se limitó a mirar papel por papel. Se acordó de

aquellos carteles 3D de Magic Eye, en los que había que forzar la relajación de los ojos para que el cerebro hiciera su trabajo y mostrara una imagen.

Pasó de una hoja a otra con los ojos entornados y se detuvo cuando un número situado cerca de la parte inferior de la hoja de Sarah llamó su atención. Dio unos golpecitos en el papel.

—¿Qué demonios haces ahí? —preguntó.

Capítulo 91

Lo primero que Kim notó en la casa de Sarah Lessiter fue el nivel de seguridad. En un rincón superior de la vivienda había una cámara basculante con zum que cubría la parte delantera y los laterales. Por el sensor, supo que se activaba con el movimiento. Ya en el porche de ladrillo de la antigua terraza victoriana descubrió otra cámara. Estaba en la parte superior izquierda y apuntaba hacia el lugar donde se encontraban los detectives. No había manera de entrar en esa casa sin ser visto.

El agente de policía que les abrió la puerta señaló con la cabeza un arco ornamentado que conducía al salón.

Kim se sintió aliviada de no ser ella quien diera la noticia por una vez.

Junto a un hombre había sentada una agente. Esta le dio a él un golpecito en el brazo, se levantó y fue a la puerta a reunirse con su colega.

—Señor Lessiter, permítame decirle que sentimos mucho su pérdida —dijo Kim, y se sentó.

Dale Lessiter levantó hacia ella un rostro pálido de ojos enrojecidos. En su mirada, Kim sintió toda la fuerza del dolor.

Un breve vistazo al entorno le había confirmado que no había niños ni mascotas. No había juguetes ni fotos de otra cosa que una pareja risueña y feliz en distintos lugares.

En el salón, el televisor era uno de los más grandes que nunca hubiera visto. Los sofás reclinables estaban orientados en esa dirección. Había barras de sonido y altavoces estratégicamente repartidos por la sala. Era un espacio pensado para adultos. Eso le reveló a Kim cuánto le gustaba a Sarah relajarse después de un largo día de trabajo.

—¿Hay alguien a quien podamos avisar?

Él negó con la cabeza.

—Solo está la madre de Sarah, pero aún no me atrevo a llamarla, todavía no. Ella me necesita fuerte y, ahora mismo…

Dejó que sus palabras se apagaran. Kim entendía que, en ese momento, ese hombre no podía ser el apoyo de nadie.

La inspectora se preguntó inconscientemente por el círculo de amistades de esta pareja. ¿Serían reservados, debido a la naturaleza del trabajo de Sarah? Algunas parejas convivían con amigos y colegas de una y otra parte, así como con conocidos comunes, por lo que llenaban el tiempo libre con otras compañías. Y luego había parejas que vivían en su propia isla, con pocos amigos. Sospechaba que los Lessiter eran de estos últimos. Su compasión por el compañero que se había quedado atrás subió un nivel.

—Esa agente —susurró él, y señaló hacia la puerta— me ha dicho que la han asesinado. ¿Es cierto?

Kim asintió.

Él negó con la cabeza.

—Siempre supimos que su trabajo implicaba cierto peligro, pero, esto… O sea, de verdad, nunca…

—¿Cuánto sabía usted del trabajo de su esposa, señor Lessiter? —le preguntó en tono amable.

—No mucho. Solo lo que hacía, pero nunca con qué familias trabajaba. Y yo lo entendía. ¿Ha sido eso? ¿Alguien ha encontrado a la gente que ella protegía?

—Lo siento, señor Lessiter, pero…

Con un ademán, él le pidió que no respondiera. No era importante. Eso no traería de vuelta a su esposa.

—¿Y cómo le iba a Sarah en su trabajo? —preguntó Kim.

—Tenía días buenos y malos, como todo el mundo. A veces, si la gente se negaba a escucharla, si no se tomaba en serio su propia seguridad, volvía a casa cabreada y molesta. Creo que los últimos meses habían sido un poco duros. —Al pensar en el encuentro que acababa de tener con Mona Atkins, Kim podía entender por qué.

«Le encantaba su trabajo, inspectora. Hacía cuanto se suponía que debía hacer: guardaba los secretos, cambiaba sus rutas y, si era necesario, salía de casa en mitad de la noche…

—¿Para qué? —preguntó Kim.

—Si algún familiar oía un ruido o recibía una llamada de broma, por ejemplo; cualquier cosa que le causara desasosiego. Sarah era el único vínculo que tenían con su antigua vida.

—¿Y ha ocurrido algo así hace poco? —preguntó Kim.

Él negó con la cabeza.

—No, desde hace semanas.

—Y, de lo que Sarah hablaba, ¿había algo fuera de lo normal, algo que la preocupara?

El esposo empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo.

—No, no creo que fuera nada.

—No importa, cuénteme —le pidió Kim.

—Me dijo algo de que un hombre la llamó hace un par de días, cuando bajaba del tren. Ella no le hizo caso y rehuyó el encuentro, aunque se puso un poco nerviosa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por lo visto, el tipo creía que se llamaba Karen.

Capítulo 92

De vuelta en el coche, Kim le devolvió una llamada a Stacey.

—Sarah intentó llamar a Leanne, jefa, hace dos días. Leanne no le cogió, y creo que Sarah no dejó ningún mensaje.

Durante su instrucción, Sarah había conocido a Leanne como Karen. La coincidencia de que alguien pronunciara ese nombre en concreto había llevado a Sarah a intentar avisar a su vieja amiga.

—Vale, Stace, gracias —dijo Kim, y colgó.

—¿Crees que esto tiene que ver con esa tal Mona, la que acabamos de visitar? —preguntó Bryant.

Kim negó con la cabeza.

—Mona conocía a Leanne por su nuevo nombre. Esa persona pronunció el que tenía antes.

—¿Por qué se lo cambió?

—No nos lo va a decir. Cada vez que le hemos preguntado por sus anteriores testigos, se ha cerrado en banda.

Kim daba golpecitos con los dedos en el salpicadero mientras algunas cosas empezaban a encajar en su mente.

—Tú hablarías, ¿verdad? —preguntó, como distraída.

—¿Hablar de qué?

—De cualquier cosa que supieras, si te estuvieran torturando como a nuestras víctimas.

—Quiero pensar que aguantaría un poco, pero sí, quizás cediera.

—Es obvio, entonces, que nuestras víctimas no tenían la

información que él buscaba, pero... Ah, mierda —dijo, y sacó su teléfono. Woody le cogió la llamada casi de inmediato—. Señor, necesito hablar con el superintendente Wexford. Es urgente.

—Stone, vas a tener que explicarte mejor.

—Tengo la impresión de que nuestro tipo está asesinando gente por un motivo: está buscando a alguien. Y creo que es a Leanne. Está buscando a una agente llamada Karen, pero ninguna de nuestras víctimas la conocía por ese nombre, excepto una: Sarah Lessiter, que sabía los dos. Hay que avisar a Leanne cuanto antes, pero también tengo que hablar con el superintendente.

—¿Por qué razón?

—Necesito saber a quién protegía cuando se llamaba Karen.

Capítulo 93

Penn vio cómo los agentes echaban mano del ariete para derribar la puerta. Esta vez, la visita era oficial y había que ceñirse al protocolo. Además, él había cogido la llave de la puerta trasera y la había puesto en el buzón delantero. Sabía que no había otra forma de entrar.

—Despejado —gritó el agente cuando la puerta se estrelló contra la pared. El gato se escabulló entre las piernas de todos y huyó hacia el jardín de al lado.

En la entrada, Penn se quedó escuchando durante un segundo, pero no había sonidos. Era definitivo: Jacob Powell no estaba en casa.

Así que se aventuró por el pasillo. Las mismas cosas estaban en los mismos lugares... Casi.

Había algo diferente, solo que no conseguía comprender el qué.

Se giró hacia atrás e hizo señas a los agentes para que comenzaran la búsqueda. Dos corrieron escaleras arriba; uno, al salón, y otro, a la cocina.

Siguió al agente que iba a la cocina y, entonces, descubrió que la llave estaba otra vez en la cerradura. En el comedero del gato, un milímetro de leche le confirmó lo que estaba pensando. La otra vez, los platos estaban vacíos. Penn había puesto media lata de comida para gatos en el cuenco, pero no había encontrado leche.

Por otra parte, la policía no había recibido ningún aviso de que alguien hubiera entrado en esa casa para robar. No se había recibido ninguna denuncia de ese domicilio. Así que Jacob sabía que iban tras él, de eso no había la menor duda. Pero ¿para qué volver? ¿Qué habría provocado su repentina necesidad de regresar?

Echó un vistazo fuera y lo descubrió.

En medio de la hierba, formada con ladrillos, había una pequeña hoguera.

Penn salió y se acercó. Aún se percibía el olor acre a plástico quemado. Se agachó y estudió los restos parcialmente abrasados. Parecían una mezcla de todo tipo de materiales. Vio fragmentos del cuero de una cartera, una tarjeta ennegrecida y fundida que podría haber sido un carné de conducir y páginas de papel A4 que se habían quemado en grupo.

No podía tocar nada, así que sacó el teléfono para llamar a Mitch. Sospechaba que estaba mirando las pertenencias personales de las víctimas, sustraídas para entorpecer la identificación. Como si identificar a esas personas no hubiera sido lo bastante difícil.

Mientras pulsaba el nombre de Mitch en el teléfono, caminó alrededor de la fogata.

En la parte superior de uno de los trozos de papel quemado, descubrió un breve título.

Se agachó para leerlo y distinguió unas cuantas palabras.

Errores comunes… protección de testigos.

Mientras Mitch le cogía la llamada, se irguió.

Ya no le cabía duda de que el profesor ayudante era el asesino.

Capítulo 94

—Barney, cruza las patas por mí —le dijo Frost al perro que yacía a sus pies.

Entre sus llamadas y correos electrónicos, había seguido al pie de la letra las instrucciones de Stone.

Lo había dejado salir sobre las diez y le había dado una zanahoria a las once. Además, había hecho todo en punto. Conociendo a Stone, la inspectora tendría alguna cámara secreta, vigilándola. Sospechaba que, de haberse retrasado un solo minuto, desde algún lugar habría sonado una voz con un oportuno recordatorio.

A lo mejor le había hecho más caricias de las necesarias, pero, cuando Barney se acurrucaba a su lado, la mano de Frost bajaba de manera automática hasta introducirse en su espeso y suave pelaje.

—Tu amiga estará pronto contigo. ¿Te envía con almuerzo?, ¿con una bolsa de viaje? No, vas tal cual estás, ¿eh?

Frost se reprendió a sí misma en silencio. No le gustaba hablar sola, pero, con Barney cerca, no podía evitarlo.

Volvió a rascarle. No llevaba allí ni veinticuatro horas y sabía que iba a echarlo de menos en cuanto volviera a casa, más tarde.

—Si te llevara conmigo, a lo mejor no se daría cuenta, ¿eh?

Según sus cálculos, eso bastaría para que Stone la matara. Si bien la inspectora no había adoptado ninguno de los cálidos y peludos atributos de Barney, estaba claro que lo quería mucho.

Dio unos golpecitos en la pantalla, como si eso pudiera hacer que el correo electrónico apareciera por arte de magia en su bandeja de entrada.

—Barney, haz que llegue —dijo.

A la novena llamada, la dueña de un hostal le había dicho que recordaba a una inglesa rubia y guapa de ojos tristes. Le había contado que la mujer se sentaba en la terraza todas las mañanas con una taza de té.

Una foto enviada por correo electrónico y una segunda llamada habían confirmado que se trataba de Trisha Morley.

Frost ya tenía las fechas en que la pareja había visitado el hostal en los últimos cinco años. Eso le daba un punto de partida para los hospitales de la localidad.

Y, justo cuando estaba valorando la enormidad de la tarea que tenía por delante, la dueña del hostal le había ofrecido un dato trivial, algo que tal vez no significaba nada para ella, pero sí para Frost, y mucho. Había comentado que, en la última visita, Trisha ni siquiera se había despedido como solía hacerlo. En lugar de eso, había ido directamente al coche mientras su marido se hacía cargo del registro de salida.

Después de darle las gracias a la mujer, Frost había colgado. Ya tenía esta pieza encajada en su sitio. ¿Trisha habría sido capaz de despedirse si hubiera estado herida y cubierta de moratones?

Comprobó el historial médico de la víctima. Las fechas coincidían con una cita para que le recolocaran el brazo, dos días después de su regreso.

Acotar las fechas le permitía ser más específica con la información que debía solicitar. Su tercera llamada había sido al hospital Bellano. Allí, después de haber pasado media hora esperando a que apareciera una enfermera que hablara inglés fluido, Frost había explicado lo que buscaba.

La enfermera le había confirmado la presencia de Trisha en ese lugar, por lo que Frost había alzado el puño que le quedaba libre.

Sin embargo, Antonella, la enfermera, se había negado a compartir el historial médico, así que Frost no solo le había explicado la situación en detalle, sino que, mientras hablaban, le había enviado por correo electrónico los artículos relacionados con el asesinato de

Trisha.

Y el trato cambió. Antonella le había revelado que el marido había dejado a Trisha en el hospital y la había recogido dos horas más tarde.

Frost rezaba para que la ausencia de Nick hubiera incitado a Trisha a confiar la verdadera razón de sus heridas. Había presionado a Antonella sobre esa posibilidad, pero la enfermera le había explicado que no revelaría nada más hasta que el hospital le diera permiso para compartir los registros. En caso de que se lo concedieran, había dicho, se los enviaría.

Cuando colgó, supo que no podía hacer otra cosa que esperar.

El sonido de una llave en la cerradura la sobresaltó; pero no a Barney, que esperaba en la puerta, moviendo la cola.

Sintió un aguijonazo de celos. El perro, que había sido su fiel compañero durante horas, ahora estaba dispuesto a abandonarla a la primera de cambio.

—Usted debe de ser la periodista —dijo un sonriente anciano.

Ella asintió mientras el hombre fijaba la correa al collar de Barney.

—Soy Charlie. Kim me ha enviado un mensaje. Me ha advertido de que había una mujer extraña aquí, en su casa.

A Frost la hizo reír la sonrisa diabólica de Charlie. Se dio cuenta de lo raro que le resultaba oír a alguien llamar a la agente de policía por su nombre de pila. Para algunos era la inspectora, para otros era la señora o la jefa. Frost se preguntó para cuántos era simplemente Kim.

—Vale, no la entretendré. Tenemos ardillas que aterrorizar, ¿verdad, chico? —dijo Charlie, y guio al perro hacia la puerta principal.

Al instante, con Barney ausente, sintió la casa vacía. De eso se iba dando cuenta Frost mientras su correo electrónico notificaba la recepción de un nuevo mensaje.

Era del hospital Bellano. Se le revolvió el estómago. Había archivos adjuntos. Le habían enviado el informe.

Copió el texto en Google Translate y empezó a leer.

Capítulo 95

Kim entró sola en el parque Mary Stevens, en Stourbridge, tal como le habían ordenado. La información que el superintendente Wexford estaba a punto de compartir con ella era solo para sus oídos.

El hombre estaba sentado en el primer banco, con un jack russell atado a una correa retráctil. Dos cosas llamaron la atención de Kim. Con el uniforme puesto, Wexford era una presencia imponente, autoritaria; y, en la Policía de West Midlands, todo el mundo sabía quién era. Ahora mismo, allí, sentado en un banco, era un hombre que descansaba un poco mientras paseaba a su mascota.

—Bonito perro —dijo ella, y se sentó a su lado.

La correa se replegó con un zumbido cuando el pequeño animal abandonó el trozo de hierba que había sido el centro de su mundo y se acercó a Kim.

Ella le rascó detrás de las orejas. Muchas personas ofrecían la mano a los perros para que reconocieran su olor. Kim sabía que era un gesto inútil, ya que el animal la habría olido nada más entrar en el parque.

—No la tenía por una persona de perros, Stone.

—Lo mismo digo de usted, señor.

—Antes de empezar con esto, sepa que nos hemos puesto en contacto con Leanne para que sea consciente del peligro.

Ella asintió. Ese era el trabajo de esta gente, no el suyo, aunque ya había intentado hacer una llamada rápida a Leanne mientras se alejaban de la casa de Sarah Lessiter. No había recibido respuesta, aunque tampoco la esperaba. A pesar de que no la soportaba, le había dejado un mensaje. Hacía cinco horas, la mujer y sus secretos habían salido corriendo de la oficina; secretos que Kim esperaba averiguar ahora mismo.

—Sé que no tengo que recordarle la confidencialidad y discreción…

—Es verdad, señor, no hace falta.

—Permítanme comenzar diciendo que Leanne es una excelente agente de protección. Tiene nervios de acero y se toma el trabajo con mucha seriedad. Es una de las mejores.

Kim asintió. No estaba entrevistando a la mujer para un trabajo.

—Leanne, o Karen, como se llamaba entonces, fue asignada al chico X —dijo, como si eso fuera suficiente. —Kim frunció el ceño y movió la cabeza de un lado al otro—. Hace diecinueve años. El asesinato del túnel del canal en Wakefield.

Ella asintió mientras lo recordaba.

El chico X era un niño de trece años que había secuestrado a una niña de siete en una ludoteca. La había violado, torturado y mutilado. Al final, la niña había muerto desangrada.

—Una niña llamada Emily.

—Déjeme terminar. Fue entonces calificado como el asesinato más horrible que Wakefield hubiera visto. Las heridas que había sufrido esa pobre niña eran como para hacer llorar a hombres adultos. Y no era para menos: muchos agentes lloraron abiertamente ante los daños infligidos a ese pobre cuerpo. Tenía quemaduras y dislocaciones articulares. La piel se le había desprendido y los insectos y roedores se habían dado un festín con ella. De los agentes que la atendieron, dos abandonaron la policía al cabo de un mes. Un tercero acabó sufriendo una crisis nerviosa. —Kim podía empatizar con ellos. Ninguna escena criminal se borraba de la memoria.

«El chico X fue capturado veinticuatro horas después de que apareciera el cadáver. Había tenido la ocurrencia de jactarse ante un amigo. Al principio, este no le había creído, así que el asesino le enseñó el calcetín rosa que le faltaba al cadáver. Aterrorizado, el amigo se lo contó a su madre, quien llamó de inmediato a la policía. —El superintendente inspiró hondo.

«Aunque lo juzgaron como adulto, el chico X nunca vio el interior de una cárcel de verdad. Bueno, al menos, no entonces. Estuvo en un centro para delincuentes juveniles, donde poco a poco fue aprendiendo ciertas lecciones.

—¿Qué tipo de lecciones? —preguntó Kim.

—Que no dices la verdad acerca de las palizas que te dan otros niños. De hecho, si hablas, te va peor. Tengo entendido que, en sus primeros siete meses, le pegaron nueve veces. A los agentes no les corría ninguna prisa por defenderlo.

Kim se dio cuenta de que su músculo de la compasión parecía haberse tomado el día libre.

Wexford siguió hablando:

—Quedó libre antes de cumplir los dieciocho años. No había duda de que tenía que ser admitido en el programa de protección de testigos y con las mismas condiciones que unos pocos elegidos. Usted ya se ha enterado de la mayoría de ellas. No había duda de que el clamor público contra ese joven era una amenaza de muerte. Lo reubicaron en las Midlands, consiguió trabajo y, tiempo después, se casó. Nunca le reveló a su esposa nada de su pasado. Hace ocho años, Leanne se hizo cargo de su protección, cuando el oficial anterior se jubiló.

«De inmediato hubo fricciones. Él llevaba años con el mismo oficial y había llegado al punto en que lo trataba como si fuera parte de su personal. Gerald se acercaba a su retiro y ya no estaba tan atento como debía. Lo único que quería era navegar en aguas tranquilas hasta el día de su jubilación. —Kim imaginó la conmoción que el chico X habría sentido al recibir a Leanne. No sintió por él ni una pizca de lástima.

—Tuvieron desencuentros. Él solicitó otro oficial y nosotros nos negamos, así que los dos siguieron yendo de aquí para allá durante unos nueve meses, hasta que Leanne hizo su primera auditoría. —Hizo una pausa—. Los oficiales tienen la obligación de llevar a cabo…

—Lo sé —interrumpió Kim. Mona ya se lo había contado.

—Leanne hizo lo de costumbre: lo siguió al trabajo, a la hora de comer y demás, y todo iba bien hasta que él salió del trabajo antes de su hora. Se desvió de su ruta veinticinco kilómetros para ir a una escuela primaria de Stourport. Estuvo sentado en su coche durante veinte minutos, observando a las niñas y fotografiándolas.

—Mierda —exclamó Kim.

—Exacto. Eso bastó para que Leanne se hiciera con su ordenador. Las imágenes que encontró eran repugnantes, más allá de cualquier cosa que hubiéramos visto. Siempre con niñas y siempre con violencia.

—¿Y qué ocurrió?

—Lo encarcelaron por posesión de imágenes indecentes.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tres años.

—Madre mía, ¿eso fue…?

—Cumplió dos —dijo Wexford—. Y usted tiene razón: no fue nada. Por desgracia, la ley distingue entre poseer una imagen indecente y hacerla. Aunque todas las fotos que este tipo poseía eran de categoría A, que son las más graves y abarcan imágenes de niños sufriendo, la pena máxima es de tres años.

—No es suficiente. Ni siquiera se acerca.

—Estamos de acuerdo, pero cumplió su condena y, cuando lo liberaron, se le dio una nueva identidad. A Leanne se le asignó una nueva familia.

—¿Se cambió el nombre?

Él asintió.

—Era la forma más segura de cortar cualquier conexión con el chico

X.

—¿Y el chico X sigue en el programa?, ¿a pesar de que infringió la ley y debería estar entre rejas el resto de su vida?

—Sí, así es, y, por mi parte, me alegro de que esté en el programa.

—En serio, usted no puede defender…

—No defiendo nada —espetó él—. Es un tipo retorcido, desalmado, depravado. Tiene fantasías enfermizas peores que cualquier pesadilla que yo pudiera conjurar: pero ¿en qué otra circunstancia podríamos nosotros, la policía, vigilar legalmente todos sus movimientos, registrar su ordenador y, básicamente, invadir su intimidad siempre que queramos? —Kim se daba cuenta de que, como ciudadano libre, aun como delincuente convicto, tendría mucha más libertad.

«Porque no hay duda de que el chico X reincidirá —continuó Wexford—. Sí, nos cuesta miles y miles de libras cuidar de ese pedazo de mierda, pero no lo hacemos por su bien. Lo hacemos para proteger al público.

Kim nunca se lo había planteado así, tenía que admitirlo.

—¿Y su identidad?

—Es algo que usted no necesita saber. Ha sido trasladado y, como siempre, protegeremos su… —Wexford dejó de hablar cuando sonó su teléfono.

Contestó y escuchó. Mientras tanto, por la cabeza de Kim pasaron pensamientos de todo tipo. No le gustaba nada Leanne, pero la mujer sabía hacer su trabajo.

—Mantenme informado —dijo Wexford, y terminó la llamada con el ceño fruncido.

Una sensación de ansiedad que no había estado presente en el hombre puso en alerta los sentidos de Kim.

—¿Qué?

—No han conseguido localizar a Leanne. Han saqueado su casa y su coche está allí —dijo, y se puso de pie.

—Joder —exclamó Kim, y ya no dijo nada más. Corrió de vuelta hacia Bryant, que la esperaba en la entrada del parque.

Por lo visto, ese hijo de puta ya la había atrapado.

Y quizás la tuviera desde hacía horas.

Capítulo 96

A pesar de lo que le habían pedido, Stacey ya no quería leer nada más sobre Emily Harris. Ya tenía de sobra con el malestar estomacal y las lágrimas involuntarias que de vez en cuando resbalaban por su mejilla.

En la búsqueda, el nombre había arrojado más de veinticuatro millones de resultados. Stacey tenía remotos recuerdos del caso gracias a su madre, que veía las noticias antes de ir a darle un abrazo extra de buenas noches. Desde entonces, había oído ese nombre varias veces con motivo de algún aniversario concreto. En fechas recientes se había celebrado una vigilia de veinte años en el lugar donde Emily había sido encontrada. La familia no había asistido.

Para Stacey, lo que ponía una roca de desesperación en su vientre no era solo el dolor que había soportado la pobre niña. Era el miedo. Emily procedía de un entorno privilegiado y, quizás, nunca había tenido un verdadero contacto con esa emoción, pero, desde el momento en que el chico X puso un dedo sobre su piel, el miedo la acompañó hasta su muerte. Y, aunque las heridas excedían cualquier cosa que Stacey hubiera leído, aquel era el único pensamiento que no la dejaba en paz. Ningún niño debería sentir un dolor así y ningún niño debería sentir un miedo así, pensaba mientras sus ojos se llenaban de lágrimas una vez más.

Ya no hacía el menor esfuerzo por evitar que cayeran ni por limpiarlas. Sus emociones eran reales y válidas, y no se las ocultaría a nadie.

Sin embargo, poco a poco empezaba a comprender el motivo de la vaga sensación de inquietud que había tenido durante la semana. Estaba a punto de explorar más esa sensación cuando el teléfono empezó a sonar.

—Ayudante de detective Wood —respondió.

—Soy el agente Silvester. Por la descripción que nos han dado de Jacob Powell, creemos que lo hemos encontrado.

—¿Dónde? —preguntó ella con urgencia.

Después de escuchar la respuesta, las únicas palabras que salieron de su boca fueron «Ay, mierda».

Capítulo 97

Frost subió muy confiada las escaleras hasta las oficinas de Winston Associates.

Había pasado por su casa el tiempo suficiente para ducharse, cambiarse de ropa, maquillarse y encontrar el par de tacones más altos de su colección.

Cuando estaba cerca de la entrada, las puertas de doble cristal se abrieron solas. Entró muy decidida.

—El señor Daryl Winston, por favor —le dijo a una recepcionista demasiado maquillada.

—¿Quién es usted?

—Tracy Frost, reportera del Dudley Star.

La sonrisa amistosa pasó a ser apenas cordial.

—¿Tiene cita? —preguntó entre dudas la recepcionista. Como era lógico, Daryl Winston no aceptaría reuniones con periodistas de un diario local. Pero Frost estaba muy segura de que aceptaría esta.

Sacudió la cabeza cuando vio cómo la recepcionista relajaba el rostro y se preparaba para soltarle el discurso de los visitantes sin cita. Quiso ahorrarle la molestia:

—Querrá verme —dijo.

Un titubeo.

—Solo dígale que tengo un informe médico que, sin duda, le gustaría ver.

Más titubeos.

Frost se encogió de hombros.

—Vale, yo no soy la que perderá…

—Un segundo —dijo la mujer, y cogió el teléfono.

Frost se apartó para ofrecerle un poco de intimidad.

—Bajará enseguida —dijo la recepcionista, que no podía ocultar su sorpresa.

La reportera acababa de mirar el último gran cartel de una colección que celebraba las campañas premiadas cuando, a su izquierda, se abrió una puerta.

Aun así, había tenido tiempo suficiente para que un cartel en particular llamara su atención.

—Señora Frost —dijo el hombre que la esperaba con la puerta abierta. Con una sonrisa fría y profesional, le ofreció la mano—. Daryl Winston. Encantado de conocerla.

Era el hombre que la había llamado justo después de que chocaran su coche por detrás.

Con tal de no aceptar el saludo, ella se cambió a la mano derecha la carpeta que llevaba en la izquierda. No tenía la menor duda de que ese tipo o alguien de ese edificio había organizado tanto el accidente como el saqueo de su casa. Así que no estaba dispuesta a darle la mano a nadie.

—Por favor, pase.

Lo siguió hasta un corto pasillo con mamparas de cristal que separaban salas de distintos tamaños.

Entró en la primera, la más pequeña.

La sala seguía la temática de la recepción: carteles iluminados por apliques de luz cálida.

Había una mesa redonda y cuatro sillas alrededor.

Winston se sentó. Ella hizo lo mismo y puso su carpeta encima del

escritorio.

—¿Tiene algo que enseñarme?

No disimuló. Sabía bien con cuál de sus clientes se relacionaba la visita.

—Así es —dijo ella, y puso una mano sobre la carpeta. Él le dedicó una mirada inquisitiva—. No sabía que el Korma Crisp era uno de los suyos —dijo. Hablaba del cartel que había despertado su interés en la recepción.

El hombre frunció ligeramente el ceño. Sabía muy bien que Tracy Frost no había venido a hablar de campañas de cositas crujientes.

—Qué asco —dijo Frost—. Los he probado y son una porquería.

Él se encogió de hombros, como si ese detalle careciera de importancia.

—Nuestra campaña aumentó un siete por ciento su cuota de mercado, lo que en ese sector concreto vale...

—Pero era una estrategia bastante básica, ¿no?, un simple bombardeo a través de los canales publicitarios para decirle a la gente lo sabrosos que eran. Dirigían sus carteles, vallas publicitarias, redes sociales, radio y televisión a los adolescentes, solo porque siempre quieren ser guais y probar lo último.

—Es un mercado objetivo bastante fácil de persuadir.

—¿Y qué me dice del mercado objetivo de Nick Morley? ¿Son tan fáciles de manipular si uno grita que el tipo es buena persona?, ¿si lo hace lo bastante alto y durante bastante tiempo? Es la misma estrategia, ni más ni menos. ¿Esperan un cambio así de drástico al aplicar la misma estrategia en un caso de asesinato? —Él tamborileó la mesa con los dedos, a la espera—. Porque aquí no estamos hablando de cuotas de mercado ni de cifras de ventas ni proyecciones. Se trata de un hombre que mató a su mujer.

—Es inocente hasta que se demuestre lo contrario, señora Frost, como usted...

—Y su culpabilidad quedará probada, señor Winston, aunque ustedes sigan tratando de arrollar a cualquiera que se interponga en su camino.

Él no cambio de semblante ante esas palabras. Mantuvo la calma.

—No sé de qué nos acusa, señora Frost, pero el señor Morley y su equipo legal nos han contratado solo para que gestionemos su imagen. Creemos que la campaña ha tenido mucho éxito y que la reputación del señor Morley ha sido bien restaurada. Nos hemos asegurado de que el juicio sea justo en el momento en…

—¿Y usted ha leído los informes?, ¿ha visto las lesiones?

—No es necesario. Entendemos que la señora Morley era una persona torpe y que ella misma nunca implicó a su marido en el…

—Abra este expediente, señor Winston —dijo ella, y empujó la carpeta hacia él.

El hombre le dedicó media sonrisa mientras pasaba la portada. Al contemplar la primera foto, su expresión se borró.

Una Trisha Morley apenas reconocible le devolvía la mirada. Abultaba el lado derecho de su cara un ojo amoratado y protuberante. Los hematomas cubrían dos tercios de la piel de su rostro. Tenía sangre coagulada en la fosa nasal derecha. Su labio inferior estaba partido por la mitad.

—¿Hasta qué punto hay que ser torpe para sufrir esas lesiones, señor Winston? —Por la expresión de su interlocutor, Frost se daba cuenta de que el hombre quería apartar la mirada, pero no podía.

«Hay más fotos en esa carpeta, y son solo una selección que he hecho para que usted pudiera verlas. Tómese la libertad de compartirlas con todos los que hayan trabajado en la campaña. Esta copia es para ustedes.

—No recuerdo haber visto estas fotos…

—Nunca han sido presentadas, pero tenga la seguridad de que lo serán. Toda la información que he reunido está ahora en manos de

la Fiscalía de la Corona.

Dejó de hablar mientras él seguía hojeando la selección de fotos. Pasaba las páginas con lentitud. Frost notó que apenas le quedaba color en la cara.

—Imagínese que se tratara de su hermana o de su hija, señor Winston —le dijo, con tal de dejar claro su punto de vista—. Aunque la verdad es que me gustaría conducir su atención a la última página de esta carpeta.

Winston, aliviado, se saltó las dos últimas imágenes para llegar al informe médico del final.

Frost estuvo de acuerdo. Había ordenado las fotos, consciente de qué imágenes se le quedarían grabadas, porque eran las mismas que se le habían quedado grabadas a ella.

—Vea la sección que he subrayado, resaltado y rodeado con estrellas, donde Trisha Morley declara al médico que su marido la golpeó y la tiró por las escaleras.

El texto decorado hacía difícil no ver la declaración.

El hombre respiró hondo.

—Es poco probable que yo consiga demostrar quién ha estado tras de los ataques contra mí. Para cualquiera a quien le hubieran hecho eso, habrían sido acciones sucias y peligrosas. —Winston abrió la boca para responder, pero Frost continuó—: Todo esto va a salir a la luz, y su campaña positiva lo dejará en ridículo. A todos nos ha pasado alguna vez, lo de apostar por el caballo equivocado, pero seguir apostando por él, cuando uno sabe bien que está acabado, es una estupidez.

«Ahora tienen la oportunidad de dar marcha atrás antes del juicio. Podrían distanciarse y controlar los daños. Si lo hicieran, también sentarían las bases para que en el tribunal se libre una lucha justa, para que la decisión se tome solo a partir de las pruebas.

Él le acercó la carpeta.

—Por favor, llévese esto.

—¿Está seguro de que no lo quiere compartir…?

—No, gracias. Dentro de una hora emitiremos un comunicado.

Tracy cogió la carpeta y dejó que la sensación de triunfo aliviara la tensión de sus hombros.

De esta gente había recibido advertencias para que se apartara, y ahora ella acababa de hacerles lo mismo.

Y había funcionado.

Asintió y se dirigió a la puerta.

Hizo un alto y se giró, pues necesitaba hacer una última observación antes de marcharse.

—Y, para sus futuras campañas, señor Winston, Trisha Morley no era una bolsa de patatas fritas.

Capítulo 98

—Va a saltar, qué coño —exclamó Kim sin quitar la vista del viaducto de Stambermill.

Nada más recibir la llamada de Stacey, corrieron hasta Sourbridge, a la imponente estructura de arcos. La ayudante de detective les había dicho que alguien parecido a Jacob Powell había sido avistado caminando por el viaducto.

La estructura, que databa de 1850, tendía un puente ferroviario de ciento setenta y tres metros de longitud sobre el río Stour. La línea ya no era utilizada por trenes de pasajeros, lo que les daba una cosa menos de qué preocuparse. Sin embargo, algún que otro atronador tren de mercancías seguía pasando.

La calle Birmingham había sido cerrada desde la circunvalación de Stourbridge hasta St. John's Road y Hungary Hill. A pesar del tráfico, Bryant había conseguido llegar en siete minutos. Mientras tanto, Jacob Powell había aprovechado el tiempo para saltar la barandilla. Ahora estaba de pie en una cornisa de sesenta centímetros de ancho.

—Es él, sin duda —dijo Bryant.

Kim le creyó. Su compañero sí había podido echarle un buen vistazo cuando se había alejado corriendo de la escuela. Ella, en cambio, apenas había conseguido percatarse de la presencia del hombre en el aula mientras Liam se lo presentaba.

Un poco más allá del cordón interior, se acercó al comandante a cargo del incidente.

—¿En qué punto estamos? —le preguntó.

—El negociador viene en camino. —Consultó su reloj—. Llegará en unos diez minutos.

—¿Podemos...?

—De ninguna manera —dijo él con rotundidad—. Ha bastado que uno de los nuestros llegara al puente de aproximación para que el tipo se subiera a la cornisa. Nadie se le acercará hasta que llegue el negociador.

Kim entendía la postura del comandante, pero necesitaba hablar con Jacob.

Necesitaba asegurarle que todo iría bien. No era cierto, pero quería a ese hombre en el interior de un juzgado. Además, hablar con él era el único recurso que le quedaba para averiguar qué había hecho con Leanne.

Su mente hizo los cálculos y los números resultantes no le gustaron nada. Leanne había salido de la estación antes de las nueve de la mañana. Eran más de las cuatro. Si ella era a quien este tipo había estado buscando todo este tiempo, ya estaría muerta. Jacob habría querido encontrarla para sonsacarle información sobre el chico X, pero Leanne no sabía dónde estaba, así que quizás ya se había deshecho de ella, decía la voz lógica de su mente.

Aun así, Jacob había cometido un error y había dejado viva a Sarah Lessiter. ¿Habría hecho lo mismo con Leanne?

Se apartó de la multitud para ver mejor.

El movimiento debió de llamar la atención de Jacob, pues se volvió hacia donde ella estaba. Las miradas de los dos se encontraron y, aunque Kim no alcanzaba a descifrar su expresión, sabía que él la miraba sin pestañear.

El hombre dudó solo un par de segundos antes de dar un paso adelante y lanzarse al vacío.

Capítulo 99

Eran casi las cinco cuando Kim entró en la sala de la brigada.

Con Jacob ya en el suelo, no tenía sentido quedarse. Por horrible que fuera la situación, ya no era su prioridad.

—Vale, chicos —dijo, aún con el abrigo puesto—. Ahora mismo, nuestro único objetivo es encontrar a Leanne. Hay alguna posibilidad de que aún esté viva.

Vio la duda en los ojos de sus colegas. Podía entenderlo. Jacob había dejado atrás tres cadáveres. Lo de Sarah había sido un error, debido a la respiración tan débil de la mujer bajo la pila de rocas. Se preguntó si el asesino habría vuelto a meter la pata.

Penn puso voz a las dudas de todos.

—Es poco probable, jefa —dijo.

—¿Podrías asegurarlo?

—Debe haberse cerciorado de que estaba muerta. Eso explicaría por qué se ha arrojado del puente. Se encontraba al final del camino. Había buscado a Leanne, la única persona que podía decirle dónde estaba el chico X, solo que ella no lo sabía. Y no lo sabía porque lo habían trasladado. Así que, sin importar cuánto la torturase, ella no tenía la información. Para Jacob, no había escapatoria. Sabía que iríamos a por él, así que sus opciones eran la muerte o la cadena perpetua.

Kim aceptaba por completo esa cadena lógica. Pero, mientras existiera la más mínima posibilidad de que Leanne siguiera viva, no iba a rendirse.

—Gracias, Penn; sin embargo, en esta ocasión voy a ser la optimista del equipo. Ahora, pensad, ¿cuál es el vínculo de Jacob con el ch...?

—Era el primo, jefa —dijo Stacey, que leía en su pantalla.

—¿Qué? —preguntaron los tres al unísono.

—Jacob Powell era primo de la pequeña Emily Harris, la niña torturada por el chico X. Nadie lo menciona en reportajes posteriores sobre la familia ni en los aniversarios; tampoco en las tertulias relacionadas con un nuevo documental. Sin embargo, acabo de encontrar un reportaje anterior sobre Kitty, una tía de Emily. Después de haber pasado un tiempo en prisión, reclamaba a la madre de la niña que le devolviera a su propio hijo.

—Continúa —dijo Kim.

—El nombre del niño estaba mal. Aparecía como Jacob Harris. Esa es la explicación de que no apareciera en ninguna de nuestras búsquedas. Cuando Jacob era un bebé, Rosie, la madre de Emily, se estuvo haciendo cargo de él de manera intermitente, puesto que su hermana era adicta a las drogas. Luego Jacob cumplió un año y la madre reclamó la patria potestad. No ocurrió nada relevante durante un largo tiempo, hasta que Rosie, tras una desintoxicación, intentó recuperarlo. El niño ya tenía siete años. Sin embargo, Kitty no consiguió mantenerse limpia ni siquiera el tiempo suficiente para llegar a un juicio. En el momento en que el chico X asesinó a Emily, Jacob tenía once años.

—Aunque era su prima, la habría sentido más como su hermana —observó Kim. Comprendía el significado de ser el hermano mayor. Aunque ella había sido la hermana mayor de Mikey solo por unos cuantos minutos, el impulso de protegerlo nunca había menguado durante los seis años que pasaron juntos.

Volvió al presente.

—Vale. —En ese momento, saber por qué Jacob buscaba a Leanne con tanta vehemencia no les serviría de nada para encontrarla—. Tenemos el motivo. Sabemos que Jacob Powell quería venganza por lo que le ocurrió a Emily, pero ahora tenemos que centrarnos en localizar a esta mujer. ¿Adónde la ha podido llevar Jacob?

—He solicitado la información del teléfono de Leanne —intervino

Stacey—. Les he explicado la urgencia, así que espero que tengamos algo pronto.

Los forenses estaban despedazando la casa de la agente. Sin embargo, Kim ya sabía que cualquier muestra de ADN pertenecería a Jacob Powell. De allí no sacarían nada que pudiera ayudarlos en lo más mínimo.

—Acaba de llegar —gritó Stacey.

Todos se congregaron detrás de su silla.

La ayudante de detective abrió el documento y miró con rapidez lo que le habían enviado.

—Fantástico —dijo mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

—¿Qué? —preguntó Kim.

La impresora se puso en marcha. Stacey no podía alcanzarla por el muro de gente que tenía detrás.

—Mmm…, chicos —dijo.

Todos se apartaron.

Stacey le ofreció a Kim la primera hoja.

Luego miró la pantalla.

—Bien, este es el registro de sus movimientos —dijo—. Se fue de aquí alrededor de las ocho y media de la mañana, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió Penn.

—Hizo una llamada antes de salir del aparcamiento.

—¿A quién? —preguntó Bryant.

—Eso no importa —dijo Stacey—. Ya sabemos que, en ese momento, estaba vivita y coleando.

Kim sabía que Stacey no había querido parecer borde. El cerebro de

la ayudante de detective se había puesto en modo analítico.

La observó explorar el registro de llamadas y pasar a la siguiente hoja.

—Su señal rebotó en la torre de telefonía de Romsley. Una hora más tarde, hizo una llamada que rebotó en la antena de Dunstall Hill.

—Eso está más cerca de su casa, en Wolverhampton —observó Penn.

—Hasta ahí, todo es fácil, pero, ahora, la cosa se pone... —Mientras Stacey continuaba con la lectura su voz se fue perdiendo—. ¿La llamaste, jefa?

—Y le dejé un mensaje —contestó Kim.

—Tú fuiste la última actividad de su teléfono.

Kim negó con la cabeza. No, eso no era posible. Sabía que Wexford y su equipo habían intentado localizarla después de aquello.

—No. Has sido tú. No hay ningún otro ping. Quizás le quitaron la batería al móvil después de tu llamada.

—¿Dónde estaba? —preguntó Kim con urgencia.

—Torre de telefonía móvil de Wombourne.

Eso estaba a unos ocho kilómetros de la casa de Leanne. Si ese era el último lugar en el que el teléfono de esa mujer había estado activo, empezarían la búsqueda allí.

—Venga, Bryant —dijo, y se dirigió a la puerta.

Mientras salían, se dio cuenta de que nunca había estado en una situación como aquella.

Conocían el motivo y sabían quién era el asesino. Ahora, lo único que necesitaban encontrar era a la víctima.

Capítulo 100

—Vale, ¿qué demonios se supone que tenemos que hacer? —preguntó Stacey mientras la jefa y Bryant salían a toda velocidad.

—Deberíamos seguir la lógica de los asesinatos anteriores y tratar de adivinar adónde podría haberla llevado —dijo Penn. Hizo girar su silla para mirar la misma pantalla de su compañera.

Stacey cargó Google Earth e hizo zum a la última torre de telefonía que el móvil de Leanne había activado.

—Dios mío, Penn, ¿cómo...?

Él miró la pizarra.

—Vale —dijo—. Echemos un vistazo a los lugares que ha utilizado. Encontró un edificio abandonado para asar a Keith Phipps. El edificio estaba muy apartado, para que nadie pudiera oír los gritos, y era lo bastante grande como para que el humo no fuera un problema. En Somerset halló un lugar desierto para torturar por estiramiento a Dennis Burke. Luego encontró un sitio semejante para martirizar a Dean Mullins con la rata, además de que ese lugar estaba cerca del montón de rocas sueltas que le servirían para lapidar a Sarah.

Stacey apoyó la espalda en la silla.

—¿Sabes?, hay maneras más fáciles —dijo.

Penn se puso de pie.

—¿Como cuáles?

—Bien. Al principio pensábamos que, si usaba esas formas enfermizas de tortura, era por placer. Ahora sabemos que eran para sacarles información. Pero ¿por qué recurrir a algo tan elaborado? —En ese momento, Penn empezó a deambular por la habitación—.

Podría haber usado un solo lugar para hacerles lo mismo a todos. ¿Por qué este gran espectáculo de...? Penn, ¿qué demonios estás haciendo?

—Estoy siendo él —contestó mientras recorría el espacio entre los dos grupos de escritorios y volvía, cada vez más rápido—. He matado a gente. La he visto morir de forma horrible con tal de conseguir la información que necesito. Nadie me la ha dado. Cuanto más pienso en lo que le hicieron a Emily, más me invade la cólera. Nadie quiere revelar dónde está Karen. Ella es la única que puede decirme dónde encontrarlo. —Stacey vio cómo el ritmo de su compañero se volvía frenético. Las palabras surgían más rápido.

«Si pudiera encontrar a Karen, sabría dónde está ese tipo. Por fin, tengo a Karen. Necesito saber. La tengo. Ella me lo va a decir. Cada cosa que he hecho me ha traído aquí. Estoy tan cerca de la venganza que puedo sentirla. Ninguna otra cosa se interpone entre la persona que le hizo esas cosas horribles a mi primita y...

—¡Penn! —gritó Stacey, que ya no sabía lo que su compañero intentaba conseguir.

Él dejó de caminar y la miró fijamente.

—No pudo haberla llevado lejos, Stace. Su impaciencia y su exaltación lo habrían forzado a hacerlo de inmediato. Por fin la tenía en su poder. Tenía a Karen, la clave de todo, y habría querido empezar a trabajar con ella de inmediato. Deberíamos concentrarnos en lugares cercanos al último punto de contacto. Ahora, si tuviéramos alguna idea de lo que había planeado para...

—Espera un momento —dijo Stacey, y Penn volvió a sentarse a su lado.

Ella se puso a revisar un artículo que ya había leído sobre las heridas que el chico X había infligido al cuerpo de Emily.

Quemaduras. Ya.

Dislocaciones. Ya.

Actividad de roedores. Ya.

Golpes con ladrillos. Ya.

Con eso quedaba una sola forma de tortura, sin contar la agresión sexual.

—Penn, es probable que Jacob Powell haya despellejado viva a Leanne.

Capítulo 101

Eran casi las siete cuando Bryant entró en el aparcamiento de un McDonald's. En esa zona se había producido el último contacto del móvil de Leanne con una torre de telefonía.

—Jefa, no sé cómo vamos a...

—Bueno, entremos a tomar algo mientras esperamos a que alguien encuentre el cuerpo, ¿vale?

—Iba a decirte que no sé cómo vamos a cubrir toda la zona entre los dos, pero tómate la libertad de arrancarme la cabeza.

—Perdona, estoy... —No pudo seguir hablando, porque su teléfono empezó a sonar—. Venga, Stace, danos algo —dijo, y puso el teléfono en altavoz.

Kim sabía que los proveedores de telefonía móvil contaban con unas veintitrés mil torres en todo el país, lo que, con un poco de suerte, reduciría de manera considerable su área de búsqueda.

—Vale. Ese ping cubre un radio de cinco kilómetros a partir de la estación base. No creemos que la llevara muy lejos. Habría estado ansioso por...

—Lo entiendo. Entonces, ¿a dónde vamos?

—Ese es el problema, jefa. Creemos que, para este asesinato, podría haber elegido tanto algo bajo techo como al aire libre.

—¿De qué me hablas? —preguntó Kim.

—Creemos que ha estado replicando las cosas que le hicieron a Emily. Además de la violación, lo único que queda es la desolladura...

—De acuerdo, Stace —dijo Kim. Sentía que se le erizaban los pelos

de la nuca. Era un mal momento para imaginarse el horror por el que había pasado Leanne.

—Bien, tenemos Halfpenny Green.

Kim conocía bien la zona. Eran un pequeño aeropuerto y un pueblo rodeados de zonas verdes. Podía ver la extensión de espacio abierto alrededor del aeropuerto como algo atractivo; sin embargo, el lugar estaba en uso y el asesino se habría arriesgado a ser visto.

—¿Qué sigue?

—La cantera Seisdon, que fue cerrada hace un par de años. Está apartada y desierta.

—¿Hay más? —preguntó Kim. Esperaba que algo activara su instinto.

—Lo último es una planta de reciclaje privada, por si prefería hacerlo bajo techo. Se trata de un edificio abandonado en Wombourne.

—Cuéntame.

—Está en Botterham Lane, junto a la carretera de Bridgnorth. No muy lejos hay una pesquería. También hay un polígono comercial, justo al otro lado del canal de...

—Ahí es —dijo Kim—. Consigue tantos agentes como puedas para comprobar los otros lugares, así como cualquier otra cosa que podáis encontrar, pero nosotros nos dirigiremos a Wombourne.

Antes de que terminara de hablar, Bryant ya había arrancado el coche.

Kim sabía que estaban buscando una aguja en un pajar, pero los procedimientos ancestrales aún no la habían defraudado. En el estuche de herramientas indispensables de cualquier agente de policía estaba el proceso de eliminación, seguido del de aplicación de la lógica. Jacob había secuestrado a Leanne a plena luz del día, así que necesitaba un lugar donde no lo vieran. El polígono industrial de enfrente encubriría cualquier sonido.

Todo lo que había hecho hasta entonces estaba relacionado con su prima. Kim tenía que creer que, para él, la proximidad del canal también debía ser simbólica.

Tenía la firme convicción de que iban en la dirección correcta.

Solo que estaba aterrorizada de lo que encontrarían al llegar.

Capítulo 102

—Bien. Equipos enviados a los otros dos lugares —dijo Stacey, y colgó el teléfono. La mano le temblaba un poco por el subidón de adrenalina—. Voy a mirar otras localizaciones un poco más lejos, por si no estuviera allí. Y tú, ¿qué haces?

—Estoy trazando una ruta desde la casa de Leanne hasta el centro de reciclaje. Lo que espero es captar la furgoneta en una cámara de tráfico para confirmar que hemos enviado a la jefa al lugar correcto.

—Buena idea —dijo Stacey.

Ellos también podían haber ido hacia los otros lugares, pero su tiempo estaba mejor empleado allí, como apoyo operativo. Y Stacey quería cubrirse las espaldas en caso de que se hubieran equivocado en la proximidad. Si la jefa no encontraba nada en la planta de reciclaje, quería tener otras ideas que ofrecerle.

—¡La tengo! —gritó Penn. Hizo que Stacey diera un respingo y se reavivara la descarga de adrenalina que ya se estaba calmando.

—La Virgen, Penn, cálmate...

—Esta mañana, a las diez menos cuarto, ha pasado por una cámara de tráfico de Vicarage Road.

—Y se ha tirado del puente sobre las cuatro, así que ha tenido un buen puñado de horas para torturarla.

—Quedémonos con las buenas noticias, Stace. Al parecer, la jefa va en la dirección correcta, ¿vale? —dijo sin levantar la vista—. Ahora voy a trazar una ruta desde el centro de reciclaje hasta el viaducto, a ver si así calculamos a qué hora salió de allí.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Stacey. En ese momento, sonó el teléfono que tenía sobre la mesa.

—Hola, Jack —respondió.

—Ayudante de detective Wood, ¿puedes venir a la recepción? Tengo aquí a una señora que quiere hablar contigo.

—Estoy un poco ocupada ahora mismo. —Sin duda, Jack sabía que estaban enviando equipos hacia la zona inmediata.

—Sí, pero insiste. Quiere hablar de Jacob Powell.

—¿Quién es?

—O es la directora de algún colegio o una que se cree una cantante famosa.

Stacey colgó el teléfono y salió de la oficina. Pasó por delante de Penn, que parecía más inquieto de lo que a ella le habría gustado.

Capítulo 103

Kim colgó el teléfono.

—Penn cree que vamos por buen camino.

Estaban a unos tres kilómetros, según sus cálculos. Llevaba los dedos cruzados sobre su regazo sin siquiera haberse dado cuenta.

Cada gramo de lógica le decía que la mujer estaba muerta; pero el asesino era capaz de cometer errores, como el de haber dejado a Sarah viva, así que podría haber vuelto a hacerlo. «Si hay alguna posibilidad de que estés viva, Leanne, aguanta un poco más», pensó.

Lo menos que se podía decir de Kim y esa mujer era que no habían congeniado, y, aunque nadie, ni siquiera Bryant, había resaltado las similitudes entre las dos, era algo incuestionable, y Kim se estaba dando cuenta. Sí, culpaba a la mujer por no haberles revelado a tiempo un secreto que los habría ayudado a salvar vidas, pero ¿ella habría hecho algo diferente?

Cuando Bryant giró hacia Botterham Lane, aún no había encontrado la respuesta.

La planta de reciclaje privada no tenía el aspecto que había imaginado. Había supuesto que sería un edificio en ruinas, desgastado por el tiempo y el uso.

—Se ha superado, jefa —dijo Bryant, como si le leyera el pensamiento—. Se ha trasladado a una planta más grande en Oldbury.

—Aparca aquí —dijo Kim. Acababa de descubrir un agujero en la valla entre dos contenedores maltrechos y abollados.

—Quizás podríamos rodearlo y acercarnos a…

—Tardaríamos demasiado. Iremos desde aquí —dijo ella, y se bajó

del coche.

Entró a través de la brecha, con Bryant a su lado, y se detuvo a evaluar el edificio. Calculó que tendría unos cuatro mil metros cuadrados de superficie. De los terrenos exteriores, lo que alcanzaba a ver parecía haber sido abandonado a medio turno. Había un par de carritos aparcados junto a cubos de papel triturado.

—Vale. Tú a la izquierda y yo a la derecha —ordenó.

—Chitón —dijo Bryant, y se llevó un dedo a los labios.

—¿Por qué? Tal vez la encontremos, tal vez no, pero al menos sabemos dónde está nuestro asesino. Tómate la libertad de hacer tanto ruido que quieras.

Él asintió con la cabeza y empezó a alejarse hacia el lado oeste del edificio.

Ella fue al este, hacia una pequeña entrada junto a una persiana doble.

Había una lata. La luz de la linterna de su teléfono no era lo bastante intensa para descubrirla y la hizo rebotar por el suelo con un sonoro repiqueteo.

El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho, pero, de inmediato, Kim recordó que allí no había nadie a quien temer.

Capítulo 104

—¿Señorita Lennox? —preguntó Stacey, mostrando la identificación.

—Señora. No todas las directoras son viejas solteronas y resecas.

Stacey buscó algo de gracia en esas palabras, pero no la encontró.

Estuvo a punto de decir algo, solo que Anna Lennox no parecía estar de humor para escuchar.

—A pesar de sus payasadas intimidatorias, agente, le he traído el expediente de Jacob Powell. Solo estaba esperando la autorización de la Junta para compartir estos datos.

—Señora Lennox, perdone mi exceso de celo, pero, cuando estamos trabajando en una investigación importante...

Anna Lennox le tendió una sencilla carpeta amarilla.

—Una disculpa no es realmente una disculpa si incluye un pero —dijo—. He fotocopiado todo lo que hay en el expediente de Jacob. Ahora tengo que preguntarle si esto está conectado con una noticia que he leído en línea. Hablaba de «Un miembro del personal de Ormiston Forge» que hace unas horas ha estado involucrado en un incidente policial en Stourbridge.

Stacey asintió, aunque no dijo nada. Le urgía volver a su escritorio para apoyar a la jefa. Allí ya no había nada más de qué enterarse. Ahora que sabían la relación de Jacob Powell con Emily Harris, el expediente estaba de más.

—¿Está... muerto? —preguntó Anna Lennox. Tragó saliva antes de pronunciar la última palabra.

—Lo siento. De verdad, no puedo decirle nada hasta que los miembros de la familia hayan sido informados.

—Entiendo. ¿Puede decirme si se trata de Liam? A veces tiene ataques de...

Stacey movió la cabeza de un lado al otro.

—No —dijo—. Su profesor suplente está perfectamente a salvo, que yo sepa.

Pero la mujer frunció el ceño, y entonces Stacey sintió algo en el estómago.

—Creo que ha habido algún tipo de error.

La ayudante de detective cerró la boca y dejó hablar a la mujer.

Cuando esta terminó, Stacey corrió a la recepción para hacer una llamada.

—¡Jack, pásame el teléfono! —gritó.

Cogió el aparato y, con dedos temblorosos, marcó el número interno de Penn.

—Penn, tenemos un problema.

—Pues serán dos, porque esa furgoneta Transit no ha hecho el camino de regreso.

Capítulo 105

Kim abrió la puerta y se quedó de piedra.

Las luces de emergencia iluminaban el macabro espectáculo de Leanne King, semidesnuda y semiinconsciente, tumbada sobre una cinta transportadora inmóvil. El aparato ascendía como una escalera mecánica.

La mujer tenía los brazos estirados, uno a cada lado de la cinta, atados por debajo.

Su mitad superior estaba vestida, pero la inferior estaba desnuda, salvo por unas bragas negras lisas.

La persona que estaba inclinada sobre Leanne ni siquiera se había percatado de la presencia de Kim. Ella tardó menos de un segundo en entender el error que habían cometido.

Liam Docherty era Jacob Powell.

Su mente viajó de golpe al primer encuentro en la escuela. Anna Lennox no había hecho las presentaciones. El profesor había entrado en el despacho y se había presentado a sí mismo. Luego, cuando Kim y Bryant habían llegado al aula, él mismo había presentado a su ayudante. Ese deliberado intercambio de nombres los había forzado a buscar a la persona equivocada. Sin duda, el asesino se había dado cuenta de que cada vez se acercaba más a Leanne, así que esa confusión le daría tiempo para encontrarla. Por fin podría averiguar dónde vivía el chico X. La ausencia de fotografías de los profesores había agravado aún más el error.

Kim sintió que la tensión le secaba la boca.

Aprovechó la ventaja de haber entrado sin ser detectada para observar la escena. Se estremeció al ver el daño infligido a las piernas de Leanne.

En veinte lugares, al menos, distinguió rectángulos de carne donde la piel había sido desgarrada. Jacob sostenía un peine de metal con púas afiladísimas. Era como una garra de animal.

Cogió el peine y volvió a cortar la piel, arrastrándola hacia abajo, abriendo la carne. Luego movió el instrumento una fracción hacia la izquierda y volvió a rasgar y a arrancar otra capa de piel.

Los ojos de Leanne se abrieron de golpe, colmados de dolor. Dentro de la mordaza sonó un grito ahogado. Kim estaba segura de que, de no haber habido una mordaza, ese habría sido el sonido más espantoso que jamás hubiera oído.

Leanne movió la cabeza de un lado a otro. En sus ojos se notaba un sufrimiento tan grande, que a la detective le dieron ganas de vomitar.

Cuando su mirada se posó en ella, Leanne dejó de agitar la cabeza por un segundo.

Por sus ojos pasó una multitud de emociones: esperanza, desesperación, alivio... Hasta que la agonía volvió a contorsionar su rostro.

Kim calculaba que la mujer había estado sometida a aquello durante unas nueve horas. No sabía cuánto más podría soportar.

Tenía que hacer que el tormento se detuviera, pero no había forma de embestir a Jacob. Ella estaba a más de diez metros. Al tipo le bastaría un segundo para matar a Leanne con esa garra.

—Estás perdiendo el tiempo —gritó con voz fuerte y uniforme.

Jacob se volvió, con los rasgos apenas alterados por la sorpresa, aunque más bien parecía imperturbable.

Puso la garra manchada de sangre cerca de la garganta de Leanne.

—Si avanzas un solo paso, la mato —dijo con calma, y Kim no tenía ninguna duda de que lo haría. En su búsqueda de venganza, cuatro personas habían sufrido muertes horribles.

Limpió la garra ensangrentada en sus vaqueros y giró un poco el cuerpo de la mujer. Mientras Kim permaneciera en su visión periférica, seguiría con lo que estaba haciendo.

La presencia de la detective no lo había inquietado lo más mínimo. Con mano firme, se estaba preparando para arañar una nueva zona de piel. Pocas personas con las que Kim se hubiera topado eran así de ajenas al dolor que causaban. Y este lo hacía delante de una agente y sin que le temblara el pulso lo más mínimo. La aparición de Kim no había alterado la actitud de Jacob, no había perturbado sus planes. En eso pensaba cuando él se detuvo y le quitó a Leanne la mordaza.

—¿Estás lista para decirme la verdad?

—No sé dónde...

Ya no pudo decir nada más, porque él volvió a embutirle la mordaza en la boca.

—Sigues haciéndote la dura. No hay problema, puedo seguir con esto toda la noche —dijo, y, para que supiera lo que la esperaba, le acarició la piel con la garra.

Los ojos de Leanne destellaron de miedo. La mujer agitó la cabeza otra vez, como protestando por el dolor que estaba a punto de sentir. Aquello estaba tardando una eternidad. Kim no dejaba de pensar en las últimas nueve horas, en todo lo que había hecho mientras Leanne sufría esta tortura.

Volvió a hablar a gritos.

—¡De verdad, ella no sabe dónde está el chico X!

Tenía que conseguir que Jacob apartara la atención de la garra y del cuerpo de Leanne.

Pero el instrumento de tortura fue otra vez a la piel.

—¡Jacob, sé bien por lo que estás pasando! —gritó.

—Sí, claro, voy a caer. No trates de hacerte la compasiva conmigo,

inspectora. No lograrás cambiar nada.

—Mi hermano gemelo —dijo ella en un esfuerzo por impedir que el instrumento de suplicio se arrastrara otra vez por las piernas de Leanne—. Tenía seis años. Lo torturaron, lo asesinaron, y yo no pude hacer nada para impedirlo. —Algo en la voz de Kim lo hizo detenerse. Así que ella continuó—: Sabemos que Emily era tu prima, pero supongo que la sentías más como una hermana pequeña. He leído sobre ella, Jacob. Lo que ese tipo le hizo fue horrible. No se parece a nada a lo que yo haya tenido que enfrentarme.

—¿Tienes una idea de cómo se repiten esas imágenes en la mente de uno? ¿Cómo se reproducen una y otra vez sin que haya nada que puedas hacer para detenerlas?

—No tenías por qué haberte enterado —dijo Kim. Jacob era poco más que un niño. Había muchas cosas que no debería haber sabido.

—Intentaron mantenerme al margen, intentaron protegerme, pero estaba en todas partes: en las noticias, en los periódicos. La gente hablaba, los niños se burlaban. Terminé por enterarme de todo. Había imágenes en mi cabeza durante cada minuto de vigilia. Y las pesadillas...

Sacudió la cabeza y volvió a mirar las piernas de Leanne.

—Sí, las pesadillas son lo peor —convino Kim—. Todavía las tengo —dijo con franqueza. Observaba con mucha atención la mano del hombre—. ¿Y quieres saber cuáles son las peores? —le preguntó—. Aquellas en las que el sueño no refleja la realidad o en las que te da la posibilidad de cambiar las cosas, de alterar el desenlace; las pesadillas que te dejan con la esperanza de que aquello nunca sucedió, de que fue un sueño dentro de un sueño. En una de las más crueles que he tenido, mi hermano seguía vivo y nadie me lo había dicho. Para mí, lo importante no era por qué nadie me había dicho nada, por qué habían mantenido en secreto algo así. No estaba enfadada. Estaba feliz de tenerlo de vuelta. Hasta que desperté.

Por la expresión que consiguió percibir, Kim supo que Jacob había tenido sueños similares. Esos eran los peores; los trucos más crueles

de una mente que descansa.

—Jacob, entiendo por qué has hecho lo que has hecho —dijo ella, pasando de la verdad a la mentira total. Nunca entendería las torturas infligidas a quienes no habían cometido ningún crimen contra Emily. Esas personas no tenían nada que ver con las pesadillas que lo atormentaban—. Sabemos que te hiciste amigo de Amelia Dixon para acceder a sus registros financieros. Sabemos que has tenido acceso a la lista de las viviendas de los testigos protegidos. Incluso conseguiste información de nóminas antiguas para tratar de localizar a una mujer llamada Karen.

El cambio de nombre había salvado la vida de Leanne. Hasta ahora.

Él la había tenido delante de las narices, el día del asesinato de Keith Phipps, cuando fue a la escuela a recoger a los chicos. A Kim no se le escapaba algo: había sido también el error en los nombres lo que los había despistado, tanto a ella como a su equipo.

—Todavía está vivo. ¿No entiende lo mucho que me corroe eso por dentro? Vive protegido todos los días, vive mimado. Nunca ha cumplido ninguna verdadera real en prisión. Eso salió en todos los periódicos. Nunca ha pagado por lo que le hizo a Emily. Dime, ¿qué hay de justo en eso?

—No puedo decírtelo, Jacob, porque no es justo. La persona que causó la muerte de mi hermano también sigue viva, aunque espero que no haya conocido un solo minuto de paz desde entonces.

Él frunció el ceño, como si quisiera saber más. Al compartir algo de su propia historia, Kim lo estaba distrayendo de sus planes.

—Pero él volverá a hacerlo. Tengo que detenerlo. Ese tipo nunca cambiará.

Kim sospechaba que eso era cierto.

—Te equivocas, Jacob —dijo—. Hay gente, buena gente, que se está asegurando de que eso no vuelva a ocurrir.

Por el rabillo del ojo de Leanne se escapó una pequeña lágrima. Había captado el mensaje.

Jacob negó con la cabeza.

—No puedes saberlo. Tengo que terminar lo que he empezado y este es mi último obstáculo. Creo que ella sabe dónde está.

Tiró de la garra y Kim vio las líneas rectas de piel desgarrada. El rostro de Leanne se distorsionó de agonía. En ese momento, la inspectora supo que tenía que hacer todo lo posible para alejar a Jacob y su arma.

—Jacob, te juro que ella no sabe dónde está el chico X. Lo han trasladado para su propia protección y ella no sabe adónde se lo han llevado. —Hizo una pausa—. Pero yo sí sé dónde está —dijo. Se dio la vuelta y salió de allí.

Capítulo 106

Mientras Kim salía corriendo del lugar, lo único que llenaba sus pensamientos era una plegaria para que él la siguiera. Tenía la esperanza de que Jacob captara la lógica de lo que acababa de revelarle, que desviara su atención de Leanne y saliera a perseguirla.

A sus espaldas, el sonido de la pesada puerta metálica al abrirse le confirmó que había conseguido su objetivo.

Nunca se había visto huyendo de un asesino.

Tenía que pensar con rapidez. No podía llamar a Bryant, no había forma de que él la oyera. Tenía que ir un paso por delante de Jacob. Así que decidió correr alrededor del edificio, en sentido contrario a las agujas del reloj. Bryant tenía que ir en la dirección opuesta. En caso de encontrarse, reducirían a Jacob los dos juntos. Ella podía apostar a que el asesino llevaba su despreciable garra.

«Vale, será cuestión de huir hasta que llegue la ayuda», decidió, y dobló la esquina del edificio.

—Qué mierda —se quejó en voz baja cuando, desde la pared, una luz de seguridad iluminó la zona. Ahora, Jacob sabía bien dónde encontrarla.

—Vamos, Bryant —dijo mientras echaba a correr.

Oía los pasos cada vez más cerca. Su primera idea había sido dirigirse a la calle, pero ya no estaba tan segura. En este momento, ni siquiera sabía dónde estaba. Las luces que se activaban con sus movimientos iban delatando su ubicación.

De pronto, cualquier decisión quedó fuera de su alcance: una valla metálica de tres metros de altura le impedía seguir rodeando el edificio.

Mierda, solo había recorrido la cuarta parte del camino. Bryant no estaba a la vista.

Oía a Jacob detrás, aún no la había alcanzado, aunque seguía ganando terreno. Las luces se iban encendiendo al paso de Kim y le señalaban una ruta muy clara.

Con tanta cautela como pudo, Kim se deslizó de vuelta al interior del edificio a través de una puerta metálica idéntica a la que había del otro lado.

Dentro, las luces de emergencia se encendieron y dejaron al descubierto una configuración similar a la del área por la que había entrado la primera vez.

Había un clasificador con una cinta transportadora horizontal que ascendía hasta un mirador metálico y, después, como una montaña rusa, giraba para pasar por delante de las tolvas en las que caían los residuos.

Tenía que detenerse a pensar. Se había propuesto mantener a Jacob alejado de Leanne y darle a Bryant suficiente tiempo de llegar a ella y pedir ayuda. Ya sin la mordaza, Leanne podría decirle que no estaba sola. Entonces él se pondría en camino e iría a socorrer a su jefa.

Como quiera que fuera, ese era el plan, y en eso pensaba mientras buscaba un lugar donde esconderse. Todo era cuestión de tiempo, de retrasar las cosas. Por más que hubiera logrado poner uno o dos minutos entre ella y su cazador, se sabía perseguida y no le apetecía que aquella arma le desgarrara la piel.

La puerta se abrió. Tenía a Jacob a solo tres metros de distancia. Las dudas se habían cobrado su pequeña ventaja.

El tipo blandió la garra hacia Kim.

—¿Dónde estás?

Ella se sintió tentada de admitir que no lo sabía, pero no podía arriesgarse a que Jacob volviera con Leanne. ¿Cómo saber si Bryant ya la había rescatado?

Saltó a la cinta transportadora y empezó a escalar la rampa. Iba apoyando los pies entre el reborde y la guía de la cinta hasta que un tornillo que sobresalía se enganchó en el dobladillo de sus pantalones. Sacudió el pie y oyó que se rasgaba la tela. En ese momento, Jacob alargó la mano y le tocó el tacón de la bota. Ella, sin siquiera atreverse a mirar atrás, le lanzó una patada.

¿Dónde demonios estaban Bryant y los refuerzos?

—Joder, ¿me vas a decir dónde está? —gritó Jacob, que ya escalaba la cinta tras ella.

Kim se sobrepuso al miedo que ascendía desde su vientre. A poca distancia tenía a un hombre que había asesinado a cuatro personas de la forma más horrible que uno pudiera imaginar. Y acababa de agarrarla por detrás de la chaqueta mientras ella trataba de escalar a la plataforma superior. Se sacudió con brusquedad, hasta soltarse, y se detuvo en un punto donde faltaba una parte de la barandilla. Estaban a unos diez metros de altura. Kim se agarró al último tramo de barandilla para no perder el equilibrio. Se alejó del borde con un brusco salto hacia atrás.

Jacob consiguió sujetarla de los brazos y, con todo el peso de su cuerpo, la inmovilizó contra la barandilla. Lanzó un puñetazo que atronó en el costado derecho de la cabeza de Kim.

—¿Dónde coño está? Tienes que decírmelo.

Kim sacudió la cabeza para aclararse la visión. El golpe había hecho vibrar todo su cráneo. Con las dos manos sobre ella, el hombre no la dejaba moverse. Entre los dos no había más arma que la garra, y él la tenía en su poder.

—Deme la garra y se lo digo —dijo Kim.

—¿Eso quiere? —preguntó él, y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. La empujó con más fuerza aún contra la barandilla. Kim sentía que una barra se le clavaba en la parte baja de la espalda. Rezó para que la estructura siguiera soportando su peso.

El tipo levantó la mano y Kim pudo ver la garra cerca de su cara.

—Claro, primero se la doy, y luego usted me dice dónde está.

Ella sacudió la cabeza. Se esforzaba por inclinarse más hacia atrás, por apartarse lo máximo posible del arma.

Era el instante que debía aprovechar, puesto que Jacob la sujetaba solo por una de las muñecas. Se soltó y, con un movimiento intempestivo, consiguió coger la mano de su enemigo. Presionó con fuerza y volvió el arma hacia la palma de la mano de Jacob. Luego apretó con todas sus fuerzas. El hombre soltó un grito. La sangre empezó a rezumar entre sus dedos. Para cogerse la mano, Jacob tuvo que soltar la muñeca de Kim. Retrocedió dando tumbos, con la cara contorsionada por el dolor.

Demasiado tarde, Kim vio el pie izquierdo retroceder, detenerse en el aire, caer hacia atrás a través del hueco de la barandilla y llevarse consigo el resto del cuerpo.

Un ruido nauseabundo retumbó cuando Jacob dio con el suelo.

Las piernas de Kim empezaron a temblar. Se desplomó sobre la fría plataforma metálica. No sabía si ella también terminaría precipitándose por el mismo hueco. Respiró varias veces hasta serenar su corazón.

Echó un vistazo al cuerpo inerte de su enemigo. En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Bryant entró acompañado de cuatro agentes de la policía. Se detuvo en seco y miró hacia arriba mientras los agentes lo alcanzaban y lo rodeaban.

El rostro enrojecido y la respiración agitada eran, para Kim, señales más que claras de que su compañero había llegado lo más rápido posible.

Ella levantó una mano para indicarle que estaba bien.

En los labios de Bryant se dibujó una sonrisa cómplice que decía «Claro que sí».

Jacob gimió en el suelo y el alivio inundó el cuerpo de Kim. La detective se dio permiso de relajarse por completo.

No lo quería muerto. Quería que ese asesino se enfrentara a la justicia por sus crímenes. Deseaba verlo ante un tribunal.

Capítulo 107

Miro por la ventana, como siempre a esta hora. Ahí está, en el banco, mi constante, mi familiaridad. Mi vínculo con quien yo era. El corazón me da un vuelco. Hoy, el deseo de ir a verla, de contárselo todo, es más fuerte que nunca. Es un dolor físico que empieza en mi vientre, sube al corazón y me lo estruja. Quiero sentir su abrazo. Quiero que me diga que todo va a ir bien. Quiero que me haga sentir que he hecho lo correcto. Pero no puedo.

Una mujer se le acerca por la izquierda. Lleva unos tacones altísimos que la hacen parecer torpe, como si fuera a caerse en cualquier momento.

No la conozco, pero sé que es reportera del Dudley Star. Llevo toda la semana leyendo sus artículos.

Ha estado escribiendo sobre mí.

De alguna manera, ha cambiado la opinión del público. Se habla de nuevas pruebas, de un nuevo testigo. En una declaración abierta, la empresa de relaciones públicas ha querido distanciarse de mi asesino.

Los recuerdos vuelven a mi mente y me estremezco. Mi brazo derecho roza mi hombro izquierdo. En un movimiento involuntario, una mano se desliza hacia abajo en busca de su imagen especular. Mi lengua recorre mi boca. Entra y sale por los huecos. Sin cesar, unas partes de mí parecen buscar las partes que ya no están. Desprendidas de mi cuerpo, ardieron junto con mi ropa en el jardín trasero de la casa.

Lo de los dientes fue más fácil de lo que creía. Cuando la sangre empezó a brotar, la dejé caer al suelo, con la boca bien abierta. Mientras cerraba los ojos y tiraba de las pinzas con todas mis fuerzas, el dolor explotaba en todos y cada uno de mis nervios. Y yo que pensaba que eso me prepararía para lo que iría después. Pero estaba equivocada. Nada podía prepararme para el dolor del primer

corte.

Me até muy bien el torniquete por encima del codo. Esperé casi una hora. Al final, ya no sentía nada desde el antebrazo hasta la punta de los dedos. Cogí el cuchillo e intenté recordar lo que había aprendido.

Había visto montones de veces las escenas finales de 127 horas. Mientras Aron Ralston se cortaba el brazo atrapado bajo una roca, yo me esforzaba por vivir esos momentos. La tercera vez que vi la película, las emociones ya me habían abandonado. Mi visión se había vuelto analítica, estudiosa. Ya no pensaba en el hombre detrás del dolor, sino en el proceso.

Leí artículos e informes médicos sobre el modo de cortar a través de la articulación para no tocar los huesos. Aprendí que cortar a la altura del codo significaba tratar con una sola arteria, en lugar de dos. Aprendí el valor de un torniquete bien puesto para limitar la pérdida de sangre. Leí sobre los cuatro nervios principales que se retraen en el músculo si uno consigue hacerlo bien. Leí relatos de otras personas que se habían amputado sus propios miembros para sobrevivir. Y eso era, ni más ni menos, lo que yo estaba haciendo.

Mientras sujetaba el cuchillo por encima del codo, me temblaba la mano derecha. ¿Tendría fuerzas para seguir adelante? ¿Sería capaz de soportar el dolor? ¿Habría otra solución? Pero ya había visto el resultado de la prueba de embarazo casera. Y, en ese preciso instante, supe que tenía que escapar de Nick. Fuera como fuera. Sabía que la violencia no iba a cesar ni aunque él supiera que su hijo crecía dentro de mí. También sabía que él no me dejaría ir de ninguna manera. Un hijo en común me habría unido a él para siempre.

Examiné todas las posibilidades antes de llegar a la conclusión de que terminaría por encontrarme..., a menos que me diera por muerta. Entonces empecé a pensar en las mujeres que Nick conocería después de mí, aunque yo me las arreglara para desaparecer. No me quedó ninguna duda de que acabaría matando a alguien.

La solución tenía que ser definitiva, tanto para él como para mí.

Mientras luchaba con mi miedo, delante de mis ojos flotaba el rostro de Nick, lleno de rabia. La cara de alguien incapaz de atender a razones. La cara del hombre que no podía dejar de golpearme ni patearme, aunque la sangre estuviera manando de mis heridas. Yo sabía que detrás de ese rostro estaba el hombre que, de algún modo, me mataría a mí o a nuestro hijo o, lo que era más probable, a ambos.

Bastó ese único pensamiento para impulsar el cuchillo. Por una vez, agradecí estar lejos de casa. Mi grito habría recorrido kilómetros. El entumecimiento era solo temporal. Toda la sensibilidad regresó con el segundo corte. Desde ese momento supe que la suerte estaba echada. No había más que seguir adelante.

Doug Goodale, un pescador de langostas atrapado en un cabrestante, cogió un cuchillo para cortarse el brazo a la altura del codo. Pensé en él.

Bill Jeracki, para liberarse de una roca, se amputó la pierna a la altura de la rodilla con un cuchillo de explorador. También pensé en él.

Sabía que yo podía hacerlo. Solo tenía que ser firme y mantenerme concentrada.

Por salvar a mi hijo, he perdido a mi madre, a mi hermana y al resto de mi familia.

La pena que les he causado me duele todos los días. Sé que soy responsable de su pesar, pero no había otra solución.

Vuelvo al presente y veo cómo mi madre se da la vuelta y abraza a la periodista que está a su lado en el banco. Aunque incómoda, la mujer acepta el abrazo.

Mi madre sonríe y llora al mismo tiempo. Una lágrima se me escapa y rueda por mi mejilla. No hay nada que yo desee más que darle alivio, pero no puedo; no hasta que Nick esté entre rejas.

Quizás entonces encuentre la manera de hacerle saber a mi madre que estoy viva; que, a pesar de todo, soy feliz.

Mientras tanto, meto las manos en la cuna y cojo a mi hijo. Lo estrecho contra mi pecho y beso su suave cabeza.

Lo llevo a la ventana y le hago una promesa silenciosa.

Algún día conocerá a su familia.

Capítulo 108

Kim miraba a los miembros de su equipo a través de la ventana del Tazón. Cada uno trabajaba a su propia velocidad ante la promesa de una tarde libre. Y vaya si se la merecían.

Penn le había prometido a Jasper una buena sesión de repostería para compensar las largas horas que había trabajado esa semana. Bryant había quedado con Jenny para hacer una escapada de fin de semana con sorpresas. Solo Stacey, que le dedicaba miradas ocasionales, parecía estar retrasándose.

Jacob, debido a sus lesiones, no estaría en condiciones de ser interrogado durante varios días. Con las dos piernas rotas y la policía vigilando su habitación, no iba a ir a ninguna parte.

Kim dio la espalda a su equipo y fue a mirar por la ventana. A pesar de lo que Jacob Powell había hecho, no lograba odiarlo. Confiaba en que la justicia prevalecería y que el asesino no volvería a ver el mundo exterior, pero, maldita sea, entendía sus motivos. Aquellas visiones que habían deformado su mente, esas imágenes del sufrimiento de su prima, eran horrendas. En sí mismas, eran cosas bastante malas para vivir; pero la rabia y la incapacidad de hacer algo al respecto se agravaban con la certeza de que el responsable había sufrido muy poco. Incluso ahora estaba protegido por las mismas personas que tanto habían hecho para encerrarlo.

No había lugar para un alegato de demencia. Cada crimen había exigido una planificación intrincada y diligente, así como una ejecución impecable. Como profesor suplente, su trabajo le había permitido desplazarse por distintas localidades, sin ataduras con respecto a un solo colegio.

En una conversación con Anna Lennox, Kim se había enterado de lo ocurrido con Liam Docherty. De improviso, el profesor había abandonado la escuela aquel día solo para reaparecer en el viaducto de Stambermill y arrojarse al vacío. Liam era propenso a tener

depresiones. Lo que nadie sabía, ni siquiera Anna, era que había presentado una queja anónima al Consejo Escolar sobre el interés aparentemente malsano de Jacob por uno de sus alumnos: Tommy Phipps.

Al ver a los detectives en la escuela, barruntaba Kim, el hombre había pensado que tenían algo que ver con aquel asunto y había huido.

Anna también le había revelado que la discusión a las puertas del colegio había sido por la falta de fiabilidad de Jacob: abandonaba clases que tenía reservadas y no se presentaba a otras. Fuera del trabajo, era un hombre muy ocupado.

Si Jacob hubiera sabido que Leanne, la mujer que había ido a recoger a los chicos aquel día, era a quien estaba buscando, ¿cuál habría sido el desenlace? Kim se lo preguntaba una y otra vez.

En ese momento, Leanne conocía el domicilio del chico X, porque aún no lo habían trasladado. ¿Se habría doblegado? ¿Habría revelado la verdad? ¿Y Sarah Lessiter seguiría viva? ¿Y Dennis Burke se habría librado del potro de tortura? ¿Y Dean Mullins se habría salvado del suplicio de la rata? ¿Dos vidas habrían sido un mejor resultado que aquellas tres?

Kim no era nadie para juzgar la calidad de las vidas que se habían perdido o salvado. Lo que sí sabía era que Leanne King había hecho su trabajo, y lo había hecho bien.

Estaba claro que nunca serían amigas. Sin embargo, no podía negar, aunque a regañadientes, que sentía respeto por esa mujer que no formaba parte de ningún equipo y hacía un trabajo del que no podía hablar. En cierto modo, Leanne no estaba mejor que las personas a las que protegía. Solo que ella lo hacía por elección.

Kim había ido al hospital a preguntar por ella. Le dijeron que ya se la habían llevado de allí. Por su propia seguridad, la policía la había trasladado a otro sitio. A pesar de todo, Leanne terminaría curándose e iría a dar con otra familia que necesitara su protección.

Penn interrumpió sus cavilaciones.

—¿Jefa? —dijo desde la entrada.

—Sí, si has terminado, largo de aquí —dijo ella, y señaló la entrada con un gesto de cabeza.

Él cogió el abrigo y sacó de debajo de su escritorio dos bolsas con utensilios de cocina.

Los pensamientos de Kim volvieron a la semana que habían vivido. Sin poder evitarlo, la imagen de Frost apareció en su mente.

Pocas personas la sorprendían. Frost sí que lo había hecho en los últimos días. Conocer a la familia de Trisha Morley había encendido una pasión en la reportera, había desatado sus habilidades investigadoras en la dirección correcta.

Ariane Debegorski se había presentado a declarar y a reforzar el caso contra aquel hombre; sin embargo, el verdadero broche de oro había sido el informe médico del hospital italiano. En el juicio anterior de Nick Morley, la clave de la defensa había sido la falta de una denuncia por parte de su esposa. Pero esa sabuesa había encontrado una.

Kim cogió el teléfono y marcó el número de la reportera.

—Hola, Stone —respondió Frost—. ¿Cómo está mi niño favorito? ¿Echa de menos a su tía?

—Has sido reemplazada enseguida por un juguete masticable de lagarto. Se lo di en cuanto te marchaste. Le cuesta notar la diferencia. —Frost soltó una carcajada. Kim se dio cuenta de que nunca podrían hablarse por sus nombres de pila—. Mira, Frost...

—No hace falta, Stone. Sé que me llamas para decirme que he hecho un gran trabajo, que te complace que en esta ocasión haya usado mis poderes para el bien y que te impresionan mi tenacidad y...

—En realidad, Frost, te llamo para decirte que te has dejado unas bragas sucias en el cesto de la ropa. No voy a tocarlas ni con un traje de protección. —Silencio—. Bah, en realidad, has estado cerca, pero no nos dejemos llevar.

—En serio, ¿de verdad me has llamado para eso? —preguntó Frost, sorprendida.

—Bueno, suelo ser muy rápida para llamarte cada vez que me cabreas, así que...

—¿Sabes, Stone?, nunca admitiré esto en público, pero no eres tan mala persona como todo el...

—Sí, sí que lo soy, y estoy segura de que lo recordarás la próxima vez que vengas a molestarme en medio de un escenario criminal. Mientras tanto, digamos que has hecho un buen trabajo. Ahora, largo, que tengo trabajo que hacer.

Poco antes de colgar, Kim alcanzó a oír la risita de la reportera.

Bryant apareció en la puerta.

—Jefa, he terminado.

—Vale, vete. Y no olvides tu cubo y tu pala.

—Eeeh... Iremos a los Cotswolds, jefa. No creo que ese lugar sea muy de cubos y palas.

Kim sonrió. Bryant se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

Solo quedaba Stacey, que, una vez más, la miraba.

Kim fue a la sala del escuadrón.

—Vale, Stace, deja eso ya —dijo, y se sentó encima del escritorio de Bryant. La ayudante de detective tendría que haber terminado hacía una hora. Si seguía allí, era por alguna razón.

Mientras Stacey respiraba hondo, Kim trató de no reaccionar ante su expresión pensativa.

—Jefa, no lo quiero —soltó.

—Stace, ¿de qué me estás...?

—El ascenso, jefa. No lo quiero. No estoy preparada y no lo quiero.

Qué alivio. No porque Stacey no quisiera ascender, sino porque ese problema podía solucionarse con mucha facilidad. Pero sí que merecía una explicación.

—Habla.

—Jefa, mi vida ha cambiado mucho en los últimos meses. Soy una mujer casada, ¿sabes? —dijo con una sonrisa. La tensión empezó a desaparecer de su rostro—. Devon y yo estamos empezando. Todo esto da miedo y es emocionante, y ahora mismo no sé lo que quiero con respecto a mi carrera. Puede que quiera tener hijos y esas cosas y formar una familia. No quisiera verme envuelta en asuntos de mi carrera hasta saber lo que quiero. Tampoco me gustaría formar parte de otro equipo mientras aún estoy resolviendo ...

—Stace, no puedes permitir que esto te impida avanzar —le dijo Kim con palabras amables. Estaba segura de que su colega había calculado ya la proporción entre inspectores y sargentos.

—Jefa, no soy tan ingenua como para creer que este equipo permanecerá junto para siempre. La muerte de Dawson me enseñó que nada está garantizado, pero, ahora mismo, este es el lugar adecuado para mí.

—Stace, creo...

—Jefa, por favor, déjame terminar —dijo Stacey con firmeza. La mujer necesitaba expresarse—. Me enorgullece mucho que pienses que estoy preparada para el ascenso. Aprecio la fe que has puesto en mí y detestaría decepcionarte, pero...

—Stace, tú...

—Jefa, que me dejes terminar. No estoy lista para dirigir a la gente. No estoy preparada para ser un ejemplo que otros quieran seguir. Si algo me enfada, me dan ganas de gritar; si algo me molesta, me dan ganas de llorar. Quiero la libertad de seguir siendo yo. Aún no he desarrollado la fuerza interior que se necesita para ocultar los sentimientos por el bien de los demás. Sé que vas a decir que estoy preparada y, en cierto modo, puede que tengas razón, pero no lo quiero. Todavía no.

—¿Ya puedo hablar? —preguntó Kim con una sonrisa.

—Lo siento, jefa, solo...

—No hace falta —dijo Kim, y levantó las manos—. Parte de mi trabajo consiste en propiciar el desarrollo del equipo. En cuanto a capacidad y destreza, estás más que preparada para dar el siguiente paso; aun así, no trataré de empujarte a algo para lo que no estés lista. Solo quiero que sepas que, cuando llegue el momento, tendrás todo mi apoyo, ¿de acuerdo?

Los ojos de Stacey enrojecieron, su cuerpo se desinfló de alivio.

Esta no había sido una conversación fácil para la ayudante de detective, y Kim lo sabía.

—No creo que te haga daño salir un poco más, así que no voy a dejar de presionarte para que mejores, para que te pongas retos.

Stacey asintió con un movimiento de cabeza.

—Es bueno saberlo, jefa.

—Una sola cosa más, Stace. Nunca me has decepcionado. En todo caso, me impresionas cada vez más por defender lo que quieres. Stacey asintió, agradecida—. Ahora, vete y disfruta de tu fin de semana largo. Eres una mujer casada, ¿sabes?

Riendo, Stacey recogió sus cosas y se dirigió a la puerta.

Kim volvió al Tazón. Se permitió un momento de placer egoísta con la noticia de que aún no había perdido a Stacey. Lo supiera o no, la agente era parte fundamental del equipo.

Kim aún sonreía cuando sonó su teléfono.

Aunque no reconoció el número, pulsó el botón verde y, luego, el del altavoz.

Una fuerte voz automatizada llenó la habitación vacía.

—Tiene una llamada de la prisión Drake Hall. ¿Quiere cogerla?

Pulse uno para «Sí», dos para «No».

El corazón le dio un vuelco. El estómago se le encogió. Conocía a una sola persona en la prisión de Drake Hall: la doctora Alexandra Thorne.

Pasó el dedo entre el uno y el dos del teclado.

Dudó un segundo antes de tomar una decisión.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber elegido leer Red de mentiras, la decimocuarta entrega de la serie de Kim Stone. Y gracias, también a toda la gente que sigue con Kim Stone y su equipo desde el principio.

Si este libro te ha gustado, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendárselo a tus amigos y familiares… Y, si quieres estar al día de mis novedades, solo tienes que suscribirte en el sitio web que aparece a continuación:

Durante muchos años quise explorar el tema de los testigos protegidos. Me fascinaba la idea de que pudiera borrarse el pasado de una persona, por no hablar de los efectos psicológicos de tener que cortar los lazos con la familia, los amigos y todo lo conocido.

Quería explorar las razones por las que una persona entraba en el programa, pero no fue hasta que empecé a investigarlo que entendí las razones por las que algunos lo abandonaban.

Confieso que no estaba preparada para conocer el efecto que tenía sobre los agentes de protección, así como el secretismo y el engaño del que necesitan echar mano para desempeñar su trabajo.

Como es lógico, no es fácil, ni debería serlo, investigar el proceso, y gran parte de lo que he aprendido procedía de relatos de personas que participan en el programa o lo han abandonado. Cada vez que escribo un libro, aprendo algo nuevo sobre el tema que investigo, y este no ha sido la excepción.

Me encantaría saber de ti. Por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, a través de X o en mi sitio web.

Muchas gracias por tu apoyo, que valoro muchísimo.

Angela Marsons

Agradecimientos

Como siempre, mi primer y más sincero agradecimiento va a mi compañera Julie. Afronta el reto de cada nuevo libro con entusiasmo y pasión, como si fuera el primero. No la abruman las reuniones ni las rabietas; no la cansa orientarme ni darme los ánimos necesarios para superar cada uno de estos viajes. De algo estoy segura: sin ella, estas historias no existirían.

Gracias a mi madre y a mi padre, quienes, con orgullo, siguen corriendo la voz entre todos los que quieran escucharlos. Y también a mi hermana Lyn, a su marido Clive y a mis sobrinos, Matthew y Christopher, por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos ayudan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, que detecta mis libros donde quiera que vaya.

Me gustaría darle las gracias al creciente equipo de Bookouture por su continuo entusiasmo por Kim Stone y sus historias, en especial a mi editora, Claire Bord, quien consigue que el proceso de edición no solo sea indoloro, sino también grato. Su pasión por los libros es implacable. Me inspira a escribir lo mejor que puedo.

Gracias a Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo exterior. A Noelle Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo no tienen límite, así como a Sarah Hardy, que también defiende nuestros libros en cada oportunidad.

Un agradecimiento especial a Janette Currie, quien ha corregido los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que agradezco mucho. Y también quiero mencionar, de manera especial, a Henry Steadman, el responsable de nuestras fabulosas cubiertas, que me encantan.

Gracias a la fantástica Kim Slater, que ha sido para mí un apoyo y una amiga increíble durante muchos años. A pesar de que se dedica

a escribir novelas excepcionales, siempre encuentra tiempo para charlar. Muchas gracias a Emma Tallon, que me anima a seguir adelante con historias divertidas y un infinito apoyo. También a las fabulosas Renita D’Silva y Caroline Mitchell, escritoras a las que sigo y leo vorazmente y sin las cuales este viaje sería imposible. Un enorme agradecimiento a la creciente familia de autores de Bookouture, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Gracias especiales a Nigel Adams, investigador de incendios y bloguero extraordinario, quien me ofreció su tiempo y experiencia para ayudarme en una investigación muy necesaria.

Un enorme agradecimiento a Sarah Lessiter, la mejor postora para ser nombrada personaje de este libro. Sarah donó una generosa cantidad de dinero a una organización benéfica muy cercana a mi corazón.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por el apoyo que nos brinda tanto a mí como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, en especial a quienes han robado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a X.